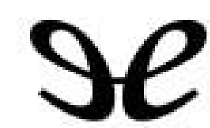
JEAN SHINODA BOLEN

LAS DIOSAS DE CADA MUJER



UNA NUEVA PSICOLOGÍA FEMENINA





¿Por qué algunas mujeres valoran, ante todo, el matrimonio y la familia, mientras que otras atribuyen más importancia a la independencia y a la propia realización? ¿Por qué una mujer se comporta, según sea el entorno, como extravertida o introvertida? Éstas y otras muchas preguntas reciben una insólita y fascinante respuesta en el presente libro. Sucede que cuanto más compleja es una mujer más probable es que tenga dentro de sí muchas diosas activas, la tarea consiste en decidir cual de ellas cultivar y cual superar.

Explica que cuando una mujer comprende sus propios patrones internos puede llegar a superar toda una serie de dicotomías restrictivas, tales como: masculino/femenino, madre/amante, profesional/ama de casa, etc…

Estos patrones internos toman forma de siete diosas arquetípicas que son otros tantos tipos de personalidad. Se trata de que cada mujer identifique a sus diosas dominantes (que van desde la autónoma Artemisa y la fría Atenea hasta la nutritiva Démeter y la creativa Afrodita, pasando por Hera, diosa del matrimonio, o Perséfone, reina del mundo subterráneo, o Hestia, prototipo de la mujer paciente).

Lectulandia

Jean Shinoda Bolen

Las diosas de cada mujer

Una nueva psicología femenina

ePub r1.0
Titivillus 19.11.17

Título original: *Goddesses in everywoman*
Jean Shinoda Bolen, 1984
Traducción: Alfonso Colodrón

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A mi madre, Megumi Yamaguchi Shinoda, M.D.
que tuvo la determinación de ayudarme a creer
—como ella no pudo hacer—,
sintiendo que yo era afortunada por ser una niña,
y que podía hacer cualquier cosa
a la que aspirase como mujer.

PRÓLOGO

Me gustaría invitarte a leer este libro, especialmente si eres una de esas lectoras, tal vez como yo misma, reacia a este tema. A fin de cuentas, ¿cómo pueden las diosas mitológicas de un pasado patriarcal ayudarnos a analizar nuestra realidad actual o a alcanzar un futuro igualitario?

Lo mismo que lo más probable es que compremos libros recomendados por amistades de confianza, mi inspiración para leer este manuscrito vino del hecho de conocer a su autora.

Conocía a la doctora Jean Shinoda Bolen cuando estaba organizando "*Psiquiatrías* para ERA", un grupo de mujeres y hombres de la Asociación Americana de Psiquiatría, cuya experiencia profesional les había llevado a creer que el tratamiento igual ante la ley era esencial para la salud mental de las mujeres. En consecuencia, apoyaron la aprobación de la Ley sobre la Igualdad de Derechos.

Todos los grupos son el resultado de muchas energías, pero Jean fue claramente la organizadora efectiva e inspirada de éste. No sólo tuvo la visión de formar este grupo y avivó la imaginación de sus colegas; también siguió todos los detalles del proceso de forjar una organización nacional y coherente a partir de personas ocupadas y dispares. En este proceso estuvo atenta a hacer de puente entre las diferencias generacionales, raciales y profesionales, para reunir información exacta y relevante, y

dejar incluso al adversario más resistente con dignidad y alguna nueva comprensión.

Observar a Juan en acción no deja ninguna duda de que es una organizadora práctica y experta en el aquí y ahora; una bondadosa revolucionaria, cuya calma curativa y espíritu de aceptación son testimonio del mundo mejor que una revolución feminista podría traer. Ella contribuyó a crear un núcleo de cambio dentro de una de las más prestigiosas e influyentes organizaciones profesionales: todo ello como mujer, y mujer en minoría, dentro de una profesión constituida por un 89% de hombre, por añadidura blancos en su abrumadora mayoría, y generalmente limitados por las teorías predominantemente masculinas de Freíd. Cuando se escriba la historia de la Asociación Americana de Psiquiatría y, tal vez, la historia de la responsabilidad social de los psiquiatras en general, creo que las acciones de esta pequeña mujer de hablar pausado constituirán una importante fuerza.

Cuando leía los primeros capítulos de *Las diosas de cada mujer*, podía oír la voz digna de confianza de Jean en cada una de las frases de su prosa clara y sencilla; pero todavía tenía dudas sobre la posibilidad de que apareciera en las siguientes diosas algo de predestinación romántica o inhibitoria. Como Jung y los que situaron estos arquetipos en el inconsciente colectivo acabaron en las polaridades excluyentes masculino/femenino —inhibiendo así tanto a los hombres como a las mujeres de la totalidad, y dejando a éstas en el inevitablemente menos gratificante final del espectro—, me preocupaba la manera en que estos arquetipos pudieran ser usados por los demás, o la manera en que las mismas mujeres pudieran ser estimuladas para ser simples imitadoras y, en consecuencia, para aceptar sus limitaciones.

Fue la misma explicación de cada una de las diosas lo que no sólo tranquilizó mis inquietudes, sino también me abrió nuevas vías de comprensión.

En primer lugar, existen siete arquetipos complejos que deben ser examinados y combinados de diferentes maneras, y cada uno de ellos tiene en sí mismo infinidad de variantes. Ellos no llevan mucho más allá de las simplistas dicotomías virgen/puta y madre/amante que afligen a las mujeres en los patriarcados. Sí, existen diosas que se identifican totalmente mediante su relación con un hombre poderoso —al fin y al cabo, vivían bajo el patriarcado, como vivimos nosotras—, pero también muestran su poder, sea subrepticia o abiertamente. Y también existen modelos de autonomía que toman muchas formas: desde una forma sexual o intelectual, a una forma política o espiritual. Como menos frecuente, existen ejemplos de mujeres que se rescatan y se unen entre sí.

En segundo lugar, estos arquetipos complejos pueden combinarse e invocarse según las necesidades exigidas por la situación de una mujer o la parte menos desarrollada de sí misma. Si puede tener tanto impacto en las vidas de las mujeres un vislumbre en los medios de comunicación del modelo de rol que desempeñan, ¿cuánto más profundo puede ser activar y sacar un arquetipo dentro de ellas?

Por último, no existe ningún precepto para conformarnos a un estereotipo o limitarnos a una diosa o varias. Todas juntas integran el círculo completo de las cualidades humanas. Sin duda, cada una de ellas surge de la fragmentación de una diosa: la Gran Diosa, el ser humano femenino total que vivió alguna vez en los tiempos prepatriarcales —al menos en la religión y en la imaginación —. Tal vez entonces, como ahora, imaginar la totalidad fue el primer paso para realizarla.

Como mínimo, estas diosas arquetípicas constituyen un útil recordatorio para describir y analizar muchas pautas de comportamiento y rasgos de personalidad. Como máximo, constituyen vías para construir visiones, invocando así fuerzas necesarias y cualidades dentro de nosotras. Como la poetisa y el novelista Alice Walter evidencia de modo conmovedor en *El color púrpura*, imaginemos a Dios y le o la endosamos —a él o a ella— las cualidades que necesitamos para sobrevivir y evolucionar.

El mayor valor de este libro radica en los momentos de reconocimiento que proporciona. La autora los llama momentos de “¡ajá!”: ese segundo lleno de comprensión interna en el que entendemos e interiorizamos, en el que reconocemos que hemos experimentado por nosotros/as mismos/as, hemos sentido confianza a causa de esa verdad y, entonces, hemos sido llevados/as un paso más adelante hacia una comprensión de “claro, ahora entiendo por qué”.

Cada lector/a aprenderá algo diferente y ese “¡ajá!” debe ser el nuestro. Para mí, el primero se produjo leyendo sobre Artemisa, que se unía a otras mujeres y que rescató a su madre, aunque no quería ser como ella. Siento reconocimiento y también orgullo por ser citada como ejemplo de este arquetipo, que es infrecuente en una sociedad patriarcal. Pero también supe que no había desarrollado la ausencia de miedo al conflicto ni la autonomía real de Artemisa. Perséfone refleja sentimientos que la mayoría de nosotras experimentamos siendo adolescentes. Su fuerza o debilidad constituyó otro “¡ajá!”: esa conocida capacidad para esperar que se nos proyecte la imagen y expectativas de afuera, sea de un hombre o de la sociedad; ese probarse muchas identidades. También lo fueron la lectura constante y el hábito de vivir dentro de la cabeza, que es tan típico de Atenea; la conciencia difusa y receptiva de Hera, Deméter y Perséfone; y la valoración de

Afrodita de la intensidad y de la espontaneidad sobre la permanencia en las relaciones y en el trabajo creativo.

Otras diosas nos enseñan cualidades de las que nostras mismas carecemos y que necesitamos desarrollar, o cualidades que vemos en las personas que nos rodean y que no comprendemos. Aprendí de la manera contemplativa de Hestia de afrontar las tareas cotidianas; cómo éstas pueden, por ejemplo, ordenarse y clarificarse según las prioridades, cuando se cumplan con una visión más simbólica y espiritual. Envidié a Atenea y Artemisa por su conciencia centrada, y comprendí mejor a los muchos hombres que han aprendido a no "fijarse" o poner luz en muchas cosas de la periferia de la visión. Aprendí del ejemplo de esas dos diosas independientes que el conflicto y la hostilidad pueden ser necesarios, e incluso positivos, y que no deben tomarse de manera personal.

El sensible análisis de la autora de los arquetipos los saca de su marco patriarcal de simples hazañas y nos los devuelve como mujeres reales, más amplias que la vida, pero creíbles.

Por ejemplo, desde ahora, cuando añore una de esas conversaciones mágicas y espontáneas en las que todo va mucho más allá que la suma de sus partes, con cada persona improvisando como se hace en la música, tal vez piense en las cualidades de Afrodita. Cuando necesite retirarme a la tierra y a la contemplación. Hestia puede guiarme. Cuando carezca del valor para enfrentar el conflicto por mí misma o en nombre de otras mujeres, Artemisa es una buena mujer para recordar.

Ya no importa qué es lo que viene antes, si la realidad o la imaginación de la realidad. Como escribe Jean Huston en *The Posible Human*; "Siempre he pensado en un mito como algo que nunca existió pero que siempre está sucediendo".

Ahora que nos encaminamos hacia el abandono de las sociedades desiguales, dioses y diosas pueden llegar a ser la misma cosa. Al mismo tiempo, este libro nos ofrece nuevas sendas para explorar: nuevas maneras de ser y de devenir.

Tal vez encuentres un mito que evoque la realidad dentro de ti

Gloria Steirnem

AGRADECIMIENTOS

Cada capítulo de este libro tiene muchos participantes anónimos —pacientes, amigos, colegas— que ejemplifican aspectos de cada arquetipo de la diosa, o proporcionan revelaciones de los mismos. La mayoría de las descripciones son, por ello, mezclas de muchas mujeres, que he conocido en circunstancias muy diversas, sobre todo a lo largo de veinte años de práctica psiquiátrica. Es un privilegio que confíen en mí personas que me revelan sus intimidades, permitiéndome entender mejor su psicología y, a través de ella, la psicología de otras personas, incluida yo misma. Las personas que son mis pacientes son mis mejores maestras. A todas ellas, gracias.

He sido “bendecida” y “sobrecargada” por muchos editores, cada uno de los cuales contribuyó al desarrollo de este libro y a mi evolución como escritora durante los tres años que trabajé en el manuscrito: me aportaron comentarios e instrucciones para la edición de Kristen Grimstad, Kim Chermin, Marilyn Landau, Jeremy Tarcher, Stephanie Bernstein y Linda Purrington, a los que recurrí para editar y corregir. En medio de sus puntos de vista discrepantes, también aprendí a confiar en mi propia voz y en mi propia visión, lo cual, en sí mismo, constituyó una lección y condujo a un cambio en los editores. En este aspecto, fue de especial importancia el aliento de Kim Chernim.

También expreso mi agradecimiento a Nency Berry, que trabajó con profesionalidad y rapidez en el mecanografiado y tratamiento del texto por ordenador cada vez que le pedí ayuda; a mis agentes literarios, John Brockmn y Katinka Matson, que añadieron sus perspectiva de expertos al difícil proceso de “dar a luz el libro”; y a mi editor, Clayton Carlson, de Harper & Row, quien mediante su intuición y consideración especial en mi primer libro, *The Tao of Psychology*, creyó en mí y en *Las diosas de cada mujer*.

Los miembros de mi familia fueron partidarios incondicionales mientras trabajaba en este libro en medio de ellos. Yo había decidido, hacía tiempo, que si tenía que escribir lo haría sin separarme de ellos y sin cerrar una puerta entre nosotros. Estaría disponible y presente, al mismo tiempo que necesitaría su consideración. Mi marido, Jim, y mis hijos, Melody y Andy, estuvieron conmigo a lo largo de todo este proyecto. Además del apoyo emocional, de vez en cuando Jim me ayudó mientras escribía con su ojo profesional de editor, animándome a confiar en mis propios instintos, a conservar ejemplos e imágenes que evocan sentimientos.

Y mi agradecimiento de todo corazón a muchas personas cuyo apoyo para terminar Las diosas de cada mujer llegó en momentos sincrónicos: cada vez que estaba desanimada y necesitaba que se me recordase que este libro podía servir de ayuda a los demás. Mi tarea consistía en perseverar hasta que el libro estuviese acabado. Una vez publicado, sabía que tendría vida propia y llegaría a toda persona a la que tuviese que llegar.

De la semilla crece una raíz, después un brote; del brote, las hojas de la plántula; de las hojas, el pedúnculo; alrededor de éste, las ramas; arriba del todo, la flor… No podemos decir que la semilla causa el crecimiento, ni que tan siquiera el suelo lo haga. Podemos decir que las potencialidades del crecimiento residen en la semilla, en las fuerzas misteriosas de la vida, que, cuando se favorecen adecuadamente, toman determinadas formas.

Centering in Pottery,
Poetry and the Person
M.C. Richards

INTRODUCCIÓN: *HAY* DIOSAS EN CADA MUJER

Toda mujer tiene un papel fundamental en el desarrollo de la historia de su propia vida. Como psiquiatra he oído cientos de historias personales y me doy cuenta de que existen dimensiones míticas en cada una de ellas. Algunas mujeres vienen a verme como psiquiatra, cuando están desmoralizadas o no funcionan; otras, cuando perciben sabiamente que están atrapadas en una situación que necesitan entender y cambiar. En cualquiera de los dos casos, me parece que las mujeres necesitan la ayuda de un terapeuta para aprender cómo ser mejores protagonistas o heroínas en las historias de su propia vida. Para llegar a ello, las mujeres tienen que tomar opciones conscientes que moldeen sus vidas. Lo mismo que las mujeres solían ser inconscientes de los poderosos efectos que tenían en ellas los estereotipos culturales, pueden también ser inconscientes de las poderosas fuerzas internas que influyen en lo que hacen y cómo se sienten. Estas fuerzas las introduzco en este libro bajo la forma de diosas griegas.

Estos poderosos patrones internos —o arquetipos— son responsables de las principales diferencias entre las mujeres. Por ejemplo, algunas mujeres necesitan la monogamia, el matrimonio o los hijos para sentirse realizadas, y sufren y se encolerizan cuando la meta está más allá de su alcance. Para ellas, los papeles tradicionales

tienen pleno sentido desde el punto de vista personal. Tales mujeres se diferencian marcadamente de otro tipo de mujer que valora al máximo su independencia cuando se centra en lograr metas que son importantes para ella, o también de otro tipo que busca intensidad emocional y nuevas experiencias y que, en consecuencia, cambia de una relación o esfuerzo creativo a otro. Pero otro tipo de mujer busca la soledad y considera que la espiritualidad es lo que más le importa. Lo que llena a un tipo de mujeres puede no tener sentido para otro, dependiendo de cuál es la "diosa" que está activa en ellas.

Es más, existen muchas "diosas" en una sola mujer. Cuanto más complicada es ésta, más probable es que haya muchas "diosas" activas en ella. Y lo que es satisfactorio para una parte de sí mismas puede ser irrelevante para otra parte.

El conocimiento de las "diosas" proporciona a las mujeres medios de entenderse a sí mismas y de entender sus relaciones con hombres y mujeres, con sus padres, amantes e hijos. Estos patrones de diosas también ofrecen revelaciones de lo que es motivador (incluso irresistible), frustrante o satisfactorio para algunas mujeres y no para otras.

El conocimiento de las "diosas" también aporta información útil a los hombres. Los hombres que quieren entender mejor a las mujeres pueden utilizar los patrones de las diosas para aprender que existen diferentes tipos de mujeres y lo que pueden esperar de los mismos. También ayudan a los hombres a entender a mujeres complejas o que parecen contradictorias.

El conocimiento de las "diosas" también ofrece a los terapeutas que trabajan con mujeres útiles percepciones clínicas de los conflictos interpersonales e intrapsíquicos de sus pacientes. Los patrones de las diosas ayudan a explicar

las diferencias de personalidad; aportan información sobre el potencial de las dificultades psicológicas y de los síntomas psiquiátricos. También indican las maneras en que puede evolucionar una mujer con un determinado patrón de diosa.

Este libro describe una nueva perspectiva psicológica de las mujeres basado en imágenes de mujeres —proporcionadas por las diosas griegas— que han permanecido vivas en la imaginación de la humanidad a lo largo de tres mil años. Esta psicología femenina discrepa de todas las teorías que definen como mujer “normal” a la mujer que se adapta a un modelo, patrón de personalidad o estructura psicológica “correctos”. Es una teoría basada en la observación de la diversidad de las variedades normales que existen entre las mujeres.

Mucho de lo que he aprendido sobre las mujeres fue dentro de un contexto profesional: en mi consulta de psiquiatra y analista junguiana, supervisando alumnos y enseñando como profesora de psiquiatría clínica en la Universidad de California, y como analista supervisora en el Instituto C.G. Jung de San Francisco. Pero la psicología femenina que desarrollo en estas páginas procede de algo más que únicamente la experiencia profesional. Gran parte de lo que sé proviene de ser mujer desempeñando papeles de mujer: ser hija, esposa, y madre de un hijo y una hoja. Mi conocimiento aumentó también a través de conversaciones con mujeres amigas y en grupos de mujeres. En ambas situaciones se reflejan entre sí aspectos de ellas mismas: nos vemos reflejadas en las experiencias de otra mujer y nos hacemos conscientes de algún aspecto de nosotras mismas del que no nos dábamos cuenta previamente, así como de los que tenemos en común como mujeres.

Mi conocimiento de la psicología femenina también se ha desarrollado a partir de la experiencia de ser mujer en esta

época de la historia. En 1963 empecé como médico interno mi periodo de prácticas en psiquiatría. En el mismo año, dos acontecimientos desembocaron en el movimiento de las mujeres de los años 70. En primer lugar, Betty Friedan publicó *The Feminine Mystique*, articulando el vacío y la insatisfacción de las mujeres que habían vivido para y a través de los demás. Friedan describió la fuente de su infelicidad como un problema de identidad, cuyo núcleo consistía en una atrofia o en una evasión del desarrollo. Sostenía que su problema es alimentado por nuestra cultura, que no permite a las mujeres aceptar o satisfacer su necesidad básica de desarrollo y realizar su potencial como seres humanos. Denunciando los estereotipos culturales, los dogmas freudianos y la manipulación de las mujeres por los medios de comunicación, su libro presentaba ideas cuyo tiempo había llegado, ideas que condujeron a una efusión de la rabia reprimida, al movimiento de liberación de las mujeres y, posteriormente, a la formación de NOW, *National Organization for Women*[1].

Ese mismo año, 1963, la Comisión del Presidente John F. Kennedy sobre el Estatus de las Mujeres publicó su informe, documentando las desigualdades del sistema económico de los Estados Unidos. Las mujeres no estaban siendo pagadas lo mismo que los hombres por realizar las mismas tareas; a las mujeres se les estaba denegando oportunidades de empleos y de promoción. Esta injusticia notoria constituyó una prueba suplementaria de cómo estaban desvalorizados y limitados los papeles de la mujer.

Así pues, empecé psiquiatría en el mismo periodo en el que los Estados Unidos se encontraba en el umbral del movimiento de las mujeres, y mi toma de conciencia fue aumentando a lo largo de los años 70. Me di cuenta de las desigualdades y de la discriminación contra las mujeres y aprendí de las pautas culturales determinadas por los

hombres premiaban o castigaban a las mujeres por abrazar o rechazar los papeles estereotipados. Como consecuencia, me uní a un puñado de compañeras feministas en la Sociedad de Psiquiatría del Norte de California y en la Asociación Americana de Psiquiatría.

Visión binocular de la psicología de las mujeres.

Durante el mismo periodo en el que estaba adquiriendo una perspectiva feminista, estaba haciéndome simultáneamente analista junguiana. Después de completar mi periodo como médico interno en psiquiatría en 1966, entré en el Instituto C.G. Jung de San Francisco, como alumna del programa de formación y recibí el título de analista en 1976. Mi visión sobre la psicología femenina se desarrolló ininterrumpidamente durante este periodo, incorporando percepciones feministas a la psicología arquetípica junguiana.

Me sentía como si estuviera haciendo el puente entre dos mundos cuando me aventuraba yendo y viniendo entre los analistas junguianos y las psiquiatras feministas. Mis colegas junguianos no se preocupaban demasiado de lo que ocurría en el mundo político y social. La mayoría parecía sólo vagamente consciente de la relevancia del movimiento de las mujeres. Mis amigas feministas en psiquiatría, si es que pensaban en mí como analista junguiana, lo hacían para considerar este aspecto, bien como un interés personal místico o esotérico, o bien como una subespecialidad respetada que no tenía nada que ver con los problemas de las mujeres. A pesar de todo, haciendo de lanzadera descubrí que se produce una nueva profundidad de comprensión cuando se ponen juntas dos perspectivas,

junguiana y feminista. Las dos proporcionan una visión binocular de las mujeres.

La perspectiva junguiana me ha hecho consciente de que las mujeres están influidas por poderosas fuerzas internas, o *arquetipos*, que pueden ser personificadas por las diosas griegas. Y la perspectiva feminista me ha proporcionado una comprensión de cómo las fuerzas externas, o *estereotipos* —los papeles a los que la sociedad espera que la mujer se adapte—, refuerzan algunos patrones de diosas y reprimen otros. Como consecuencia, yo veo a cada mujer como una “mujer intermedia”: impulsada desde dentro por arquetipos de diosas y desde fuera por estereotipos culturales.

Una vez que la mujer se vuelve consciente de las fuerzas que influyen en ella, obtiene el poder que ese conocimiento proporciona. Las “diosas” son fuerzas poderosas e invisibles que moldean la conducta e influyen en las emociones. El conocimiento acerca de las “diosas” dentro de las mujeres constituye un nuevo territorio para el aumento de la conciencia sobre las mujeres. Cuando una mujer sabe qué “diosas” son las fuerzas dominantes dentro de ella, adquiere autoconocimiento sobre la fuerza de ciertos instintos, las prioridades y las capacidades, y también las posibilidades de encontrar un propósito personal de las opciones que toma y que otras personas pueden no estimular.

Los patrones de diosas afectan también a las relaciones con los hombres. Ayudan a explicar algunas de las dificultades y afinidades que determinadas mujeres tienen con determinados hombres. ¿Escogen hombres poderosos y triunfadores en el mundo? ¿Lisiados y creativos? ¿Infantiles? ¿Qué “diosa” es el impulso inadvertido que empuja a una mujer hacia un tipo particular de hombre? Dichos patrones influyen en la selección y estabilidad de las relaciones.

Los patrones de relación también llevan la impronta de diosas concretas. Padre-hija, hermano-hermana, madre-hijo,

amante-amante, o madre-hija, cada pareja representa una configuración que corresponde de manera natura a una diosa concreta.

Cada mujer posee dones “otorgados por la diosa”, que ha de aceptar con agradecimiento y sobre los que tiene que aprender. Cada mujer tiene también riesgos “otorgados por la diosa”, que debe reconocer y superar para cambiar. No puede resistirse a vivir un patrón determinado por el arquetipo de una diosa subyacente que es consciente de que dicho patrón existe y de que trata de realizarse a través de ella.

Los mitos como herramientas de comprensión interna.

El primer vínculo importante que vi entre los patrones mitológicos y la psicología de las mujeres me lo proporcionó Erich Neumann, un analista junguiano, en su libro *Amor and Psyche*. Neumann utilizaba la mitología como instrumento para describir la psicología femenina. Yo me di cuenta de que la combinación de Neumann del mito y del comentario psicológico era una poderosa “herramienta de comprensión interna”.

En el mito griego de Amor y Psique, por ejemplo, la primera tarea de Psique consistía en seleccionar un enorme montón de semillas mezcladas, colocando cada clase de semilla en un montón diferente. Su reacción inicial a esta tarea, lo mismo que a las tres siguientes, fue de desesperación. Me di cuenta de que este mito encajaba con numerosas pacientes que estaban debatiéndose en medio de varias tareas importantes. Una de ellas era una estudiante de licenciatura que se sentía abrumada por un trabajo trimestral, al no saber cómo podría organizar todo el material disponible. Otra era una joven madre deprimida

que tenía que resolver cómo organizar su tiempo, seleccionar sus prioridades y encontrar la manera de seguir pintando. Al igual que Psique, cada mujer era llamada a hacer de lo que se sentía capaz de hacer, aunque en una dirección que ella misma había elegido. Ambas cobraron ánimos a partir de un mito que reflejaba su situación, les proporcionaba una comprensión interna de la manera en que reaccionaban a las nuevas exigencias, y dieron un sentido más amplio a sus esfuerzos.

Cuando una mujer siente que existe una dimensión mítica en algo que está emprendiendo, ese conocimiento afecta e inspira centros creativos en ella misma. Los mitos evocan sentimientos e imaginación y tocan temas que forman parte de la herencia colectiva de la humanidad. Los mitos griegos —y todos los demás mitos y cuentos de hadas que se cuentan todavía tras miles de años— continúan siendo corrientes y personalmente relevantes porque hay en ellos una resonancia de verdad sobre la experiencia humana compartida.

Cuando se interpreta a un mito, puede tener como resultado, intelectual o intuitivamente, que se capte una comprensión. Un mito es como un sueño que recordamos, incluso cuando no lo comprendemos, porque es simbólicamente importante. Según el mitólogo Joseph Campbell, "el sueño es el mito personalizado y el mito es el sueño despersonalizado"[2]. No es de extrañar que invariablemente los mitos parezcan vagamente familiares.

Cuando se interpreta correctamente un sueño, la persona que lo ha soñado tiene un vislumbre de comprensión interna —una "¡ajá!"—, cuando la situación a la que se refiere el sueño se clarifica. El "soñador" capta y conserva el conocimiento obtenido de manera intuitiva.

Cuando alguien tiene una respuesta de "¡ajá!" a la interpretación de un mito, el mito en cuestión está

simbólicamente emitiendo algo que es personalmente importante para la persona. Ésta capta algo y ve una verdad a través de ello. Ese nivel profundo de comprensión se ha producido en públicos a los que me he dirigido cuando he relatado mitos e interpretado a continuación su significado. Es una manera de aprender que toca una cuerda sensible, en la que la teoría sobre la psicología de las mujeres se vuelve, bien autoconocimiento o bien conocimiento sobre mujeres significativas con las que tienen relación los hombres y las mujeres del público.

Empecé a utilizar la mitología en seminarios sobre la psicología de las mujeres hacia finales de los años sesenta y principio de los setenta, primero en el Centro Médico e Instituto Psiquiátrico Langley Porter de la Universidad de California, y después en la Universidad de Californa en Santa Cruz y en el Instituto C.G. Jung de San Francisco. Durante la siguiente década y media, dar conferencias me proporcionó una oportunidad suplementaria de desarrollar mis pensamientos y las respuestas del público en Seattle, Minneapolis, Denver, Kansas City, Houston, Pórtland, Fort Wayne, Washington, D.C., Toronto, Nueva York, y en el área de la bahía de San Francisco, en donde vivía. En todos los lugares en donde daba conferencias, la respuesta era la misma: cuando utilizaba mitos junto con ejemplos de casos clínicos, experiencias personales y comprensiones internas procedentes del movimiento de las mujeres, se producían comprensiones nuevas y profundas.

Había empezado con el mito de la Psique, un mito que habla de mujeres que ponen las relaciones en primer lugar. Después contaba un segundo mito —uno cuyo significado había desarrollado—, que describía a mujeres que se sentían estimuladas más que abrumadas cuando había obstáculos que superar o tareas que realizar a la perfección y que, en consecuencia, tenían buenos resultados en la escuela y se

desenvolvían bien en el mundo. La heroína mitológica era Atalanta, corredora y cazadora que triunfó en los dos papeles, venciendo a hombres que intentaban derrotarla. Era una mujer hermosa que fue comparada con Artemisa, diosa griega de la caza y de la luna.

Esta manera de enseñar invitaba naturalmente a plantear cuestiones sobre otras diosas, y así empecé a leer y a preguntarme sobre su alcance y sobre lo que representaban. Empecé a tener mis propias reacciones de "¡ajá!". Por ejemplo, una mujer celosa y vengativa entró en mi consulta, y reconocí en ella a la encolerizada y humillada Hera, diosa del matrimonio y esposa de Zeus. Los devaneos de su esposo provocaron los repetidos esfuerzos de la diosa para encontrar y destruir a "la otra mujer".

Aquella paciente era una mujer que acababa de descubrir que su marido estaba teniendo una aventura. Desde entonces había estado obsesionada con la otra mujer. Tenía fantasías de venganza, la espiaba, y estaba tan atrapada con la obsesión de ser ecuánime que se sentía enloquecer. Lo mismo que era típico de Hera, su cólera no estaba dirigida hacia su marido, que era quien le había mentido y sido infiel. Fue muy útil para mi paciente el ver que la infidelidad de su marido había evocado en ella una respuesta de Hera. Ahora entiendo por qué se sentía "poseída" por su cólera y cómo ésta le estaba destruyendo. Pudo comprender que necesitaba enfrentar a su marido con su conducta y hacer frente a los problemas maritales que existían entre los dos, en lugar de convertirse en una Hera vengativa.

Después, una colega habló inesperadamente contra la Enmienda sobre la Igualdad de Derechos, que yo estaba apoyando. En medio de los sentimientos de dolor y de rabia, tuve de repente una comprensión interna de "¡*ajá!*" sobre la situación. Se trataba de un choque de tipos basado en las

diosas de nuestras psiques respectivas. En aquel momento, sobre aquel tema, yo estaba actuando y sintiendo como Artemisa, arquetipo de la Gran Hermana, protectora de las mujeres. Mi oponente, por el contrario, era como *Atenea*, la hija que había surgido ya crecida de la cabeza de Zeus, y era, por lo tanto, la diosa-patrona de los héroes, defensora del patriarcado y, en gran medida, “hija de su padre”.

En otra ocasión, estaba leyendo acerca del secuestro de Patty Hearst. Me di cuenta de que el mito de Perséfone, la doncella que fue raptada, violada y mantenida en cautividad por Hades, señor del mundo subterráneo, estaba siendo representado una vez más, esta vez, en los titulares de los periódicos. En aquella época, Hearst era una estudiante de la Universidad de California, una hija protegida de dos actuales y ricos “dioses olímpicos”. Fue secuestrada —llevada al mundo subterráneo del líder del Ejército Simbiótico de Liberación— encerrada en un armario oscuro y violada repetidamente.

En poco tiempo estaba viendo a las “diosas en cada mujer”. Descubrí que el saber qué “diosa” estaba presente ahondaba mi comprensión de los sucesos cotidianos, así como de los acontecimientos más graves. Por ejemplo: ¿qué diosa puede estar mostrando su influencia cuando una mujer prepara y realiza tareas domésticas?

Me di cuenta de que existía una prueba sencilla: cuando el marido de una mujer se ausenta durante una semana, ¿cómo se comporta ésta respecto a las comidas para sí misma y que le sucede a la casa? Cuando una mujer Hera (abreviación de “esta diosa concreta constituye la influencia dominante”) o una mujer Afrodita cena sola, probablemente se trata de un asunto triste y descorazonador: tal vez requesón envasado. Cuando está sola, para ella cualquier cosa que haya en la nevera es suficiente, en marcado contraste con las buenas o elaboradas comidas que prepara

cuando su marido está en casa. Ella cocina para él. Por supuesto, hace lo que a él le gusta en lugar de lo que ella prefiere, porque es una buena esposa que ofrece buenas comidas (Hera), está motivada por si naturaleza maternal de cuidarle (Deméter), hace lo que él desea (Perséfone) o intenta serle atractiva (Afrodita). Pero si Hestia es la diosa que le influye, una mujer pondrá la mesa y se proporcionará a sí misma una auténtica comida cuando está sola. Y la casa estará en su buen orden habitual. Si son las otras diosas las responsables de la motivación de hacer las tareas domésticas, lo más probable es que éstas sean descuidadas hasta que vuelva el marido. Una mujer Hestia pondrá flores nuevas para sí misma que nunca verá su marido ausente. Su apartamento o su casa tiene el aire de su hogar, porque es ella la que vive allí, y no porque hace las cosas para otra persona.

A continuación surgió la pregunta: “¿Encontrarían también otras personas útil y aprovechable esta manera de conocer la psicología de las mujeres mediante los mitos?”. La respuesta vino mientras daba conferencias sobre “Diosas en cada mujer”. Los públicos estaban “enchufados”, interesados comentaban el entusiasmo de utilizar la mitología como una herramienta de comprensión interna. Era una manera para todo el mundo de entender a las mujeres, un método emocionalmente conmovedor. A medida que compartía los mitos, la gente oía, veía y sentía lo que yo estaba diciendo; cuando interpretaba esos mitos, la gente tenía reacciones de “¡ajá!”. Tanto hombres como mujeres captaban el significado de los mitos como una verdad personal, comprobando algo que ya conocían y de lo que en aquellos momentos se hacían conscientes.

También hablaba en encuentros de organizaciones profesionales y discutía mis ideas con psiquiatras y psicólogos. Partes de este libro fueron desarrollados

previamente como exposiciones ante la Asociación Internacional de Psicología Analítica, la Academia Americana de Psicoanálisis, la Asociación Americana de Psiquiatría, el Instituto para la Mujer de la Asociación Americana de Ortopsiquiatría y la Asociación de Psicología Transpersonal. Mis colegas hallaron clínicamente útil este enfoque y apreciaron la nueva percepción interna en los patrones caracterológicos y los síntomas psiquiátricos que una compresión de las “diosas” puede proporcionar. Para la mayoría de ellos/ellas, fue la primera exposición sobre la psicología de las mujeres que habían oído dar a una analista junguiana.

Sólo mis colegas junguianos/as eran conscientes de que yo estaba (y estoy) proponiendo nuevas ideas sobre la psicología femenina, que difieren de algunos conceptos de Jung, así como integrando perspectivas femeninas junto con psicología arquetípica. Aunque este libro está escrito para un público no especializado, el lector sofisticado junguiano tal vez advierta que una psicología de las mujeres basada en los arquetipos femeninos desafía la aplicabilidad de la teoría de ánimus-ánima de Jung (véase el capítulo 3, “Las diosas vírgenes”). Muchos escritores junguianos han escrito sobre los dioses y las diosas griegos como figuras arquetípicas. Estoy en deuda con ellos por haber aportado su conocimiento y comprensiones internas, y por ello cito sus trabajos (capítulos de notas). Sin embargo, al seleccionar siete diosas griegas y clasificarlas en tres grupos específicos, según su funcionamiento psicológico, he creado una nueva tipología, así como un instrumento de comprensión de los conflictos intrapsíquicos (todo el libro). Dentro de esta tipología, he añadido el concepto de conciencia de Afrodita, como un tercer modo de centrar la conciencia y la atención difusa que han sido ya descritas en la teoría junguiana (véase el capítulo 11, “Las diosas alquímicas”).

Se introducen dos nuevos conceptos psicológicos adicionales, pero no muy elaborados, ya que desarrollarlos más habría supuesto una desviación del tema de este libro.

En primer lugar, las "diosas" proporcionan una explicación de las contradicciones entre el comportamiento de las mujeres y la teoría de Jung de los tipos psicológicos. Según los tipos psicológicos de Jung, se supone que una persona es de actitud extravertida o introvertida; utiliza el sentimiento o el pensamiento para afirmar su actitud, y percibe mediante la intuición o la sensación (a través de los cinco sentidos). Además, se supone que una de estas cuatro funciones (el pensamiento, el sentimiento, la intuición y la sensación) es la más conscientemente desarrollada en la que más se confía; cualquiera que sea ésta, se presupone que la otra mitad es la menos consciente o en la que menos se confía. Las excepciones al modelo junguiano de "o una cosa o la otra. O más desarrollado conscientemente o menos desarrollado" han sido descritas por las psicólogas junguianas June Singer y Mary Loomis. Yo creo que los *arquetipos* de las diosas proporcionan una explicación a las excepciones en las mujeres.

Por ejemplo, cuando una mujer "cambia de marcha" y va de una faceta de sí misma a otra, puede cambiar de un patrón de diosa a otro: en una situación, por ejemplo, es la Atenea extravertida y lógica que presta atención a los detalles; en otra, es una Hestia introvertida y hogareña para la que "la procesión va por dentro". Este cambio explica la dificultad que tiene una mujer multifácetica de determinar a qué arquetipo junguiano pertenece. O tal vez esté *enormemente* atenta a los detalles estéticos (que Afrodita influye) y no darse cuenta de que el horno está encendido o la bombona de gas está casi vacía (detalles que a Atenea no se le escaparían). La "diosa" preponderante explica cómo una función (en este caso, la sensación) puede

paradójicamente ser al mismo tiempo inconsciente y estar altamente desarrollada (véase el capítulo 14, “¿Qué diosa consigue la manzana de oro?”).

En segundo lugar, a partir de la observación clínica me he dado cuenta de que el poder del arquetipo de una diosa de arrollar el ego de una mujer y producirle síntomas psiquiátricos se iguala con el poder históricamente atribuido a esa diosa —poder cuya influencia ha disminuido desde la Gran Diosa de la antigua Europa a través de las fases de las diosas griegas (véase capítulo 1, “Las diosas como imágenes internas”).

Aunque este libro formula teorías y proporciona información útil para terapeutas, esta escrito para toda persona que quiera entender mejor a las mujeres —en especial, aquellas mujeres que están más cerca de ella, que le son más queridas o que le dejan más perpleja—, y para las mujeres, con el objeto de que descubran dentro de sí a las diosas.

1 - LAS DIOSAS COMO IMÁGENES INTERNAS

A mi amiga Ann le pusieron en los brazos un frágil bebé, una "bebé azul", con un defecto cardíaco congénito. Ann estaba conmovida mientras sostenía a aquella pequeña recién nacida y le miraba a la cara. También sintió un intenso dolor en el centro del pecho bajo el esternón. En unos pocos instantes, ella y aquel bebé habían forjado un vínculo. Después, Ann visitó a la pequeña con regularidad y mantenía el contacto todo el tiempo que le era posible. La criatura no sobrevivió a una operación de corazón. Sólo vivió unos meses, pero causó una profunda impresión en Ann. En aquel primer encuentro había evocado una imagen interna empapada de emoción que se depositó en lo más profundo de su psique.

En 1966, Anthony Stevens, escritor y psiquiatra, estudió los lazos de cariño de la infancia en el Centro de Bebés Metera, cerca de Atenas. Lo que observó que sucedía entre las nodrizas y estas criaturas huérfanas era análogo a la experiencia de Ann. Descubrió que se establecía un vínculo especial entre un bebé y una nodriza determinada a través de una deleite y atracción recíprocos, proceso parecido al de enamorarse.

Las observaciones de Steven contradicen la "teoría del amor interesado", que postula que los lazos se crean entre madre e hijo a causa de los cuidados y del sustento. Steven

descubrió que al menos de un tercio de los bebés se encariñaban con nodrizas que no les habían proporcionado cuidados rutinarios, o muy pocos, antes de que se estableciese el vínculo de afecto. Después, invariablemente, la nodriza hacía mucho más por la criatura, normalmente porque llegaba a responder recíprocamente al cariño, pero también porque el bebé solía rechazar ser atendido por otra nodriza, cuando la "suya" estaba cerca[1].

Algunas nuevas madres experimentan un cariño inmediato por sus recién nacidos; brota en ellas un amor fieramente protector y una ternura profunda hacia esa criatura cuando tienen en sus brazos al indefenso bebé al que acaban de dar a luz. Nosotros decimos que el bebé evoca el arquetipo de madre en tales mujeres. Para otras nuevas madres, sin embargo, el amor maternal se desarrolla a lo largo de varios meses, y se hace evidente cuando el bebé tiene ocho o nueve meses.

Cuando tener un bebé no activa "la madre" en una mujer, la mujer suele saber que no está sintiendo lo que otras madres sienten, o algo que ella misma ha sentido por otro niño. El bebé echa en falta una conexión vital cuando no es activado el arquetipo de "la madre", y sigue anhelando que se establezca (aunque, como ocurría con las nodrizas del orfanato griego, este patrón arquetípico madre-hijo puede ser realizado a través de una mujer que no sea la madre biológica). Y el anhelo de este cariño puede continuar durante la época adulta. Una mujer de cuarenta y nueve años, que estaba en un grupo de mujeres conmigo, lloraba mientras hablaba de la muerte de su madre, porque estando su madre ya muerta nunca podría desarrollarse esa deseada conexión.

Lo mismo que "la madre" es una manera de ser profundamente sentida que un niño puede activar en una mujer, cada niño está "programado" para buscar una madre.

Tanto en la madre como en el hijo (y por lo tanto en todos los seres humanos), la imagen de la madre se asocia a una conducta maternal y a la emoción. Esta imagen interna activa en la psique —una imagen que determina inconscientemente el comportamiento y las respuestas— es un arquetipo.

"La Madre" es sólo uno de los muchos arquetipos —o papeles latentes e internamente predeterminados— que pueden activarse en una mujer. Cuando reconocemos los diferentes arquetipos podemos ver con más claridad lo que está actuando en nosotros/as y en los demás. En este libro introduciré arquetipos que están activos en las psiques de las mujeres, y que están personificados como diosas griegas. Por ejemplo, Deméter, la diosa maternal, es una encarnación del arquetipo de la madre. Las otras son Perséfone (la hija), Hera (la esposa), Afrodita (la amante), Artemisa (la hermana y rival), Atenea (la estratega), y Hestia (la mantenedora del hogar). Como nombres para los arquetipos, por supuesto, las diosas son útiles únicamente cuando las imágenes se ajustan a los sentimientos de la mujer, ya que los arquetipos no tienen realmente nombres.

C.G.Jung introdujo el concepto de arquetipos en la psicología. Él consideraba los arquetipos como pautas de comportamiento instintivo comprendidas en un inconsciente colectivo. El inconsciente colectivo es la parte del inconsciente que no es individual sino universal, con contenidos y modos de comportamiento que son más o menos los mismos en todas partes y en todas las personas[2].

Las diosas como arquetipos

A la mayoría de nosotros se nos enseñó algo acerca de los dioses y diosas del monte Olimpo en algún momento en la

escuela y hemos visto estatuas y pinturas de ellos. Los romanos veneraban estas mismas veleidades, dirigiéndose a ellas con sus nombres latinos. Los dioses del Olimpo tenían atributos humanos: su conducta, reacciones emocionales, apariencia y apariencia y mitología nos proporcionan patrones que se asemejan a la conducta y actitudes humanas. También nos son familiares porque son arquetípicos; es decir, representan modelos de ser y de actuar que reconocemos a partir del inconsciente colectivo que todos compartimos.

Los más famosos de ellos eran los doce dioses del Olimpo: seis dioses —Zeus, Poseidón, Hades, Apolo, Ares, Hefestos— y seis diosas —Hestia, Deméter, Hera, Artemisa, Atenea y Afrodita. Una de las doce, Hestia (diosa del Hogar) fue sustituida por Dionisos (dios del vino), cambiando así el arquetipo hombre/mujer en siete dioses y cinco diosas. Los arquetipos de las diosas que describo en este libro son las seis diosas del Olimpo: Hestia, Deméter, Hera, Artemisa, Atenea y Afrodita— más Perséfone, cuya mitología no se puede separar de la de Deméter.

He dividido estas siete diosas en tres categorías: las diosas vírgenes, las diosas vulnerables y las diosas alquímicas (o transformadoras). Las diosas vírgenes fueron puestas juntas en la antigua Grecia. Las otras dos categorías son clasificaciones mías. Las formas de conciencia, los papeles favorecidos y los factores motivadores son las características que distinguen a cada grupo. Las actitudes hacia los demás, la necesidad de cariño y la importancia de las relaciones son también claramente diferentes en cada categoría. Las diosas que representan las tres categorías requieren ser expresadas por algún lado en la vida de una mujer que ésta pueda amar profundamente, trabajar con sentido, y ser sensual y creativa.

El primer grupo que se encontrará en estas páginas son las diosas vírgenes: Artemisa, Atenea y Hestia. Artemisa (a la que los romanos llamaron Diana) es la diosa de la caza y de la luna. Sus dominios eran las tierras vírgenes. Era la arquera de disparo certero y la protectora de la juventud de todas las cosas vivientes. Atenea (conocida como Minerva por los romanos) era la diosa de la sabiduría y la artesanía, patrona de Atenas, ciudad que tomó su nombre, y protectora de numerosos héroes. Normalmente se la representa llevando una armadura y era conocida como la mejor estratega en las batallas. Hestia, la diosa del Hogar (la diosa romana Vesta), era la menos conocidas de todas las diosas del Olimpo. Estaba presente en las casas y en los templos como fuego en el centro del hogar.

Las diosas vírgenes representan la cualidad de independencia y autosuficiencia en las mujeres. Por el contrario de las demás diosas del Olimpo, estas tres no podían enamorarse. Los apegos emocionales no les desviaban de lo que consideraban importante. No eran victimizadas y no sufrían. Como arquetipos, expresan la necesidad de autonomía en las mujeres y la capacidad que éstas tienen de centrar su conciencia en lo que tiene sentido personalmente para ellas. Artemisa y Atenea representan la actitud de ir directamente a los objetivos y el pensamiento lógico, que hacen de ellas los arquetipos orientados hacia el logro. Hestia es el arquetipo cuya atención está enfocada hacia dentro, hacia el centro espiritual de la personalidad de una mujer. Estas tres diosas son arquetipos femeninos que persiguen sus metas de manera activa. Amplían nuestro concepto de los atributos femeninos para incluir la competencia y la autosuficiencia.

Al segundo grupo —Hera, Deméter y Perséfone— le llamó las diosas vulnerables. Hera (conocida como Juno por los romanos) era la diosa del matrimonio. Era la esposa de Zeus,

el dios que reinaba sobre los dioses del Olimpo. Deméter (la diosa romana Ceres) era la diosa de las cosechas. En su mito principal se enfatizaba su papel de madre. Perséfone (en latín, Proserpina) era la hermana de Deméter. Los griegos la llamaban también Koré, “la doncella”.

Las tres diosas vulnerables representan los papeles tradicionales de la esposa, la madre y la hija. Son los arquetipos orientados hacia las relaciones, cuyas identidades y bienestar dependen de tener una relación significativa. *Expresan* la necesidad de las mujeres de afiliación y vinculación. Están armonizadas con otras personas y son vulnerables. Estas tres diosas son violadas, raptadas, dominadas o humilladas por dioses masculinos. Cada una sufrió a su manera al romperse o deshonrarse una relación afectiva, y mostraron síntomas similares a los de una enfermedad psicológica. Cada una de ellas también evolucionó, y puede proporcionar a las mujeres una comprensión interna de la naturaleza y pauta de las propias reacciones que deben abandonarse, y el potencial para el crecimiento interno mediante el sufrimiento inherente a cada uno de estos tres arquetipos de diosas.

Afrodita, diosa del amor y de la belleza (más conocida por su nombre romano como Venus), se encuentra por derecho propio en la categoría de las diosas alquímicas. Era la más bella e irresistible de las diosas. Tuvo muchas aventuras y numerosa descendencia de sus numerosas relaciones. Creaba amor y belleza, atracción erótica, sensualidad, sexualidad y nueva vida. Entablaba relaciones por decisión propia y nunca fue victimizada. Así pues, siempre mantuvo su autonomía como diosa virgen y tuvo relaciones como diosa vulnerable. Su conciencia era receptiva y al mismo tiempo estaba concentrada, lo que permitía un intercambio en dos direcciones, que le afectaba tanto ella como a la otra persona. El arquetipo de Afrodita motiva a las mujeres a

perseguir intensamente las relaciones más que la permanencia, a valorar el proceso creativo y a estar abiertas a cambiar.

El árbol de la familia

Para apreciar mejor quiénes son las diosas y qué relaciones tienen con otras deidades, situémoslas primero en su contexto mitológico. En esto estamos en deuda con Hesiodo (700 años aproximadamente a, de C.) que fue el primero que intentó clasificar de manera ordenada las numerosas tradiciones relativas a los dioses. Su principal obra, la *Teogonía*, es un relato del origen y descenso de los dioses[3].

Al principio, según Hesiodo, existía el Caos, el punto de partida. Del Caos surgió Gea (Tierra), el oscuro Tártaro (las más bajas profundidades del mundo subterráneo), y Eros (amor).

Gea, con el género femenino de Tierra, dio a luz a un hijo, Urano, que también fue conocido como el Cielo. Después se unió a él para crear, entre otros, a los doce titanes remotos y primordiales poderes de la naturaleza, que fueron venerados en la antigua Grecia. En la genealogía de los dioses de Hesiodo, los titanes constituían una temprana dinastía gobernante, padres y abuelos de los dioses del Olimpo.

Pero, Urano, la primera figura patriarcal o paterna de la mitología griega, se sentía resentido por los hijos que había engendrado con Gea, de manera que los enterraba en el cuerpo de ella en cuanto nacían. Esto causó gran dolor y congoja a Gea, que llamó en su ayuda a sus hijos, los titanes. Todos tenían miedo de intervenir excepto el menor, Cronos (llamado Saturno por los romanos), que respondió a su llanto de solicitud de ayuda y, armado con la hoz que ella

le había dado y el plan que también ella había urdido, se tumbó a la espera de su padre.

Cuando Urano llegó para yacer con Gea, derramándose con ella, Cronos tomó la hoz, cortó los genitales de su padre y los arrojó al mar. Cronos se convirtió entonces en el Dios masculino más poderoso. Junto a los titanes gobernó el universo y creó nuevas deidades. *Muchas* representaban elementos presentes en la naturaleza, como los ríos, los vientos y el arco iris. Otros eran monstruos, que personificaban el mal o ciertos peligros.

Cronos se emparejó con su hermana titán, Rea. De su unión nació la primera generación de los dioses del Olimpo, Hestia, Deméter, Hera, Hades, Poseidón y Zeus.

Una vez más, el progenitor patriarcal —esta vez, Cronos— intentó eliminar a sus hijos. Prevenido de que estaba destinado a ser destronado por su propio hijo, y determinado a que esto no sucediera, se tragó a cada uno de sus hijos nada más nacer, sin siquiera mirar si el recién nacido era niño o niña. En total se comió a tres hijas a dos hijos.

Abatida por el dolor ante el destino de sus hijos e hijas, y encinta de nuevo, Rea recurrió a Gea y a Urano para que le ayudaran a salvar al último y castigaran a Cronos por haber castrado a Urano y haberse comido a cinco hijos. Sus padres le aconsejaron ir a Grecia cuando llegase el momento del parto y engañar a Cronos envolviendo una piedra en los pañales. En su apresuramiento, Cronos se tragó la piedra pensando que era el bebé.

Este último niño salvado fue Zeus, que, naturalmente, destronó posteriormente a su padre y llegó a gobernar sobre los mortales y sobre los dioses. Después de ser criado en secreto, engañó a su padre para que vomitase a sus hermanos y hermanas. Con la ayuda de éstos, Zeus, se embarcó en una larga lucha por la supremacía, que terminó

con la derrota de Cronos y de los titanes y con su reclusión en las mazmorras del Tártaro.

Tras su victoria, los tres dioses hermanos —Zeus, Poseidón y Hades— echaron suertes para dividirse el universo. Zeus ganó el cielo, Poseidón el mar, y Hades el mundo subterráneo. Aunque se suponía que la tierra y el monte Olimpo constituían un territorio compartido, Zeus consiguió extender su ley a estas zonas. Las tres hermanas —Hestia, Deméter y Hera— no poseían derechos de propiedad, conforme a la naturaleza patriarcal de la religión griega.

Mediante sus relaciones sexuales, Zeus engendró la nueva generación de deidades: Artemisa y Apolo (dios del sol) eran hijos de Zeus y Latona, Atenea era hija de Zeus y Metis, Perséfone, hija de Deméter y *Zeus*, Hermes (el dios mensajero) era hijo de Zeus y Maia, mientras que Ares (dios de la guerra) y Hefestos (dios de la forja) eran hijos de su real consorte, Hera. Existen dos historias sobre el origen de Afrodita: en una, es la hija de Zeus y Dione; en otra, era anterior a Zeus. Zeus engendro a Dionisos en una relación con una mujer mortal, Semele.

Al final del libro se da una lista de personajes: resúmenes biográficos de dioses y diosas, en orden alfabético, como ayuda para mantenerse al tanto de quién es quién en la mitología griega.

Historia y mitología

La mitología que dio lugar al nacimiento de las diosas y dioses griegos surgió de acontecimientos históricos. Es una mitología patriarcal que exalta a Zeus y a los héroes, y que refleja el encuentro y el sometimiento de pueblos que tenían religiones basadas en la madre, por parte de invasores que poseían dioses guerreros y teologías basadas en el padre.

Marija Gimbutas, profesora de arqueología europea en la Universidad de California en los Ángeles, describe la "Vieja Europa", la primera civilización de Europa[4]. Remontándose al menos 5.000 años (tal vez, incluso 25.000 años) antes del surgimiento de la religión masculina, la Vieja Europa era una cultura "matrifocal", sedentaria, pacífica, amante de las artes, y ligada a la tierra y al mar, que rendía culto a la Gran Diosa. Las pruebas entresacadas de los yacimientos arqueológicos funerarios muestran que la Vieja Europa era una sociedad no estratificada e igualitaria, que fue destruida por una infiltración de pueblos indoeuropeos seminómadas, que se desplazaban a caballo, desde los lejanos norte y este. Estos invasores eran "patrifocales", móviles, amantes de la guerra, orientados ideológicamente hacia el cielo e indiferentes al arte.

Los invasores se consideraban a sí mismos como un pueblo superior, a causa de su capacidad para conquistar a los anteriores pobladores, culturalmente más desarrollados, que rendían culto a la Gran Diosa. Conocida con muchos nombres —Astarté, Ishtar, Inanna, Nut, Isis, Astoreth, Au Set, Hathor, Nina, Nammu y Ningal, entre otros—, la Gran Diosa era venerada como la fuerza femenina profundamente conectada con la naturaleza y la fertilidad, responsable de la creación y de la destrucción de la vida. La serpiente, la paloma, el árbol y la luna eran sus símbolos sagrados. Según el historiador de mitos Robert Graves, antes de la llegada de las religiones patriarcales, la Gran Diosa fue considerada como inmortal, inmutable y omnipotente. Tenía amantes, no para que le proporcionasen hijos, sino por placer. La paternidad no se había introducido todavía en el pensamiento religioso, y no existían dioses (masculinos)[5].

Sucesivas olas de invasores de indoeuropeos iniciaron el destronamiento de la Gran Diosa. Las fechas de comienzo de las mismas son situadas por diversas autoridades entre los

años 4.500 y 2.400 a, de C. Las diosas no fueron completamente suprimidas, sino que fueron incorporadas a la religión de los invasores.

Los invasores impusieron su cultura patriarcal y su religión guerrera a los pueblos conquistados. La Gran Diosa se convirtió en la esposa subordinada de los dioses invasores, y los atributos o el poder que originalmente pertenecían a la divinidad femenina fueron expropiados y dados a la deidad masculina. En los mitos apareció pro primera vez la violación, y surgieron mitos en los que héroes masculinos mataban serpientes, símbolos de la Gran Diosa. Y, como se refleja en la mitología, los atributos, símbolos y poder que en otro tiempo se ponían en una solo Gran Diosa se dividieron entre muchas diosas. La mitóloga Jane Harrison señala que la Diosa Gran Madre se fragmentó en muchas diosas menores, cada una de las cuales recibió atributos que en otro tiempo pertenecieron a aquélla: Hera obtuvo el ritual del matrimonio sagrado; Deméter, sus misterios; Atenea, sus serpientes; Afrodita, sus palomas; Artemisa, su función de "señora de las cosas de la naturaleza" (de la vida natural)[6].

Según Merlin Stone, autora de *When God Was a Woman*, el destronamiento de la Gran Diosa, iniciado por los invasores indoeuropeos, fue completado definitivamente por las religiones hebrea, cristiana y musulmana que surgieron posteriormente. La deidad masculina tomó el lugar predominante. Las diosas se marchitaron en un segundo plano, siguiéndoles las mujeres en sociedad. Stone señala: "Tal vez nos encontremos preguntándonos a nosotras mismas hasta qué punto la supresión de los ritos femeninos ha supuesto en realidad la supresión de los derechos de las mujeres"[7].

Diosas históricas y arquetipos

La Gran Diosa fue venerada como la creadora y la destructora de la vida, responsable de la fertilidad y destructividad de la naturaleza. Y la Gran Diosa existe todavía como arquetipo en el inconsciente colectivo. Yo he sentido con frecuencia la presencia de la Gran Diosa sobrecogedora en mis pacientes. Una de mis pacientes del periodo posterior al parto se identificaba con la Gran Diosa en su aspecto terrible. Gwen era una joven madre que se había vuelto psicótica tras el nacimiento de su hijo. Convencida de que había consumido el mundo, padecía de alucinaciones y estaba deprimida. Deambulaba por la sala del hospital, hundida en su culpabilidad y dolor. Cuando yo acompasaba el paso para hacerle compañía, solía decirme que ella había “engullido y destruido el mundo”. Durante su embarazo, se había identificado con la Gran Diosa en su aspecto positivo, como la creadora de vida. Después, tras el parto, se sentía como la Gran Diosa que tenía el poder de destruir lo que creaba y que lo había destruido. Su convicción emocional era tan intensa que ignoraba las pruebas de que el mundo todavía existía.

El arquetipo también vive todavía en su aspecto positivo. Por ejemplo, la Gran Diosa, como sostenedora de vida, es la imagen mantenida por una persona que está convencida de que su vida depende del nacimiento del vínculo con una mujer concreta. La mujer “se toma por” la Diosa. Esto es un espejismo bastante común. Cuando la pérdida de esta relación es tan devastadora que conduce a alguien a suicidarse, la vida depende literalmente de ella.

Igualando el poder contenido en la Gran Diosa cuando era venerada, la Gran Diosa arquetípica tiene el efecto más poderoso de cualquiera de los arquetipos; es capaz de evocar miedos irracionales y de distorsionar la realidad. Las diosas griegas eran menos poderosas que la Gran Diosa, y más especializadas. Cada una de ellas tenía su propio reino

y poder, que estaba limitado a dicho reino. En la psique de las mujeres también las diosas griegas son fuerzas menos poderosas que la Gran Diosa; su poder para sobrepasar emocionalmente y para distorsionar la realidad es menor.

De las siete diosas griegas que representan los principales arquetipos comunes en las mujeres, Afrodita, Deméter y Hera poseen el mayor poder para dictar la conducta. Éstas tres están relacionadas más de cerca con la Gran Diosa que las otras cuatro. Afrodita es una versión menor de la Gran Diosa en su función de diosa de la fertilidad. Deméter es una versión menor de la Gran Diosa en su función de madre. Hera es una versión menor de la Gran Diosa como reina de los cielos. Sin embargo, aunque cada una de ellas es “menor” que la Gran Diosa, representan las fuerzas instintivas en la psique que pueden ser irresistibles cuando “exigen lo que les corresponde”, como veremos en capítulos posteriores.

Las mujeres que actúan impulsadas por cualquiera de estas tres diosas deben aprender a resistir, porque seguir ciegamente el mandato de Afrodita, Deméter o Hera puede afectar de manera adversa a la vida de una mujer. Estos arquetipos —al igual que sus diosas correspondientes en la Grecia antigua— no consideraban los mejores intereses de las mujeres mortales, o de sus relaciones con los demás. Los arquetipos existen fuera del tiempo, desinteresados de las realidades de la vida o de las necesidades de una mujer.

Tres de los restantes cuatro arquetipos —Artemisa, Atenea y Perséfone— eran diosas “doncellas”, que pertenecían a la generación de las hijas. Estas tres constituían una generación más separada de la Gran Diosa. Como arquetipos, son consecuentemente menos abrumadoras, pero influyen de manera importante en los patrones de carácter.

Y Hestia, la más anciana, la más sabia y la más venerada de todas las diosas, evitaba totalmente el poder. Representa un componente espiritual que una mujer hace bien en honrar.

Diosas griegas y mujeres contemporáneas

Las diosas griegas son imágenes de mujeres que ha vivido en la imaginación de la humanidad durante más de tres mil años. Las diosas son patrones o representaciones de cómo son las mujeres, con más poder y diversidad de comportamientos de los que se ha permitido ejercer históricamente a las mujeres. Son bellas y fuertes. Están motivadas por lo que les importa, como sostengo en este libro representan patrones intrínsecos o arquetipos que pueden conformar el curso de la vida de una mujer.

Estas diosas se diferencian unas de otras. *Cada una tiene sus rasgos positivos y potencialmente negativos*. Sus mitos muestran lo que es importante para ellas y expresan con metáforas lo que una mujer que se les parezca puede hacer.

Por mi parte, también he llegado a pensar en las diosas griegas del monte Olimpo —cada una de las cuales era única, y algunas de ellas antagónicas entre sí— como una metáfora de la diversidad y del conflicto interior de las mujeres, que somos complejas y multifacéticos. Todas las diosas se hallan potencialmente en cada mujer. Cuando varias diosas compiten por el dominio de la psique de una mujer, ésta necesita decidir qué aspecto de ella misma quiere expresar y cuando. De otra manera, será empujada primero en una dirección y después en otra.

Las diosas griegas también vivían, como nosotras, en una sociedad patriarcal. Dioses masculinos gobernaban la tierra, los cielos, el océano y el mundo subterráneo. Cada diosa independiente se adaptaba a esta realidad a su manera,

separándose de los hombres, juntándose a los hombres como uno de ellos o retirándose hacia su propio interior. Cada diosa valoraba una relación concreta era vulnerable y relativamente débil en comparación con los dioses masculinos, que podían negarle lo que ella quería y dominarla. Así pues, las diosas representan patrones que reflejan la vida de una cultura patriarcal.

2 – ACTIVANDO LAS DIOSAS

En la Grecia antigua, las mujeres sabían que su vocación o su función en la vida las situaba bajo el dominio de una diosa concreta, a la cual veneraban: las tejedoras necesitan el patrocinio de Atenea; las jóvenes se hallan bajo la protección de Artemisa; las mujeres casadas veneraban a Hera. Las mujeres rendían culto y presentaban ofrendas ante los altares de las diosas cuya ayuda necesitaban. Las mujeres que daban a luz rezaban a Artemisa para que les liberase del dolor; invitaban a Hestia a sus chimeneas para convertir sus casas en hogares. Las diosas eran deidades poderosas, a las que se rendía homenaje con rituales, veneración, ofertas y sacrificios. Las mujeres daban también a las diosas lo que les correspondía, porque temían la cólera divina y el justo castigo si no lo hacían.

Dentro de las mujeres contemporáneas, las diosas existen como arquetipos y pueden —como en la antigua Grecia— conseguir lo que les corresponde y reclamar potestad sobre sus súbditos. Incluso sin saber a qué diosa está sometida, una mujer puede, no obstante, “prestar” fidelidad a un arquetipo concreto durante un tiempo o durante toda su vida.

Por ejemplo, durante la adolescencia, una mujer puede haber estado completamente loca por los chicos; puede que hay tenido relaciones sexuales tempranas y haber corrido el riesgo de embarazos no deseados, sin saber que estaba bajo la influencia de Afrodita, diosa del Amor, cuyo impulso hacia

la unión y la procreación puede coger desprevenida a una joven inmadura. O puede haber estado bajo la protección de Artemisa, que valoraba el celibato y adoraba la vida natural, y que tal vez haya sido una joven loca por los caballos o una "*girl scout*" de mochila. O quizá haya sido una joven Atenea, con la nariz metida siempre en un libro o participando en un concurso de conocimientos, motivada por la diosa de la sabiduría para obtener reconocimiento y buenas notas. O, desde que jugaba con sus primeras muñecas, tal vez fuese una Deméter en ciernes, fantaseando sobre cuándo podría tener su propio bebé. O quizá fuera como la doncella Perséfone cogiendo flores en el prado, una joven sin metas definida a la espera de que algo o alguien la entusiasmen.

Todas las diosas son patrones potenciales en la psique de todas las mujeres, aunque en cada mujer concreta algunos de estos patrones están activados (energetizados o desarrollados) y otros no. La formación de los cristales fue una analogía de la que Jung se sirvió para ayudar a explicar la diferencia entre patrones arquetípicos (que son universales) y arquetipos activados (que están funcionando en nosotros); un arquetipo es como el patrón invisible que determina la configuración y estructura que adoptará un cristal cuando se forma[1]. Una vez que el cristal cobra su forma realmente, el patrón ya reconocible es análogo al arquetipo activado.

Los arquetipos pueden también ser comparados con los "códigos" contenidos en las semillas. El crecimiento de las semillas depende de la clase de tierra y de las condiciones climáticas, de la presencia o ausencia de ciertos nutrientes, del cuidado amoroso o de la desatención por parte de los hortelanos, del tamaño y profundidad de las macetas, y de la resistencia de la misma variedad de que se trate.

Del mismo modo, qué dioses o diosas (pueden estar presentes varios al mismo tiempo) se activan en una

determinada mujer, en un momento específico, depende del efecto combinado de una pluralidad de elementos que interactúan entre sí: predisposición de la mujer, familia y cultura, hormonas, otras personas, circunstancias no elegidas, actividades escogidas y fases de la vida.

La predisposición intrínseca

Los bebés nacen con rasgos de personalidad —activos, voluntariosos, plácidos, curiosos, capaces de pasar el tiempo solos, sociables— que se compaginan más con algunos arquetipos de diosas que con otros. Cuando una niña pequeña tiene dos o tres años, ya muestra cualidades típicas de determinadas diosas. La pequeña sumisa que está completamente satisfecha haciendo lo que su madre desea, es muy diferente de la pequeña que está lista para salir por su cuenta a explorar sus alrededores, tan diferente como Perséfone de Artemisa.

El entorno familiar y las diosas

Las esperanzas de la familia de la niña apoyan a unas diosas y suprimen otras. Si los padres esperan que las hijas deben de ser “dulces como el azúcar y la miel” o “la pequeña ayuda de su madre”, entonces están premiando y reforzando las cualidades de Perséfone y de Deméter. Una hija que sabe lo que quiere y que espera tener los mismo privilegios y oportunidades que su hermano puede que sea llamada “testaruda”, cuando sólo está siendo su misma Artemisa persistente, o puede que se le diga que se “comporte como una chica”, cuando simplemente está siendo su propia Atenea que actúa como un muchacho más. Además, en la actualidad, una niña pequeña puede encontrarse en un patrón inverso de aprobación-

desaprobación: puede que sea disuadida de quedarse en casa jugando a “ser mamá” o “ama de casa” (que tal vez sea lo que quiere hacer). En su lugar, se la inscribe para jugar al fútbol y se la matricula en la educación preescolar (que es donde sus padres quieren que prospere).

El patrón de la diosa intrínseco a la niña interactúa con las esperanzas familiares. No porque la familia desapruebe a la diosa en cuestión, la niña dejará de sentir como siente, aunque puede que aprenda a no actuar de manera natural y que su autoestima sufra por ello. Si “su diosa” se encuentra favorecida en su familia, puede que también se produzcan inconvenientes. Por ejemplo, una niña que tienda a seguir a los demás por ser fundamentalmente como Perséfone, puede tener dificultades en saber lo que quiere tras años de ser gratificada por agradar a los demás. Y la Atenea en ciernes que salta de una clase a otra superior, refuerza sus capacidades intelectuales a expensas de la amistad con sus compañeras. Cuando el patrón intrínseco y la familia “conspiran” para hacer que una mujer se acomode a una diosa, su evolución se vuelve unilateral.

Si la familia recompensa y alienta a la niña para que desarrolle lo que viene de manera natural, ésta se siente bien consigo misma a medida que hace lo que realmente le importa. Lo contrario le ocurre a la niña cuyo patrón de diosa se encuentra con la desaprobación de su familia. La oposición no cambia el patrón intrínseco, sino que simplemente hace que la niña se encuentre mal consigo misma por tener los rasgos e intereses que tiene. Y la hace sentirse falsa si aparenta ser distinta de lo que es.

El efecto de la cultura en las diosas

¿Qué “diosas” apoya la cultura a través de los papeles que permite desempeñar a las mujeres? Los estereotipos de

mujeres con imágenes positivas o negativas de arquetipos de diosas. En las sociedades patriarcales, los únicos roles aceptables suelen ser los de la doncella (Perséfone), la esposa (Hera) y la madre (Deméter). A Afrodita se la condena como “la puta” o “la tentadora”, que son una desvalorización de la sensualidad y de la sexualidad de este arquetipo. Una Hera que se afirma a sí misma o se enfada se convierte en “la arpía”. Y algunas culturas, del pasado y actuales, niegan activamente la expresión de independencia, inteligencia o sexualidad en las mujeres, de manera que reprimen cualquier indicio de Artemisa, Atenea o Afrodita.

En la China antigua, por ejemplo, la costumbre de vendar los pies a las mujeres significaba que ellas quedaban físicamente tullidas e igualmente limitadas psicológicamente por roles que no permitían la independencia. En esas condiciones, determinadas diosas sólo podían vivir en los mitos. En su novela *The Woman Warrior*[2], Maxine Hing Kingston escribió sobre la desvalorización y degradación de las mujeres chinas, que ha perdurado hasta la actualidad. En contraste, recomponía el mito de una fuerte mujer-guerrera y heroína china. El mito mostraba que, aunque el patrón de una diosa no pudiera sobrevivir en la vida real de una mujer, esa diosa podía todavía expresarse en cuentos de hadas, mitos y sueños de mujeres.

Las vidas de las mujeres están moldeadas por los roles tolerables y las imágenes idealizadas de cada época. Estos estereotipos favorecen a algunos patrones de diosas sobre otros. En los Estados Unidos, durante las últimas décadas, se han producido cambios fundamentales en “lo que se espera que debe ser una mujer”. Por ejemplo, la ola de nacimientos subsiguiente a la segunda guerra mundial resaltó el matrimonio y la maternidad. Fue una época de realización

para las mujeres que poseían el instinto maternal de Deméter. Pero fue una época difícil para las mujeres Atenea o Artemisa que tenían curiosidad intelectual, que eran competitivas y querían expresar lo mejor de sí mismas o el logro de objetivos en cualquier tarea diferente a la de crear una familia. Las mujeres iban al colegio para obtener su título de estudios secundarios y, una vez casadas, solían abandonar los estudios. El "espíritu de familia" en vecindad era el ideal. Las mujeres americanas no se detenían al tener dos hijos, sino tres, cuatro, cinco o seis. Hacia 1950, el índice de natalidad en los Estados Unidos igualó al de la India por primera y única vez.

Veinte años después, los años 70 fueron la década del movimiento feminista (años excelentes para Artemisa y Atenea). Los tiempos fueron favorables para las mujeres motivadas para triunfar. Las feministas y las mujeres profesionales tomaron el escenario. Estudiaron muchas más mujeres que nunca, para conseguir doctorados y licenciaturas en administración de empresas, medicina y derecho. Se rompieron cada vez más las promesas de matrimonio "hasta que la muerta nos separe", y disminuyó la tasa de nacimientos. Mientras tanto, las mujeres motivadas por la necesidad de Hera de ser compañera y la de Deméter de tener hijos funcionaban en un clima cada vez más insoportable.

Cuando determinados patrones arquetípicos en algunas mujeres encuentran el amparo de la cultura, esas mujeres pueden hacer los que internamente tiene sentido para ellas y pueden recibir la aprobación externa. El apoyo institucional cuenta mucho. Por ejemplo, las mujeres con una mente lógica innata necesitan tener acceso a la educación superior para desarrollarse intelectualmente. Las mujeres con un enfoque espiritual tipo Hestia progresan en comunidades religiosas.

El efecto de las hormonas en las diosas

Cuando las hormonas cambian de manera espectacular —en la pubertad, durante el embarazo y con la menopausia— se refuerzan algunos arquetipos a expensas de otros. Durante la pubertad, las hormonas responsables del desarrollo genital y de los pechos, pueden estimular la sensualidad y la sexualidad que son características de Afrodita. Algunas niñas, cuando se desarrollan físicamente, se convierten en jóvenes mujeres Afrodita; otras desarrollan los pechos y empiezan sus menstruaciones, pero no dirigen su interés hacia los chicos. El comportamiento no está determinado únicamente por las hormonas, sino mediante la interacción de éstas con los arquetipos de las diosas.

El embarazo estimula un aumento masivo de la hormona progesterona, que mantiene fisiológicamente el embarazo. Las diferentes mujeres también reaccionan de manera diferente a este aumento. Algunas quedan satisfechas emocionalmente a medida que sus cuerpos se ensanchan con el niño, y se sienten como la encarnación de Deméter, la diosa madre. Otras parecen olvidarse casi del embarazo y difícilmente faltan a un solo día de trabajo.

La menopausia —el final de la menstruación producida por una reducción del estrógeno y de la progesterona— es otro de los periodos de cambio hormonal. La manera en que reacciona al mismo tiempo una mujer depende, de nuevo, de la diosa que esté activa. Por cada Deméter afligida que padece una depresión por el "nido vacío", parece que existen —como señaló la antropóloga Margaret Mead— otras mujeres con una oleada de E.P.M. o "entusiasmo posmenopáusico" (en inglés P.M.Z. "*postmenopausal zest*"). Este aumento puede suceder cuando una diosa

energetizada de nuevo puede ahora tomar su ligar, esperado durante tanto tiempo.

Incluso durante los períodos menstruales, algunas mujeres experimentan “un cambio de diosa” cuando hormonas y arquetipos interactúan y producen un impacto en sus psiques. Las mujeres que son sensibles a estos cambios notan que durante la primera mitad del ciclo parecen más conectadas con las diosas independientes, especialmente, Artemisa o Atenea, con su enfoque extravertido y de entrada y salida del mundo. Después, durante la segunda mitad del ciclo, cuando aumenta la progesterona —hormona facilitadora del embarazo—, perciben que sus tendencias “para construir el nido” parecen más fuertes y que sus sentimientos hogareños y dependientes se vuelven más pronunciados. En esos momentos las influencias más fuertes son las de Deméter, Hera, Perséfone o Hestia[3].

Estos cambios hormonales y de diosas pueden producir conflictos y confusión, a media que es primero una diosa la que cobra relevancia y después otra. Un modelo clásico es la mujer independiente Artemisa, que vive con un hombre resistente al matrimonio o con un hombre que siente que no tiene madera de marido. Vivir juntos constituye un compromiso que le conviene hasta que se produce el cambio hormonal. En algún momento de la segunda parte del ciclo, la necesidad de Hera de ser compañera recibe apoyo hormonal. El no estar casada agita en esos momentos sentimientos de resentimiento o de rechazo que conducen a una pelea mensual o a una minidepresión que, con toda predictibilidad, terminan cuando acaba el periodo.

Las personas y los acontecimientos activan las diosas

Una diosa puede volverse activa y brotar a la vida cuando el arquetipo es provocado por una persona o un acontecimiento. Por ejemplo, una mujer descubre que la situación de desamparo de otra persona es un irresistible estímulo para dejar de hacer lo que está haciendo y ser una Deméter solícita. Este cambio puede producir un efecto negativo en su trabajo, por ser lo que suelo dejar de lado. Emplea demasiado tiempo en llamadas telefónicas personales, escuchando los problemas de los demás. Con demasiada frecuencia se precipita afuera en misiones de caridad, poniéndose al borde se ser despedida. Otra mujer puede descubrir que una marcha feminista le transforma en una Artemisa hecha y derecha dispuesta a vengar intrusiones en el territorio de las mujeres, al sentir una oleada de hermandad y fuerza. Y los asuntos económicos pueden convertir, sin embargo, a otra mujer de ser una persona despreocupada y orientada hacia las relaciones personales, en una Atenea que lucha por el “mínimo aceptable”, muy rigurosa en los contratos en cuanto a la parte que le corresponde.

Cuando una mujer se enamora, el cambio amenaza a las prioridades, internamente, en el nivel arquetípico, puede que ya no se mantengan los viejos patrones. Cuando se activa Afrodita, puede desvanecerse la influencia de Atenea, haciendo que su promoción profesional sea menos importante que su nuevo amor. O puede que los valores pro-matrimonio de Hera sean superados si se produce una infidelidad.

Si el aspecto negativo de una diosa se activa por las circunstancias, aparecen síntomas psiquiátricos. La pérdida de un hijo o de una relación significativa puede convertir a una mujer en una afligida madre Deméter que deja de funcionar y se siente, simplemente, profundamente deprimida e inalcanzable. O la proximidad de su marido a

una mujer atractiva —sea una compañera de trabajo, una empleada o una vecina— puede invocar a la Hera celosa, haciendo que una mujer se vuelva desconfiada y paranoica, que ve engaños e infidelidad donde no las hay.

El “hacer” activa las diosas

El dicho “hacer es hacerse” expresa cómo pueden evocarse o desarrollarse las diosas mediante el curso elegido de una acción. Por ejemplo, la práctica de la meditación puede activar o fortalecer gradualmente la influencia de Hestia, la diosa introvertida y enfocada hacia dentro. Como los efectos de la meditación misma, sin subjetivos, la única persona que suele notar la diferencia es la misma mujer. Puede que medite unas dos veces al día y que entonces se ocupe de sus quehaceres cotidianos, sintiéndose más “centrada”, disfrutando de momentos de bienestar tranquilo característicos de Hestia. A veces, los demás también notan la diferencia, como pasó con el personal de oficina de una supervisora de asistentes sociales, que se dio cuenta de que, cuando meditaba, ésta tenía menos prisas y se volvía más calmada y compasiva.

En contraste con los efectos graduales de la meditación, una mujer que toma drogas psicoldélicas puede alterar su percepción de manera precipitada. Aunque los efectos suelen ser pasajeros, pueden producirse cambios duraderos de personalidad. Por ejemplo, si una mujer que es dominada por Atenea —la diosa pragmática de mentalidad lógica— toma una droga psicodélica, puede descubrirse disfrutando de sus sentidos para variar. Lo que es más intenso y bello, se queda completamente absorta en la música, se siente sensual y que ella es mucho más que su mente. Tal vez Afrodita se le haga familiar y disfrute de experiencias intensas en el presente inmediato. O puede que contemple

las estrellas, sentirse una con la naturaleza, o ser por una ver Artemisa, diosa de la luna, la cazadora cuyo reino era la naturaleza. O quizá la experiencia de la droga le lleve al “mundo subterráneo, en donde viva la experiencia del contenido intangible e irracional del inconsciente. Tal vez se deprima, tenga alucinaciones o quede aterrorizada si su experiencia se asemeja al secuestro de Perséfone en el mundo subterráneo.

Una mujer que elija continuar su educación más allá del bachillerato favorece el desarrollo de las cualidades de Atenea. Una mujer que elija tener un bebé invita a fortalecer la presencia de la maternal Deméter. Y apuntarse a una excursión con mochila en plena naturaleza proporciona más expresión a Artemisa.

Invocando a las diosas

Muchos de los himnos homéricos son invocaciones a las deidades griegas. Por ejemplo, un himno homérico puede crear la imagen de una diosa en la mente de quien lo escucha, al describir su apariencia, atributos y hazañas. Entonces se la invita a estar presente, a entrar en un hogar, a dar una bendición. Los griegos de la antigüedad sabían algo que nosotros podemos aprender: las diosas pueden ser imaginadas y, después, invocadas.

En los capítulos sobre las diosas concretas, los/as lector/as tal vez descubran que no están familiarizados/as con alguna de ellas. Tal vez se encuentren con que un arquetipo que les sea enormemente útil no esté desarrollado suficientemente o que, aparentemente, les “falte” dentro de sí. Es posible “invocar” dicha “diosa”, haciendo conscientemente un esfuerzo para ver, sentir o tener la sensación de su presencia —visualizarla mediante la

imaginación— y, después, pedir su fuerza singular. He aquí unos ejemplos de invocaciones.

- Atenea, ayúdame a pensar con claridad en esta situación.
- Perséfone, ayúdame a permanecer abierta y receptiva.
- Hera, ayúdame a comprometerme y ser fiel.
- Deméter, enséñame a ser paciente y generosa, ayúdame a ser una buena madre.
- Artemisa, manténme centrada en ese objetivo lejano.
- Afrodita, ayúdame a amar y a disfrutar mi cuerpo.
- Hestia, hónrame con tu presencia, dame paz y serenidad.

Las diosas y las etapas de la vida

Una mujer puede atravesar muchas fases en su vida. Cada etapa de su vida puede tener su propia diosa o diosas más influyentes. O puede pasar toda su vida con un patrón de diosa a lo largo de las sucesivas etapas. Cuando las mujeres consideran el pasado de sus vidas, suelen reconocer cuándo una o varias diosas eran más importantes o influyentes que otras.

Como joven adulta, una mujer tal vez haya estado centrada en su educación, como yo cuando estudiaba medicina. El arquetipo de Artemisa me mantenía centrada en mi meta. Mientras tanto, invocaba las capacidades de Atenea para aprender procedimientos y hechos que condujeran a establecer diagnósticos basados en descubrimientos clínicos y de laboratorio. Como contraste, mis compañeras de curso que se casaron inmediatamente

después de acabar los estudios y tuvieron hijos, estaban invocando a Hera y a Deméter.

La mitad de la vida es una época de transición que suele marcar el comienzo de un cambio de diosa. En algún momento, a mitad de los treinta o a mitad de los cuarenta, palidece la intensidad del arquetipo predominante de los años anteriores, lo cual permite que emerjan otras diosas. Resultan evidentes los resultados del esfuerzo puesto en lo que ocupase a una mujer en sus primeros años de vida adulta: matrimonio e hijos, profesión, esfuerzos creativos, un hombre, o una combinación de todo ello. Aparece más energía disponible para otra cosa, lo cual constituye una invitación para que otras diosas ejerzan su influencia. ¿Le influirá Atenea para que acabe una licenciatura? O, ¿prevalecerá el deseo de Deméter de tener un hijo, en un momento en que se trata de "ahora o nunca"?.

A continuación viene otra transición tardía en la vida, en la que las diosas pueden cambiar de nuevo. El periodo de la *posmenopausia* puede anunciar un cambio, lo mismo que el estado de viudedad, la jubilación o sentirse vieja. ¿Descubrirá la viuda que debe manejar dinero por primera vez una Atenea latente y se encontrará con que es capaz de entender de inversiones? ¿Se ha convertido la soledad no deseada en un cómodo retiro interno, porque se conoce ahora a Hestia? O ¿se ha vuelto ahora la vida vacía y sin sentido, porque Deméter no tiene a nadie a quien nutrir? Como en cualquier otra etapa de la vida, el resultado para cada mujer depende de la diosa que sea activada en la psique, las realidades de su situación y las elecciones que haga.

3 – LAS DIOSAS VÍRGENES: ARTEMISA, ATENEA Y HESTIA

Las tres diosas vírgenes de la mitología griega son Artemisa, diosa de la caza y de la luna; Atenea, diosa de la sabiduría y de la artesanía; y Hestia, diosa del hogar y de los templos. Estas tres diosas personifican los aspectos independientes, activos y de no-relación de la psicología femenina. Artemisa y Atenea son arquetipos orientados hacia fuera y hacia el logro, mientras que Hestia se enfoca su atención hacia dentro. Las tres representan impulsos internos en las mujeres para desarrollar talentos, ir en pos de intereses, resolver problemas, competir con los demás, expresarse de manera articulada con palabras o mediante formas artísticas, poner su entorno en orden o llevar vidas contemplativas. Cualquier mujer que haya querido alguna vez “un espacio para sí misma”, se sienta en su casa en plena naturaleza, disfrute descubriendo cómo funciona alguna cosa o aprecie la soledad, posee algún parentesco con una de estas diosas vírgenes.

El aspecto de diosas vírgenes es esa parte de una mujer que no es poseída o que “no es penetrada” por un hombre, que queda incólume por la necesidad que tiene de un hombre o la de ser validada por él, que existe completamente separada de él por derecho propio. Cuando una mujer vive toda su vida un arquetipo de virgen, quiere

decir que una parte significativa de ella es psicológicamente virginal, que no se física y literalmente virgen.

El término *virgen* significa inmaculado, puro, incorrupto, no usado, sin cultivar, no tocado e inexplorado “por el hombre”, como en tierra *virgen o selva virgen*; o no procesado previamente como en una lana *virgen*. Aceite *virgen* es aceite hecho a partir de la primera prensa de aceitunas u otras semillas, extraído sin calor (metafóricamente, no tocado por el calor de la emoción o de la pasión). El metal *virgen* es el que está en su forma primitiva, sin aleaciones ni mezclas, como en el oro *virgen*". Dentro de un sistema religioso y de un periodo histórico dominado por los dioses masculinos, Artemisa, Atenea y Hestia sobresalen como excepciones. Nunca se casaron, nunca fueron dominadas, seducidas, violadas o humilladas por dioses o mortales masculinos. Permanecieron “intactas”, invioladas. Además, sólo estas tres entre todos los dioses, diosas y mortales fueron inconmovibles por el irresistible poder de Afrodita, la diosa del amor, para inflamar la pasión y agitar el anhelo erótico y los sentimientos románticos. No les conmovían el amor, la sexualidad ni el enamoramiento.

El arquetipo de la diosa virgen

Cuando el arquetipo de la diosa virgen —Artemisa, Atenea o Hestia— es un arquetipo dominante, la mujer es (como escribió la analista junguiana Esther Harding en su libro *Women’s Mysteries*) “completa-en-sí-misma”. Una parte importante de su psique “no pertenece a nadie”. Por lo tanto, como escribió Harding: “Una mujer que es virgen, completa-en-sí-misma, hace lo que hace, no por algún deseo de agradar, no para gustar o ser aprobada, ni siquiera por sí misma; no por algún deseo de obtener poder sobre otra persona, para captar su interés o su amor, sino porque lo

que hace es verdad. Su acción puede ser efectivamente no convencional. Puede que tenga que decir que no, cuando sería más fácil y más adecuado, convencionalmente hablando, decir sí. Pero, como virgen, no está influida por las consideraciones que hacen a la mujer no virgen, casada o no, orientar sus velas y adaptarse a la conveniencia”[1].

Si una mujer es completa-en-sí-misma, estará motivada por la necesidad de seguir sus propios valores internos, de hacer lo que tiene sentido para ella o le llena, con independencia de lo que piensen los demás.

Desde el punto de vista psicológico, la diosa virgen es esa parte de una mujer que no ha sido tallada, ni por las expectativas colectivas, sociales y culturales (determinadas por los hombres) de lo que debe ser una mujer, ni por un juicio masculino sobre ella. El aspecto de la diosa virgen es una pura esencia de lo que es una mujer y de lo que ella valora. Permanece sin tacha e incontaminada porque no lo revela, porque lo mantiene sagrado y no violado, o porque lo expresa sin ninguna modificación para conformarlo a las pautas masculinas.

El arquetipo de la virgen puede manifestarse como esa parte de una mujer que es feminista en secreto o abiertamente. Puede ser expresado como una ambición cuya persecución es desalentada en las mujeres, como el deseo de la aviadora Amelia Herat de volar a donde ningún piloto había volado antes nunca. O puede ser la creatividad de la mujer como poetisa, pintora, música, creando arte que se desarrolla a partir de su propia experiencia como mujer, como la poesía se Arienne Rich, las pinturas de Judy Chicago o las baladas que compone y canta Holly Near. O puede ser expresada como una práctica de meditación o como ayuda en los partos.

Muchas mujeres se reúnen para crear formas que son “de mujeres”. Los grupos de mujeres para el desarrollo de la

conciencia, el culto a la diosa en la cima de las montañas, las clínicas médicas de autoayuda de mujeres o las reuniones sociales de vecinas, son expresiones de arquetipo de la diosa virgen manifestándose a través de grupos de mujeres.

Calidad de la conciencia: como una luz intensamente concentrada

Cada una de las tres categorías de diosas (*virgen*, vulnerable y alquímica) tiene una calidad de conciencia características. La conciencia centrada sobre algo tipifica a las diosas vírgenes[2]. Las mujeres que son como Artemisa, Atenea y Hestia, poseen el talento de concentrar su atención en lo que es importante para ellas. Tienen la capacidad de concentrarse en lo que hacen. Cuando lo hacen, pueden excluir fácilmente cualquier cosa ajena de la tarea que tienen entre las manos o la meta a largo plazo.

Yo considero la conciencia centrada sobre algo análoga a un intenso rayo de luz enfocado, dirigido voluntariamente, que sólo ilumina aquello que enfoca, dejando todo lo que queda fuera de su radio en la oscuridad o en las sombras. Tiene una calidad de foco reflector. En su forma más concentrada, la conciencia centrada sobre algo puede incluso ser como un rayo láser, tan penetrante o minuciosamente analizadora en su capacidad de examinar, que puede ser increíblemente precisa o destructiva, dependiendo de la intensidad o objetivo de su enfoque.

Cuando una mujer puede concentrarse en resolver un problema o alcanzar un mera, si ser interrumpida por las necesidades de los que le rodean, sin prestar siquiera atención a sus propias necesidades de comida y sueño, posee una capacidad para la concentración consciente que conduce a las realizaciones. Presta su “atención no dividida”

a cualquier cosa sobre la que esté trabajando. Tiene una mente “dirigida en una sola dirección”, que le permite hacer aquello en lo que pone su mente. Cuando se concentra en metas externas o cualquier tarea inmediata —como es característico de Artemisa y Atenea— el centro de interés está orientado hacia el logro.

Danielle Steel, de cuyas diecisiete novelas se han vendido más de 45 millones de ejemplares en dieciocho lenguas, es un ejemplo de este tipo de conciencia centrada en algo. Ella se describe a sí misma como “una supertriunfadora” y dice: “Es algo muy intenso. Suelo trabajar veinte horas por día, durmiendo de dos a cuatro horas. Esto continúa siete días por semana durante seis semanas”[3] (hasta que la novela está terminada).

Cuando la concentración está dirigida hacia dentro, hacia un centro espiritual —que es el centro de dirección de *Hestia* — la mujer en la que es poderoso este arquetipo puede meditar durante largos periodos sin ser distraída por el mundo que le rodea ni por la incomodidad de mantener una postura determinada.

Patrones de ser y actuar

Las mujeres que siguen sus propias inclinaciones para convertirse en nadadoras de competición, feministas activas, científicas, estadísticas, ejecutivas de empresa, amas de casa, jinetes, que entran en conventos o *ashrams* son ejemplos de las cualidades de las diosas vírgenes. Para desarrollar sus talentos y concentrarse en obtener lo que tiene un valor personal para ellas, las mujeres vírgenes suelen evitar desempeñar papeles tradicionales de mujer. El desafío es cómo hacerlo, es decir, cómo ser auténticas consigo mismas y adaptarse a vivir en un “mundo masculino”.

En mitología, cada una de las tres diosas vírgenes se enfrentaban a un desafío similar y hallaron una solución diferente.

Artemisa, diosa de la caza, renunció a la ciudad, evitaba el contacto con los hombres y pasaba su tiempo en plena naturaleza con su grupo de ninfas. Su manera de adaptarse fue la separación de los hombres y de su influencia. Este método es análogo a la de las mujeres actuales que se unen a grupos para el desarrollo de la conciencia y se hacen feministas, buscando definirse y definir sus propias prioridades, o que trabajan en colectivos dirigidos por mujeres y en asuntos que cubren sus necesidades. Las mujeres Artemisa también están representadas por “individualistas acérrimas” que se las arreglan y que hacen lo que les interesa, sin apoyo personal o aprobación por parte de los hombres ni tampoco de otras mujeres.

Por contraste, Atenea, diosa de la sabiduría, se unía a los hombres como igual o superior en las cosas que esto hacían. Era la cabeza más fría en medio de la batalla y la mejor estratega. Su adaptación fue la *identificación* con los hombres: se hizo como uno más de ellos. El ejemplo de Atenea ha sido seguido por muchas mujeres que se han incorporado al mundo empresarial o que han triunfado en ocupaciones tradicionalmente masculinas.

Por último, Hestia, la diosa del hogar, siguió su camino de introversión para adaptarse mediante el *alejamiento* de los hombres. Se replegó hacia dentro, se hizo anónima en apariencia, y se la dejo sola. La mujer que adopta esta manera de ser minimizada la importancia de su feminidad para no atraer el interés no deseado de los varones, evita situaciones competitivas y vive tranquilamente, al tiempo que se inclina más hacia los quehaceres cotidianos o la meditación, que dan sentido a su vida.

Del mismo modo, cuando más concentrada está una mujer en su propio camino, más probable es que no se vea afectada profundamente por los demás. Esta concentración puede separarla de su vida emocional e instintiva, al igual que sus vínculos con los demás. Psicológicamente hablando, a menos que haya sido “penetrada”, nadie ha logrado “llegar a ella”. Nadie le importa realmente y no sabe lo que es intimidad emocional.

Así, si una mujer se identifica con el patrón de una diosa virgen, puede que lleve una vida unilateral y frecuentemente solitaria sin ningún otro “realmente significativo”. Sin embargo, aunque una diosa permanece limitada a su papel, una mujer humana puede desarrollarse y cambiar a lo largo de su vida. Aunque de manera innata sea semejante a una diosa virgen, tal vez descubra también lo que Hera tiene que enseñar sobre las relaciones responsables, sienta las llamadas de instinto maternal y aprenda de Deméter, o puede enamorarse y descubrir de manera inesperada que Afrodita es también una parte de ella.

La nueva teoría

Al describir a Artemisa, a Atenea y a Hestia como patrones femeninos positivos y activos, estoy desafiando los presupuestos que tradicionalmente mantiene la psicología. Según si el punto de vista es freudiano o junguiano, en la psicología femenina las cualidades características de las diosas vírgenes han sido definidas como síntomas patológicos o como expresiones de un elemento masculino no totalmente consciente. Estas teorías han inhibido la conducta y dañado la autoestima de mujeres que encajan en los patrones de diosas vírgenes. Muchas mujeres familiarizadas con la teoría freudiana se han considerado a

sí mismas como algo no natural, por ejemplo, porque preferían tener una profesión a tener un bebé. Y muchas mujeres familiarizadas con las teorías junguianas han dudado en expresar sus ideas, por saber que Jung creía que la capacidad de pensar de las mujeres de manera objetiva era inferior y estaba sometida a creencias.

La teoría de Sigmund Freíd sobre la psicología femenina estaba centrada en el pene. Él describía a las mujeres en función de lo que no tenían desde el punto de vista anatómico, en lugar de describirlas en función de lo que sí tenían en sus cuerpos o en sus psiques. Según el criterio de Freíd[4], el hecho de no tener penes convertía a las mujeres en lisiadas e inferiores. Como consecuencia, él considera que las mujeres normales padecían el deseo de tener pene, eran masoquistas y narcisistas, y tenían un superego poco desarrollado (es decir, una conciencia inferior).

La teoría psicoanalítica junguiana interpretó como sigue el comportamiento femenino:

● Una mujer que es competente y que tiene confianza en sí misma, que realiza algo en el mundo y que muestra cómo disfruta la oportunidad de actualizar su inteligencia y capacidades, está exhibiendo un “complejo de masculinidad”. Según Freíd, actúa como si creyera que no ha sido castrada, cuando en realidad lo ha sido. Ninguna mujer quiere realmente sobresalir, porque la necesidad de sobresalir es un síntoma de un complejo de masculinidad, una negación de la “realidad”.

● Una mujer que quiere un niño, lo que realmente quiere es un pene y sublima este deseo, sustituyendo su deseo de pene por el deseo del niño.

● Una mujer que se siente sexualmente atraída por los hombres es porque descubrió que su madre no tenía pene. (En la teoría freudiana, la heterosexualidad de una mujer se remonta a ese momento traumático en el que, siendo una niña, descubría que no tenía pene, y después averiguaba que su madre tampoco lo tenía, de manera que desviaba la libido desde su madre hacia su padre, que sí lo tenía).

● Desde el punto de vista freudiano, una mujer sexualmente activa como se supone que deben ser los hombres, no puede disfrutar de su sexualidad y expresar su naturaleza sensual. En lugar de ello, se comporta de una manera compulsiva, intentando aliviar sus ansiedades sobre la castración.

La teoría de C.G. Jung sobre la psicología de las mujeres[5] fue mucho más "amable" hacia las mujeres que la de Freud, en el sentido de que Jung no percibía a las mujeres sólo como hombres carentes. Jung elaboró la hipótesis de la existencia de una estructura psíquica que correspondía a la diferente composición cromosómica de hombres y mujeres. Desde esta perspectiva, las mujeres poseen una personalidad consciente femenina y un componente masculino —llamado el *animus*— en su inconsciente, mientras que los hombres poseen una personalidad consciente masculina y una *anima* femenina en su inconsciente.

Para Jung, receptividad, pasividad, capacidad de nutrir y subjetividad caracterizaban la personalidad femenina. Jung estimó como atributos masculinos la racionalidad, la espiritualidad y la capacidad para actuar de manera decisiva e impersonal. Él consideró a los hombres como

especialmente dotados en estos campos. Las mujeres con rasgos similares de personalidad, por muy desarrollados que los tuvieran, estaban en inferioridad de condiciones porque no eran hombres; si una mujer pensaba correctamente o era competente en el mundo, simplemente tenía un ánimus masculino bien desarrollado y, por definición, era menos consciente que los hombres y, por lo tanto, inferior a ellos. El ánimos también podía ser hostil, impulsado por el poder, e irracionalmente obstinado, características que Jung (y los actuales junguianos) tienden a destacar al descubrir cómo funcionan el ánimus.

Aunque Jung no consideraba a las mujeres como carentes por naturaleza, las veía intrínsecamente menos creativas y manos capaces de ser objetivas o de emprender acciones que los hombres. En general, Jung tendía a ver a las mujeres en relación con los hombres o a su servicio, en lugar de considerarlas con necesidades propias e independientes. Por ejemplo, en lo concerniente a la creatividad, consideraba a los hombres como creadores y a las mujeres como asistente en el proceso creativo de éstos. “Un hombre da a luz su trabajo como una total creación a partir de su naturaleza femenina interna”; y “el lado masculino interno de una mujer genera semillas creativas que tiene el poder de fertilizar el lado femenino del hombre”[6].

Su posición teórica desalentó los esfuerzos de las mujeres para triunfar. Jung escribió: “Al emprender una profesión masculina, estudiar y trabajar como un hombre, la mujer está haciendo algo que no está totalmente de acuerdo con su naturaleza femenina, si es que no está directamente dañándola”[7].

Patrones de diosas

Cuando se considera a las diosas como patrones del comportamiento normal femenino, una mujer que se parece de manera natural más a la sabia Atenea o a la competitiva Artemisa que a la buena esposa Hera o a la maternal Deméter, es apreciada en su ser femenino aunque sea activa, objetiva en sus aseveraciones, o esté orientada hacia el éxito. Es auténtica con la forma, como la diosa concreta a la que más se parece. No padece ningún complejo de masculinidad, como diagnosticaría Freíd, y no está identificada con el ánimus, ni es masculina en su actitud, como sugeriría Jung.

Cuando una mujer tiene a Atenea y a Artemisa como patrones de diosas, puede que no sean facetas de su personalidad atributos como la dependencia, la receptividad o la capacidad de nutrir. Éstas son las cualidades que necesita desarrollar para ser una persona capaz de mantener relaciones, volverse vulnerable, dar y recibir amor y bienestar, así como favorecer el desarrollo de los demás.

El foco interno y contemplativo de Hestia la mantiene a una distancia emocional de los demás. Aunque sea independiente, su calidez tranquila es *nutriente* y compasiva. Lo que necesita desarrollar, y que vale también para Artemisa y Atenea, es la capacidad de *intimidad* personal.

Estas tareas de desarrollo difieren de las necesidades de evolución de las mujeres que se parecen a Hera, Deméter, Perséfone o Afrodita. Estos cuatro patrones de diosas predisponen a las mujeres a las relaciones; las personalidades de este tipo de mujeres encajan con la descripción junguiana de las mujeres. Necesitan aprender cómo permanecer centradas sobre algo, objetivas y capaces de afirmarse con fuerza, cualidades que no están fuertemente desarrolladas de manera innata en dichos

patrones. Estas mujeres necesitan desarrollar el ánimus, o activar los arquetipos de Artemisa y de Atenea en sus vidas.

Cuando es Hestia el arquetipo dominante en una mujer, tiene en común con las mujeres orientadas hacia las relaciones le necesidad de desarrollar su ánimus o de tener Artemisa y a Atenea como arquetipos activos, si es que quiere ser eficaz en el mundo.

¿Ánimus masculino o arquetipo femenino?

Los sentimientos subjetivos y los personajes que aparecen en los sueños ayudan a distinguir si el foco activo de una mujer está asociado a un ánimus masculino o a un patrón femenino de diosa. Por ejemplo, si una mujer siente que la parte de ella que es capaz de hacer afirmaciones con fuerza es algo ajeno a sí misma —es decir, siente como si tuviera un varón dentro de ella al que recurre en situaciones difíciles que le exigen “ser ruda” o “pensar como un hombre” (y no siente ninguna de las cosas “como propias)—, entonces es su ánimus el que surge para dicha ocasión y le ayuda. Al igual que se recurre a un motor auxiliar cuando se requiere más potencia, el ánimus es mantenido en reserva. Este modo de reserva existe especialmente, sin ninguna duda, en mujeres en las que Hestia, Hera, Deméter, Perséfone o Afrodita son los patrones más fuertes.

Pero cuando son Atenea y Artemisa aspectos bien desarrollados de su personalidad, una mujer puede afirmarse con fuerza, de *manera natural*, pensar correctamente, saber lo que quiere realizar o competir cómodamente. Estas cualidades, lejos de ser ajenas, se sienten como expresiones intrínsecas de la persona que ella es *como mujer*, y no como las cualidades de un ánimus masculino que hace las cosas por “ella”.

Los sueños constituyen el segundo método de distinguir un tipo Artemisa o Atenea de un ánimus. Indican si estas diosas vírgenes con el origen de la actitud activa de una mujer, o si sus cualidades como la capacidad de afirmarse o perseguir objetivos deben atribuirse al aspecto masculino de la mujer.

Cuando Artemisa y Atenea son los arquetipos predominantes, la soñadora suele estar explorando sola un terreno desconocido. Se halla en el papel de protagonista que lucha con obstáculos, escala montañas, o se aventura en un país extranjero o en un paisaje subterráneo. Por ejemplo: “Estoy al volante de mi coche convertible, corriendo de noche a toda velocidad por una carretera rural, yendo más rápida que cualquiera que sea que me está persiguiendo”; “soy una forastera en una extraña ciudad semejante a los jardines colgantes de Babilonia; “es como ser agente doble; no se supone que deba estar allí y sería peligroso que cualquiera de los que me rodean se diese cuenta de quién soy”.

Las dificultades o facilidades del viaje contadas en sus sueños *tienen* una correlación con los obstáculos internos y externos a los que se enfrenta a la soñadora cuando intenta comportarse con determinación y ser una persona efectiva en el mundo. Lo mismo que en sus sueños, se siente natural cuando determina su propio camino. Está siendo su ser activo, con la mente puesta en sí misma.

Cuando las cualidades de afirmación están en sus primeras fases de desarrollo, una soñadora suele estar acompañada por otro personaje. Este compañero debe ser varón o mujer, una presencia vista indistintamente o una persona claramente definido y reconocible. El sexo del compañero constituye un comentario simbólico que ayuda a diferenciar si estas capacidades emergentes son vistas como “masculinas” (ánimus) o “femeninas” (diosas vírgenes).

Por ejemplo, si la soñadora está desarrollando sus cualidades de Artemisa o Atenea, y se encuentra en sus primeros años educativos o profesionales, su compañera de sueños más constante suele ser una indefinida mujer desconocida sin rasgos diferenciados. Más adelante, su compañera podría ser una mujer cuya trayectoria educativa o profesional es como la de la soñadora, sólo que un poco más desarrollada, o una compañera de curso que continuó algo de sí misma en el mundo.

Cuando el compañero en una aventura soñada es un hombre o un muchacho, la soñadora suele ser una mujer tradicional, que se identifica con las diosas vulnerables o, como ser verá más adelante, con Hestia o Afrodita. Para estas mujeres, los hombres simbolizan acción y, por lo tanto, definen en sus sueños las cualidades de afirmación o competitivas como masculinas.

Así pues, cuando una mujer entra dubitativamente en el mundo del trabajo o en el bosque académico ayudada por un ánimus o aspecto masculino de sí misma, ese aspecto puede estar representado en sus sueños por un hombre tenuemente percibido, tal vez un muchacho joven o un adolescente (que está todavía en fase de desarrollo), que se encuentra con ella en un lugar desconocido, y con frecuencia, peligroso. Después de que ella ha recibido su título o ha sido promocionada y se siente con más confianza en sus capacidades, la base del sueño se vuelve más amistosa y su símbolo probablemente se convierta en un hombre conocido o que parece familiar en el sueño. Por ejemplo: “Me encuentro en un viaje largo y complicado en autobús con mi viejo novio”, o “estoy en un coche, conducido por un hombre que ahora no puedo identificar, pero en el sueño es alguien al que conozco muy bien”.

La nueva teoría que he elaborado en este libro está basada en la existencia de los patrones arquetípicos, un

concepto que introdujo Jung. No he descartado el modelo de la psicología femenina que Jung describió; he visto que encaja con alguna, pero no con todas las mujeres. Los capítulos sobre las diosas vulnerables y Afrodita afinan un poco más el modelo junguiano, mientras que los tres siguientes capítulos —sobre Artemisa, Atenea y Hestia— proporcionan nuevos patrones que van más allá de los conceptos de Jung.

4 – ARTEMISA: DIOSA DE LA CAZA Y DE LA LUNA, RIVAL Y HERMANA

Artemisa, la diosa

Artemisa, conocida por los romanos como Diana, era diosa de la caza y diosa de la Luna. La esbelta y adorable hija de Zeus y Latona erraba por los bosques, montañas y prados salvajes, en alegre compañía de su grupo de ninfas y perros cazadores. Vestida con una corta túnica, armada con un arco de plata, un carcaj de flechas a su espalda, era la arquera de disparo certero. Como diosa de la luna, también se la presenta como portadora de la luz, llevando antorchas en sus manos, o con la luna y las estrellas rodeando su cabeza.

Como diosa de la vida natural, en especial de la joven vida natural, se la asociaba a muchos animales no domésticos que simbolizan sus calidades. El ciervo, la gama, la liebre y la codorniz simbolizan su naturaleza huidiza. La leona representaba su realeza y su destreza en la caza, y el fiero oso, su aspecto destructivo. El oso era un símbolo adecuado de su papel protector de las jóvenes (las jóvenes pubescentes griegas se consagraban a Artemisa, y bajo su protección se las llamaba *artoki* y "osas" durante ese periodo todavía indiferenciado en sus vidas). Finalmente, el

caballo salvaje erraba ampliamente con sus compañeros, como lo hacía Artemisa con sus ninfas.

Genealogía y mitología

Artemisa fue la hermana gemela, nacida en primer lugar, de Apolo, dios del sol. Su madre Latona, era una deidad de la naturaleza, hija de dos titanes; el padre de Artemisa y Apolo fue Zeus, que reinaba entre los dioses del Olimpo.

Cuando le llegó el momento a Latona de dar a luz a sus hijos surgieron grandes dificultades. En ninguna parte a donde acudía era bien recibida, porque todos temían la cólera vengativa de Hera, la esposa legal de Zeus. Finalmente encontró refugio en la árida isla de Delos, donde dio a luz a Artemisa.

En cuanto nació, Artemisa ayudó a Latona durante la prolongada y dificultosa labor de alumbramiento de Apolo. Durante nueve días y nueve noches, Latona sufrió atroces dolores a causa de las vengativas maquinaciones de Hera. Artemisa, que había servido de partera a su madre, también fue considerada por esta razón una diosa del nacimiento. Las mujeres se dirigían a ella como “auxiliadora en el dolor, a la que ningún dolor afecta”. Le rezaban para acabar con el dolor, acelerando el nacimiento del hijo o proporcionándoles un “muerte dulce” causada por sus flechas[1].

Cuando Artemisa tenía tres años, Latona la llevo al Olimpo para que conociese a Zeus y a sus parientes divinos. En su *Himno a Artemisa*, el poeta Calímaco la describe sentada en el regazo de su encantado padre Zeus, “que se inclinó y la acarició diciendo: cuando las diosas me dan hijas como ésta, la cólera de la celosa Hera me inquiera muy poco. Mi pequeña, tendrás todo lo que desees"[2].

Artemisa pidió arco y flechas, una jauría de sabuesos con los que cazar, ninfas para acompañarla, una túnica

suficientemente corta para poder correr con ella puesta, montañas y naturaleza salvaje como sus dominios especiales, y castidad eterna, todo lo cual le concedió su padre, además del privilegio de elegirlo todo ella misma.

Artemisa se fue al bosque y al río a escoger las ninfas más bellas. Se adentró bajo el mar para encontrar a los cíclopes, artesanos de Poseidón, para forjar su arco y sus flechas de plata. Y, por último, con el arco en la mano, seguida de sus ninfas, buscó a Pan, medio hombre, medio cabra, deidad de la naturaleza que tocaba la flauta, y le pidió algunos de sus mejores sabuesos. Como estaba cayendo la noche, impaciente por probar sus nuevos regalos, cazó a la luz de las antorchas.

En los mitos, Artemisa actuaba rápidamente y de manera decisiva en auxilio de aquéllos que solicitaban su ayuda. También era rápida para castigar a quienes le ofendían.

En cierta ocasión, cuando su madre Latona estaba de camino a Delfos para visitar a Apolo, el gigante Ticio intentó violarla. Artemisa acudió rápidamente en ayuda de su madre y, disparando mortalmente a Ticio con su arco y su flecha, lo mató.

En otra ocasión, la arrogante e ignorante Níobe cometió el error de insultar a Latona, vanagloriándose de que ella, Níobe, había tenido muchos hijos e hijas hermosas, mientras que Latona sólo tenía dos. Latona recurrió a Artemisa y a Apolo para vengar esta afrenta, lo que hicieron diligentemente. Con sus arcos y flechas, Apolo mató a los seis hijos de Níobe, y Artemisa a las seis hijas. Níobe fue convertida en una llorosa columna de piedra.

Es digno de señalar el que Artemisa acudiese repetidamente en ayuda de su madre. No se conoce a ninguna otra diosa por este hecho. Otras mujeres también recurrieron a ella con éxito. La ninfa de los bosques, Aretusa, llamó a Artemisa cuando estaba a punto de ser violada.

Aretusa había vuelto de una cacería, desnuda, y estaba refrescándose nadando, cuando el dios del río la deseó; entonces, persiguió a la ninfa desnuda, que huyó aterrorizada. Artemisa oyó su llanto, la rescató en una nube de niebla y la convirtió en un manantial.

Artemisa era implacable con quienes la ofendían, como, por ejemplo cuando descubrió a Acteón cometiendo su gran error: mientras paseaba por el bosque, el cazador Acteón llegó accidentalmente a una poza escondida, en donde de estaban bañando la diosa y sus ninfas, y se quedó mirando embobado. Ofendida por su intrusión, Artemisa salpicó agua a la cara de Acteón, transformándole en un ciervo. Se convirtió entonces en presa de sus propios perros de caza, que salieron en su persecución. Aterrorizado, intentó huir, pero fue alcanzado y despedazado a mordiscos.

Artemisa también mato a otro cazador, al que amaba; Orión. Su muerte fue provocada inadvertidamente por Apolo, que se sentía ofendido por el amor de Artemisa hacia Orión. Un día, cuando pasaba sobre el mar Apolo vio a Orión, cuya cabeza asomaba por encima del agua. Apolo encontró a Artemisa a cierta distancia, le señaló un objeto oscuro en el océano y le dijo que no podía hacer blanco. Aguijoneada por el desafío de su hermano, y sin saber que estaba apuntando a la cabeza de Orión, disparó una fecha que le mató. Posteriormente, Artemisa colocó a Orión entre las estrellas y le dio uno de sus sabuesos, Sirio, la estrella del Can Mayor, para que le acompañara a lo largo de los cielos. Así pues, el único hombre al que amó se convirtió en una víctima de su naturaleza competitiva.

Aunque es más conocida como la diosa de la caza, Artemisa fue también la diosa de la luna. Se encontraba como en su propia casa por la noche, recorriendo sus territorios salvajes a la luz de la luna o de las antorchas. En su aspecto de diosa de la luna, Artemisa fue relacionada son

Selene y Hécate. Las tres fueron consideradas como una trinidad lunar. Selene gobernaba el cielo, Artemisa la luna y Hécate el extraño y misterioso mundo subterráneo.

Artemisa, el arquetipo

Artemisa como diosa de la caza y diosa de la luna, era una personificación del espíritu femenino independiente. El arquetipo que hace posible que una mujer busque sus propias metas en el terreno que ella misma elija.

Diosa virgen

Como diosa virgen, Artemisa era inmune al enamoramiento. No fue seducida ni violada, como lo fueron Perséfone y Deméter, y nunca fue la mitad de la pareja de un marido, como esposa. Artemisa, como diosa virgen, representa un símbolo de integridad, una unidad en sí misma, una actitud de “puedo cuidar de mí misma”, que permite a una mujer funcionar por sus propios medios, con autoconfianza y espíritu de independencia. Este arquetipo hace posible el que una mujer se sienta completa sin un hombre. Con él, puede seguir sus propios intereses y trabajar en lo que le gusta sin necesidad de la aprobación masculina. Su identidad y sentido de su propia valía están basados en lo que es y lo que hace, y no en el hecho de si está casada o no y con quién. La insistencia en que se le dirijan como “señorita” expresa la cualidad típica de una diosa virgen Artemisa, que hace hincapié en la independencia y en la autonomía respecto a los hombres.

La arquera centrada en su meta

Como diosa de la caza en persecución de la presa elegida, Artemisa, la arquera, podía apuntar a cualquier blanco, cercano o lejano, y sabía que sus flechas alcanzarían indefectiblemente sus blancos. El arquetipo de Artemisa proporciona a las mujeres la capacidad innata para centrarse intensamente en cualquier cosa que sea importante para ellas y para no ser distraídas de la dirección que eligen, ni por las necesidades de los demás ni por su competitividad. A lo más, competir aumenta la animación de "la caza". El enfoque sobre la meta y la perseverancia a pesar de los obstáculos del camino o del carácter esquivo de la presa con cualidades de Artemisa que condicen a logros y éxitos. Este arquetipo posibilita dar en el blanco elegido.

Arquetipo del movimiento feminista

Artemisa representa cualidades idealizadas por el movimiento feminista: realización y competencia, independencia de los hombres y de las opiniones masculinas, y preocupación por las mujeres y jóvenes escogidas como víctimas e indefensas. Artemisa la diosa ayudó a su madre Latona a dar a luz, le salvó a ella y a Aretusa de ser violadas, y castigó al frustrado violador Ticio y al intruso cazador Acteón. Fue la protectora de las jóvenes, especialmente de las niñas preadolescentes.

Estos intereses de Artemisa son similares a los intereses del movimiento feminista, que desembocaron en la organización de clínicas de mujeres violadas, clases de autodefensa, ayuda a las mujeres sexualmente acosadas y refugios para mujeres maltratadas. El movimiento feminista ha hecho hincapié en los partos seguros y en las comadronas, se ha preocupado del incesto y de la pornografía, y está motivado por su deseo de prevenir del

daño a mujeres y niños y en castigar a los causantes de dicho daño.

La hermana

Artemisa, la diosa, estaba acompañada por un grupo de ninfas, deidades menores que se asocian con las montañas, los bosques y los ríos. Viajaban con ella, explorando y cazando un vastos territorios salvajes, las modas o las ideas de lo que las mujeres "deben hacer", y estaban más allá del control de los hombres o de las preferencias masculinas, eran como "hermanas", con Artemisa como la "Gran Hermana", que las conducía y a la que podían recurrir para ser ayudadas. Por el hecho de que Artemisa constituye una inspiración arquetípica, no es de extrañar que el movimiento feminista haya enfatizado la "hermandad" de las mujeres.

Gloria Steinem, fundadora y editora de la revista *Ms*., es una mujer contemporánea que personifica aspectos del arquetipo de Artemisa. Steinem se ha convertido en una personalidad mítica más allá de su propia vida, par las personas que proyectan en ella la imagen de diosa. A la vista pública se halla Gloria Steinem, líder del movimiento feminista, y en los ojos de la mente se halla una esbelta y grácil Artemisa, de pie en medio de sus compañeras.

Las mujeres que se alinean con las metas y las aspiraciones del movimiento feminista suelen admirar a Gloria Steinem como personificación de Artemisa a identificarse con ella. Esta identificación se produjo especialmente a principios de los años 70, cuando una gran cantidad de mujeres llevaban su misma marca de gafas de aviador, imitaban su estilo de corte de pelo, dividido por la mitad y flotando libremente al viento.

Diez años después, la imitación superficial fue sustituida por intentos de ser, lo mismo que ella, mujeres atractivas

con poder e independencia personales.

La mística de Artemisa que rodeaba el papel y apariencia de Steinem se ve reforzada por su estado de soltera, aunque ha estado unida sentimentalmente con varios hombres, no se ha casado, como corresponde a una mujer que representa a una diosa virgen “completa-en-sí-misma”, que no pertenece a ningún hombre”.

Steinem está dentro de la tradición de Artemisa, en la que las mujeres recurren a ella en búsqueda de ayuda, que ella proporciona como una gran hermana. Yo sentí su apoyo de primera mano, cuando le pedí acudir a los encuentros anuales de la Asociación Americana de Psiquiatría para que apoyase a quienes queríamos que la APA (American Psychiatric Association) respaldase el boicot del movimiento feminista a los Estados que no habían ratificado la Ley de Igualdad de Derechos. Yo estaba fascinada al *ver* cuánto poder se le atribuía a Gloria Steinem por muchos hombres que “la habían insultado” y que reaccionaban después como si fueran a compartir el destino de Acteón. Algunos psiquiatras varones que se opusieron a ella expresaron realmente sus miedos (infundados) de que podían ser arruinados económicamente o de que podían incluso perder el dinero concedido a la investigación si esta “diosa” llegaba a ejercer su poder para castigarles y destruirles.

La Artemisa que vuelve a la naturaleza

En su afinidad con la naturaleza salvaje y no domesticada, Artemisa es el arquetipo responsable de la unidad consigo misma y con la naturaleza que sienten algunas mujeres, cuando se adentran con una mochila entre montañas boscosas, duermen bajo la luna y las estrellas, caminan por una playa desierta o contemplan el desierto y se sienten en comunión espiritual con lo que les rodea.

Lynn Thomas, al escribir *The Backpacking Woman*, describe las percepciones de una mujer que aprecia la naturaleza salvaje a través de su naturaleza de Afrodita:

> Existe para las principiantes grandeza y silencio, agua pura y aire limpio. También está el regalo de la distancia… la oportunidad de permanecer alejada de las relaciones y del ritual cotidiano… y el regalo de la energía. La naturaleza salvaje nos infunde su marca especial de energía. Recuerdo estar tendida una vez cerca del río Snake, en Idazo, y tomar conciencia de que no podía dormir… fuerzas de la naturaleza me tenía en su mano. Fui sumergida en una danza de iones y átomos. Mi cuerpo estaba respondiendo a la atracción omnipresente de la luna[3].

“Visión a la luz de la luna”

La claridad del enfoque tipo “ojo-en-el-blanco” de Artemisa, la cazadora, es uno de los modos de “ver” que se asocia con Artemisa. La “visión a la luz de la luna” es también característica de Artemisa como diosa de la luna. Visto a la luz de la luna, un paisaje queda transformado, los detalles son difusos, bellos y, frecuentemente. Misteriosos. La propia visión se eleva hacia los cielos estrellados o hacia una vasta visión panorámica de la naturaleza. A la luz de la luna, una persona conectada con Artemisa se convierte en una parte —sin yo— de la naturaleza, en ella misma y una con ella durante algún tiempo.

En su libro *Women in Wilderness*, China Galland hace hincapié en que cuando las mujeres caminan en plena naturaleza salvaje también hacia dentro: “Ir a la naturaleza salvaje implica a la naturaleza salvaje

dentro de nosotras. Puede de que sea el valor más profundo de esa experiencia: el reconocimiento de nuestra pertenencia al mundo natural”[4]. Es característico el que las mujeres que siguen a Artemisa y penetran en la naturaleza descubren que se vuelven más reflexivas. Con frecuencia, sus sueños son más vívidos de lo normal, lo cual contribuye a que miren hacia su interior. Ven territorio interno y sueñan con símbolos “a la luz de la luna”, por decirlo de alguna manera, en contraste con la realidad tangible, que se aprecia a plena luz del día.

El cultivo de Artemisa

Las mujeres identificadas con Artemisa reconocen inmediatamente su afinidad con esta diosa. Otros tipos de mujeres también pueden tomar conciencia de su necesidad de conocerla. Pero otras mujeres saben que Artemisa existe y se dan cuenta que se convierten en una parte con mayor influencia en ellas mismas. ¿Cómo podemos cultivar a Artemisa o fortalecer este arquetipo? ¿Y cómo podemos estimular el desarrollo de Artemisa en nuestras hijas?.

A veces, el objetivo de desarrollar la naturaleza de Artemisa exige medidas drásticas. Por ejemplo, una escritora de talento, cuyo trabajo tenía sentido para ella, lo abandonaba una y otra vez cada vez que entraba un hombre en su vida. Cualquier hombre era inicialmente embriagador. Muy pronto se convertía en una necesidad. Su vida giraba en torno a él, y si éste se volvía distante o la rechazaba, ella se ponía cada vez más frenética. Después de que una amiga le comentase que era adicta a los hombres, se dio cuenta del patrón de conducta y decidió que si quería escribir

en serio, tenía que “pasar el mono” y abstenerse” de los hombres por un periodo de tiempo. Se fue de la ciudad y veía sólo ocasionalmente a viejos amigos, mientras que cultivaba la soledad, el trabajo y Artemisa dentro de sí.

Una mujer que se casa siendo joven suele pasar de ser hija a ser esposa (desde el punto de vista arquetípico, de Perséfone a Hera), y puede que descubra y valores las cualidades de Artemisa sólo después de un divorcio, cuando viva sola por primera vez en su vida. Una mujer así tal vez vaya de vacaciones sola y se de cuenta de que puede pasarlo bien, o quizás descubra la satisfacción de correr varios kilómetros cada mañana, o disfrute siendo parte de un grupo de apoyo a mujeres.

O puede que una mujer tenga una serie de relaciones, se sienta sin valor en los intervalos en los que está sin hombre y desarrolle a Artemisa sólo después de “haber renunciado a los hombres” y llegue seriamente a la conclusión de no casarse nunca. Cuando tenga el valor de afrontar esta posibilidad y de organizar su vida alrededor de los amigos y de lo que le importa realmente, tal vez sienta una sensación de totalidad y de unidad consigo misma, un inesperado bienestar que procede del hecho de desarrollar el arquetipo de Artemisa.

Los programas en la naturaleza para mujeres evocan a Artemisa, especialmente aquéllos que combinan una experiencia de grupo con una jornada heroica en soledad. Cuando algunas mujeres realizan excursiones para “romper límites” o grupos para mujeres en búsqueda de una visión, están cultivando el arquetipo de Artemisa. Igualmente, cuando nuestras hijas participan en deportes de competición, acuden a

campamentos para chicas, viajan para explorar nuevos lugares, viven en medio de culturas extranjeras a través de programas de intercambios estudiantiles, o se unen al Cuerpo de la Paz, obtienen experiencias que pueden desarrollar a la Artemisa autosuficiente.

Artemisa, la mujer

Las cualidades de Artemisa aparecen muy temprano. Habitualmente una bebé Artemisa es la que contempla absorta objetos nuevos, la que es activa en lugar de pasiva. La gente suele comentar su capacidad de concentrarse en una tarea escogida por ella: “Tiene un asombroso poder de concentración para tener dos años”, o “es una niña obstinada”, o “ten cuidado con los que prometes, porque tiene una memoria de elefante y no olvidará; te obligará a cumplir”. La inclinación de Artemisa a explorar nuevos territorios empieza normalmente cuando se las arregla para levantarse y saltar la barandilla de la cuna, o se sale del pequeño parque y se introduce en un mundo más grande.

Artemisa posee una tendencia a sentir intensamente sus causas y sus principios. Puede que acuda en defensa de alguien más pequeño o puede que afirme fervientemente, “¡eso no es justo!”, antes de embarcarse en alguna campaña para enderezar algún entuerto. Las niñas Artemisa que crecen en hogares que favorecen a los hijos —dando a los chicos más privilegios o atribuyéndoles menos tareas domésticas— no aceptan dócilmente esta desigualdad como algo “dado”. La feminista en ciernes suele

vislumbrarse primero como la hermana pequeña que pide igualdad.

Los padres

Una mujer Artemisa que sigue con seguridad su propio camino, sintiéndose al mismo tiempo bien sobre quién es ella como persona, y contenta de ser una mujer, frecuentemente ha tenido como padres el equivalente de una Latona amorosa y de un Zeus que aprueba, para ayudarla a "realizar" su potencial de Artemisa. Para que una mujer Artemisa compita y triunfe con éxito y sin conflicto, es extremadamente importante la aprobación paterna.

Muchos padres que apoyan a sus hijas son como Zeus en el hecho de proveer los "dones" que le ayudarán a hacer lo que quiere hacer. Tal vez esos dones sean intangibles: intereses o similitudes comunes que el padre reconoce y alienta. O pueden ser dones más tangibles, como lecciones o materiales especiales. Por ejemplo, la campeona del tenis Chris Evert Lloyd fue entrenada por su padre, tenista profesional, que le regaló su primera raqueta cunado sólo tenía seis años.

No obstante, cuando una hija Artemisa tiene una madre y un padre no tradicionales, la vida ya no se parece a la del monte Olimpo: no existía algo equivalente en la mitología griega. Cuando padre y madre comparten en plano de igualdad *el cuidado* de los hijos y las tareas domésticas, y cada uno tiene una profesión, la hija Artemisa tiene un modelo para evolucionar que le permite valorar y desarrollar sus cualidades de Artemisa. Es más, puede hacerlo sin

considerar que dichas cualidades son incompatibles, tanto con la maternidad como con las relaciones.

Los problemas surgen cuando los padres critican o rechazan a una hija Artemisa por no ser la niña que esperan que sea. Una madre que quiere una bebé plácida y mimosa, y que en su lugar tiene una criatura activa del tipo “no me encierres con una cerca”, puede sentirse decepcionada con la bebé o rechazada por ésta. Una madre que espera que su hija siga paso a paso su camino, se apresure a pedirle ayuda y acepte complaciente lo que “su madre sabe mejor que ella”, no verá cumplidas sus esperanzas, por tener una hija Artemisa. Incluso a los tres años “la pequeña señorita independiente” no quiere quedarse en casa con mamá; prefiere jugar con niños mayores que ella en la equina de la calle. Y no le gusta llevar vestidos con volantes o estar mona para las amigas de su madre.

Más adelante, cuando Artemisa quiera hacer algo para lo que necesita el permiso de los padres, puede que se tropiece con una negativa. Si los chicos pueden hacer algo y ella no “por ser chica”, tal vez proteste ruidosamente. Y puede que se retire resentida si su protesta no sirve para nada. La negativa y la desaprobación quizá dañen su estima y confianza en sí misma, especialmente si su admirado padre la critica por no ser una señorita y no la trata nunca como a “su niña especial”, al tiempo que se muestra despectivo o crítico respecto a sus ideas, capacidades o aspiraciones.

En la práctica profesional, oigo lo que sucedía cuando dichos padres se oponían a sus hijas Artemisa. Era típico que la hija mantuviese una actitud desafiante hacia fuera, pero que estuviese herida por dentro. Se mostraba fuerte, no afectada por lo que su

padre pensaba, esperando la hora propicia en la que ella podría ser independiente. Las consecuencias varían en intensidad y gravedad, pero siguen el mismo patrón: la consecuencia es una mujer que se siente en conflicto sobre su competencia y que suele sabotearse a sí misma: sus propias dudas son sus peores enemigos. Aunque en la superficie resistía con éxito el poder de su padre para limitar sus aspiraciones, incorporaba la actitud crítica de éste dentro de su psique. En lo más profundo, lucha con sentimientos de no ser lo suficientemente buena, duda cuando se le ofrecen nuevas oportunidades, realiza menos cosas de la que es capaz e, incluso cuando triunfa, sigue sintiéndose inadecuada. Este patrón es producido culturalmente por familias y culturas que ponen más valor en los hijos que en las hijas y que esperan que éstas sean estereotípicamente femeninas.

Una mujer Artemisa, que asistía a un seminario que yo deba, comentó: “Mi madre quería una Perséfone (una pequeña ‘hija de la madre’ complaciente), y mi padre quería un hijo. Lo que tuvieron fui yo”. Algunas madres de hijas Artemisa también rechazan y critican a sus hijas por perseguir metas que ellas no valoran. Esta desaprobación no suele disuadir a sus hijas, pero de todos modos produce el efecto de socavar. Sin embargo, el peso de la negatividad de su madre suele ser menor que el de su padre por la mayor autoridad que tienen éstos.

Otra dificultad común hija-madre que tienen las hijas Artemisa se produce con las madres que ellas consideran pasivas y débiles. Puede que sus madres hayan sido depresivas, víctimas del alcohol o de un mal matrimonio o, simplemente, inmaduras. Cuando describen las relaciones con sus madres, muchas hijas

Artemisa que forman parte de esta configuración madre-hija dicen: “Yo hacía de padre y madre”. Cuando se habla un poco *más*, surge su tristeza por no tener madres más fuertes y no poder hacer más para cambiar la vida de sus madres. Mientras que la diosa Artemisa siempre era capaz de ayudar a su madre Latona, los esfuerzos de las hijas Artemisa para rescatar a sus madres suelen ser infructuosos.

La desvalorización y la falta de respeto por sus madres aumentas las cualidades de diosa virgen de las hijas Artemisa. Decididas a no parecerse a sus madres, suprimen los sentimientos de dependencia, evitan expresar la vulnerabilidad y se prometen solemnemente a sí mismas ser independientes.

Cuando una hija Artemisa carece de respeto por una madre cuyos papeles han sido los tradicionales, se encuentra en una situación difícil. Al rechazar la identificación con su madre, normalmente se encuentra a sí misma rechazando lo que se considera como femenino: dulzura, receptividad y atracción hacia el matrimonio y la maternidad. Se ve invadida por sentimientos de inadecuación; esta vez, en el terreno de su identificación femenina.

Adolescencia y primeros años de vida adulta

La chica Artemisa es típicamente una competidora natural, con perseverancia, valor y voluntad de ganar. Se esforzará hasta el límite en persecución de cualquiera que sea la meta que tenga delante. Tal vez sea una *girl scout*, que hace excursiones, sube montañas, duerme al aire libre, monta a caballo, maneja el hacha para portar leña para los fuegos de

campamento o, como la misma Artemisa, se convierte en una buena arquera. La adolescente Artemisa inconfundible es la joven “loca por los caballos”, cuyo mundo gira alrededor de los mismos. La heroína de la película clásica *Nacional Velvet* personifica su Artemisa adolescente arquetípica.

La adolescente Artemisa es una chica con una vena de independencia y una inclinación por la exploración. Se aventura en los bosques, sube montañas, o quiere saber qué es lo que hay detrás de cada cosa. Sus eslóganes son “no me encierres” y “no me pises”. Como chica, es menos conformista o contemporizadora que sus compañeras, porque está menos motivada por el ansia de agradar a los demás y porque normalmente sobe lo que quiere. Sin embargo, puede que esta seguridad rebote sobre ella: los demás tal vez la consideren “cabezota”, “obstinada” y “poco femenina”.

Cuando deja la casa por la Universidad, la mujer Artemisa disfruta la euforia de la independencia y el desafío competitivo de cualquier cosa que le interesa. Normalmente encuentra un grupo con el mismo espíritu para hacer actividades en común. Si es política, tal vez sea candidata para un puesto.

Y si es aficionada al mantenimiento físico, tal vez corra muchos kilómetros por día, deleitándose en su fuerza y elegancia, disfrutando el estado reflexivo que alcanza su mente cuando corre. (Todavía tengo que encontrar una mujer que haya corrido un maratón y que no haya tenido una fuerte vena de Artemisa dentro, que es el origen de la combinación de enfoque sobre una meta, intensidad, voluntad y espíritu de competición necesarios pata ello). Puede encontrarse también a Artemisa en las esquiadoras, que dirigen su

ascenso montaña debajo de manera instintiva, siempre inclinadas hacia delante en una actitud física y psicológica que avanza sin dudar, estimulada por las dificultades.

Trabajo

La mujer Artemisa se esfuerza en los trabajos que tienen un valor subjetivo para ella. La competición la estimula y (hasta un punto) la oposición no le intimida. La mujer Artemisa que ha abrazado una profesión asistencial o jurídica normalmente tiene un ideal que influyó en su elección. Si trabaja en el campo de los negocios, probablemente empezaría con un producto en el que creía o, tal vez, con un producto que le ayudaba a conseguir hacer algo que quería hacer. Si se encuentra en el campo de la creación, lo más probable es que esté expresando una visión personal. Si abrazó la política, es abogada de alguna causa, generalmente con el medio ambiente o con temas feministas. El éxito en el mundo —fama, poder o dinero— puede llegarle si aquello en lo que sobresale es algo que el mundo recompensa.

Sin embargo, los intereses que muchas mujeres Artemisa persiguen no tienen valor comercial, y no abocan a una profesión ni aumentan la fama o el peculio personal. Por el contrario, a veces ese interés es tan personal o tan fuera de los caminos trillados, absorbe tanto tiempo, que está garantizada una *falta* de éxito en el mundo y una *falta* de relaciones. Pero la búsqueda es gratificante desde el punto de vista personal para el elemento Artemisa en la mujer. Por ejemplo, la abogada de causas perdidas, la reformadora impopular, la “voz que grita en el

desierto” a la que nadie parece prestar atención, es muy probable que sea una mujer Artemisa, lo mismo que la artista que continúa trabajando sin apoyos no éxito económico. (En el caso de la artista, Afrodita, con su influencia sobre la creatividad y su énfasis sobre la experiencia, se junta con Artemisa).

Como la mujer tipo Artemisa es una mujer nada tradicional, es posible que surjan conflictos dentro de sí misma y con los demás que paralicen sus esfuerzos. Lo que quiere hacer quizá esté, por ejemplo, “más allá de sus propios límites”, si su familia considera que sus aspiraciones son inapropiadas para una hija. Es posible que la elección de la profesión que quiere seguir haya estado cerrada a las mujeres hasta hace poco. Si “nació demasiado pronto” para el movimiento feminista, puede que haya sido derrotada por los obstáculos y la falta de apoyo y, tal vez, se haya quebrado su espíritu de Artemisa.

Relaciones con otras mujeres: como hermanas

Las mujeres Artemisa tienen un sentimiento de compañerismo con otras mujeres. Al igual que la misma Diosa, que se rodeó de compañeras-ninfa, las mujeres Artemisa suelen considerar su amistad con otras mujeres como algo importante. Este patrón de comportamiento se remonta a la escuela elemental. Tienen “sus mejores amigas”, con las que han compartido todo lo que ha sido significativo en sus vidas y, posteriormente, estas amistades pueden abarcar varias décadas.

En el mundo laboral, las mujeres Artemisa se alían con facilidad con “asociaciones de antiguas alumnas”.

El apoyo a grupos, la interconexión con otras mujeres y las relaciones de guía respecto a mujeres más jóvenes en el propio ámbito de éstas son expresiones naturales del arquetipo de la hermana.

Incluso las mujeres Artemisa que son individualistas y que evitan los grupos, casi siempre defienden los derechos de la mujer. Esta postura puede que refleje una afinidad con sus madres, a través de las cuales desarrollaron conciencia y simpatía respecto al destino de las mujeres en el mundo. O puede que la postura esté relacionada con las aspiraciones no vividas y frustradas de sus madres. Durante los años 70, muchas mujeres Artemisa estaban haciendo y siendo lo que sus propias madres tal vez habían querido hacer y ser, pero no pudieron. Cuando éstas eran jóvenes adultas, los años de la ola de bebés de los años de posguerra de la Segunda Guerra Mundial no permitieron demasiada expresión a Artemisa. En alguna parte del pasado de una mujer Artemisa, puede encontrarse frecuentemente la existencia de una madre comprensiva y que “aplaudía” a su hija feminista.

Por naturaleza, la mayoría de las mujeres Artemisa tienen inclinaciones feministas, porque las causas adoptadas por las feministas tocan una cuerda interna de responsabilidades. La mujer Artemisa suele sentir que es igual a los hombres; ha competido con ellos y muchas veces ha sentido el papel estereotipado que se esperaba de ella desempeñase era antinatural. Esconder sus capacidades —“no dejes que el hombre sepa lo lista que eres” o “deja ganar al hombre (en una discusión o en un partido de tenis)”— va contra su naturaleza.

Sexualidad

Una mujer Artemisa puede parecerse a la diosa en el mantenimiento de su eterna castidad, permaneciendo su sexualidad sin desarrollo ni expresión. Sin embargo, es raro este patrón de comportamiento en los tiempos actuales. Lo más probable es que, ya adulta, una mujer tipo Artemisa haya adquirido experiencia sexual como parte de su tendencia a explorar y a intentar nuevas aventuras.

La sexualidad de una mujer Artemisa puede parecer la de un hombre tradicional orientado hacia el trabajo. Para ambos, las relaciones son secundarias. La implicación en la profesión, los proyectos creativos o la causa son lo fundamental. El sexo se convierte así en un deporte recreativo o en una experiencia física, en lugar de ser una expresión física de la intimidad y del compromiso emocional (motivación que proporciona Hera), o un instinto profundamente expresivo de su propia naturaleza sensual (para la que necesita a Afrodita).

Si es lesbiana, una mujer Artemisa forma parte normalmente de una comunidad o red lesbiana. Aunque tanto las mujeres heterosexuales como homosexuales tienen relaciones intensas e importantes con amigas, la mujer Artemisa lesbiana puede que considere la intimidad sexual como otra dimensión de la amistad, más que como la razón de la relación.

La mujer Artemisa lesiona tal vez tenga, bien una amante que es como su propia imagen, una relación casi de gemelas idénticas, o bien esté atraída por una persona como una ninfa, más dulce, más “femenina”

que ella, con una personalidad menos marcada. Como su equivalente heterosexual, evita relaciones en las que ella se encuentre contenida o dominada por una pareja “paternal-maternal”, o en la que se espere que ella que juegue el papel de padre-madre.

Matrimonio

El matrimonio suele estar muy lejos de la mente de la mujer Artemisa en sus primeros años de adulta, está absorbida por el trabajo o por otras causas. Además, “asentarse” no tiene gran atracción para una Artemisa siempre en movimiento. Si es atractiva y popular, existen posibilidades de que haya alternado indistintamente, saliendo cómodamente con una gran variedad de hombres y no sólo con uno. Puede incluso que haya vivido preferentemente con un hombre para casarse. Quizá haya permanecido soltera.

Cuando se casa, su pareja suele ser un compañero de universidad, un colega de trabajo o un competidor. Su matrimonio suele tener una calidad de igualdad. Es probable que siga manteniendo su nombre de soltera y que no lo cambie por el de su marido cuando se casa.

Relaciones con hombres: como hermanos

La diosa Artemisa tuvo un hermano gemelo, Apolo, el dios multifacético del sol. Era su equivalente masculino: su reino era la ciudad, el de ella, la naturaleza salvaje; el sol, era de él, la luna, de ella; los rebaños domesticados le pertenecían a él; los animales salvajes, a ella; él era el dios de la música, ella era la inspiración de las danzas en corro en las

montañas. Como dios del Olimpo perteneciente a la segunda generación, Apolo pertenecía a la generación de los hijos y no a los padres. Por una parte, se le asociaba a la racionalidad y a las leyes; por otra, como dios de la profecía (si sacerdotisa profetizaba en Delfos), se le asociaba con lo irracional. Al igual que su hermana, Apolo era andrógino: cada uno poseía algunas cualidades o interés que suelen asociarse al sexo opuesto.

La pareja de gemelos Artemisa-Apolo es el modelo que se observa con más frecuencia en las relaciones que las mujeres Artemisa mantienen con hombres, ya sean amigos, colegas de trabajo o maridos. Además, la mujer Artemisa suele estar atraída por un hombre cuya personalidad tenga aspecto estético, creativo, curativo o musical. El trabajo de él puede encontrarse, bien en profesiones asistenciales, o bien en el campo de la creatividad. Habitualmente es su igual desde el punto de vista intelectual, con intereses compartidos o complementarios. Un ejemplo de relación Artemisa-Apolo es la de Jane Fonda (actriz, activista y defensora del buen mantenimiento físico del cuerpo) con un marido Tom Hayden (político progresista).

A una mujer Artemisa no le seducen en absoluto hombres dominantes ni relaciones del tipo “yo Tarzán, tu Jane”. Tampoco le interesan las relacione del tipo madre-hijo. Evita hombres que insistan en ser el centro de su vida. Teniendo una posición psicológicamente fuerte, al igual que la diosa la tenía físicamente, se siente ridícula intentando hacer el papel de “mujercita”.

Una relación Artemisa-Apolo suele compaginarse con intereses externos comunes. Puede que ambos sean esquiadores o corredores, y aficionados al

mantenimiento físico. Una mujer Artemisa a la que le gustan las actividades al aire libre puede sentir que falta un elemento esencial en si relación si no puede compartir con su compañero las excursiones, el esquí o cualquier otra afición de esta naturaleza.

La relación Artemisa-Apolo puede desembocar en un matrimonio de compañeros, sin relación sexual, en el que cada uno es el mejor amigo del otro. Algunas mujeres Artemisa incluso de casan, por ejemplo, con hombres homosexuales, y valoran la independencia que cada miembro de la pareja concede al otro. Una mujer Artemisa puede que siga siendo la mejor amiga de su ex marido, que abandona su matrimonio de “hermana-hermano” al enamorarse de una mujer de otro tipo.

Para que una mujer Artemisa tengo un elemento sexual profundo e importante en su matrimonio, tiene que influir otra diosa: Afrodita. Y para que el matrimonio sea una relación monógama y comprometida, también Hera debe estar presenta en la mujer. Sin estas dos otras diosas, una relación Artemisa-Apolo se convierte rápidamente en una relación entre hermano y hermana.

Además del patrón de relaciones de igualdad, el segundo patrón común de relación para las mujeres Artemisa es la implicación con hombres que la enriquecen interiormente. Tal tipo de hombre es la persona que la “hace darse cuenta”. Él la enseña a ser considerada y sensible respecto a los sentimientos. Y suele ser él el único que quiere tener un hijo en común.

Relaciones menos compatibles o complementarias iniciadas por Artemisa suelen resumir conflictos tempranos padre-hija. Un marido con el que tiene este

tipo de relaciones no apoya sus aspiraciones, la critica y la socava. Lo mismo que se comporta con su padre, ella se muestra desafiante y continúa con su profesión. Pero su propia estima se ve afectada, o también su espíritu es machacado y, finalmente, se adapta a la idea de cómo tiene ella que ser.

O, emulando el mito de Artemisa y Orión, una mujer Artemisa puede que se enamore de un hombre fuerte y ser incapaz, después, de mantener el aspecto competitivo fuera de la relación, lo cual acaba matándola. Si él logra algo de reconocimiento y (en lugar de alegrarse por él) ella e resiente por su éxito e intenta quitarle importancia, su espíritu de competencia acabará erosionando el amor que él tiene por ella. O puede ser el espíritu de competencia del hombre el que extinga su amor. Por ejemplo, tal vez él reaccione a los logros de ella como si le estuviera superando o ganando. Si ambos son incapaces de dejar de competir, los desafíos de cualquier clase que surjan ente ellos, desde la práctica del esquí hasta una partida de cartas, probablemente se conviertan en un asunto extraordinariamente serio.

Los hombres para los que una Artemisa es “su tipo de mujer” suelen ser atraídos por ella como alma afín o gemela: un equivalente femenino de ellos mismo. O puede que se sientan atraídos por su espíritu independiente y capaz de afirmación, así como por su fuerza de voluntad, que tal vez no estén del todo desarrollados en sí mismos. Quizá sean cautivados por una imagen de pureza que corresponde a un ideal en sí mismos.

El motivo de “almas gemelas” se haya subyacente en el tipo de atracción más habitual. En este caso, el hombre es atraído por su equivalente femenino, una

persona que es su igual y con la que se siente natural, alguien que puede tener a su lado cuando intenta conseguir los objetivos que constituyen un reto para él.

El hombre que ve en Artemisa cualidades que admira, y que él no tiene desarrolladas, suele sentirse atraído por su fuerza de voluntad y espíritu de independencia. La coloca en un pedestal por cualidades que generalmente son consideradas “no femeninas”. Ella le resulta bella por su fuerza interior. Su mujer idealizada se parece a *Wonder Woman* (que se disfrazó de Diana, el nombre romano de Artemisa).

Cuando mi hijo tenía ocho años, continuamente oía a su amigo hablar admirativamente de las atrevidas hazañas de una niña. Él veía a su amiga como franca y Valente, una niña con la que podía contar para acudir a salvarle: “Si alguien se metiera en líos conmigo, podría llamarla y vendría inmediatamente”. Como psiquiatra, he oído el mismo tono de admiración, ese mismo orgullo de devoción, cuando hombres que tienen a Artemisa como una imagen ideal hablan de las hazañas y realizaciones de las mujeres a las que quieren.

Una tercera clase de hombre está atraído por la pureza de Artemisa, su virginidad e identificación con la naturaleza prístina. En la mitología griega, esta atracción era personificada por Hipólito, un Joven apuesto que dedicó su vida de celibato a la diosa Artemisa. Su castidad ofendió a Afrodita, la diosa del Amor, que desencadenó una cadena de trágicos acontecimientos (un mito que describiré en el capítulo dedicado a Afrodita). A este tipo de hombres —atraídos por mujeres que parecen ser tan puras como Artemisa— les disgusta la sexualidad terrenal. Como el

joven Hipólito, pueden que se encuentren al final de su adolescencia o en la primera etapa de la vida de adultos, y que sean vírgenes.

Hijos

La mujer Artemisa difícilmente es el tipo de “Madres Tierra”, y estar embarazada o criar un bebé no le llena. De hecho, el embarazo puede que le repugne a la mujer Artemisa, a la que le gusta tener una figura atlética, esbelta y juvenil. No siente ningún fuerte impulso instintivo de ser madre (para que se dé éste, tienen que estar presente Deméter), pero le gustan los niños.

Cuando una mujer Artemisa tiene hijos, suele ser una buena madre (como la osa, que es su símbolo). Es el tipo de madre que fomenta la independencia, que enseña a sus cachorros a arreglárselas por sí mismos, pero que puede ser feroz en su defensa. Algunos hijos de mujeres Artemisa están convencidos de que sus madres lucharían por ellos hasta la muerte.

Las mujeres Artemisa se encuentran a gusto sin tener hijos propios y poniendo su peculiar energía de madres —que puede ser como la de una joven tía— al servicio de los hijos de otras personas. La oportunidad se la proporciona el ser monitoras de *girl scouts*, madres adoptivas, o miembros de “Big Sisters of America”. En estos papeles se parecen a la diosa Artemisa, que protegía a las niñas que se encontraban en el umbral de convertirse en mujeres.

Las madres de Artemisa no miran hacia atrás con añoranza. Hacia la época en que sus hijos eran bebés o criaturas dependientes. En vez de ello, miran hacia adelante, hacia el momento en que sus hijas/os serán

más independientes. Los niños y niñas a los que les gusta explorar descubren que sus madres Artemisa son compañeras entusiastas. Una madre Artemisa está encantada cuando su hija/o llega a casa con una culebra del jardín, y disfruta yendo de camping o esquiando con sus niñas/os.

Pero se barruntan dificultades cuando una mujer Artemisa tiene un hijo/a pasivo/a. Al intentar fomentar su independencia demasiado pronto, la situación empeora para el niño/a aumentando el “cuelgue”, ya que puede sentirse que no está a la altura de las circunstancias para vivir según las pautas de su madre Artemisa.

En la mediana edad

Una mujer Artemisa entre treinta y cinco y cincuenta y cinco años puede encontrarse en una “crisis de los cuarenta”, si no tiene aspectos de otras diosas. Artemisa constituye un patrón muy compatible con una joven orientada hacia la consecución de objetivos, que persigue con firmeza la meta que ha elegido. Pero a mitad de la vida puede ocurrir un cambio. En esos momentos queda menos “naturaleza salvaje sin mapa” por explorar. O bien ha conseguido realizar las metas que se señaló a sí misma, ha alcanzado un techo, o ha fracasado.

La mitad de la vida de una mujer Artemisa puede también marcar el comienzo de un periodo más reflexivo al volverse hacia adentro, más influida por Artemisa como diosa de la luna que por Artemisa como diosa de la caza. Puede que sueños y fantasías menopáusicos estimulen a una mujer Artemisa extravertida a un viaje interno. Durante el viaje, se

enfrenta a los fantasmas de su pasado, y suele descubrir sentimientos o anhelos durante mucho tiempo ignorados. Este impulso de la menopausia hacia la introversión está relacionado con Hécate, la vieja bruja que era la diosa de la luna oscura, de los fantasmas y de lo misterioso. Hecáte y Artemisa eran, ambas, diosas de la luna que vagaban por la Tierra. La conexión de las dos diosas puede observarse en las mujeres Artemisa mayores que se aventuran en los terrenos de la psique, la psicología y lo espiritual, con la misma actitud de exploración que tenían cuando eran mujeres más jóvenes con otras metas.

La tercera edad

No es frecuente para una mujer el que sus cualidades Artemisa perduren durante la vejez. Su actividad juvenil nunca cesa. No se detiene; su mente o su cuerpo —con frecuencia ambos— están en movimiento. Es una viajera que explora nuevos proyectos o países extranjeros. *Man* tiene una afinidad con la gente joven y una capacidad de pensar con una mente joven, que evita sentirse “cuarentona” cuando tiene los cuarenta, o “vieja” durante el periodo de la tercera edad.

Dos mujeres del norte de California, localmente conocidas, personifican este aspecto de Artemisa. Una, Elisabeth Terwilliger, profesora naturalista que ya ha cumplido los setenta, lleva grupos de escolares a prados, bosques y ríos y montañas. Con excitación contempla atentamente una seta rara medio escondida cerca de las raíces de un árbol, agarra una bonita culebra, señala las plantas comestibles de la ladera de la colina y hace circular lechuga silvestre

para que la prueben. Al mismo tiempo, comparte su entusiasmo, conectándose con sucesivas generaciones de niños, así como con adultos receptivos a los milagros de la naturaleza.

Una segunda Artemisa anciana, que es como una duende, es Frances Horn, cuya búsqueda la ha llevado al interior de la naturaleza humana. Con setenta años, se doctoró en Psicología; con setenta y cinco, publicó *I Want One Thing*[5], libro autobiográfico que traza su búsqueda y señala lo que halló que tenía un valor permanente.

Georgia O'Keeffe, la artista más conocida de América, continuó siendo un ejemplo de Artemisa cuando ya había cumplido noventa años, como lo había sido toda su vida. Tenía una pasión y una afinidad espiritual por el suroeste salvaje, combinada por una intensidad de propósito con el que alcanzó las metas de su vida. Una cita de O'Keeffe dice: "Siempre he sabido lo que quería, pero la mayoría de la gente no sabe lo que quiere"[6]. Ella sugería que su éxito podía haberse debido a una vena de vitalidad que le había hecho "agarrarse a cualquier cosa que se presentara y que le interesara". El lado de Artemisa de O'Keeffe claramente apuntaba certeramente a un blanco y conseguía lo que pretendía.

En 1979, O'Keeffe, a los 92 años fue la única mujer viva incluida en *El Banquete* de la artista Judy Chicago, una composición en porcelana y bordados en homenaje a treinta y nueve mujeres importantes de la historia. El plato tosa de O'Keeffe, al margen del servicio de mesa, y más grande que los demás, simboliza, según la visión de Chicago, "la aspiración casi lograda de O'Keeffe de ser completamente su propia mujer"[7].

Dificultades psicológicas

La diosa Artemisa erraba por su territorio escogido en compañía de quien ella elegía, haciendo lo que le gustaba. Al contrario de las diosas que eran victimizadas, Artemisa nunca sufrió. Sin embargo, hacía daño a quines le ofendían o amenazaban a quienes estaban bajo su protección. Igualmente las dificultades psicológicas que se asocian como características de las mujeres Artemisa, normalmente producen sufrimiento a los demás, en lugar de dolor a sí misma.

La identificación con Artemisa

Vivir “como Artemisa” en pos de una meta o centrada en el trabajo puede ser muy satisfactorio para una mujer Artemisa, y constituye una característica suya el poder no sentir una carencia en su vida, especialmente si es capaz de invertir su considerable energía en un trabajo que tenga un profundo significado para ella. Es probable que lleve un estilo de vida activo y que los disfrute. Una “base hogareña” no es importante para ella. Ni el matrimonio ni los hijos son necesidades urgentes, con independencia de la presión que ejerzan la familia y la sociedad, a menos que Hera y/o Deméter sean siempre arquetipos poderosos en ella. Aunque echa en falta la intimidad emocional cercana y comprometida, ha mantenido las relaciones de hermandad con amigos y amigas, y puede disfrutar de la compañía de los hijos de otras personas.

Identificarse con Artemisa configura el carácter de una mujer. Después, necesita tener desafíos y verse implicada en intereses que le sean personalmente gratificantes. En caso contrario, el arquetipo queda frustrado y, en última instancia, deprimido, ésta fue la situación de muchas mujeres Artemisa en los años de la ola de bebés, durante la posguerra de la Segunda Guerra Mundial, que intentaron adaptarse infructuosamente a los papeles que estaban disponibles para ellas.

Recordando lo destructiva que puede ser la diosa Artemisa con los demás, no es sorprendente darse cuenta de que la identificación inconsciente de una mujer con Artemisa puede expresarse a través de acciones que dañan y hieren a otras personas. Estas potencialidades negativas se enumeran en los apartados siguientes.

Desprecio por la vulnerabilidad

Mientras exista un elemento de "persecución" por su parte, una mujer Artemisa puede interesarse por un hombre. Pero si éste la aborda emocionalmente, quiere casarse con ella o se hace dependiente de ella, se extingue la excitación de la "caza". Es más, puede perder interés o sentir desprecio por él, si muestra "debilidad" al necesitarla. Como consecuencia, una mujer Artemisa tal vez tenga una serie de relaciones que funcionen bien mientras el hombre mantenga cierta distancia emocional y no esté siempre disponible. Este patrón puede surgir si una mujer se identifica con el elemento de diosa virgen "completa-en-sí-misma" y niega su propia vulnerabilidad y necesidad del otro. Para cambiar, debe descubrir que

el amor y la confianza de otra persona especial es algo muy preciado para ella.

Hasta que lo descubra, desde el punto de vista del hombre, ella es como una sirena: media parta es una hermosa mujer, y la otra media es fría e inhumana. La analista junguiana Esther Harding hizo algunas observaciones sobre este aspecto de una mujer diosa virgen: la frialdad de la luna y la inhumanidad de la diosa de la luna simbolizan este aspecto de la naturaleza femenina. A pesar de su falta de calidez y de su insensibilidad, a causa de su misma indiferencia, puede que este erotismo impersonal en una mujer sea, en parte, lo que muchas veces atrae a un hombre”[8].

Y una mujer Artemisa puede ser cruel con un hombre que la ama, una vez ha perdido el interés en él. Tal vez le rechace y le trate como a un intruso no deseado.

La cólera destructiva: el jabalí de Calidonia

La diosa Artemisa tenía un aspecto destructivo que era simbolizado mediante el jabalí salvaje, uno de los animales que eran sagrados para ella. Según la mitología, soltaba al campo al jabalí de Calidonia cuando era ofendida.

Como se describe en Bullfinch’s Mythology, “los ojos del jabalí brillaban inyectados en sangre y fuego, sus cerdas se erizaban como lanzas amenazantes, sus colmillos eran como los de los elefantes indios. El trigo que estaba creciendo era pisoteado, las cepas y los olivos destrozados, los rebaños y las piaras eran arrastradas a una confusión salvaje por el enemigo asesino”[9]. Ésta es una imagen vívida de destrucción

enloquecida, una metáfora de la mujer Artemisa que ha tomado en sendero de la guerra.

La cólera de Artemisa sólo es superada por la de Hera. Aunque la intensidad del sentimiento de ambas diosas se manifiesta como equiparable, son diferentes la dirección del enfado y la provocación. Una mujer Hera se encoleriza con “la otra mujer”. Una mujer Artemisa es más probable que se enfade con el hombre o los hombres en general por despreciarla o por no tratar con respeto algo que ella valora.

Por ejemplo, la toma de conciencia en 1970 del movimiento feminista condujo normalmente a cambios constructivos. Pero como muchas mujeres Artemisa se hicieron conscientes de las limitaciones injustas de la sociedad y de las actitudes desvalorizadotas hacia las mujeres en general, actuaron con una intensa hostilidad que, con frecuencia, no guardaba ninguna proporción con la provocación concreta de que se tratase. Los observadores prudentes se quitaban sensatamente de en medio cuando una jabalina de Calidonia ¡se encontraba con un Cerdo Machista! Además, muchas mujeres también heridas y “hechas trizas” por mujeres Artemisa que se desbocaban después de las sesiones de toma de conciencia.

En el mito del jabalí de Calidonia, la misma Atalanta que compitió en una carrera con Hipómenes se enfrentó con una lanza en la mano al jabalí que la embestía. El jabalí ya había destrozado con los colmillos y matado a muchos héroes varones que habían intentado vencerlo. Su piel era más dura que una armadura. Ahora dependía de ella: o detenía a la bestia o era destruida. Ella esperó hasta que el jabalí casi estaba sobre ella, apuntó cuidadosamente y le

arrojó la lanza a un ojo (su punto vulnerable) para dar en el blanco.

La cólera destructiva de la mujer Artemisa sólo puede ser detenida por lo que hizo Atalanta. La mujer Artemisa debe enfrentarse a su propia capacidad de destrucción. Debe considerarla como una parte de sí misma que debe dominarse antes de que consuma y destruya sus relaciones.

Se necesita valor para enfrentar al jabalí interno, ya que enfrentarlo significa que la mujer debe ver cuánto daño se ha hecho a sí misma y a los demás. La humildad es la lección que le devuelve la humanidad: se vuelve completamente consciente de que ella también es una imperfecta mujer humana, y no una diosa vengativa.

Inaccesibilidad

Artemisa ha sido llamada la “muy distante Artemisa”[10]. La distancia emocional es una característica de la mujer Artemisa, que está tan concentrada, sin distraerse, en sus propios objetivos, que no se da cuenta de los sentimientos de las personas que la rodean. Como consecuencia de su falta de atención, las personas que la quieren se sienten insignificantes y excluidas, y quedan heridas o se enfadan con ella.

Una vez más, ella tiene que lograr una atención consciente antes de poder cambiar. En este punto, una mujer Artemisa necesita oír lo que dicen los demás y hacer caso de ello. A su vez, los demás deberían esforzarse por esperar hasta que ella ya no esté concentrada en su proyecto muy querido y pueda dirigirles su atención. (Si interrumpen en el momento

en que ella está absorbida en lo que está haciendo, la fricción es inevitable, a menos que la mujer Artemisa sea ya consciente de lo que suele hacer y aprecie que se le recuerde en qué está cayendo de nuevo). Artemisa era una diosa del estilo “ahora la ves, y ahora no la ves”, que podía desaparecer literalmente en el bosque, lo mismo que puede verse a los animales salvajes en un momento, y haber desaparecido al siguiente instante. Cuando la distancia emocional constituye un efecto colateral inadvertido de la intensa concentración, puede mitigar esta tendencia un deseo sincero de permanecer en contacto y accesible con aquellas personas que importan. Este remedio vale para ser aplicado regularmente día a día, así para los “actos de desaparición” periódicos.

Inmisericordia

Artemisa solía ser despiadada. Por ejemplo, el cazador Acteón irrumpió en sus dominios sin darse cuenta y no tuvo el buen sentido de saber que contemplar embobado a las diosas desnudas era una ofensa capital. Así pues, Artemisa le convirtió en un ciervo que fue despedazado por los propios perros de caza de Acteón. Y cuando la engreída Níobe despreció a Latona, madre de Artemisa y Apolo, los dos gemelos al unísono defendieron —sin piedad— el honor de Latona.

El ultraje a las ofensas recibidas, la lealtad a los demás, la fuerza para expresar un punto de vista y una propensión a entrar en acción pueden ser características positivas de Artemisa y de las mujeres tipo Artemisa. Pero lo despiadado del castigo que

imponen puede ser espantoso: los doce hijos de Níobe fueron matados por los arqueros gemelos para que aquélla no pudiera tener nada de lo que vanagloriarse.

La falta de piedad suele surgir cuando una mujer Artemisa juzga las acciones de los demás en términos de “blanco o negro”, sin matices. Con esta perspectiva, no sólo una acción es completamente mala o buena, sino que la persona que la hace también lo es. Así pues, una mujer Artemisa se siente justificada cuando se venga o castiga.

Para cambiar esta actitud, necesita desarrollar la compasión y la empatía, que pueden llegar con la madurez. Muchas mujeres Artemisa entran en la vida adulta sintiéndose seguras de sí mismas e invulnerables. Sin embargo, cuando adquieren experiencia de la vida, su compasión puede aumentar a medida que también ellas van sufriendo, son malinterpretadas o sufren decepciones. Si una mujer Artemisa aprende a sentirse vulnerable y se vuelve más comprensiva, si descubre que las personas son más complejas de lo que había pensado, y si perdona a los demás y se perdona a sí misma por cometer errores, entonces, estas lecciones aprendidas de la vida la harán más compasiva.

La elección crucial: sacrificar o salvar a Ifigenia

Un último mito sobre Artemisa nos habla sobre una elección significativa para la mujer Artemisa. Es el mito de Ifigenia, y la elección implica el papel de Artemisa, o bien como la salvadora, o bien como la causa de su muerte.

En la historia de la guerra de Troya, las naves griegas se concentraron en el puerto de Áulide antes de navegar hacia Troya. Allí la flota estuvo encalmada; no se levantó ningún viento para henchir las velas. Convencido de que la calma era obra de los dioses, Agamenón (comandante de las fuerzas griegas) consultó al adivino de la expedición. El adivino declaró que Artemisa había sido ofendida y que sólo podía ser aplacada mediante el sacrificio de Ifigenia, la hija de Agamenón. Al principio, éste se resistió, pero cuando pasó un tiempo y los hombres estaban cada vez más coléricos e ingobernables, engañó a su esposa Clitemnestra para que le enviase a Ifigenia, con el pretexto de que iba a casarla con Aquiles, el héroe griego. Pero, en lugar de ello, fue preparada para el sacrificio: su vida a cambio de vientos favorables que pudieran llevar la flota a la batalla.

Lo que sucedió a continuación ha sido relatado en dos versiones. Según una de ellas, la muerte de Ifigenia fue llevada a cabo tal como pedía Artemisa. Según la otra versión, Artemisa intercedió justo en el momento del sacrificio, sustituyendo a Ifigenia por un ciervo, y llevándosela a Táuride, en el Quersoneso, como sacerdotisa.

Estos dos fines pueden representar dos efectos posibles para Artemisa. Por una parte rescata los valores femeninos y a las mujeres del patriarcado, que desvaloriza y oprime tanto los valores como a las mujeres. Por otra parte, con su intenso enfoque sobre sus metas, también puede exigir que una mujer desvalorice y sacrifique lo que se ha considerado tradicionalmente “femenino”: las cualidades de receptividad, sustento, relación con los demás, disponibilidad por hacer sacrificios por el bien ajeno.

Toda mujer Artemisa probablemente tiene una parte de ella que es como Ifigenia: una parte joven, hermosa, confiada, que representa su vulnerabilidad, su disposición para la intimidad y su dependencia de los demás. ¿Rescatará y protegerá este aspecto de sí misma para que pueda desarrollarse, incluso cuando actúa en la vida en pos de las cosas que tienen importancia para ella? ¿O será necesario que mate la parte que tiene de Ifigenia dentro de sí, para estar tan concentrada y ser tan dura y clara como le sea posible?

Maneras de desarrollarse

Para desarrollarse más allá de Artemisa, una mujer debe desarrollar su potencial menos consciente, orientado hacia las relaciones y lo receptivo. Necesita volverse vulnerable para aprender a amar y a preocuparse profundamente por otra persona. Si esto sucede, puede que se haga dentro de una relación, normalmente con un hombre que la quiere, a veces con otra mujer, o teniendo un hijo.

A menudo, este avance puede ocurrir sólo después de que una mujer Artemisa ha “perseguido” una serie de objetivos y de haberlos logrado o no, tras la excitación de la caza, la carrera, o que la persecución se haya agotado. Un hombre que la quiera tal vez tenga que esperar hasta entonces, y hasta que pueda conseguir algo de ayuda por parte de Afrodita.

El mito de Atalanta: una metáfora para el desarrollo psicológico

Atalanta fue una heroína cuyo valor y capacidades como cazadora y corredora eran iguales a las de cualquier hombre[11]. Había sido abandonada en la cumbre de una montaña cuando nació, fue encontrada y amantada por una osa, y creció hasta hacerse una hermosa mujer. Un cazador llamado Meleagro se hizo su amante y compañero. Esta pareja de iguales llegaron a ser cazadores bien conocidos, famosos en toda Grecia, especialmente por su participación en la caza del jabalí de Calidonia. Meleagro murió en sus brazos poco después. A continuación Atalanta dejó las montañas por las que habían errado juntos, para enfrentarse a su padre y ser reconocida como heredera de su trono.

Entonces muchos pretendientes llegaron a pedir su mano, pero ella los rechazó a todos. Cuando surgió el clamor popular de que escogiese entre ellos, dijo que se casaría con el hombre que pudiera vencerla en una carrera a pie. Si éste ganaba, se casaría con él; si no, perdería la vida. Se celebró carrera tras carrera, y la veloz Atalanta siempre ganaba.

Finalmente, el nada atlético Hipómenes, que la amaba de verdad, decidió participar en la carrera aunque probablemente le costara la vida. La noche anterior a la carrera le pidió ayuda a Afrodita, diosa del amor. Ésta oyó su plegaria y le dio tres manzanas de oro para que las utilizase en la carrera.

Primera manzana: Conciencia del paso del tiempo.

En los inicios de la carrera, Hipómenes arrojo su primera manzana al paso de Atalanta. Ésta quedo absorbida por su belleza resplandeciente y disminuyó su paso para recogerla. Hipómenes

la adelantó en carrera, mientras que ella contemplaba fijamente la manzana en su mano. Reflejada en ella, vio su propio rostro distorsionado por las curvas de la manzana: “Éste es el aspecto que tendré cuando sea vieja”, pensó para sí.

Muchas mujeres activas no son conscientes del paso del tiempo hasta algún momento de la mitad de su vida, cuando se desvanecen los desafíos de la competición o la persecución de metas. Por primera vez en su vida se dan cuenta de que no son la eterna juventud y reflexionan sobre el curso que llevan sus vidas y a dónde las están llevando.

Segunda manzana: Conciencia de la importancia del amor

Después, Hipómenes lanzó la segunda manzana en el camino de Atalanta. Ésta estaba de nuevo concentrada en la carrera que, sin esfuerzo, le estaba ganando. Cuando se detuvo para recoger la segunda manzana, empezaron a surgirle recuerdos de Meleargo, su amante fallecido. Las añoranzas de cercanía física y emocional son agitadas por Afrodita. Cuando se combinan con la conciencia de que el tiempo pasa, el foco de atención habitual de una mujer tipo Artemisa se desvía hacia una nueva receptividad al amor y a la intimidad.

Tercera manzana: Instinto de procreación y creatividad

La línea de llegada estaba ya a la vista cuando Atalanta se aproximaba a Hipómenes. Ya estaba a punto de sobrepasarle y ganarle,

> cuando Hipómenes dejó caer la tercera manzana. Atalanta dudó por un instante: ¿tenía que cruzar la línea de llegada y ganar la carrera, o tomar la manzana y perder? Atalanta escogió recoger la manzana en el momento justo en el que Hipómenes cruzaba la meta para ganar la carrera y a Atalanta como esposa.

El instinto de procreación de Afrodita (favorecido por Deméter) calma a muchas mujeres activas, centradas en la consecución de objetivos, en los años anteriores a los cuarenta. Muchas veces, a las mujeres orientadas hacia una profesión las sorprende la urgencia imperiosa de tener un hijo.

Esta tercera manzana de oro también puede representar algo distinto a la creatividad biológica. La consecución de objetivos tal vez se vuelva menos importante después de la mitad de la vida. En su lugar, la capacidad de procrear se dirige a transformar la experiencia en alguna forma de expresión personal.

Si el conocimiento de Afrodita llega a través del amor de otra persona, entonces la unilateralidad de la mujer Artemisa, por mucho que haya sido satisfactoria, tal vez dé paso a la posibilidad de totalidad. Puede volverse hacia dentro para reflexionar sobre lo que es importante para ella, y estar orientada hacia el interior lo mismo que enfocada hacia el exterior. Se vuelve consciente de tener necesidades de intimidad tanto como de independencia. Una vez conoce el amor ella —como Atalanta— tendrá momentos en los que deberá decidir qué es lo más importante para sí misma.

5 – ATENEA:
DIOSA DE LA SABIDURÍA Y DE LA ARTESANÍA, ESTRATEGA E HIJA DEL PADRE

Atenea, la diosa

Atenea era la diosa griega de la sabiduría y de la artesanía, conocida por los romanos como Minerva. Al igual que Artemisa, Atenea fue una diosa virgen, dedicada a la castidad y al celibato. Era la majestuosa y bella diosa guerrera, protectora de sus héroes elegidos y de la cuidad que había tomado su nombre, Atenas. Era la única diosa del Olimpo que se representaba portando una coraza, con la visera de su yelmo echada hacia atrás para revelar su belleza, un escudo en el brazo y una lanza en la mano.

Conforme a su papel como diosa que presidía la estrategia de las batallas en tiempos de guerra y las artes domésticas en tiempos de paz, también se la representaba en una lanza en la mano y un cuenco o un huso en la otra. Era la protectora de las ciudades, patrona de las fuerzas militares y diosa de los tejedores, herreros, alfareros y sastres. Los griegos atribuyeron a Atenea el haber donado a la humanidad la brida para retener el caballo, la inspiración a los constructores de naves para ejercer su arte y la enseñanza de cómo hacer el arado, el rastrillo, la yunta de

bueyes y el carro. El olivo fue su regalo especial a Atenas, regalo que condujo al cultivo de las aceitunas.

Atenea fue representada frecuentemente con un búho, pájaro asociado a los ojos prominentes y a la sabiduría, dos de sus rasgos característicos. Dos serpientes entrelazadas se dejaban ver en un dibujo de su escudo o en la orla de su túnica.

Cuando Atenea era pintada con otra figura, ésta era invariablemente un varón. Por ejemplo, se la veía al lado de Zeus sentado, en la posición de un guerrero montando guardia al lado de su rey; o se la situaba detrás o al lado de Aquiles o de Ulises, los primeros héroes de la *Ilíada* y de la *Odisea*.

Las aptitudes marciales y domésticas asociadas a Atenea abarcan la planificación y la ejecución, actividades que exigen una manera de pensar decidida. Estrategia, sentido práctico y resultados tangibles son características de su sabiduría peculiar. Atenea valora el pensamiento racional y defiende el dominio de la voluntad y del intelecto sobre el instinto y la naturaleza (en contraste con Artemisa), lo salvaje debe ser domesticado y sometido.

Genealogía y mitología

La entrada de Atenea como compañera de los dioses del Olimpo fue espectacular. Surgió de la cabeza de Zeus como una mujer totalmente desarrollada, portando una coraza resplandeciente de oro, una afilada lanza en la mano y emitiendo un poderoso grito de guerra. En algunas versiones, la descripción de su nacimiento se asemejaría a una cesárea. Zeus sufría un agudo dolor de cabeza mientras proseguía el “proceso”, y fue ayudado por Hefestos, el dios de la forja, que le golpeó la cabeza con un hacha de doble filo, abriendo una vía para emergiese Atenea.

Atenea se consideraba a sí misma descendiente de un solo progenitor, Zeus, al que asoció para siempre. Ella fue la mujer “mano derecha” de su padre, la única diosa del Olimpo a la que él confió su rayo y su égida, símbolos de su poder.

La diosa no reconoció a su madre, Metis; de hecho, Atenea parecía ser inconsciente de tener una madre. Como cuenta Hesíoto, Metis fue la primera consorte real de Zeus, y una diosa de del océano conocida por su sabiduría. Cuando Metis estaba embarazada de Atenea, Zeus la engañó haciéndola pequeña y tragándosela. Se había predicho que Metis tendría dos niños muy especiales: una hija igual a Zeus en valor y sabio consejo, y un hijo, un muchacho conquistador de todos los corazones, que llegaría a ser rey de dioses y hombres[1]. Al tragarse a Metis, Zeus torció el destino y se apoderó de sus atributos como si fuesen propios. En su mitología, Atenea fue la protectora, consejera, patrona y alidada de los héroes. La lista de aquéllos a los que ayudó constituiría una especie de “Quién es Quién” de héroes.

Entre ellos estuvo Perseo, que mató a la Medusa Gorgona aquella mujer monstruosa que tenía serpientes por cabellos, garras afiladas y ojos de mirada fija que convertía a los hombres en piedra. Atenea sugirió una trampa de espejos mediante la cual Perseo podía mirar el reflejo de la Gorgona en su escudo y evitar mirarla directamente. Después guió su mano y su espada mientras decapitaba a Medusa.

Atenea también ayudo a Jasón y los argonautas a construir su nave antes de partir para capturar el vellocino de oro. Proporcionó a Belerofonte una brida de oro con la que pudo domesticar al caballo alado Pegaso, y también acudió en ayuda de Heracles (el romano Hércules) en sus doce trabajos.

Durante la guerra de Troya, Atenea participó muy activamente a favor de los griegos. Protegió a sus favoritos, en especial a Aquiles, el más poderoso y formidable guerrero griego. Posteriormente, ayudo a Odisea (Ulises) en su largo viaje de regreso al hogar.

Además de apoyar a héroes concretos y de ser la diosa del Olimpo situada más cerca de Zeus, Atenea se puso del lado del patriarcado. Emitió el voto decisivo a favor de Orestes, en la primera escena ante los tribunales de la literatura occidental. Orestes había matado a su madre (Climemnestra) para vengar el asesinato de su padre (Agamenón). Apolo habló en defensa de Orestes: alegó que la madre era sólo quien alimentaba la semilla plantada por el padre, proclamó el principio de que el varón prevalece sobre la mujer, y citó como prueba el nacimiento de Atenea, que ni siquiera había nacido del útero de una mujer. El voto del jurado estaba igualado, cuando Atenea emitió su voto decisivo. Se puso al lado de Apolo, liberó a Orestes y situó los principios patriarcales por encima de los lazos maternos.

En la mitología de Atenea, sólo una historia muy conocida implica a una mujer mortal. Es la de Aracné, a la que Atenea convirtió en araña. Atenea, como diosa de la artesanía, fue desafiada a una competición de habilidad por una tejedora presuntuosa llamada Aracné. Ambas trabajaron con celeridad y habilidad. Cuando los tapices estuvieron acabados. Atenea admiró el trabajo perfecto de su competidora, pero la puso furiosa que Aracné se hubiera atrevido a ilustrar los engaños amorosos de Zeus. En el tapiz, Leda estaba acariciando un cisne: una metamorfosis de Zeus, que había entrado como un cisne en el dormitorio de la reina casada, para hacer el amor con ella. Otra imagen era la de Dánae, a la que Zeus fecundó en forma de lluvia de oro; una tercera imagen representaba a Europa, raptada por Zeus metamorfoseado en un magnífico toro blanco.

El tema del tapiz fue la perdición de Aracné. Atenea estaba tan indignada por lo que había representado Aracné que hizo pedazos el tapiz impulsando a Aracné a ahorcarse. Después, apiadándose un poco, Atenea permitió que Aracné viviera, pero transformada en araña, condenada par siempre a colgar de un hilo y a tejer. (En biología, las arañas son clasificadas como *arácnidos*, por el nombre de aquella desafortunada joven). Hay que señalar que Atenea, defensora a ultranza de su padre, le castigo por hacer público el comportamiento ilícito y engañoso de su padre, más que por la impertinencia del desafío mismo.

Atenea, el arquetipo

Como diosa de la sabiduría, Atenea era conocida por sus estrategias de victoria y sus soluciones prácticas. Como arquetipo, Atenea es el patrón seguido por las mujeres lógicas, que son gobernadas por sus cabezas más que por sus corazones.

Atenea es un arquetipo femenino: muestra que pensar correctamente, conservar la cabeza en el calor de una situación emocional y desarrollar buenas tácticas en medio del conflicto, son rasgos naturales para algunas mujeres. Una mujer así está siendo como Atenea, no actuando “como un hombre”. Su aspecto masculino, o ánimus, no está pensado por ella: ella está pensando clara y correctamente por sí misma. El concepto de Atenea es un arquetipo del pensamiento lógico que desafía la premisa junguiana de que la acción de pensar es efectuada para una mujer por su ánimus masculino, que se presume que es distinto de su ego femenino. Cuando una mujer reconoce la manera penetrante en que funciona su mente como una cualidad femenina relacionada con Atenea, puede desarrollar una imagen

positiva de sí misma, en lugar de temer ser masculina (es decir, inadecuada).

Cuando Atenea representa sólo unos de los varios arquetipos activos en una mujer concreta —en lugar de un único patrón dominante—, entonces ese arquetipo puede ser un aliado de otras diosas. Por ejemplo, si está motivada por Hera en necesitar un compañero para sentirse completa, Atenea puede entonces ayudar a definir la situación y desarrollar una estrategia para conseguirle un hombre. O si Artemisa es la inspiración que guía a un colectivo de salud formado por mujeres o a un centro de estudios de la mujer, el éxito del proyecto puede depender de la perspicacia política de Atenea. En medio de una tormenta emocional, si una mujer puede invocar a Atenea como arquetipo dentro de sí misma, la racionalidad puede ayudarle a encontrar o a conservar su equilibrio.

Diosa virgen

Las cualidades invulnerables e intactas descriptivas de Artemisa pueden también aplicarse a Atenea. Cuando Atenea gobierna la psique de una mujer, ésta —al igual que las mujeres que se parecen a Artemisa o a Hestia— está motivada por sus propias prioridades. Al igual que el arquetipo Artemisa, Atenea predispone a una mujer a enfocarse en lo que le importa, en lugar de enfocarse en las necesidades de los demás.

Atenea difiere de Artemisa y de Hestia en que es la diosa virgen que busca la compañía de los hombres. En lugar de separarse o de retirarse, disfruta estar en medio de la acción y del poder masculinos. El elemento de diosa virgen le ayuda a evitar los enredos emocionales o sexuales con los hombres, con los cuales trabaja estrechamente. Puede ser

compañera, colega o confidente de hombre, sin desarrollar sentimientos eróticos o intimidad emocional.

Atenea emergió a la compañía de los dioses del Olimpo como una adulta ya crecida. Era representada en su mitología interesándose por los asuntos importantes del mundo. El arquetipo de Atenea representa así una versión más vieja, más madura, de una diosa virgen, que la de Artemisa. La orientación realista de Atenea hacia el mundo tal como es, su actitud pragmática, su adecuación a las pautas "adultas" (esto es, a las tradicionalmente mantenidas), y la ausencia de romanticismo o de idealismo completan esta impresión de Atenea como el epítome del "adulto sensato".

La estratega

La sabiduría de Atenea era la del general desplegando sus fuerzas o del magnate de los negocios superando en la táctica a sus competidores. Fue la mejor estratega durante la guerra de Troya. Sus tácticas e intervenciones ganaron victorias para los griegos en el campo de batalla. El arquetipo de Atenea prospera en los ámbitos comercial, académico, científico, militar o político.

Por ejemplo, Atenea puede manifestarse en una mujer con un "master" en administración de empresas, que, asociada con un mentor poderoso, se abre camino en la escala empresarial. El rápido ascenso de Mary Cunningham a la vicepresidencia de la Corporación Bendix, como la talentosa protegida del presidente y consejero delegado del consejo de administración siguió una trayectoria Atenea. Cuando su relación recibió una atención desfavorable, dimitió para situarse lateralmente en una posición importante con Schenley, otro cargo importante dentro de la empresa. Este sabio movimiento podía ser considerado como

el equivalente de una retirada estratégica y una acción decisiva llevada a cabo bajo el fuego de los disparos.

La perspicacia de Atenea permite a una mujer recorrer su camino de manera eficaz en situaciones en que son importantes las consideraciones políticas o económicas. Tal vez utilice su capacidad para pensar con arreglo a una estrategia para continuar sus propios proyectos, o como compañera-consejera de un hombre ambicioso en ascenso. En cualquiera de los dos casos, el arquetipo de Atenea rige en mujeres que conocen cuál es el “mínimo aceptable”, cuya inteligencia está orientada hacia lo práctico y lo pragmático, y sus acciones no están determinadas por emociones o influidas por el sentimiento. Teniendo a Atenea en su psique, una mujer capta lo que ha de hacerse y averigua cómo realizar lo que desea.

La diplomacia —que implica estrategia, poder y maniobras de disimulo— es un reino en el Atenea brilla. Clare Both Luce —belleza famosa, escritora de obras teatrales, congresista, embajadora en Italia y generala honoraria del Ejército de los Estados Unidos— tenía estas cualidades de Atenea. Era admirada y criticada por su ambición y por servirse de su inteligencia y de sus alianzas para abrirse camino a través del mundo masculino. (Estaba casada con Henry R. Luce, fundador de la revista Time y un verdadero Zeus en su propio reino). A los ojos de sus admiradores, Clare Booth merecía ser elogiada por su “sangre fría” en situaciones difíciles, aunque sus detractores se referían a ella como una mujer “fría” e intrigante[2].

Igualmente, la mujer que es como Atenea es aquélla que está en posesión de un doctorado y es eficaz en los medios universitarios. Lograr un puesto permanente exige llevar a cabo investigaciones, conseguir que las publiquen, formar partes de comités, recibir becas, sabiendo de qué va el juego y haciendo méritos. Para seguir adelante, las mujeres,

lo mismo que los hombres, necesitan mentores, mecenas y aliados. La capacidad intelectual solo no basta; están involucradas consideraciones tácticas y políticas. Qué materia estudia, enseña o investiga, en qué universidad se establece y qué cátedra o mentor elige, todo ello desempeña un papel decisivo para conseguir la beca y la posición requeridas para desempeñar el trabajo.

Para realizar lo que ha realizado, Rosalyn Yalow, premio Nóbel de química por sus descubrimientos en sus experimentos sobre inmunidad radiológica (la utilización de los isótopos radioactivos para medir la cantidad de hormonas y otros elementos químicos en el cuerpo), se debe ser una brillante Atenea. Ella ha expresado su alegría de trabajar con sus manos y su cerebro (combinando la sabiduría y los aspectos artesanales de Atenea). Yalow tuvo que ser una fina estratega para idear las secuencias de laboratorio que condujeron a sus descubrimientos, habilidad que también le tuvo que ser útil cuando surgían cuestiones de política profesional.

La artesana

Como diosa de la artesanía, Atenea se implicaba en hacer cosas que eran a la vez útiles y estéticamente agradables. Era más conocida por sus habilidades como tejedora, en las que manos y mente deben trabajar juntas. Para elaborar un tapiz o un tejido, una mujer debe diseñar un plan de lo que va hacer y después, vuelta tras vuelta, crearlo metódicamente. Esta actitud es una expresión del arquetipo de Atenea, que concede importancia a la previsión, la planificación, el dominio de una artesanía y la paciencia.

Las mujeres pioneras que hilaban el hilo, tejían vestidos y elaboraban prácticamente lo que llevaban los miembros de su familia, encarnaban a Atenea en su reino doméstico. Codo

a codo con sus maridos, cultivaban la tierra salvaje, sometiendo la naturaleza a medida que ampliaban las fronteras hacia el Oeste. Sobrevivir y triunfar requieren rasgos Atenea.

La hija del padre

Como arquetipo de la “hija del padre”, Atenea representa la mujer que, casi de manera natural, gravita alrededor de los hombres poderosos que tienen autoridad, respetabilidad y poder, hombres que encajan en el arquetipo del padre patriarcal o del “jefe”. Atenea predispone a la mujer a crear relaciones de tutoría con hombres que comparten con ella intereses comunes y visiones similares de las cosas. Ella espera una lealtad en ambos sentidos. Como la misma Atenea, una vez le otorga su fidelidad, es su más ardiente defensora o su “mano derecha”, delegada para utilizar su autoridad y para conservar sus prerrogativas.

Muchas secretarias ejecutivas que dedican sus vidas a sus jefes son mujeres Atenea. Su lealtad hacia su gran hombre escogido es indestructible. Cuando pienso en Rosemary Woods, secretaria personal de Richard Nixon, y en esos dieciocho minutos borras de las cintas magnetofónicas de Watergate, me pregunto si no estaba presente la mano de Atenea en todo ello. Sé que habría sido una actitud de Atenea el haber tenido la “sabiduría” de haberse deshecho de aquella prueba y, como Atenea, el haberla borrado sin sentirse culpable.

La cualidad de hija del padre hace de una mujer Atenea una defensora del derecho y de los valores patriarcales que fomentan la tradición y la legitimidad del poder del varón. Las mujeres Atenea suelen apoyar el *statu quo* y aceptar las normas establecidas como líneas de conducta; se resisten al

cambio. Atenea tiene poca simpatía por las personas perdedoras, oprimidas o rebeldes.

Por ejemplo, Phyllis Schlafly —con un master de Radcliffe y mujer extraordinariamente bien organizada y estructurada — encabezó la oposición a la Enmienda sobre la Igualdad de Derechos. Antes de que encabezase dicha oposición, su ratificación (por parte de todos los Estados) parecía inevitable. Durante sus primeros doce meses de vigencia, el año antes de que Phyllis Schlafly crease su organización STOP ERA, en octubre de 1972, la ERA había recibido treinta ratificaciones.

Pero una vez ella lanzó sus tropas a la batalla, se detuvo este impulso. Durante los siguientes ocho años, sólo cinco estados más la ratificaron, y cinco de los treinta estados que la habían ratificado rescindieron su ratificación. Schlafly, cuyo biógrafo la llamó *la novia de la mayoría silenciosa*[3], es una Atenea contemporánea en el papel de una arquetípica hija del padre, que defiende los valores patriarcales.

El justo medio

Cuando el arquetipo Atenea es poderoso, la mujer muestra una tendencia natural a actuar siempre con moderación, a vivir dentro del “justo medio”, que era el ideal ateniense. Los *excesos* suelen ser el resultado de intensos sentimientos o necesidades, o de una naturaleza apasionada, recta, temerosa o codiciosa, todas ellas antitéticas respecto a la racional Atenea. El justo medio también es favorecido por la tendencia de Atenea a dirigir los acontecimientos, tomar nota de los efectos y cambiar el curso de la acción en cuanto resulta improductiva.

La Atenea acorazada

Atenea llegó al Olimpo vestida con una espléndida coraza de oro. Y, de hecho, estar “acorazada” es un rasgo de Atenea. Las defensas intelectuales evitan a una mujer así sentir dolor, tanto el propio como el de los demás. En medio del remolino emocional o de una dura batalla, permanece impermeable a los sentimientos, mientras observa, etiqueta y analiza lo que está ocurriendo y decide lo que hará a continuación.

En un mundo competitivo, el arquetipo de Atenea tiene una ventaja clara sobre Artemisa. La mujer Artemisa se señala metas y compite, pero no tiene coraza, como no la tenía la diosa Artemisa, que vestía con una corta túnica. Si el arquetipo de una mujer es el de Artemisa más que el de Atenea, se toma personalmente cualquier hostilidad o engaño inesperados. Puede sentirse herida u ofendida, y tal vez se vuelva emocional y menos efectiva. En la misma situación, Atenea valora fríamente lo que está sucediendo.

El cultivo de Atenea

Las mujeres que no son como Atenea de manera innata pueden cultivar este arquetipo educándolo o trabajándolo. La educación requiere el desarrollo de las cualidades de Atenea. Cuando una mujer se toma en serio la escuela, desarrolla hábitos disciplinados de estudio. Las matemáticas, las ciencias, la gramática, la investigación y la escritura exigen cualidades de Atenea. Comportarse “de manera profesional” implica que una mujer es objetiva, impersonal y está capacitada. Una mujer que siente profunda simpatía hacia los demás puede que entre, por ejemplo, en el campo de la medicina o de la enfermería, y tal vez descubra que ha entrado en el territorio de Atenea y que necesite aprender la observación desapasionada, el pensamiento lógico y habilidades concretas.

Toda educación estimula el desarrollo es de este arquetipo. Aprender hachos objetivos, pensar con claridad, preparar exámenes y realizarlos, todos ellos son ejercicios que evocan a Atenea.

Atenea también puede desarrollarse por necesidad. Una niña en un hogar poco pacífico puede aprender a ocultar sus sentimientos y ponerse una coraza protectora. Tal vez se vuelva insensible y ajena a sus propios sentimientos, ya que no se siente segura de otro modo. Puede que aprenda a observar y a crear estrategias para sobrevivir. Atenea se activa siempre que una mujer escogida como víctima empieza a planificar manera de sobrevivir o de liberarse.

Walter F. Otto, autor de *The Homeric Gods*[4], llamó a Atenea la diosa "siempre cercana". Acudía inmediatamente respaldando a sus héroes y era invisible para los demás. Susurraba sugerencias, aconsejaba la moderación y les proporcionaba un margen de ventaja sobre sus rivales. El arquetipo de atenea necesita ser invitado "a acercarse", siempre que una mujer tiene que pensar con claridad en medio de una situación emocional, o siempre que, en su propio ámbito docente o profesión, compite con un hombre en igualdad de circunstancias.

Atenea, la mujer

Existe cierto tipo de mujer americana estable y extravertida que parece ser la que personifica mejor a Atenea bajo su disfraz cotidiano. Es práctica, sin complicaciones, no pendiente de sí misma y confiada: alguien que consigue que se hagan las cosas sin alharacas. La mujer Atenea suele tener buena salud, no tiene conflictos mentales y es físicamente activa, como corresponde a su identificación con Atenea (que en su aspecto de Atenea Higia era diosa de la salud). En mi imaginación, puedo verla

como una de esas mujeres de buen parecer, bien aseada, que tiene toda su vida un aspecto “de buen tono”. La psique de una mujer Atenea es similar al aspecto no convencional de los vestidos “de buen tono”: prácticos, duraderos, de calidad permanente y no influidos por los cambios de moda.

El aspecto elegante “de buen tono” puede tenerlo la mujer urbana del extrarradio; la variante de la mujer de los barrios “céntricos” es la blusa y el traje de sastre que llevan las mujeres que trabajan con éxito en los negocios. Ambas versiones, la informal del extrarradio y la de los negocios en el centro de la ciudad están influidas por Brook Brothers, esa moda inglesa de clase alta, que tiene el favor de muchos hombres de negocios y estudiantes elegantes. Los cuellos redondos a los Peter Pan y las camisas con botones hasta abajo constituyen ropa apropiada para las mujeres Atenea, que cultivan una sexualidad sin edad.

La joven Atenea

Una niña Atenea comparte la capacidad de concentración de una joven Artemisa, a la que añade una inclinación decididamente intelectual. Por ejemplo, a los tres años, Atenea tal vez sea una lectora autodidacta. Cualquiera que sea la edad, una vez que ha descubierto los libros, probablemente siempre tendrá la nariz metida en uno. Cuando no está leyendo, persigue a su padre preguntándole, “por qué, papi” o “papi, ¿cómo funciona esto?” o, lo que es más típico aún, “papi, ¡enséñamelo!”. (Normalmente no pregunta “mami, ¿por qué?” —a menos que tenga una madre Atenea, que le dé las respuestas lógicas que busca)—. La niña Atenea es curiosa, busca la información, quiere saber cómo funcionan las cosas.

Los padres

Cuando una hija Atenea crece como la niña favorita de un padre con éxito, orgulloso de que ella “se le parezca”, le ayuda a que desarrolle sus tendencias naturales. Cuando su modelo de rol le otorga su bendición, la confianza en sus capacidades en su “derecho de nacimiento”. Una hija así evoluciona segura y sin conflictos por ser brillante y ambiciosa. Por consiguiente, cuando es ya adulta puede ejerce su poder fácilmente, manteniendo su autoridad y demostrando sus capacidades.

Pero no todas las mujeres Atenea tienen padres Zeus que la favorezcan. Cuando no los tienen, un elemento esencial del desarrollo es el sentimiento de ausencia. Algunas mujeres Atenea tienen padres con mucho éxito. Otras tienen padres muy triunfadores, demasiado ocupados para prestarles atención. En otros casos, los padres tipo Zeus insisten en que las hijas se comporten como niñas tradicionales; puede que digan de manera seductora: “no llenes tu preciosa cabeza de datos”, o que las reprendan diciendo: “esto no es algo con lo que deben jugar las niñas pequeñas”, o “esto no te interesa, son negocios”. Como consecuencia, tal vez crezca con el sentimiento de que ella es inaceptable tal como es y con frecuencia carezca de confianza en sus capacidades, incluso aunque no haya sido directamente desanimada para entrara en campo profesional o comercial.

Cuando una mujer Atenea tiene un padre que no se parece para nada a Zeus —quizás un fracasado en los negocios, un alcohólico, un poeta desconocido, o un novelista inédito—, su desarrollo como Atenea suele verse cortado. Tal vez no aspire a alcanzar metas que podría haber realizado. E incluso aparezca como triunfadora ante los demás, suele sentirse como una impostora a punto se “ser descubierta”.

A menos que ellas mismas sean mujeres Atenea, la mayoría de las madres de hijas Atenea se sienten no apreciadas, o como si sus hijas pertenecieran a una especie completamente diferente de seres. Por ejemplo, cualquier mujer inclinada a las relaciones se encontrará probablemente con que carece de relación con su hija Atenea. Cuando habla acerca de gente y sentimientos, la hija no está interesada. En vez de ellos, su hija quiere saber cómo funciona algo, y descubre que su madre no tienen la menor idea ni el deseo de saberlo. Como consecuencia de sus diferencias, la hija Atenea puede que trata a su madre de incompetente. Una madre así señalaba que su hija "tenía diez años y parecía que tenía treinta". El slogan de su hija parecía ser: "Por favor, madre, sé práctica". Esa madre continuaba diciendo que "a veces mi hija me hace sentir como si ella fuera la adulta y yo fuera ¡una niña retardada!".

Igualmente invalidante puede ser la experiencia de una hija Atenea con una madre que da la impresión de que a su hija la pasa algo. Esa madre puede hacer comentarios como: "¡sólo eres una máquina de calcular!" o "intenta aparentar que eres una niña".

La mujer que desarrolla sus cualidades de Atenea, y que es una gran triunfadora con una sólida autoestima, normalmente tiene padres del modelo Zeus-Metis[5] (padre con éxito en primer plano y madre nutriente en segundo plano) y ha tenido la posición de "hijo primogénito" en la familiar. Con frecuencia dicha posición llegó por ausencia. Tal vez fuera hija única o la mayor de varias niñas. O puede que su hermano padeciera una deficiencia mental o física o constituyera una grave decepción para su padre. Como consecuencia, ella fue el recipiente de las aspiraciones de su padre respecto al hijo, y "el compañero" con el que compartía sus intereses.

Una Atenea con una imagen positiva de si misma, que no tiene problemas por el hecho de tener ambición, podría ser también la hija de un padre y una madre profesionales ambos, o la hija de una madre con éxito. Crece teniendo una madre como modelo de rol y el apoyo paterno-materno para ser ella misma.

Adolescencia y primeros años de vida adulta

Las niñas Atenea miran bajo el capó de los automóviles. Son las que saben arreglar las cosas. Son las niñas en las clases de informática que inmediatamente y con ilusión captan cómo funcionan los ordenadores y se familiarizan rápidamente con la jerga informática. Pueden entrar en la programación de los ordenadores como un pato en el agua, porque piensan de manera clara o lineal, con atención a los detalles. Son las jóvenes que aprenden sobre el mercado de valores, ahorran e invierten.

Muy frecuentemente, una niña tipo Atenea piensa que “la mayoría de las niñas son tontas o torpes”, expresando la misma actitud que los muchachos parecer tener en la preadolescencia. Es más probable que una niña Atenea se interese en clasificar un bicho raro, que no se asuste del mismo. Queda desconcertada cuando otras niñas tienen respuestas del tipo pequeña señorita Pitufa. Como corresponde a una niña que sigue los pasos de Atenea, que castigó a Aracné, ninguna araña “a su espalda” hará salir corriendo a la señorita Atenea.

Las jóvenes Atenea pueden sobresalir en costura, tejido o punto de aguja. Pueden disfrutar haciendo diferentes artesanías y tal vez comparta estos intereses con su madre u otras jóvenes de mentalidad tradicional, con las que, de otro modo, suele tener poco en común. Ella, más que éstas, tal vez disfrute el desafío de crear un patrón y desarrollar una

habilidad, y puede que no esté motivada por hacer vestidos a las muñecas o lindas cosas para ella. Disfruta de la destreza de los resultados. El sentido práctico y un aprecio por la calidad la motivan para hacerse su propia ropa.

Las niñas Atenea no suelen ser niñas problemáticas, mientras que muchas niñas lo son. Las escenas de gritos y llantos suelen estar notoriamente ausentes. Los cambios hormonales difícilmente afectan el comportamiento o estados de humor de este tipo de niñas. Puede que pase sus días de un colegio con chicos que son sus iguales desde el punto de vista intelectual. Tal vez se apunte a un club de ajedrez, participe en la memoria anual de la escuela o compita en el concurso de ciencias. Puede que adore las matemáticas y sobresalga en ellas, o que dedique su tiempo a la química, la física o el laboratorio de informática.

Las niñas tipo Atenea, extravertidas y socialmente conscientes, utilizan sus poderes de observación, utilizan sus poderes de observación, fijándose en qué ponerse o qué alianzas sociales deben mantener. Comentan sus capacidades para competir socialmente y ser populares, aunque sin “implicarse del todo”.

Las mujeres Atenea planifican el futuro. La mayoría de ellas dedican bastante tiempo a pensar qué es lo que harán al acabar los estudios secundarios. Si tienen posibilidades económicas para ir a la universidad, considerarán las universidades que están a su alcance y escogerán sensatamente por sí mismas. Incluso su sus familias no pueden ayudarles a ir a la universidad, encontrará la manera de abrirse camino con becas o créditos. La equivalente en mujer de un Horatio Alger es casi siempre una mujer Atenea.

La mayoría de las mujeres Atenea encuentran muy liberadora la universidad. Habiendo escogido una facultad adecuada para ellas a causa de sus programas educativos y

de la composición de su cuerpo estudiantil, se sumergen en ella, más libres de ser ellas mismas de lo que era posible durante el bachillerato. Es típico que las mujeres Atenea escojan colegios mayores mixtos por su compatibilidad con los hombres y su alta consideración respecto a los mismos.

Trabajo

La mujer Atenea intenta hacer algo de sí misma. Trabaja duro para conseguir sus metas y acepta la realidad tal como es. Así, los años adultos son productivos para ella. En el mundo del poder y de los logros, su utilización de la estrategia y del pensamiento lógico muestran su parentesco con Atenea. En el hogar, sobresale en las artes domésticas (que constituyen también el reino de Atenea), utilizando su mente práctica y su ojo estético para llevar un hogar eficiente.

Si la niña Atea tiene que ir directamente del bachillerato al trabajo, con frecuencia se prepara para esta necesidad tomando cursos de educación en los negocios y trabajos de verano porque presentan buenas oportunidades. Las mujeres Atenea no juegan a Cenicientas; no esperan a ser rescatadas por el matrimonio. Fantasear sobre que “algún día llegará mi príncipe” es algo ajeno a su estilo.

Si se casa y lleva un hogar, suele ser una gestora eficaz. Ya sea para las compras, el lavado de ropa o la limpieza de la casa tiene un sistema que funciona. En la cocina, por ejemplo, cada cosa está en su sitio. Nadie tiene que enseñar a una mujer Atenea cómo planificar: la organización le llega de manera natural. Normalmente las compras una semana por delante y prevé las comidas aprovechándose de las ofertas. La mujer Atenea encuentra estimulantes las tareas que suponen vivir ajustándose a un presupuesto y gastar el dinero adecuadamente.

La mujer Atenea puede ser una maestra excelente. Explica las cosas con claridad. Si el tema exige información precisa, es probable que lo domine. Su fuerte puede ser explicar procesos complejos que se desarrollan paso a paso. La maestra Atenea es con toda posibilidad la más exigente. Es una de esas maestras que no admiten excusas, que esperan y consiguen los mejores resultados. No se deja engañar por historias tristes ni otorga calificaciones inmerecidas. Enseña mejor a estudiantes que suponen un reto intelectual para ella. Favorece a los estudiantes aventajados y pasa más tiempo con ellos que con los que van retrasados (al contrario que una maestra maternal tipo Deméter, que se entrega más a los que necesitan más ayuda).

Como artesana, una mujer Atenea hace objetos estéticamente agradables. Tiene también cabeza para los negocios, y se preocupa tanto de mostrar y vender su trabajo, como hacerlo. Trabaja bien con sus manos y, cualquiera que sea la artesanía, se enorgullece de dominar la técnica requerida y del buen acabado de su producto. Puede hacer variantes del mismo objeto, disfrutando con ello.

Una mujer Atenea en el campo académico es probablemente una buena investigadora. Con su enfoque lógico y su atención a los detalles, les es fácil por naturaleza hacer experimentos o reunir datos. Sus campos de interés suelen ser los que valoran la claridad de pensamiento y la utilización de las pruebas. Tiende a ser buena en matemáticas y ciencias, y puede que entre en el ámbito financiero, jurídico, de la ingeniería o de la medicina —profesiones tradicionalmente de hombres—. En donde se siente completamente a sus anchas siendo una de las pocas mujeres en su campo.

Relaciones con mujeres: distantes o descartadas

Una mujer Atenea suele carecer de amigas cercanas, un patrón de comportamiento que puede haber sido advertido alrededor de la pubertad, cuando no creaba vínculos de amistad íntima, o incluso antes. En la adolescencia, la mayoría de las amigas comparten sus miedos, oscuros secretos, anhelos y ansiedades sobre el cambio que experimentan sus cuerpos, las dificultades con los padres y los futuros inciertos. Para algunas jóvenes, las principales ansiedades son preocupaciones sobre los muchachos, el sexo y las drogas. Otras están en medio de altibajos creativos o poéticos, o preocupadas con pensamientos sobre la muerte, la locura, el misticismo o conflictos de tipo religioso. Todos son temas para discutir con amigas que tienen intereses similares, no con una observadora no romántica o racionalista escéptica, como es la joven Atenea.

Además, en la mitología griega, Atenea tuvo alguna vez una amiga que era como una hermana, llamada Iodama o Palas. Las dos niñas estaban jugando un juego de competición, que acabó mortalmente cuando la lanza de Atenea hirió mortalmente a su amiga matándola. (Una de las versiones sobre el origen del nombre “Palas Atenea” se relaciona con la memoria de su amiga). Como en el mito, si la falta de simpatía de la niña Atenea no mata su potencial de amistad con otras niñas, puede que lo haga su necesidad de ganar. En la vida real, la amiga de una mujer Atenea puede sentirse hundida cuando esto olvida la importancia de su relación y, en su lugar, se concentra en ganar —a veces mediante el engaño—, revelando una parte de su personalidad que mata la amistad.

Una falta de relación con otras mujeres suele empezar en la niñez con la admiración por sus padres y su afinidad con ellos, y/o con la diferencia de personalidad e inteligencia respecto a sus madres. Esta tendencia se une a una falta de amistades femeninas íntimas. Como consecuencia, las mujeres Atenea no se sienten en su piel como hermanas de otras mujeres, ni de las feministas, a las que pueden parecerse superficialmente, especialmente si son mujeres con carrera. Así pues, esta "hermandad" es un concepto ajeno a la mayoría de las mujeres Atenea.

En mitología, fue Atenea quien emitió el voto decisivo para el patriarcado en el juicio de Orestes. En los tiempos actuales, ha solicitado ser una mujer Atenea la que, hablando en contra de la acción afirmativa, la enmienda sobre la igualdad de Derechos, o el derecho al aborto, la que ha sido decisiva para derrotar las posiciones feministas. Recuerdo lo efectiva que era Atenea cuando yo era una defensora de la ERA. Una mujer Atenea se levantó para hablar con un grito de llamada: "¡Soy una mujer y estoy contra ERA!". Y la oposición mayoritariamente masculina y mayoritariamente silenciosa se puso de su parte. Cada vez, era una equivalente local de Phyllis Schlafly —en su doble papel de defensora del *statu quo* patriarcal y de su oposición habitual como colega de las mujeres— con la que los hombres se sentían más a gusto.

La historia de Aracné (la tejedora convertida en araña por Atenea por haberse atrevido a hacer públicas las seducciones y violaciones de Zeus) es otro mito con paralelismos actuales. Una estudiante o una secretaria tal vez presente una queja de acoso sexual contra el profesor o su jefe. O una hija quizá descubra el incesto en la familia y atraiga la atención hacia la conducta de su (a veces dominante) padre. O puede que una paciente informe de que su psiquiatra ha actuado de manera contraria a la ética

teniendo relaciones con ella. Esas mujeres, como Aracné, son “Alguien inexistente” que expone la conducta de una hombre poderoso que en privado se aprovecha de su posición dominante para intimidar, seducir o aplastar a mujeres vulnerables.

Una mujer Atenea suele enfadarse con la mujer que se queja, en vez de enfadarse contra el hombre contra el que se dirige la queja. Puede que reproche a la víctima femenina por provocar lo sucedido. O, de manera más típica todavía, como la misma diosa, se indigna porque la mujer haya hecho publica una acción que somete al hombre a críticas.

Las feministas reaccionan encolerizadas ante la carrera llena de éxitos de las mujeres Atenea que, por una parte, adoptan posiciones establecidas y patriarcales sobre temas políticos que afectan a mujeres y que, por otra, consiguen obtener los máximos beneficios de la influencia de los movimientos feministas en educación, oportunidades y promoción profesional. La primera mujer que adquiere la entrada o el reconocimiento en una situación dominada por varones suele ser una mujer que las feministas describen como una “abeja reina”. Este tipo de mujer no ayuda a que sus “hermanas” salgan adelante. En realidad, hacen que el avance generacional se más difícil.

Relaciones con hombres: sólo los héroes pueden ser candidatos

La mujer Atenea gravita alrededor de hombres con éxito. Durante los estudios superiores estaba atraída por la estrella de la facultad. En los negocios, se ve atraída hacia el hombre que asciende y que llegará a ser un día el director de la empresa. Ella posee una astuta habilidad para detectar a los ganadores. Está atraída por el poder, bien buscándolo para sí misma —con frecuencia con ayuda de un mentor

varón con éxito— o, más tradicionalmente, como compañera, esposa, secretaria ejecutiva o aliada de un hombre capaz y ambicioso.

Para las mujeres Atenea (como señalaba el exsecretario de estado Henry Kisinger) “el poder es el mejor afrodisíaco”.

Las mujeres tipo Atenea no soportan a los “inútiles”. Son impacientes con los soñadores, no les impresionan los hombres en búsqueda de cosas que no sean mundanas, y no tienen simpatía por los hombres que poseen demasiada compasión para actuar de manera decisiva. No piensan que los poetas artistas que se mueren de hambre en buhardillas sean personajes románticos, ni les seducen los eternos adolescentes disfrazados de hombres. Para una mujer Atenea, “gran corazón”, “neurótico” o “sensible” son adjetivos para describir a los “perdedores”. Cuando se trata de hombres, sólo los héroes pueden ser candidatos.

Una mujer Atenea suele escoger a su hombre. Puede que lo haga rechazando citas u oportunidades laborales con hombres que no alcanzan sus pautas de éxito o de posibilidades de éxito, o echándole el ojo a un hombre concreto, con una estrategia tan sutil que éste no se dé cuenta, creyendo que es él quien la eligió a ella. Quizá sea ella la que saque la luz el tema del matrimonio o de una asociación de trabajo, con el instinto de las frases necesarias en el tiempo que tiene una negociadora que conoce a su hombre.

Si lo que quiere es ser su protegida en los negocios o su secretaria, encuentra la oportunidad para impresionarle con sus capacidades y el mucho trabajo que realiza. Una vez cerca, lucha por hacerse indispensable para él, un papel que le proporciona a ella satisfacción emocional y laboral. Ser “la esposa del despacho” o “la segunda de a bordo” proporciona a la mujer Atenea una sensación de poder y, al mismo

tiempo, una asociación con un “gran hombre” elegido, al que tal vez otorgue su lealtad durante toda su vida.

Una mujer Atenea adora discutir sobre estrategia y estar enterada en secreto de lo que se cuece entre bastidores. Su opinión y consejo pueden ser muy perceptivos y útiles, así como potencialmente directos. Valora a los hombres que persiguen lo que quieren, que son fuertes, decididos y ganadores en las actuales luchas de poder. Para algunas mujeres Atenea, cuanto más resulte ser su hombre como “el astuto Ulises”, mejor.

Sexualidad

Una mujer Atenea vive en su mente y no suele estar en contacto con su cuerpo. Considera el cuerpo como una parte utilitaria de sí misma, de la que es inconsciente de sí misma, de la que es inconsciente hasta que se hiere o se pone enferma. Es típico que no sea una mujer sensual o “sexy”, ni dada a flirteos ni aventuras románticas.

Le gustan los hombres como amigos o mentores más que como amantes. A diferencia de Artemisa, rara vez considera el sexo como un deporte recreativo o una aventura. Al igual que la mujer Artemisa, necesita de Afrodita o de Hera como arquetipos activos para que la sexualidad se convierta en una expresión de atracción erótica o de compromiso emocional. De otro modo, el sexo forma “parte de un acuerdo” intrínseco a una relación concreta, o de un acto calculado. En ambos casos, una vez que decide ser sexualmente activa, suele aprender cómo hacer muy bien el amor.

Una mujer Atenea suele permanecer célibe durante largos periodos de su vida adulta, mientras concentra sus esfuerzos en su profesión. Si es una secretaria ejecutiva o una auxiliar administrativa dedicada a un hombre que ella

ha decidido, puede permanecer como una “esposa del despacho” célibe.

Si una mujer casada se identifica con Atenea, su actitud hacia la sexualidad puede ser aproximadamente la misma que su actitud hacia otras funciones corporales; algo que se hace regularmente y es saludable para ella. También forma parte de su papel como esposa.

Atenea parece bien representada entre las mujeres lesbianas, al contrario de lo que podría esperarse (dadas las lealtades patriarcales de Atenea, su afinidad con los héroes y su falta de sentimientos de hermandad femenina). La mujer lesbiana Atenea posee una tendencia a tener una pareja configurada en el mismo molde que ella. Tal vez ambas sean profesionales, triunfadoras que empezaron como colegas antes de convertirse en amantes.

En sus relaciones, las mujeres lesbianas Atenea tal vez admiren sus cualidades “heroicas” y el éxito de la pareja, o tal ves sean atraídas por su intelecto. El compañerismo y la libertad, más que la pasión, las mantienen juntas; la relación sexual entre ellas quizá vaya disminuyendo hasta desaparecer. Probablemente mantienen secreta la naturaleza homosexual de su relación frente a los demás. Esta relación suele ser de larga duración y sobrevive a las separaciones causadas por exigencias profesionales.

Matrimonio

Cuando las mujeres no tenían muchas oportunidades de triunfar en sus propias carreras, la mayoría de las mujeres Atenea lograron “buenos matrimonios”. Se casaron con hombres muy trabajadores, orientados hacia el éxito, a los cuales respetaban. Entonces como ahora, es más probable que el matrimonio de una mujer Atenea sea una asociación de compañerismo que una unión apasionada.

Existen probabilidades de que elle le entienda perfectamente y de que ambos sean compatibles. Ella es su aliada y buena compañera, una esposa vitalmente interesada en su carrera o en sus negocios, que planificará con él la estrategia de cómo avanzar y que trabajará a su lado si es necesario. Al igual que Atenea, que retuvo a Aquiles cuando, encolerizado, estaba a punto de empuñar su espada contra su jefe, Agamenón, puede hacerle desistir sabiamente de actuar de manera prematura o impulsiva.

Si su esposo es mayor y bien situado en el momento del matrimonio, y si está implicado en acciones muy complicadas o técnicas, el principal papel de una esposa Atenea será el de una aliada social. Su tarea, en ese caso, es ser un factor esencial den las relaciones, buena anfitriona y su mano derecha en la mantenimiento de importantes alianzas sociales.

Aparte de aconsejar a su marido o de ser un factor de esparcimiento para hacer que avance su carrera, suele llevar la casa con gran dominio. Le es fácil la pista del presupuesto y de las tareas, prestando atención a los detalles y enfoques prácticos. También toma sobre sí la educación de los hijos o herederos como parte de su asociación.

La comunicación entre una esposa Atenea y su marido acerca de los acontecimientos suele ser excelente. Pero la comunicación sobre los sentimientos puede ser prácticamente inexistente, bien porque él, al igual que ella, los pase por alto, o bien porque él haya aprendido que ella no entiende de sentimientos.

Tanto las mujeres Hera como las mujeres Atenea están atraídas por hombres con poder y autoridad semejantes a Zeus. Sin embargo, lo que ellas esperan de él y la naturaleza del vínculo que cada tipo de mujer tiene con él es algo muy diferente. Una mujer Hera hace de un hombre su dios personal y responsable de llenarla, porque el afecto que

siente por él consiste en una conexión profunda e instintiva. Cuando se entera de que él le es infiel, queda herida en lo más profundo y se enfurece contra la otra mujer, que adquiere una gran importancia a sus ojos.

En contraste, una mujer Atenea es prácticamente impermeable a los celos sexuales. Considera su matrimonio como una asociación mutuamente beneficiosa. Suele ser leal y esperar lealtad, que puede no equiparar a fidelidad sexual. También encuentra difícil creer que pueda ser reemplazada por una atracción pasajera.

Jacqueline Kennedy Onassis resulta ser una mujer Atenea. Se casó con el senador John F. Kennedy, que llegó a ser presidente de los Estados Unidos. Posteriormente se convirtió en la esposa de Aristóteles Onassis, famoso por ser uno de los hombres más ricos, bruscos y poderosos del mundo. Se sabe que ambos hombres tenía aventuras extramatrimoniales. Kennedy era un mujeriego, con multitud de relaciones sentimentales, y Onassis tuvo una relación completamente pública y de larga duración con la estrella de ópera María Callas. A menos que Jacqueline Kennedy Onassis fuera una consumada actriz, no parece que fuera vengativa hacia las otras mujeres. Su aparente falta de celos y de rabia, unida a su elección de hombres poderosos, son características de una mujer Atenea. Mientras el matrimonio en sí mismo no se vea amenazado, una mujer Atenea puede racionalizar y aceptar la existencia de una querida.

A veces, sin embargo, una mujer Atenea menosprecia exageradamente el significado del interés de su marido por otra mujer. Ahí tiene un ángulo muerto: incólume ella misma por la pasión, no puede calcular la importancia que tiene para otra persona. También carece de simpatía o de compasión por sentimientos vulnerables o valores espirituales, que pueden tener un significado especial para su marido. Esta falta de comprensión puede cogerla

desprevenida y no preparada, cuando, sin que ella lo esperase, su marido quiere divorciarse de ella y casarse con otra mujer.

Cuando la decisión de divorciarse la toma la mujer Atenea, puede ser capaz de desprenderse de su marido, al que tiene gran cariño, con relativamente poca emoción o pena. Ésta era ciertamente la impresión que daba una corredora de bolsa de treinta y un años que conocí. Formaba parte de un matrimonio en el que ambos eran igualmente profesionales, hasta que si marido, ejecutivo de publicidad, fue despedido. Éste se puso a vagar por la casa en lugar de buscar agresivamente un trabajo, y ella se volvió gradualmente infeliz y le perdió el respeto. Al cabo de un año, ella le dijo que quería divorciarse. Su actitud fue muy similar a la de un hombre de negocios que despide a un empleado incapaz de hacerse cargo de las responsabilidades de su puesto o que sustituye a un trabajador cuando aparece otro empleado mejor para el puesto. Ella estaba muy reticente a decírselo y encontró muy dolorosa la confrontación que se produjo, pero su conclusión de fondo era que él tenía que irse. Y una vez cumplida la desagradable tarea, se sintió aliviada.

Tanto si es ella la instigadora del divorcio como si no lo es, la mujer Atenea sobrelleva muy bien la situación. Los acuerdos son negociados normalmente sin rencor o encarnizamiento. No se siente personalmente aplastada, incluso si él la deja por otra. Puede que quede en buenos términos con un ex marido y, tal vez, hasta continúe una asociación comercial.

El matrimonio en el que ambos son profesionales, y en el que el esposo y esposa están muy implicados en sus respectivas carreras, constituye un fenómeno relativamente nuevo. Las mujeres Atenea pueden tener más éxito que la mayoría de las mujeres en este tipo de matrimonio. Se

necesita la mente de Atenea para planificar y llevar adelante la logística de tener dos asociados laborales con metas a largo plazo, y con horarios que pueden no ser los habituales de nueve a cinco, mantener la presencia social y todo lo que acompaña a personas profesionales o con una movilidad ascendente. Las mujeres Atenea tienden a ser más conservadoras sobre los roles tradicionales, y es menos probable que presenten exigencias de igualdad por puro principio. Por consiguiente, la mujer Atenea en un matrimonio en que ambos son profesionales suelen supervisar el hogar, suele contratar asistentas eficaces y da la impresión de su carrera, sirviendo al mismo tiempo de aliada y confidente apreciada por su marido.

Hijos

Como madre, la mujer Atenea espera difícilmente a que sus niños crezcan hasta tener la edad en la que ella pueda hablarles, hacer proyectos con ellos, y llevarles a ver lo que hay que ver. Es lo contrario de una “Madre Tierra Deméter, que busca instintivamente ser una madre, le encanta tener niños en los brazos y desea que nunca crezcan. En contraste, una mujer Atenea estaría dispuesta a “alquilar un útero” inmediatamente en cuando esto fuera posible, con tal de tener asegurada la maternidad del niño. Y se sirve de madres “adoptivas”, contratando amas de casa y niñeras para que cuiden a sus hijos por ella.

La madre Atenea brilla si tiene hijos competitivos, extravertidos e intelectualmente curiosos. En el actuar, son sus héroes en ciernes lo que sacan de ella la capacidad de enseñar, aconsejar, inspirar y animarles a cómo sobresalir. Es apta para reforzar el comportamiento masculino estereotípico en sus hijos, dándoles muy pronto el mensaje de que “los hombres fuertes no lloran”.

Las madres Atenea también tienen éxito con las hijas que son como ellas: las hijas independientes que comparten en sus madres el enfoque lógico de las cosas. Estas mujeres pueden ser modelos de conducta y mentoras para las hijas que son como ellas. Algunas madres Atenea, sin embargo, tienen hijas que son muy diferentes a ellas. Estas hijas, por ejemplo, pueden estar por naturaleza innata más interesadas en lo que sienten las personas que en cómo funcionan las cosas, y pueden no afirmarse a sí mismas ni ser intelectuales. Con una hija tradicional, una madre Atenea lo hace peor. Puede que le divierta, acepte y tolere una hija que no es como ella. O puede descartar a la hija a favor del hijo. En cualquiera de los dos casos, la hija siente una distancia emocional y tiene la sensación de que no es valorada tal como es.

La mujer Atenea encuentra difícil tratar con hijos o hijas que son fácilmente afectados por los sentimientos. La situación es más difícil, por supuesto, para los hijos/as. Si aceptan las pautas de su madre, probablemente crecerán desvalorizándose a sí mismos/as por ser llorones en la infancia, y por ser hipersensibles en la vida adulta. Su mente práctica también la hace ser impaciente con un/a hijo/a soñador/a que tiene fantasías.

Una madre Atenea espera que sus hijos hagan lo que se espera de ellos, se eleven por encima de los acontecimientos que suscitan emociones en sus vidas, y que sean, como ella, “buenos soldados”.

En la mediana edad

La mujer Atenea suele considerar que los años de la mitad de su vida son los mejores. Con su capacidad para ver las cosas como son, rara vez se hace ilusiones con las que tenga después que desilusionarse. Si todo marcha conforme

a lo planeado, su vida se desenvuelve de una manera ordenada.

A mitad de la vida, una mujer Atenea suele tomar tiempo para asentar su situación. Considera todas las opciones y después efectúa una transición ordenada a la siguiente fase. Si el trabajo constituye su principal interés, se halla en mitad de su carrera y puede ver en ese momento su trayectoria: hasta dónde puede elevarse, hasta qué punto es segura su situación, a dónde la puede llevar una relación con un mentor. Si es madre, cuando sus hijos han crecido, es probable que se haya embarcado en proyectos a los que puede dedicar más tiempo, puesto que sus hijos la necesitan menos.

Sin embargo, los años de la mediana edad de una mujer Atenea pueden desembocar inesperadamente en una crisis. Tal vez se encuentre en medio de una crisis matrimonial que puede sacudir su ecuanimidad y exponerla a sentimientos más profundos. Con frecuencia, la crisis de su marido instiga la suya. El matrimonio agradable, que ha constituido una alianza de éxito para los dos, puede que sea ahora insatisfactorio para él. Tal vez sienta la ausencia de la pasión en su matrimonio y quizá se sienta atraído por otra mujer que le estimula desde el punto de vista romántico y erótico. Si una mujer continúa siendo fiel a su naturaleza de Atenea, su respuesta será enfrentarse a la situación de manera sensata. Sin embargo, a mitad de la vida puede activarse otras diosas, y por primera vez en su vida puede que reacciones de manera impredecible.

La menopausia no es una causa de aflicción para Atenea, porque ella nunca se definió a sí misma principalmente como madre. Tampoco la belleza y la juventud son esenciales para la autoestima de la mujer Atenea, que está basada en la inteligencia, la competencia y, con frecuencia, en la capacidad de ser indispensable. Así pues, envejecer no

es una pérdida para la mayoría de las mujeres Atenea. Por el contrario, por ser más poderosa, útil, o influyente en los años de mitad de su vida que cuando era joven, su confianza y bienestar pueden incluso ser reforzados en este periodo, en el que otras mujeres están ansiosas por parecer más viejas y volverse menos deseables.

En la tercera edad

La mujer Atenea cambia muy poco a lo largo de décadas. Continúa siendo una mujer práctica, llena de vida y de energía, muy participativa, primero en el hogar y en el trabajo, y después, frecuentemente como voluntaria en asociaciones ciudadanas. Suele ser defensora de las instituciones tradicionales, y probablemente de las muy conservadoras. La mujer casada Atenea de clase media y clase alta es la piedra angular del voluntariado en organizaciones benéficas y en iglesias. Ayuda a organizar a las asistentes sanitarias, las obras benéficas de *United Way* y de la Cruz Roja, desempeñando cada vez un papel más destacado a medida que envejece.

Cuando sus hijas/os se hacen mayores y se marchan de casa, la mujer Atenea no llora por el nido vacío. Es entonces cuando tiene más tiempo para hacer proyectos, estudiar o trabajar en lo que le gusta. Sus relaciones con sus hijos adultos suelen ser amistosas. Por haberles animado a ser independientes y autosuficientes, y no haberse entrometido nunca en sus asuntos no haber facilitado la dependencia, la mayoría de sus hijas/os y nietas/os no tienen problemas con ella. Habitualmente la respetan y con frecuencia la quieren. Aunque suele ser parca en demostraciones de afecto y no expresa mucho sus sentimientos, mantiene el contacto con la familia y la comunicación sobre las cosas que pasan, e igualmente observa las fiestas y tradiciones familiares.

En sus últimos años, muchas mujeres Atenea se convierten en respetables pilares de la comunidad. Algunas resultan “señoras de edad en zapatillas deportivas”, mujeres con cabeza para los negocios que han sido ridiculizadas por platear cuestiones pertinentes en las asambleas de accionistas. No son desconcertadas por el pensamiento insensato o confuso de otras personas, y su persistencia es especialmente embarazosa para los hombres investidos de autoridad.

Cuando llega la viudez, normalmente una mujer Atenea se ha anticipado. Sabe que su esperanza de vida es mayor que la del hombre y, por haberse probablemente casado con un hombre mayor que ella, no se encuentra desprevenida o no preparada por la viudez. Es una viuda que maneja su propio dinero, que invierte en el mercado de valores o que continúa por sí misma el negocio familiar.

Frecuentemente, una mujer Atenea viuda o solterona vive sola, manteniendo al mismo tiempo una vida activa y ocupada. La cualidad de diosa virgen completa-en-sí-misma le sirve bien en sus últimos años, en los que ella es autosuficiente y está activa lo mismo que cuando era joven.

Dificultades psicológicas

La racional Atenea nunca perdió su cabeza, su corazón o su autocontrol. Vivía dentro del justo medio, y nunca fue sobrepasada por la emoción o por sentimientos irracionales. La mayoría de las demás diosas (excepto Hestia) volcaban sus emociones sobre los demás causándoles sufrimiento, o eran escogidas como víctimas y sufrían. Las mujeres que son como ellas probablemente poseen el potencial de causar sufrimiento o de sufrir. Atenea era diferente: era invulnerable, inconmovible frente a la emoción irracional o abrumadora, y sus acciones eran deliberadas más que

impulsivas. Puesto que la mujer que se parece a Atenea comparte sus atributos, tampoco es una víctima de los demás ni de sus propias emociones. Sus problemas surgen de sus propios rasgos caracteriales, de llevar psicológicamente la “égida y la coraza”. Una evolución unilateral puede cortarle de los aspectos de sí misma que no necesita desarrollar.

La identificación con Atenea

Vivir “como Atenea” significa vivir en la cabeza y actuar resueltamente en el mundo. Una mujer que vive de esta manera lleva una existencia unilateral: vive para su trabajo. Aunque disfruta de la compañía de los demás, carece de intensidad emocional, atracción erótica, intimidad, pasión o éxtasis. También le está ahorrado el sufrimiento, la profunda desesperación y el sufrimiento que puede sobrevenir a la vinculación con los demás o al hecho de necesitarlos. La identificación exclusiva con la Atenea racional corta a una mujer de la entera gama e intensidad de las emociones humanas. Sus sentimientos están bien modulados por Atenea; están limitados a una media de intensidad. Así pues, se corta a sí misma de tener simpatía con los sentimientos profundos de cualquier persona, de sentirse afectada por el arte o la música que expresen sentimiento intensos, y de ser convida por la experiencia mística.

Al vivir en su cabeza, la mujer Atenea pierde la experiencia de estar plenamente en su cuerpo. Sabe poco de sensualidad y acerca de cómo se siente cuando se fuerza el cuerpo hasta sus límites. Atenea mantiene a una mujer “por encima” del nivel instintivo, de manera que no siente la fuerza completa de los instintos maternal, sexual o de procreación.

Para evolucionar más allá de Atenea, una mujer tiene que desarrollar otros aspectos de sí misma. Puede hacerlo gradualmente, si se da cuenta de que Atenea la limita y si está receptiva a las perspectivas de los demás. Cuando las demás personas hablan de emociones y experiencias que les son profundamente significativas, pero que son desconocidas para ella, necesita hacer un esfuerzo para imaginar de qué están hablando. Tiene que reconocer su actitud de exigir siempre pruebas y su distancia escéptica de los demás y de sí misma como un potencial todavía no desarrollado de profundidad espiritual o emocional.

Una mujer tipo Atenea a veces evoluciona más allá de este arquetipo, inesperada o traumáticamente, bajo la presión de circunstancias que la desbordan con sentimientos procedentes del inconsciente. Por ejemplo, puede que su hijo se vea amenazado por la enfermedad o alguien le haya hecho daño. Si surge un instinto protector desde sus profundidades arquetípicas tan feroz como una madre osa encolerizada, descubre que este aspecto de Artemisa es parte de ella. O, si su agradable matrimonio es amenazado por otra mujer, tal vez se vea llevada por los sentimientos heridos y vengativos de Hera, en lugar de mantenerse como una Atenea racional que se comporta como de costumbre. O puede que tome una droga psicodélica y se vea sumergida en un estado alterado de conciencia que la sobrecoge o la asusta.

El efecto Medusa

Una mujer Atenea tiene la capacidad de intimidar a los demás y de suprimir la espontaneidad, vitalidad y creatividad de las personas que no son como ella. Éste es el efecto Medusa.

Es su peto, la diosa Atenea llevaba un símbolo de su poder —la égida, una piel de cabra decorada con la cabeza de la Gorgona, la cabeza de Medusa—. Ésta era un monstruo con serpientes en lugar de cabellos, cuya terrorífica apariencia convertía en piedra a todos los que fijaban la mirada en ella. La Gorgona es también un aspecto de la mujer Atenea. Metafóricamente, ella tiene también el poder de desvitalizar la experiencia de los demás, de suprimir la vida con la conversación, de convertir una relación en un cuadro estático. A través de su concentración en hechos y detalles, su necesidad de premisas lógicas y de racionalidad, puede convertir una conversación en una seca enumeración de detalles. O puede ser devastadoramente insensible y cambiar espectacularmente de esta manera un ambiente, de ser profundamente personal a ser superficial y distante. Con su actitud crítica y sus cuestiones analizadoras, puede, inintencionada e inconscientemente, disminuir la experiencia subjetiva de otra persona. Puede carecer de empatía por temas espirituales o morales que otros consideran de vital importancia, ser intolerante con los problemas que tiene la gente en sus relaciones, y crítica hacia cualquier tipo de debilidad. Esta falta de empatía es matadora.

Cuando la ocasión es puramente social, este efecto Medusa desvitalizador puede simplemente aburrir o enojar. Sin embargo, cuando la mujer Atenea está en una posición de autoridad y de emitir juicios, puede utilizar el poder total de la Medusa Gorgona para aterrorizar y petrificar. Por ejemplo, puede estar llevando a cabo una entrevista con consecuencias graves. Cuando una persona es escudriñada por la “Atenea con el ojo de Gorgona”, se siente ante la mirada fija y magnificadora de una mente analítica e impersonal, cuyas cuestiones parecen dirigirse sin respiro hacia las inadecuaciones descubiertas. Teniéndoselas que

haber con lo que puede ser un intelecto analítico y un corazón de piedra, la persona puede sentirse “convertida en piedra”.

Una colega me describió una vez la desafortunada experiencia de encontrase con la Medusa Gorgona en su cita de evaluación para un ascenso profesional. Ahora, esta colega es una terapeuta que trabaja muy bien con pacientes gravemente perturbados. Intuitivamente dotada para comprender el significado simbólico y las emociones que yacen tras el comportamiento irracional, trabaja maravillosamente con los pacientes. Sin embargo, al describir esa entrevista una mujer Atenea: “Sentí que mi mente se quedaba en blanco. Por un momento, me quedé literalmente sin habla, no podía pensar correctamente ni encontrar las palabras… No salí bien parada en absoluto”. La mayoría de las veces, cuando una persona se siente convertida en piedra por el examen escudriñador y crítico de alguien que tiene el poder de destruir un ascenso profesional o una posibilidad de formación, ese alguien es un hombre que tiene el arquetipo de Zeus, y “lleva la égida”. Pero a medida que las mujeres tienen más acceso al poder, la égida puede que sea llevada cada vez menos por mujeres. Y si actúan como Atenea, pueden producir el efecto Medusa.

Con frecuencia, la mujer Atenea que está produciendo ese efecto Medusa es inconsciente de su poder negativo. No es su intención intimidar y aterrorizar. Simplemente, tal como lo ve ella, está cumpliendo bien con su trabajo: reunir los hechos, examinar las premisas, comprobar cómo su estructura el material y cómo lo apoyan las pruebas. Pero sin saberlo, puede estar realizando la observación de Goethe de que asesinamos cuando analizamos minuciosamente. Con su actitud objetiva y sus cuestiones incisivas, descuida el esfuerzo por crear la relación. Así pues, elimina el potencial

de verdadera comunicación en el que puede compartirse el corazón de cualquier asunto, o el alma de una persona.

A veces hablo con alguna paciente que es puro enfoque intelectual, que me da un informe fáctico de su vida, una enumeración de acontecimientos sin emoción, dejando de lado los sentimientos. Considero que tengo que hacer un esfuerzo para permanecer en relación con ella, luchando para vencer el aburrimiento cuando no hay “vida”, ninguna intensidad de sentimiento añadida a los acontecimientos. Lo que no tiene vida en ella tiene un efecto de atontamiento sobre mí. Cuando me siento “convirtiéndome en piedra”, sé por fin que éste es el problema que ella introduce en toda relación. Es por esto por lo que su vida carece de intimidad y suele ser solitaria. Cuando una mujer está metafóricamente llevando la coraza con la égida de Medusa en su peto, no esta mostrando ninguna vulnerabilidad. Sus defensas bien acorazadas están altas, y su autoridad y mirada crítica mantienen a los demás a distancia desde el punto de vista emocional.

Si se desanima por el efecto de Medusa que produce en los demás, una mujer Atenea haría bien en recordar que el peto de la Gorgona era algo que Atenea podía ponerse y quitarse. De la misma manera, si una mujer Atenea “se quita la coraza y la égida”, ya no producirá el efecto Medusa. Su égida de Medusa parte cuando ya no se constituya en tribunal para juzgar a los demás, reclamando internamente su autoridad para valorar o invalidar lo que otras personas sienten, piensan o viven. Cuando se da cuenta de que tiene algo que aprender de las personas y algo que compartir con ellas, y se relaciona entonces como una igual, se habrá desprendido de su peto de Gorgona y su efecto Medusa.

Astucia: “Haz cualquier cosa que funcione”

La mujer Atenea que tiene un objetivo que alcanzar o un problema que resolver, se interesa casi exclusivamente en “¿cómo puedo hacerlo?” y en “¿funcionará?”. Puede ser astuta o actuar sin escrúpulos para conseguir sus objetivos o derrotar a sus rivales.

Esta astucia fue característica de la diosa Atenea. Por ejemplo, en la confrontación culminante de la guerra de Troya entre el héroe griego Aquiles y el héroe más noble troyano Héctor, Atenea utilizó decididamente “tácticas sucias” para ayudar a que Aquiles ganase. Engañó a Héctor para que creyese que su hermano estaba a su lado como portador de su lanza cuando se enfrentó a Aquiles. Entonces, después de haber lanzado su única lanza y haberse vuelto para coger otra de su “hermano”, Héctor descubrió que estaba solo y supo que su fin estaba próximo.

La Diosa no se preocupó de preguntarse: “¿es justo?” o “¿es ético?”. Lo que le importaba era que se trataba de una estrategia efectiva. El lado oscuro de una mujer Atenea está relacionado con este aspecto de Atenea.

Cuando juzga el comportamiento de otras personas, su principal criterio es la eficacia. No forma parte de su manera de pensar el preocuparse de valores del sentimiento como justo o injusto, bueno o malo. Así pues, tiene dificultades para entender por qué la gente se enoja por una conducta inmoral o contraria a la ética, especialmente cuando no les afecta personalmente. Tampoco entiende por qué alguien se molestaría en discutir acerca de los “principios morales del asunto”, o sobre la licitud de los medios utilizados para alcanzar el fin deseado.

Así, si era estudiante en los años 70, cuando sus compañeros y compañeras tomaban las calles para protestar contra la guerra del Vietnam o la invasión de Camboya, o estaban indignados por las revelaciones del caso Watergate, con toda posibilidad a ella no le afectaba. Otras personas tal

vez la consideren indiferente desde el punto de vista moral, cuando en realidad —fiel a su forma Atenea— no la hacía actuar el contagio de los sentimientos ajenos, ni estaba inquieta por los propios. Por el contrario, ella permanecía en la clase o en el laboratorio persiguiendo sus propias metas profesionales.

Vías de desarrollo personal

Desarrollarse más allá de los límites de una diosa a través del cultivo de otras es una posibilidad que todos los tipos de diosas comparten. Pero una mujer Atenea posee varias direcciones específicas cuyo seguimiento también puede considerar.

Volverse hacia adentro

La mujer Atenea que actúa en el mundo externo, puede verse atrapada en juegos de poder comerciales, jurídicos o políticos, y puede descubrir que está siempre trabajando, “hablando de negocios” o llevándose trabajo de la oficina a casa. Puede que sienta después de un tiempo que su mente nunca está en calma, que “la máquina está siempre en marcha”. Cuando se da cuenta de lo absorbente que es su trabajo y siente la necesidad de más equilibrio, Atenea, como diosa de la artesanía, le proporciona una vía para retirar su mente de la actividad.

La artesanía más apreciada de todas para Atenea era el tejer. Una mujer de negocios Ateneo me dijo cuando empezó a tejer: “Es la actividad más calmante que haya podido imaginar: entro en el ritmo del telar, mi mente se absorbe y es vaciada al mismo tiempo, mis manos están ocupadas, y al final tengo un maravilloso adorno para colgar en la pared”.

Otra mujer Atenea puede que descubra que cose la libera de sus preocupaciones profesionales. Encuentra que hacer sus propios vestidos es al mismo tiempo práctico y creativo. Le agrada utilizar los mejores materiales y tener como producto final un vestido o un abrigo con cualidad de diseño que le habría costado diez veces más de lo que pagó por el material. Es infinitamente paciente cuando cose y medio en serio lo llama “terapia”, porque le permite escapar de sus problemas de trabajo y alcanzar otro estado mental.

Elaborar vasijas de cerámica en un torno es también otra manera de entrar en contacto con este aspecto de Atenea. De hecho, todas las artesanías proporcionan a las mujeres Atenea un equilibrio interno al enfoque sobre el mundo externo.

La recuperación de la niña

La diosa Atenea nunca fue una niña: nació como persona adulta. Esta metáfora está lejos de haber sido eliminada en la experiencia real de una mujer Atenea. Desde los momentos de su más tierna infancia que pueda recordar, se acuerda de “inventar cosas” o de “ser hábil con cada cosa”. Pero una niña pequeña habladora con una mente factual suele perder zonas enteras de experiencia subjetiva, que más adelante puede querer cuando es adulta. Tal vez necesite descubrir en ella la niña que nunca fue, una niña que pueda ser confundida o maravillada por algo nuevo.

Para recuperar su ser infantil, una mujer Atenea debe dejar de enfocar las experiencias nuevas como lo haría una “persona adulta sensata” (que es lo que ha hecho desde que era niña). En vez de ello, debe enfocar la vida como si fuera una niña con los ojos muy abiertos y cada cosa fuera nueva y por descubrir. Cuando una niña está fascinada por algo nuevo, lo acepta todo. A diferencia de Atenea, no tiene una

noción preconcebida de lo que debería ser, no es escéptica, y no pone etiquetas familiares que se ajustan a cada cosa y las lima. Cuando alguien está hablando de algo que ella no ha experimentado, una mujer Atenea debe aprender a escuchar y a imaginar lo mejor que pueda tanto la situación como los sentimientos descritos. Cuando se halla en medio de un momento emocional, tiene que intentar permanecer en él y permitir que los demás le ayuden. Para volver a descubrir su niña perdida, tiene que reír, llorar y dejarse abrazar.

El descubrimiento de su madre

Según la mitología, Atenea era hija sin madre que se enorgullecía de tener sólo un padre: su padre Zeus. No tenía conciencia de su madre Metis, a la que Zeus se había tragado. Metafóricamente, las mujeres Atenea "carecen de madre" en muchos sentidos; necesitan descubrir a la madre y valorarla, para permitirse a sí mismas que les haga de madre.

Una mujer Atenea suele haber despreciado a su propia madre. Necesita descubrir la fuerza de su madre, con frecuencia antes de que pueda valorar ninguna característica de su madre en ella misma. Suele carecer de conexión con un arquetipo maternal (personificado por la diosa Deméter), una conexión que debe sentir en sí misma, con el fin de experimentar la maternidad de manera profunda e instintiva. Christine Downing, autora de *The Goddess*, llama a esta tarea "recordar a Atenea", que ella describe como "descubrir su relación con lo femenino, la madre y Metis"[6].

Es útil para una mujer Atenea aprender que los valores matriarcales femeninos, que estaban en práctica antes de que la mitología griega adoptase su forma actual, fueron

tragados por la cultura patriarcal que prevalece hoy día. Su curiosidad intelectual puede llevarla de la historia o la psicología hacia las ideas feministas. Desde esta nueva perspectiva, puede empezar a pensar de manera diferente sobre su propia madre y sobre otras mujeres, y después sobre sí misma. De esta manera, muchas mujeres Atenea han llegado a ser feministas. Una vez que una mujer Atenea cambia su manera de pensar, cambia su relación con los demás.

6 – HESTIA
DIOSA DEL HOGAR Y DE LOS TEMPLOS, MUJER SABÍA Y TÍA SOLTERA:

Hestia, la diosa

Hestia fue la diosa del hogar o, más específicamente, del fuego ardiendo en un hogar circular. Es la menos conocida de las diosas del Olimpo. Hestia, y su equivalente romano, Vesta, no eran representadas en forma humana por pintores o escultores. En vez de ello, se sentía su presencia en la llama viva en el centro de la casa, del templo y de la ciudad. El símbolo de Hestia era el círculo. Sus primeros hogares fueron redondos, así como sus templos. No quedaba consagrada ninguna casa ni templo hasta la entronización de Hestia. Cuando ella estaba presente, transformaba ambos lugares en espacios sagrados. Hestia era aparentemente una presencia que se sentía espiritualmente, y también un fuego sagrado que proporcionaba iluminación, calor y lumbre para cocinar.

Genealogía y mitología

Hestia fue la primera hija nacida de Rea y Cronos: era la hermana mayor de la primera generación de dioses del

Olimpo, tía soltera de la segunda generación. Por derecho de nacimiento, era una de las/os doce diosas/es principales del Olimpo, aunque no podía encontrársela en el monte Olimpo, y no protestó cuando Dionisios, dios del vino, aumentó su importancia y la sustituyó como una de los doce. Como no participaba en los amoríos y en las guerras que salpicaron la mitología, es la menos conocida entre los principales dioses y diosas. Pero era muy venerada, y recibía las mejores ofrendas hechas por los mortales a los dioses.

La breve mitología de Hestia se encuentra resumida en tres himnos homéricos. Se la describe como "esa venerable virgen, Hestia", una de las tres que Afrodita es incapaz de subyugar, persuadir, someter, o incluso "despertarle una dulce añoranza"[1].

Afrodita hizo que Poseidón (dios del mar) y Apolo (dios del sol) se enamoraran de Hestia. Ambos la pretendían, pero Hestia les rechazó con firmeza, haciendo voto solemne de permanecer virgen para siempre. Después, como explica el *Himno a Afrodita*, "Zeus le concedió un bello privilegio en lugar de un regalo de bodas: tener un sitio en el centro del hogar para recibir las mejores ofrendas. A ella se le rinde culto en todos los templos de los dioses, y entre todos los mortales es una diosa venerada"[2]. Los dos himnos homéricos a Hestia son invocaciones para invitarla a entrar en la casa o en el templo.

Culto y rituales

A diferencia de otros dioses y diosas, Hestia no era conocida por sus mitos o representaciones. Por el contrario, el significado de Hestia se encuentra en rituales, simbolizados por el fuego. Para que una casa se convirtiese en hogar se requería la presencia de Hestia. Cuando una pareja se casaba, la madre de la novia encendía una

antorcha en su propio hogar y la llevaba ante la pareja recién casada para alumbrar su primer hogar. Este acto consagraba la nueva casa.

Tras el nacimiento de un hijo, tenía lugar un segundo ritual de Hestia. Cuando el niño o niña tenía cinco años, se le hacía girar alrededor del hogar para simbolizar su admisión en la familia. A continuación se celebraba un banquete festivo y sagrado.

Igualmente, cada ciudad-estado griega tenía un hogar común con un fuego sagrado en la sala principal. En dicha sala se entretenía oficialmente a los huéspedes. Y cada nueva colonia tomaba el fuego sagrado de su ciudad de origen para encender el fuego de la nueva ciudad.

Así pues, siempre que una nueva pareja o una nueva colonia se aventuraban a establecer un nuevo hogar, Hestia les acompañaba en forma de fuego sagrado, vinculando el antiguo hogar con el nuevo, simbolizando quizás la continuidad y la relación, la conciencia compartida y la identidad común.

Posteriormente, en Roma, Hestia fue venerada como la diosa Vesta. Allí, el fuego sagrado de Vesta unía a los ciudadanos de Roma en una familia. En sus templos, el fuego sagrado era atendido por las vírgenes vestales, a las que se exigía encarnar la virginidad y el anonimato de la diosa. En un sentido, era representaciones humanas de la diosa: eran imágenes vivas de Hestia, que trascendían la escultura o la pintura[3].

Las niñas elegidas para ser vírgenes vestales eran llevadas al templo cuando eran muy pequeñas, habitualmente antes de haber cumplido seis años. Vestidas de igual modo, con el cabello cortado cono nuevas iniciadas, se suprimía externamente todo lo que pudiera hacerles distintas e individuales. Eran apartadas de las demás

personas y se esperaba de ellas que viviesen como Hestia, teniendo fatales consecuencias el no permanecer vírgenes.

Una virgen vestal que hubiera tenido relaciones sexuales con un hombre, habría profanado a la diosa. En castigo, era enterrada viva, sepultada en una pequeña cueva bajo tierra con luz, aceite, comida y sitio para dormir. La tierra sobre la misma era nivelada como si no hubiera nada debajo. De esta manera, se eliminaba la vida de una virgen vestal cuando ésta había dejado de personificar a la diosa, cubriéndola de tierra del mismo modo que se extinguen las brasas ardientes de un hogar.

Hestia fue emparejada frecuentemente con Hermes, el mensajero de los dioses, conocido para los romanos como Mercurio. Éste era una deidad elocuente e ingeniosa, protector y guía de los viajeros, dios del habla, y patrón de los comerciantes y de los ladrones. Su primitiva representación fue una piedra en forma de columna llamada “herma”. En las casas, el hogar redondo de Hestia se hallaba dentro, mientras que la columna fálica de Hermes permanecía en el exterior para atraer la fertilidad y alejar el mal. En los templos, también estas deidades estaban asociadas entre sí. En Roma, por ejemplo, el santuario de Mercurio se erigía a la derecha de las escaleras que conducían al templo de Vesta.

Así pues, Hestia y Hermes, estaban relacionados, aunque separados, en casas y templos. Cada uno cumplía una función distinta y valorada. Hestia proporcionaba el santuario en donde las personas se unían para formar una familia: el lugar para formar un hogar. Hermes era el protector de la puerta, y el guía y compañero en el mundo, en donde es importante la comunicación, conocer el propio camino, ser inteligente y tener buena suerte.

Hestia, el arquetipo

La presencia de la diosa Hestia en la casa y en el templo era fundamental en la vida cotidiana. Como presencia arquetípica en la personalidad de una mujer, Hestia es igualmente importante, ya que proporciona su sentido de integridad y de totalidad.

Diosa virgen

Hestia era la mayor de las tres diosas vírgenes. Al contrario que Artemisa y Atenea, no se aventuraba en el mundo para explorar la naturaleza salvaje o establecerse en una ciudad. Permanecía dentro de la casa o del templo, contenida dentro del hogar.

Superficialmente, la anónima Hestia parece tener poco en común con la Artemisa rápida en el actuar o con la Atenea aguda de mente y acorazada de oro. Pero las tres diosas vírgenes compartían cualidades esenciales e intangibles, a pesar de tener diferentes esferas de interés o maneras de actuar. Cada una de ellas poseía la cualidad de ser completa en sí misma que caracteriza a las diosas vírgenes. Ninguna fue escogida como víctima por deidades o mortales masculinos. Todas tenían la capacidad de enfocarse sobre lo que les importaba y concentrarse en ello, sin ser distraídas por las necesidades de los demás o por necesitar ellas mismas a otras personas.

Conciencia enfocada hacia adentro

El arquetipo de Hestia comparte la conciencia concentrada de las otras diosas vírgenes. (En latín, la palabra “hogar” es *focus*). Sin embargo, la dirección hacia el interior del enfoque es diferente. Atenea y Artemisa orientadas hacia lo externo, se focalizan en conseguir objetivos o llevar a cabo planes; Hestia se concentra en su

experiencia subjetiva interna. Por ejemplo, cuando medita está completamente absorta.

La manera de percibir de Hestia se produce mirando hacia dentro y sintiendo de manera intuitiva qué es lo que pasa. Este método de Hestia nos permite entrar en contacto con nuestros valores poniendo bajo el foco de lo que tiene significado desde el punto de vista personal. Mediante este foco interno podemos percibir la esencia de la situación. También podemos obtener una comprensión interna del carácter de las demás personas y ver la pauta o sentir el significado de sus acciones. Esta perspectiva interna proporciona claridad en medio de la miríada confusa de detalles a los que se enfrentan nuestros cinco sentidos.

La Hestia interna puede también desapegarse emocionalmente y no prestar atención a las personas que la rodean mientras atiende a sus propias preocupaciones. Una vez más, este desapego es característico de las tres diosas vírgenes. Es más, por añadidura de su tendencia de apartarse de la compañía de los demás, la cualidad de Hestia de "ser completa en sí misma" busca la tranquilidad serena, que se encuentra más fácilmente en soledad.

Mantenedora del fuego del hogar

Hestia, como diosa del hogar, es el arquetipo activo en las mujeres que consideran que llevar la casa es una actividad llena de sentido más que una penosa obligación. Con Hestia, mantener el hogar es un medio a través del que una mujer pone la casa y se pone a sí misma en orden. Una mujer adquiere un sentido de armonía interna cuando realiza las tareas cotidianas está en contacto con este aspecto del arquetipo de Hestia.

Atender los detalles del hogar es una actividad que centra, equivalente a la meditación. Si se expresara de

manera articulada en base a su proceso interno, una mujer Hestia podría escribir un libro titulado *Zen y el arte de llevar la casa*. Ella realiza las tareas del hogar porque le importan en sí mimas y porque le agrada hacerlas. Obtiene una paz interna de lo que hace, al igual que una mujer en una orden religiosa, para quien cada actividad es hecha “al servicio de Dios”. Si Hestia es el arquetipo de una mujer, cuando ésta acaba sus tareas se siente bien por dentro. Por contraste, Atenea posee un sentido de realización, y Artemisa simplemente queda aliviada de que la obligación haya terminado, liberándose para hacer otra cosa.

Cuando está presente Hestia, una mujer va haciendo sus tareas caseras con una sensación de que hay mucho tiempo para hacerlas. No tiene un ojo en el reloj, porque no está cumpliendo un horario ni “invirtiendo tiempo”. Por consiguiente, se halla en lo que los griegos llamaban el tiempo *kairós*, está “participando en el tiempo”, lo cual es psicológicamente enriquecedor (como lo son casi toas las experiencias en las que perdemos la noción del tiempo). Cuando lava o pliega la ropa, lava los platos y pone orden en las cosas, siente que se absorbe sin prisas y llena de paz en cada una de las tareas.

Las mujeres que alimentan el fuego del hogar se mantienen en la retaguardia conservando el anonimato. Suelen ser consideradas como algo que se da por sentado y no son personalidades famosas ni ocupan espacio entre las noticias.

Mantenedora del fuego del templo

El arquetipo de Hestia florece en las comunidades religiosas, especialmente en aquéllas que cultivan el silencio. Las órdenes contemplativas católicas y las religiones occidentales cuya práctica espiritual se basa en la

meditación proporciona buenos soportes para las mujeres Hestia.

Las vírgenes vestales y las monas comparten el patrón arquetípico de Hestia. Las jóvenes que entran en conventos abandonan sus identidades previas. Sus nombres son cambiados, y no utilizan más sus apellidos. Se visten de la misma manera, se esfuerzan por ser desinteresadas, vivir una vida de celibato y dedicar sus vidas al servicio religioso.

A medida que las religiones orientales atraen a más occidentales, pueden encontrarse a mujeres que encarnan Hestia tanto en *ashrams* como en conventos. Ambas disciplinas centran el foco esencial interno en la oración o en la meditación. Otro punto de focalización secundario está puesto en el mantenimiento de la comunidad (limpieza), que se hace con la actitud de que esta tarea también es una forma de oración.

La mayoría de las Hestias de los templos también son mujeres anónimas, sin estorbar, participan en los rituales espirituales y de limpieza cotidianos de sus comunidades religiosas. Las mujeres notables miembros de estas comunidades combinan Hestia con otros poderosos arquetipos. Por ejemplo, la mística santa Teresa de Jesús, conocida por sus escritos extáticos, combinaba un aspecto de afrodita con Hestia. La premio Nóbel madre Teresa de Calcuta parece una combinación de la Deméter maternal y de Hestia. Las madres superioras espiritualmente motivadas y administradoras eficaces suelen tener fuertes rasgos de Atenea además de Hestia.

Los aspectos de hogar y de templo de Hestia se manifiestan juntos cuando los rituales religiosos se celebran en el hogar. Podría, por ejemplo, vislumbrarse a Hestia, al observar a una mujer judía preparando la cena *Seder*. Cuando pone la mesa, queda entregada a la tarea sagrada, una ceremonia ritual tan totalmente significativa como el

intercambio silencioso entre el monaguillo y el sacerdote en una misa católica.

La anciana sabia

Como hermana mayor de la primera generación de dioses del Olimpo y tía soltera de la segunda generación, Hestia ocupaba la posición de un familiar mayor respetado. Permanecía fuera o por encima de las intrigas y rivalidades de sus parientes y evitaba dejarse atrapar en las pasiones del momento. Cuando este arquetipo está presente en una mujer, los acontecimientos no tienen el mismo impacto en ella que en otras personas.

Con Hestia como presencia interna, una mujer no está "apegada" a la gente, los resultados, las posesiones, el prestigio o el poder. Se siente completa tal como es. Su ego no está en juego. Como su identidad no es importante, no está atada a las circunstancias externas. Así, no se regocija ni queda abrumada por nada que pueda ocurrir. Posee

> La libertad interna del deseo práctico,
> la liberación de la acción y del sufrimiento, liberación de
> la compasión interna
> y externa, pero rodeada
> por una gracia de buen juicio, una blanca luz tranquila y en movimiento.
>
> T.S. Eliot
> The Tour Quartets[4]

El desapego de Hestia proporciona a este arquetipo una calidad de "sabia anciana". Es como un familiar mayor que

lo ha visto todo y lo ha atravesado sin que disminuya su ánimo y con su carácter templado por la experiencia.

Hestia era venerada en los templos de todo los demás dioses. Cuando Hestia comparte el “templo” (o la personalidad) con otras deidades/arquetipos, proporciona su sabia perspectiva a sus fines y propósitos. Así, una mujer Hera, que reacciona con dolor al descubrir la infidelidad de su compañero, no es tal vulnerable si también tiene Hestia como arquetipo. Los excesos de todos los demás arquetipo son mejorados por el consejo sensato de Hestia, una presencia sentida que porta una verdad u ofrece una comprensión interna espiritual.

El Ser: conexión con el centro interno, iluminación espiritual y sentido en la vida

Hestia es un arquetipo de conexión con el centro interno. Es “el punto tranquilo” que da significado a la actividad, la referencia interna que permite a una mujer estar afianzada en medio del caos externo, del desorden o del jaleo ordinario cotidiano. Con Hestia en su personalidad, la vida de una mujer significado.

El hogar circular de Hestia con el fuego sagrado en el centro tiene forma de mandala, una imagen en la meditación que es símbolo de totalidad y de universalidad. Jung escribió sobre el mandala:

> Su motivo fundamental es la premonición de un centro de personalidad, una especie de punto central en el interior de la psique, con el que toda está relacionado, por el que cada cosa se ordena, y que es en sí mismo fuente de energía. La energía del punto central se manifiesta en la compulsión y urgencia casi irresistible de devenir lo que se es, lo mismo que cada

> organismo, cualesquiera que sean las circunstancias, es llevado a asumir la forma característica de su naturaleza. Este centro no es sentido o pensado como el ego, sino, se puede expresarse así, como el ser[5].

El Ser es lo que experimentamos internamente cuando sentimos una relación con la unidad que nos conecta con la esencia de cada cosa que está fuera de nosotros. En este nivel espiritual, "conexión" y "desapego" son paradójicamente la misma cosa. Cuando nos sentimos en contacto con una fuente interna de calor y luz (metafóricamente, calentados e iluminados por un fuego espiritual), este "fuego" calienta a aquellas personas que amamos en nuestros hogares y nos mantiene en contacto con otras personas que están lejos.

El fuego sagrado de Hestia se encontraba en el hogar familiar y dentro de los templos. La diosa y el fuego eran uno, vinculando familias con familias, ciudades-estado con colonias. Hestia era en vínculo espiritual de conexión entre todas ellas. Cuando este arquetipo proporciona una conexión en el centro interno y un estado de conexión con los demás, es una expresión del Ser.

Hestia y Hermes: dualidad arquetípica

La columna y el anillo en forma de círculo han llegado a representar los principios masculino y femenino. En la antigua Grecia, la columna era ha "herma" que permanecía fuera de la puerta de la casa, en representación de Hermes, mientras que el hogar circular dentro de ella simbolizaba a Hestia. En la India y en otras partes de Oriente, la columna y el círculo están "emparejados". El *lingam* fálico vertical penetra el *yoni* femenino o anillo, que se sitúa encima como en el juego infantil de anillas. La columna y el círculo se

unieron, mientras que los griegos y romanos mantuvieron estos dos símbolos de Hermes y Hestia en relación, pero separados. Para acentuar más esta separación, Hestia es una diosa virgen que nunca será penetrada, y al mismo tiempo la mayor entre las diosas del Olimpo. Es la tía soltera de Hermes, que fue concebido como el más joven de los dioses del Olimpo; una unión altamente improbable.

Desde los tiempos de los griegos, las culturas occidentales pusieron el acento en la dualidad, en la separación o diferenciación entre masculino y femenino, mente y cuerpo, logos y eros, activo y receptivo, que después se convirtieron, respectivamente, en los valores superior e inferior. Cuando Hermes y Hestia eran venerados en hogares y templos, los valores femeninos hestianos eran, si acaso, los más importantes (ella recibía los más altos honores). En aquel tiempo existía una dualidad complementaria. Desde entonces, Hestia ha sido olvidada y desvalorizada. Ya no se mantienen sus fuegos sagrados, y lo que representaba ya no se venera.

Cuando se olvidan y dejan de honrarse los valores femeninos hestianos, se disminuye o se pierde la importancia del santuario interno —ese ir hacia dentro para encontrar paz y sentido a las cosas— y de la familia como lugar sagrado y fuente de calidez. Por añadidura desaparece el sentido de relación subyacente con los demás, al igual que la necesidad para los ciudadanos de una ciudad, de un país, o de la tierra, de estar unidos por un vínculo espiritual común.

Hestia y Hermes: relación mística

En un nivel místico, los arquetipos de Hestia y Hermes se relacionaron mediante la imagen del fuego sagrado en el centro. Hermes-Mercurio era el espíritu alquímico de

Mercurio representado en las visiones como fuego elemental. Este fuego era considerado como la fuente del conocimiento místico, situado simbólicamente en el centro de la Tierra.

Hestia y Hermes, representan las ideas arquetípicas del espíritu y del alma. Hermes es el espíritu que pone al alma sobre el fuego. En este contexto, Hermes es como el viento que sopla las brasas ardientes en el centro del hogar, avivándolas. De la misma manera, las ideas pueden encender sentimientos profundos, o las palabras pueden hacer consciente lo que hasta ese momento se ha conocido de manera inarticulada, iluminando lo que ha sido tenuemente percibido.

El cultivo de Hestia

Hestia puede encontrarse en la tranquila soledad y e el sentido de orden que proviene de "hacer las faenas domésticas de manera contemplativa". De este modo, la mujer puede estar absorta totalmente en cada tarea, sin prisas al hacerla, con tiempo para disfrutar de la armonía resultante. Incluso en el ama de casa más alejada de Hestia pueden recordarse momentos en los que está gobernada por este arquetipo. Por ejemplo, un día empleado en poner orden en un armario puede implicar guardar y deshacerse de ropa, ordenando al mismo tiempo las cosas y poniendo orden dentro de una misma. Al final, el ama de casa tiene un armario ordenado que refleja quién es ella y ha pasado otro buen día. O una mujer puede experimentar a Hestia en el placer y satisfacción de revisar viejas fotos, clasificarlas, etiquetarlas, y ponerlas en un álbum.

Las mujeres que no son mujeres Hestia pueden decidir pasar su tiempo "con Hestia", la parte interna, tranquila y centrada de sí mismas. Para hacerlo, tienen que tomarse el

tiempo y encontrar el espacio —especialmente si son mujeres orientadas hacia los otros, cuyas vidas se encuentran desbordantes de actividad y de relaciones, y que están orgullosas, al mismo tiempo que se quejan, de “no tener ni un momento libre”.

Invitar a Hestia a formar parte de las tareas domésticas cotidianas, cuando ésta no suele estar presente, comienza con el intento de cambiar hacia una actitud tipo Hestia. Después de decidir una tarea, la mujer debe dedicarle un tiempo amplio. Por ejemplo, doblar la ropa es una carga repetitiva para muchas mujeres, que la hacen a toda prisa y como algo fastidioso. Adoptando una actitud de Hestia, una mujer puede celebrar la oportunidad de doblar la ropa, como un momento para calmar su mente. Para que Hestia esté presente, una mujer tiene que concentrarse en una tarea cada vez, una zona o una habitación cada vez, cualquier cosa que resulte fácilmente realizable en el tiempo disponible. Debe quedar tan absorta en hacer la tarea como si estuviera realizando la ceremonia japonesa del té, con un sentimiento de serenidad en cada movimiento. Sólo entonces, una calma interior permanente sustituirá el parloteo ordinario de la mente. Las pautas que deben cumplirse son las suyas particulares, y la manera de hacer está en armonía con lo que tiene sentido para ella. En esto, ella es una diosa virgen, no la sirviente de las necesidades o pautas ajenas, ni está dominada por el reloj.

La meditación activa fortalece este arquetipo introvertido y enfocado hacia adentro. Una vez empezada, la meditación suele convertirse en una práctica cotidiana, porque proporciona un sentimiento de totalidad y una conexión con el centro interno, una fuente interior de paz e iluminación, de acceso a Hestia.

Para algunas mujeres, la poesía surge cuando se siente la presencia de Hestia. May Sarton, autora y poetisa, dice que

para ella ese tipo de escritura “es posible únicamente cuando estoy en un estado de gracia, cuando los canales profundos están abiertos, y cuando estoy profundamente conmovida y en equilibrio, entonces la poesía llega como un don más allá de mi voluntad”[6]. Está describiendo una experiencia del *arquetipo* del Ser, que siempre se siente más allá del ego y del esfuerzo, un don de la gracia.

El encuentro con Hestia a través de la soledad no elegida

Casi todo el mundo experimenta en su vida periodos no elegidos de soledad. Dichos periodos suelen comenzar con un sentimiento de pérdida, dolor, incomunicación y añoranza de estar con otras personas. Por ejemplo, el marido de la escritora independiente Ardis Whitman le dio un beso rápido y se precipitó hacia la puerta, tuvo un ataque de corazón y nunca volvió al hogar. Siete años más tarde, ella escribía acerca de algunas recompensas inesperadas de la soledad. Sus palabras evocan sentimientos asociados con Hestia:

> Como el primer fino rayo de sol después de la lluvia, existe una exigua aunque creciente calidez, que es tan característica de la soledad no elegida, como lo es la pena misma. Es reavivada por la memoria... también por un sentido creciente de la propia identidad. Cuando vivimos rodeados de gente, algo de la pasión y de la comprensión interior que nos son naturales se escurre a través del tamiz de las charlas insustanciales. En tus momentos más atrevidos crees que lo que está pasando es la obra definitiva humana: la formación del alma. El poder de

la vida procede de dentro, va allí. Reza; medita. Alcanza esos lugares luminosos dentro de ti[7].

Hestia, la mujer

Una mujer Hestia comparte atributos de la diosa en ser una persona tranquila y fácil de carácter, cuya presencia crea una atmósfera de calor y de orden pacífico. Suele ser una mujer introvertida que disfruta de la soledad. Recientemente visité a una mujer tipo Hestia en su casa, e inmediatamente sentí la conexión entre su personalidad, el ambiente y la diosa del hogar. La casa estaba limpia, alegre y ordenada. Había flores embelleciendo la mesa, y un pan recién hecho estaba enfriándose. Algo intangible hacía que se sintiera la casa como un tranquilo santuario, un lugar lleno de paz que me recordaba el Centro Zen de Montaña, en Tassajara, California, en donde el mundo externo se atenúa y persiste una calma intemporal.

Los primeros años

La joven Hestia se parece mucho a una joven Perséfone: ambas son niñas agradables, “fáciles”. Incluso los “terribles dos años” van y vienen con apenas un asomo de tozudez o autoafirmación en cualquiera de ellas. Sin embargo, existen sutiles diferencias entre estas dos niñas pequeñas. Perséfone toma sus claves de los demás y está deseosa de agradar. Hestia puede hacer lo que los demás le dice que haga y resulta ser igualmente complaciente, pero cuando se le deje sola, juega satisfecha sin dirección. La pequeña Hestia posee una cualidad tranquila y autosuficiente. Si se hace daño o se enfada, probablemente irá a su habitación para encontrar consuelo en la soledad, o acudirá a su madre.

A vece la gente se siente atraída por una presencia interior que ella posee, una cualidad de "alma vieja" en la niña, que indica sabiduría o tranquilidad.

Una niña Hestia hace poco por llamar la atención hacia sí misma o para evocar fuertes reacciones de los demás. Cuando pone su habitación en orden, puede que reciba halagos por ello. Cuando se mantiene en sí misma, puede que sea animada a unirse a la familia o a salir al mundo.

Los padres

La diosa Hestia fue la primogénita de Rea y Cronos, siendo la primer en ser tragada por Cronos y la última en ser vomitada. Así pues, pasó más tiempo que ninguno de sus hermanos y hermanos cautiva en los intestinos oscuros y oprimentes de su padre, y fue la única que permaneció en ellos sola. Su infancia no fue una infancia feliz. Cronos era un padre tiránico que no tenía sentimientos cálidos hacia sus hijos. Rea era ineficaz y carecía de poder, y no hizo nada para detener el mal trato que recibían sus hijos hasta que nació el último. De todos los hijos e hijas, Hestia era la que más se enfrentaba a la situación a su propio modo y de todas las maneras posibles.

Algunas mujeres Hestia que he visto en mi práctica terapéutica han tenido infancias paralelas a la de la diosa: malos tratos, padres tiránicos y madres ineficaces (y con frecuencia deprimidas). Muchas estaban a su propio cargo a lo largo de la una infancia en hogares en lo que no se tenía en cuenta las necesidades de los hijos, y en los que cualquier expresión individual era "tragada" por la necesidad de dominio del padre. En esta clase de entorno, la mayoría de los hijos emulan a sus padres: los más fuertes, especialmente los chicos, pueden abusar de los más pequeños o tiranizarles, o pueden escaparse de casa o

aficionarse a la calle. Entre las hijas, puede que alguna hermana impotente, aunque maternal, siga el modelo de Deméter e intente cuidar a sus hermanos menores, o siga el modelo de Hera y se encariñe con un novio en cuanto tiene edad para ello.

Sin embardo, es probable que la hija tipo Hestia, rechace la emoción, retirándose hacia dentro para procurarse consuelo en medio del dolor, la vida conflictiva de la familia o un entorno escolar que siente ajeno. Con frecuencia se siente alienada o aislada de sus hermanos, lo mismo que de sus padres, y verdaderamente es diferente de ellos. Intenta pasar desapercibida, posee una pasividad en la superficie y un sentimiento interno de certeza de ser diferente de todos los que la rodean. Intenta no plantear problemas en cualquier situación y cultiva la soledad en medio de los demás. Por consiguiente, se vuelve virtualmente una "no persona", como la misma diosa.

Por contraste, una hija tipo Hestia de una familia ordinaria de clase media, con padres que la apoyen, puede no parecer tan Hestia. Desde la guardería se la ayuda para que "venza su timidez", que es como los demás suelen etiquetar su actitud de recogimiento hacia dentro. De este modo desarrolla una personalidad socialmente adaptable, una manera de ser agradable y sociable. Se la anima para que tenga buenos resultados en la escuela, participe, desde el ballet hasta el fútbol para chicas, sea maternal con los niños pequeños y acepte citas cuando está en la universidad. Pero, parezca lo que parezca en la superficie, internamente es fiel a Hestia; posee una cualidad de independencia y desapego, una ecuanimidad emocional que procede de estar centrada.

Adolescencia y primeros años de vida adulta

La adolescente Hestia se ausenta de los dramas sociales, las grandes pasiones y las alianzas cambiantes de sus compañeras. En esto se parece a la diosa Hestia, que no participó en las intrigas románticas ni en las guerras que ocupaban a otras diosas y dioses del Olimpo. Como consecuencia, puede ser una persona aislada socialmente que permanece en la periferia de la acción, una persona no participante que aparece a la vista de los demás como autosuficiente y aislada por propia elección. O, si ha desarrollado otras facetas de su personalidad, puede que tenga amigas, y se implique en su centro educativo y en actividades sociales. Sus amigos aprecian su calma y calidez tranquilas, aunque a veces se exasperen con ella por no tomar parte de una discusión o porque les gustaría que fuese más competitiva.

Para Hestia, la adolescencia puede ser un periodo de profundización de la convicción religiosa. Puede conducirla a su único conflicto directo con sus padres, si pretende seguir una vocación religiosa. Aunque algunas familias católicas están encantadas cuando una hija se siente llamada a se monja, muchas otras se sienten consternadas si toma su fe demasiado en serio. Más recientemente, las Hestias han sido atraídas hacia diversas religiones orientales que han florecido en los Estados Unidos desde 1970. Cuando las hijas tipo Hestia son atraídas a los *ashrams*, cantan en lenguas extranjeras, y se ponen nuevos nombres, muchos padres reaccionan alarmados y erróneamente presuponen que será fácil cambiar las convicciones de sus pacíficas y dulces hijas Hestia. En vez de ello, con la certeza y la determinación dirigida hacia un objetivo típicas de una diosa virgen, las hijas Hestia hacen normalmente lo que les interesa hacer en vez de complacer los deseos de sus padres.

La mujer Hestia que va a la facultad suele apreciar el anonimato de una gran universidad y la oportunidad de tener una habitación para sí misma. No obstante, no es probable que una mujer que sea únicamente Hestia tenga una razón personal para ir a la universidad, ya que el desafío intelectual, buscar un marido o prepararse para una profesión no son preocupaciones de Hestia. Para estas motivaciones es necesario que estén presentes otras diosas. La mayoría de las mujeres Hestia que asisten a la universidad lo hacen porque otros arquetipos son *también* importantes o porque otras personas esperan que lo hagan.

Trabajo

El lugar de trabajo competitivo no gratifica a las mujeres Hestia. Una mujer Hestia carece de ambición y de impulso; no pretende reconocimiento ni valora el poder, y son ajenas a ellas las estrategias para seguir adelante. Como consecuencia, es probable encontrarla en una oficina, con un empleo tradicional de mujer, en donde casi es invisible y asumida como algo que se da por supuesto, o es apreciada como “una joya” que trabaja constantemente y siempre está disponible, se mantiene al margen de la política y de los cotilleos de la oficina, y proporciona un ambiente de orden u calidez. Una mujer Hestia disfruta sirviendo café y añadiendo un toque femenino a la oficina.

Las mujeres Hestia pueden sobresalir en profesiones que exigen calma y paciencia. Por ejemplo, la modelo favorita de un fotógrafo es una mujer Hestia, porque hay algo en sus ojos que “miran hacia dentro”, al igual que una tranquilidad y una elegancia espontáneas que recuerdan a un “gato integrado en sí mismo” completamente absorto en su postura.

Muchas mujeres Hestia también lo hacen bien al otro lado de las lentes. La paciencia y la calma son cualidades que compensan a un fotógrafo que debe esperar el momento adecuado, el gesto expresivo o la composición espontánea. Hestia puede “hacer equipo” don otros arquetipos dentro de una mujer, añadiendo así una cualidad de Hestia a su trabajo. Por ejemplo, la mejor profesora de jardín de infancia de la que he oído hablar, parece ser una combinación de la maternal Deméter y de Hestia. Sus compañeras se maravillan del orden subyacente que parece crear a su alrededor sin esfuerzo alguno: “Nunca está reventada. Puede que los niños se serenen en su presencia; lo único que sé es que transforma de alguna manera una habitación llena de críos, que están compitiendo por atraer la atención, en un grupo vivo y cálido. Nunca parece tener prisa cuando presta su atención por aquí, da un beso por allá o sugiere un libro o un juego, y los niños se calman”.

Relación con las mujeres

Las mujeres Hestia suelen tener unas pocas buenas amigas con las que les gusta estar de vez en cuando. Existen probabilidades de que estas mujeres tengan por su parte algunas cualidades de Hestia y miren a su amiga Hestia como un santuario donde su propio aspecto hestiano puede manifestarse. Una mujer Hestia no participará en cotilleos ni en discusiones intelectuales o políticas. Su don consiste en escuchar con un corazón compasivo, permaneciendo centrada en medio de cualquier perturbación que una amiga le traiga, proporcionando un lugar cálido a través de su hogar de fuego.

Sexualidad

Cuando una mujer tiene el arquetipo de Hestia como arquetipo dominante, la sexualidad no es muy importante para ella. Es interesante que esto resulta ser cierto incluso si tienen orgasmos. Tanto las mujeres tipo Hestia como sus maridos han descrito cómo para ellas la sexualidad está dormida hasta que se inicia la relación sexual. Después, decía su marido, "ella responde de manera salvaje". Una mujer Hestia estaba casada con un hombre que iniciaba la relación sexual "una vez al mes, cuado está activo, y una vez cada dos meses, en caso contrario"; descubrió que tenía orgasmos incluso con muy pocas caricias previas. Disfrutaba la relación sexual "cuando se daba", y "estaba perfectamente satisfecha" en su ausencia. En estas mujeres prevalece el patrón de Hestia. La sexualidad de Afrodita es accesible cuando se evoca mientras se hace el amor, pero está ausente en otro caso.

La mujer Hestia de un solo orgasmo considera la sexualidad como "una experiencia agradable y cálida" que disfruta proporcionándosela al marido: "Me agrada cuando entra dentro de mí. Me siento cerca de él y contenta por él". Para su marido, el sexo con ella es "como llegar a casa" o "a un santuario".

Una mujer Hestia en una relación lesbiana sigue la misma pauta. El sexo no es importante. Si su compañera también es sexualmente más receptiva que activa, y ambas esperan que la otra inicie la relación sexual, su relación puede pasar meses o incluso años sin expresión sexual.

Matrimonio

Una mujer Hestia encaja en la idea anticuada de "una buena esposa". Lleva bien la casa. No e ambiciosa respecto a sí misma o a su marido; así nunca compite con él ni le critica. No tiene aventuras extramatrimoniales ni es

promiscua. Aunque la fidelidad de su marido no es de importancia crucial para ella, como lo es para Hera, es como ésta en el mantenimiento de la fidelidad. No existe tentación de ser infiel mientras no se vea afectada por Afrodita.

Una esposa Hestia puede parecer una esposa dependiente, viviendo a gusto con el papel tradicional. Sin embargo su apariencia puede ser engañosa, ya que ella mantiene una autonomía interna. Parte de ella sigue siendo silenciosamente una diosa virgen completa en sí misma. No necesita a un hombre para sentirse emocionalmente realizada. Sin él, la vida sería diferente, pero no perdería el sentido de sus vida o sus metas.

La "descripción de la tarea" de las mujeres casadas tradicionales parece diferir según qué diosa sea la más activa. El énfasis de Hera está puesto en la "esposa", el de Deméter en "la madre", el de Atenea en llevar la casa tranquila y eficazmente, lo que hace que su designación sería "madre de familia". Hestia calificaría su propia ocupación como "ama de casa".

Relaciones con los hombres

Las mujeres Hestia atraen hombres que son seducidos por las mujeres tranquilas, no porfiadas y autosuficientes, y que pueden ser buenas esposas. Tales hombres se ven a sí mismo en el papel tradicional de cabezas de familia que aportan el pan a casa. Los hombres que quieren mujeres atractivas, mujeres que sean madres, les inspiren o sean compañeras que les tiren siempre hacia arriba, buscan en otra parte.

Con frecuencia, una mujer Hestia atrae hombres que miran a las mujeres, bien como a la Virgen o como putas. Tales hombres clasifican a las mujeres como "buenas" si no tienen experiencia sexual, que no están interesadas en la

relación sexual y, por consiguiente, piadosas. Las clasifican como "malas" o "sueltas" si están atraídas por los hombres y corresponden en las relaciones sexuales. Esta clase de hombres se casa con mujeres del primer tipo y tienen aventuras con el segundo. Casada con un hombre así Hestia puede permanecer ignorante de los placeres de la sexualidad, porque su marido no quiere una esposa sexualmente sensible con deseos propios.

Muchos matrimonios tradicionales satisfechos son uniones de un marido Hermes, que es un empresario-hombre-de-negocios-viajero-comunicador que negocia ágilmente en el mundo externo, y una mujer Hestia, que mantiene encendidos los fuegos del hogar. Frecuentemente, este arreglo funciona muy bien para los dos. Cada uno encuentra una gran satisfacción en lo que hace como individuo, y esta satisfacción ayuda indirectamente las actividades del otro. Él aprecia no tener que preocuparse del frente doméstico, porque ella se ocupa muy bien de éste, no lo hace por él, y siempre le proporciona un hogar cálido y tranquilo entre sus incursiones al mundo. Le agrada su combinación de persona casera y espíritu independiente.

Por su parte, ella aprecia la autonomía que tiene para decidir cómo es el hogar y le gusta el sostén económico que le proporciona tiempo y espacio para hacer lo que realmente le importa. Además, un esposo Hermes está siempre activo, creando nuevos proyectos, negociando, trazando nuevos caminos, confiando en su perspicacia e instintos y, en general, en el mundo externo, confiado principalmente en sí mismo. No necesita ni quiere a una esposa Hera o Atenea para que le ayude a ofrecer una imagen o una estrategia. Así no suele tener la expectativa de que su mujer le acompañe en viajes de negocios o tenga que soportar fiestas y cócteles, lo cual encaja muy bien con su esposa Hestia.

Ella prefiere entretenerse en casa, en donde proporciona la atmósfera de las cosas para tener compañía, hace la comida y permanece en segundo plano, mientras su marido, más extravertido, puede llevar la conversación y relacionarse directamente con sus invitados. Sus horas de trabajo pasadas preparándolo se dan por sentadas y tal vez quede sin agradecimiento el valor de su contribución a la amenidad de la velada. Lo mismo que la diosa, el destino de una mujer Hestia parece ser el de permanecer anónima, a pesar de ser fundamental.

Hijos

Una mujer Hestia pude ser una excelente madre, especialmente si también posee en su psique algo de Deméter. Puede ser también un poco indiferente cuando se retira hacia dentro, y su amor tal vez sea un poco impersonal y carente de expresión. Pero suele atender a los hijos con amor y una atención tolerante. No tiene grandes ambiciones para sus hijos y les permite, por consiguiente, ser ellos mismos. Por supuesto, les atiende bien y les proporciona un ambiente cálido y seguro. Como personas adultas en terapia, no tienen problemas importantes que resolver con sus madres.

Sin embargo, no es de mucha utilidad, cuando se trata de ayudar a sus hijos a enfrentarse a ciertos matices sociales o a situaciones competitivas. Lo mismo sucede cuando se trata de apoyarles en su desarrollo profesional o en proyectos ambiciosos.

En la mediana edad

A mitad de la vida, el curso de ésta suele parecer estabilizado en una mujer Hestia. Si está casada, es una

ama de casa que está contenta con su papel. Si no se casó, puede que tenga el aura de la “solterona” o de la “tía soltera” porque no le importa su estado de soltera y no sale a la caza de un hombre. Si trabaja en una oficina, o vive en un *ashram* o en un convento, es como una “instalación fija”, que tranquilamente cumple con su labor.

La mediana edad puede ser el periodo para que una mujer Hestia entre formalmente en un convento o en un *ashram*, cambie de nombre y dedique si vida a una determinada vía espiritual. Para ella constituye una transición natural, un compromiso cada vez más profundo respecto a una devoción ya practicada. Para los familiares, la decisión puede ser totalmente inesperada, porque la silenciosa Hestia nunca les reveló la importancia de este aspecto de su vida.

En la tercera edad

Siempre hay algo “viejo y sabio” en una mujer Hestia; posee la capacidad de envejecer armoniosamente. Se adapta bien a vivir sola y puede que haya vivido así toda su vida. En el papel arquetípico de la tía soltera, tal vez la llamen los otros miembros de la familia cuando necesiten ayuda.

Las dos principales crisis emociones a las que se enfrentan las mujeres tradiciones son la del “nido vacío” y la de la viudez. Sin embargo, aunque la mayoría de las mujeres Hestia son esposas y madres, no tienen una gran necesidad de desempeñar ninguno de ambos papeles. Por consiguiente, la pérdida de estos roles no acaban para ellas en una depresión, como puede ocurrir con las mujeres Deméter o Hera. Lo que es difícil para las mujeres Hestia es enfrentarse al mundo exterior. Si se convierten en “amas de casa” desplazadas a causa del divorcio o de la viudez, y no

tienen una pensión económica, suelen estar muy mal preparadas por naturaleza y por experiencia a salir afuera y tener éxito en el mundo. Así pues, tal vez pasen a engrosar las filas de los pobres vergonzantes.

Una mujer Hestia mayor quizá tenga que sobrevivir de la Seguridad Social, perno no ha empobrecido en absoluto su espíritu. Con frecuencia vive sola en sus últimos años, sin lamentos sobre su vida ni temores respecto a la muerte.

Dificultades psicológicas

Como arquetipo de la sabiduría interior, Hestia carece de negatividad. Así, no es sorprendente que no presente los patrones habituales potenciales de la patología. No estuvo comprometida con otras deidades ni con otros mortales, patrón de desapego que puede hacer que una mujer permanezca sola o aislada. Sin embargo, las mayores dificultades para las mujeres Hestia están relacionadas con lo que faltaba en Hestia. De todos los dioses y diosas del monte Olimpo, era la que no se representaba en forma humana, ya que carecía de imagen y de representación. Y nunca estuvo involucrada en intrigas o conflictos románticos, porque carecía de práctica y habilidades para abrirse camino en estos ámbitos.

La identificación con Hestia

Vive como “una Hestia” significa permanecer voluntariamente velada, anónima, como una no entidad que, sin embargo, tiene una posición fundamental en el hogar. Muchas mujeres conocen las desventajas de este papel. Su trabajo se da por sentado, y al mismo tiempo nadie toma en consideración sus sentimientos. Es característico que una mujer Hestia carezca de capacidad de

afirmación y que no hable si se siente descartada o desvalorizada. Las tareas domésticas que pueden ser una fuente de placer silencioso y de orden interno, pierden su sentido si, en cuando están hechas, otras personas estropean el orden y producen desorden, La Hestia que mantiene el fuego en el hogar puede "quemarse" cuando siente que sus esfuerzos no tienen sentido o son inútiles para ella.

La identificación con la Hestia emocionalmente indiferente ahoga la expresión directa de los sentimientos en una mujer. Una mujer tipo Hestia expresa de manera indirecta su amor y su preocupación por los demás a través de actos llanos de atención. El dicho "la profesión va por dentro" describe los sentimientos introvertidos de Hestia, que yacen bajo la superficie. Como una mujer Hestia no es muy expresiva, las personas que le importan pueden ignorar que ella existe. Teniendo los valores de Hestia, la soledad puede hacerse muy extremada su las personas que ella quiere profundamente no se dan cuenta de cómo ella la siente y la vive. También es triste cuando alguien quiere ser amad por una mujer Hestia: es amado, pero nunca está seguro de ello. Su calidez parece impersonal y fría cuando no se exprese con palabras ni besos, y puede no estar dirigida expresamente hacia las personas que ama, para desarrollarse más allá de Hestia, una mujer tiene que aprender a expresar sus sentimientos de manera que las personas que quiere puedan saberlo.

Desvalorización de Hestia

Dentro de un convento o en la institución del matrimonio —cuando ambas existían como compromisos para toda la vida— había un sitio seguro para que prosperara el espíritu de Hestia. Pero sin la seguridad y la estabilidad de las

instituciones para toda la vida, una mujer Hestia puede estar en decidida desventaja. Se siente como una tortuga sin caparazón, de la que se espera que compita en una carrera de ratas. Por naturaleza, Hestia no es una arribista ni una trepadora, no le interesan las causas políticas y carece de ambición. No está en el mundo intentando dejar su huella en él, y no se preocupa por estar en él. Así pues, con mucha facilidad la desvalorizan y la miran por encima del hombro los triunfadores, las personas que todo lo hacen bien y los árbitros sociales, que miden a la gente conforme a pautas tangibles y consideran con carencias.

La desvalorización tiene un efecto negativo en la autoestima de la mujer Hestia. Puede sentirse fuera de situación, inadaptada e incompetente si adopta las pautas de los demás y las aplica a sí misma.

Vías de desarrollo personal

Las dificultades de una mujer Hestia surgen cuando se aventura fuera del santuario de la casa o del templo para hacer su camino en el mundo. Como persona introvertida confrontada con el paso más rápido —y con frecuencia competido— de los demás, estará fuera de lugar hasta que desarrolle aspectos de su personalidad.

La formación de una persona socialmente adaptable

La palabra persona (que significa “máscara” en latín) hacía referencia en otro tiempo a las máscaras que se llevan en el escenario para identificar de manera inmediata el papel que el actor estaba haciendo. En psicología junguiana, una *persona* es la máscara de la adaptación social que una persona presenta al mundo. Es el modo como nos

presentamos a los demás y cómo somos vistos por el mundo. Una persona con una *máscara* que funciona bien es como una mujer con amplio guardarropa del que puede escoger lo apropiado para llevar en cada ocasión y para su personalidad, posición y edad. Cómo nos comportamos, lo que vemos, cómo interactuamos con los demás, cómo nos identificamos a nosotros mismos son, todas, partes de nuestra *persona* (en sentido junguiano).

Por su propia naturaleza, a una mujer Hestia no le interesan las cuestiones del nivel *persona*, quién es quién o cómo causar buena impresión. Sin embargo, a menos que se retire a un convento y nunca se aventure a salir de él, tendrá que interactuar con los demás, charlar de cosas insustanciales, ser entrevistada, valorada, como cualquier otra persona en una cultura competitiva. Estas capacidades no le llegan de manera natural y tiene que aprenderlas. Este proceso suele ser muy doloroso. Cuando tiene que asistir a una reunión de muchas personas, siente que no posee una *persona* adecuada, como si no tuviera “nada que ponerse”. Estos apuros se reflejan en pesadillas en las que se encuentra desnuda o sólo vestida a medias. A veces, en correspondencia metafórica con un sueño, se presenta desprotegida: revela demasiado de sí misma, es demasiado honrada, lo que permite ver a la gente lo que otros ocultarían en la misma situación.

Una mujer Hestia que debe aparecer para una entrevista o evolución debe moldear conscientemente una *persona*, poniendo tanta conciencia en ello como lo haría en un discurso (lo cual podría considerarse como una *persona* “en plena representación”). Tiene que tener una imagen tan clara como le sea posible de “quién” se supone que sea en cada situación, y debe estar preparada para probar una serie de *personas*, hasta que descubre un estilo que le sea natural, una vez que “se lo ha puesto” suficientes veces.

La adquisición de la capacidad de expresarse con firmeza: por medio de Artemisa, de Atenea o de un ánimus

Más allá de la *persona*, una mujer Hestia necesita adquirir una capacidad para expresarse con firmeza; tiene que tener en su personalidad un aspecto activo si va a interactuar con los demás, o a hacerse cargo de sí misma en el mundo. La diosa Hestia no daba codazos para obtener el poder, ni competía por manzanas de oro. Se mantenía al margen en las relaciones, evitaba el monte Olimpo, no apoyó la guerra de Troya, y no patrocinó, rescató, castigó, ni acudió en ayuda de ningún mortal. A diferencia de la diosa, una mujer Hestia es una persona más entre la gente, que debe aventurarse fuera de las paredes de la casa o del templo y que está muy mal preparada para esta experiencia a menos que otras partes de su psique puedan ayudarle a ser activa, expresiva y a expresarse con firmeza, Artemisa y Atenea, los arquetipos femeninos activos, pueden proporcionar acceso a estas cualidades, al igual que puede hacerlo el ánimus de la mujer, o parte masculina de su personalidad.

Las cualidades de Artemisa y de Atenea han podido desarrollarse si la mujer Hestia participaba en actividades competitivas, campamentos de verano, grupos de mujeres, deportes al aire libre o sacaba buenos resultados en los estudios. Una niña que arquetípicamente es Hestia descubre pronto en su vida que debe adaptarse a estar en medio de la gente y enfrentarse a ocasiones de extraversión. En el curso de este descubrimiento, puede que evoque y cultive otros arquetipos. El resultado es que puede incorporar las cualidades de Artemisa o Atenea en su personalidad.

Una mujer Hestia puede sentir que el núcleo de su ser —femenino, hogareño, la Hestia internamente silenciosa— permanece sin ser afectado por sus experiencias externas. En vez de ello puede sentir que, en el proceso de adaptación al mundo competitivo y social, desarrolla una actitud masculina o ánimus. Un ánimus bien desarrollado es como un varón interno al que puede requerir para que hable por ella cuando necesita expresarse con claridad o con firmeza. Pero, por competente que sea, ella lo siente “ajeno” a sí misma (como un “no-yo”).

La relación de una mujer Hestia con su ánimus es frecuentemente como una relación interna Hestia-Hermes, siendo análogos su significado y situación a la de los hogares griegos. A Hestia la representaba el hogar circular en el centro de la casa, mientras que la “herma” o columna que representaba a Hermes se situaba puertas afuera. Hermes era el dios protector que permanecía en el umbral, así como el dios que acompañaba a los viajeros. Cuando tanto Hestia como Hermes constituyen aspectos internos, Hestia puede proporcionar una manera interna y personal de ser, y su ánimus Hermes le aporta una manera externa de tratar eficazmente con el mundo.

Una mujer que siente que su ánimus Hermes media entre ella y el mundo, tiene el sentimiento de poseer un aspecto masculino dentro de sí, que utiliza cuando se aventura a salir al mundo y a través del cual puede expresarse con claridad y firmeza. El ánimus también hace su papel de centinela, guardando con firmeza su intimidad y manteniendo a raya intrusiones no deseadas. Si tiene un ánimus Hermes, ella puede ser muy eficaz y astuta, y capaz de cuidar de sí misma en situaciones competitivas. Sin embargo, cuando el ánimus es el origen de la capacidad de expresarse con firmeza de una mujer, “él” no está siempre presente o disponible. Por ejemplo, puede responder al

teléfono, esperando hablar con un amigo, y en su lugar escuchar un agresivo vendedor que pregunta cuestiones intrusivas o una insistente alma caritativa que espera que ella haga voluntariado. En estos casos, su ánimus ha sido pillado desprevenido y ella se queda perpleja sin saber que hacer.

Susan Griffy, ganadora del premio Emma de teatro, poetisa y autora de *Woman and Nature*, considera que la alianza Hermes-Hestia explica dos aspectos muy diferentes de ella. En la casa, es una presencia suave, una Hestia que arregla detalles en la cocina todo el día, que hace de su hogar un cielo. Esta misma Susan Griffin privada contrasta con la editora de aguda claridad, rápida de mente y políticamente ágil de *Ramparts*, que en su aspecto público puede ser “mercuriana”: tan inteligente como volátil.

El mantenimiento del propio centro: permanecer fiel a Hestia

Apolo y Poseidón intentaron, ambos, tomar la virginidad de Hestia, su incolumidad completa en sí misma. Sin embargo, en ves de sucumbir a sus deseos, ella hizo un voto de castidad. A lo que Hestia se resistió al rechazar a Apolo y a Poseidón es metafóricamente significativo, y corresponde a las fuerzas intelectuales y emocionales que pueden sacar a una mujer de su centro.

Hestia representa el Ser, un centro intuitivamente conocido para la personalidad de una mujer que da sentido a su vida. Esta conexión hestiana con su centro puede ser invalidada si ella “sucumbe ante Apolo”. Apolo era el dios del sol, y “apolíneo” ha llegado a ser equiparado con *logos*, la vida intelectual, la primacía de la lógica y del razonamiento. Si Apolo persuade a una mujer para que entregue su virginidad, ésta someterá su experiencia interna

e intuitivamente sentida al escrutinio de la investigación científica. Así se invalida lo que puede sentir pero no expresar en palabras; se descarta lo que conoce como mujer interiormente sabia, a menos que se apoye con pruebas evidentes. Cuando se permite al escepticismo “masculino” científico penetrar la experiencia espiritual y pedir “pruebas”, la invasión viola invariablemente el sentido de incolumidad y de significado de la mujer.

Alternativamente, si una mujer Hestia es “arrebatada por Poseidón”, está siendo sometida por el dios del mar. Poseidón representa el peligro de ser ahogada por los sentimientos oceánicos o por contenidos que manan del inconsciente. Cuando esta marea la amenaza, puede soñar que una enorme ola se le viene encima. En la vida real, la preocupación por una situación emocional puede apartarla de sentirse centrada. Si el remolino la conduce a la depresión, la influencia acuática de Poseidón puede temporalmente “apagar el fuego en el centro del hogar de Hestia”.

Cuando se ve amenazada por Apolo o Poseidón, una mujer Hestia necesita buscar su integridad en la soledad. En la tranquilidad silenciosa puede encontrar la manera intuitiva una vez más, su camino de vuelta al centro.

7 – LAS DIOSAS VULNERABLES: HERA, DEMÉTER Y PERSÉFONE

Las tres diosas vulnerables son Hera, diosa del matrimonio, Deméter, diosa de las cosechas, y Perséfone, conocida como la *koré*, o doncella, y como la reina del mundo subterráneo. Estas tres diosas personifican arquetipos que representan los papeles tradiciones de las mujeres: esposa, madre e hija. Son las diosas orientadas hacia la relación, cuya identidad y bienestar dependen de tener relaciones significativas. Expresan la necesidad de afiliación de las mujeres.

En sus mitologías, estas tres diosas fueron violadas, raptadas, dominadas o humilladas por dioses masculinos. Las tres sufrieron cuando se rompió o deshonró una relación sentimental. Las tres experimentaron la impotencia. Y las tres respondieron de manera característica: Hera, con rabia y celos; Deméter y Perséfone, con depresión. Cada una de ellas manifestó síntomas que se parecían psicológicamente a la enfermedad. Las mujeres en las que existen estas diosas como arquetipos igualmente vulnerables. El conocimiento de Hera, Deméter y Perséfone pueden proporcionar a las mujeres comprensiones internas sobre la naturaleza de su necesidad de relaciones y del patrón de sus reacciones a las pérdidas.

Cuando Hera, Deméter o Perséfone son los arquetipos dominantes, el impulso que las motiva es la relación, más que el logro, la autonomía o una nueva experiencia. El

enfoque de la atención está puesto en los demás, no en una meta externa o en un estado interior. Por lo tanto, las mujeres identificadas con estas diosas están atentas y son receptivas a las otras personas. Están motivadas por la compensación de las relaciones: aprobación, amor, atención, y por la necesidad del arquetipo de emparejarse (Hera), nutrir (Deméter) o ser dependiente (Perséfone como la *koré*). Para estas mujeres, desempeñar papeles tradicionales de mujeres puede estar lleno de sentido.

Calidad de conciencia: como una lámpara que irradia luz difusa

Cada una de las tres categorías de diosas posee una calidad característica de conciencia. La calidad asociada con los arquetipos de diosas vulnerables es la de “conciencia difusa”. Irene Claremont de Castillejo, una analista junguiana, describió esta conciencia (en su libro *Knowing Woman*) como “una actitud de aceptación, una conciencia de la unidad de toda la vida, y una buena disposición para la relación[1]. Esta cualidad de conciencia tipifica a las personas de ambos sexos orientadas hacia las relaciones.

Pienso en esta clase de conciencia como análoga a la luz de una lámpara de cuarto de estar, que ilumina y proyecta un cálido brillo sobre casa cosa dentro de su irradiación. Se trata de una actitud de atención generalizada que permite a una persona darse cuenta de matices de sentimientos, darse cuenta de los sonidos de fondo lo mismo que cualquier cosa que se halla en el centro de la atención en primer plano. La conciencia difusa explica el tipo de conciencia exploratoria que permite a los padres oír el lloriqueo de un bebé en medio del alboroto de una conversación, o que permite a la esposa saber si su marido está incómodo, se siente enfermo o sometido a una gran presión, en cuanto atraviesa la puerta

(a veces, incluso antes de que él mismo sea consciente de ello). Esta clase de conciencia receptiva y difusa puede abarcar o “representar como en una *gestalt*” toda la situación. (Por contraste, la “conciencia enfocada”, característica de Artemisa, Atenea y Hestia —las tres diosas vírgenes— se concentra en un elemento con exclusión de cualquier cosa).

Cuando yo tenía dos hijos, que apenas habían dejado los pañales, caí en la cuenta de cómo la conducta de las madres puede ser modificada por sus hijos, en el sentido de mantenerlas en un estado de conciencia difusa. La mayoría de las veces, cuando estaba cerca de mis hijos, estaba conectada con ellos, en un estado mental receptivo en el que mi mente no estaba enfocada sobre nada. Descubrí que cuando cambiaba de actitud y me concentraba deliberadamente en algo que no fuera ellos, invariablemente me interrumpían.

Por ejemplo, si estaban jugando tranquilamente juntos en la habitación de al lado, y yo me ponía a limpiar el fregadero, ordenar la ropa, o incluso a ojear alguna revista, existía una gran posibilidad de que pudiera seguir haciendo cualquier actividad que no exigiera mi atención. Pero si decidía aprovechar ese momento tranquilo de juego para leer un periódico o estudiar algo que exigiese mi atención concentrada, resultaba que uno o dos minutos después unos pequeños pies siempre venían corriendo a interrumpir. Parecía como si los críos tuvieran percepción extrasensorial de cuando mi estado de atención hacia ellos era sustituido por un estado mental de radiografiar detalles, que los “desconectaba”. Tratar de concentrarse en medio de continuas interrupciones es frustrante. El siguiente efecto era desanimar a la conciencia enfocada, modificando así mi comportamiento mental.

Cuando empezada a comprender la situación, intentaba hacer un experimento que otras personas también pueden intentar. Espera a que llegue uno de esos momentos de calma en que un pequeño está contento y despierto haciendo algo sin ti. Date cuenta de que puedes ocuparte en algo que no exige concentración. Entonces, mira el reloj y cambia de una conciencia difusa a una conciencia concentrada sobre otro tipo de tarea. Observa cuánto tiempo puedes concentrarte en esa tarea antes de que te interrumpa el pequeño.

No sólo los niños pequeños reaccionan así cuando la mujer más importante de sus vidas se desconecta de ellos para concentrarse en alguna tarea personal. Mis pacientes mujeres también han descrito innumerables incidentes con otras personas. Por ejemplo, cuando una mujer orientada hacia las relaciones se matricula en un curso o vuelve a la universidad con su título, una fuente inevitable de tensión entre ellas y quienes viven con ella —marido, amante, niños mayores— al constituyen sus intrusiones e interrupciones cuando estudia. Con frecuencia tiene dificultades en concentrarse por sí misma en su trabajo: el estado de mente receptivo y difuso que permite a una mujer atender a los demás, también favorece que se distraiga con facilidad.

Y cuando realmente se concentra, el hombre de su vida puede reaccionar hacia su trabajo como si fuera si rival, apartándola de sí. Tal vez reacciones a la ausencia temporal de Hera o Deméter en la mujer, que no le está correspondiendo de la manera habitual.

Es como si una cálida luz visible hubiera sido apagada, haciéndole sentir vagamente ansioso e inseguro, que algo va mal. Y las cosas empeoran después de que él empieza a entrometerse en ellas “sin ninguna razón especial”, ya que la respuesta normal a las interrupciones de la concentración sobre algo es la irritación. Así pues, probablemente ella

reacciones con irritación o enojo, justificando así, aparentemente, sus sentimientos de rechazo. Todas las parejas de la que he sabido al respecto —en las que el hombre realmente apoya las aspiraciones universitarias o profesionales de la mujer y en las que él es alguien importante para ella y verdaderamente querido— han descubierto que es muy útil este patrón de creación de fricciones. En cuanto él deja de tomar como algo personal el cambio que ella hace de una conciencia difusa a una conciencia concentrada sobre algo el patrón de sus interrupciones injustificadas y su consiguiente miedo y resentimiento se transforma y la tensión se disuelve.

Vulnerabilidad, susceptibilidad para ser víctimas, y conciencia difusa

Las diosas vulnerables fueron escogidas como víctimas. Hera fue humillada y engañada por su marido, Zeus, que no tenía en cuenta su necesidad de fidelidad. El vínculo entre Deméter y su hija fue ignorado, lo mismo que su sufrimiento cuando Perséfone fue raptada y encerrada en el mundo subterráneo. Tanto Deméter como Perséfone fueron violadas. Como mujeres humanas en situaciones de inferioridad, sufrimiento e indefensión, las tres diosas manifestaron síntomas psiquiátricos.

Las mujeres que se parecen internamente a estas diosas y que poseen una conciencia difusa como clase de conciencia, son también susceptibles de ser escogidas como víctimas. Por contraste, las diosas que se asocian con la capacidad de definir límites y que persiguen objetivos (Artemisa), o resuelven problemas e idean estrategias (Atenea) y que exigen una conciencia concentrada, son las diosas virginales e invulnerables. Las mujeres como ellas tienen menos probabilidades de ser víctimas.

Para evitar ser escogida como víctima, una mujer *tiene* que parecer confiada y estar concentrada. Tienen que caminar enérgicamente, como si se estuviera apresurando para llegar a algún lado (la falta de objetivos o de atención atrae problemas). Aunque una mujer receptiva y abordable ayuda a que las relaciones y el hogar sean cálidos, llevar esas cualidades al mundo puede conducir a intromisiones no pedidas. Cualquier mujer que esté de pie sola esperando, o sentada sola en un restaurante o en un vestíbulo, está expuesta a que se le acerque algún hombre que presupone que cualquier mujer que no esté claramente en relación al alguien es campo susceptible de comentarios o de atención. Si ella es receptiva y accesible, su actitud amistosa puede invitar a presuponer que es un objeto sexualmente disponible. Así pues, puede que reciba invitaciones indeseadas a tener relaciones sexuales, o tal vez se convierta en una víctima de acoso sexual o de la cólera cuando se opone. Dos factores le predisponen a se escogida como víctima: la lectura equivocada que hace el hombre sobre su receptibilidad o cordialidad como invitación sexual, y el prejuicio genera de que cualquier mujer solitaria puede ser abordada y de que está potencialmente disponible. Otro factor que contribuye a ello es la presunción social de que las mujeres constituyen una propiedad. Esta presunción prohíbe a los hombres hacer comentarios, hablar de mujeres acompañadas o incluso “mirarlas de arriba abajo”, como suelen hacer en otro caso.

Las mujeres que son como Deméter y Perséfone, que se sienten vulnerables o desprotegidas, suelen tener sueños de ansiedad. Pueden soñar con hombres que irrumpen en sus dormitorios o en sus casas, o con hombres lascivos o agresivos que las amenazan o las siguen. A veces, los hombres hostiles con lo que sueñan son conocidos: hombres cuyas críticas temen, hombres que las atemorizan con malos

tratos físicos o estallidos de cólera. Si durante la infancia una mujer se sintió desprotegida o sufrió realmente malos tratos, los personajes que le atacan en los sueños suelen proceder de aquella época, o suceden en entornos conocidos de la infancia.

No todas las mujeres del tipo de diosas orientas hacia las relaciones y vulnerables tienen sueños en las que ellas son las víctimas. Al igual que las fases de las mismas diosas, las mujeres que se parecen a éstas atraviesan un periodo en la vida en el que se sienten seguras y no amenazadas. Sus sueños pueden ser igualmente agradables. No obstante, algunas mujeres sueñan que son víctimas en periodos de bonanza, como si tuvieran que recordar su vulnerabilidad. En cualquier caso, los sueños de las mujeres vulnerables están llenos de gente y suelen acontecer dentro de edificios; también evocan recuerdos de vínculos emocionales del pasado o describen relaciones actuales en términos simbólicos.

Patrones de ser y de actuar

Cada una de las tres diosas vulnerables tiene dentro de su mitología una fase feliz y de realización; una fase durante la que fue escogida como víctima, sufrió y fue sintomática; y una fase de restablecimiento y transformación. Cada una representa una fase en la vida de la mujer que ésta puede atravesar rápidamente o en la que puede permanecer por un tiempo.

Una mujer que descubre que es como Hera, Deméter o Perséfone tal vez aprenda más acerca de sí misma, acerca de sus fuerzas, susceptibilidades o potencialidades negativas, comprendiendo los paralelismos que existen entre ella y esas diosas arquetípicas. Si puede aprender a predecir sus propios problemas, puede ahorrarse algún

sufrimiento. Por ejemplo, una mujer Hera puede evitar mucho dolor no permitiéndose ser empujada insensata y prematuramente hacia el matrimonio. Necesita aprender a juzgar el carácter de un hombre y adquirir la capacidad de amar antes de casarse, porque su destino será determinado por su marido. Igualmente, una mujer Deméter debe estar clara sobre las circunstancias bajo las que se queda embarazada y tienen que tomar precauciones previamente, porque la diosa en ella —sentida como un instinto maternal irresistible— no se preocupa por las consecuencias. Y una joven Perséfone hará bien en abandonar el hogar por la universidad o el trabajo, para tener una oportunidad de evolucionar más allá de la posibilidad de seguir siendo para siempre una hija complaciente de su madre.

Evolucionar más allá de las Diosas vulnerables

Aunque las diosas vulnerables no personifican cualidades que conducen a la consecución de objetivos, la mujer en la que viven estos arquetipos puede evolucionar más allá de ellas. Puede descubrir sus cualidades de Atenea o las de Artemisa, o tal vez descubra que la competencia y la competición en el mundo le llegan a través del desarrollo de lo que ella siente como parte “masculina” de sí misma. Y quizá explore las dimensione espirituales y sensuales que se asocian con Hestia, diosa del hogar, y con Afrodita, diosa del amor.

Los tres siguientes capítulos ahondan un poco más en la mitología y características de Hera, Deméter y Perséfone. Cada capítulo describe los patrones arquetípicos que personifica una de las diosas, y muestra cómo una diosa influye las vidas de las mujeres en las que vive, y cómo afecta a las personas que se relacionan con las mismas como esposos, padres, amigos, amantes e hijos.

Toda mujer que ha sentido alguna vez el impulso de casarse o de tener un niño, o que ha sentido que estaba esperando que sucediera algo que cambiase su vida —lo cual puede abarcar a casi todas las mujeres—, se encontrará afín a una de las diosas vulnerables en algún momento de su vida.

8 – HERA: DIOSA DEL MATRIMONIO, ARTÍFICE DEL COMPROMISO Y ESPOSA

Hera, la diosa

La majestuosa, regia y bella Hera, que los romanos conocieron como Juno, era la diosa del matrimonio. Fue consorte de *Zeus* (Júpiter), el dios supremo del Olimpo, que gobernaba sobre el cielo y la tierra. Se piensa que su nombre significa "Gran Señora", forma femenina de la palabra griega *hero*. Los poetas griegos se referían a ella como la de los "ojos bovinos", haciendo un cumplido a sus grandes y hermosos ojos. Sus símbolos eran la vaca, la Vía Láctea, el lirio, y los "ojos" de la cola de las plumas iridiscentes del pavo real, que simbolizan la actitud de desvelo de Hera. La vaca sagrada era una imagen asociada desde hacía tiempo con la diosa Gran Madre, como proveedora de alimento, mientras que la Vía Láctea —nuestra galaxia, que procede de la palabra griega *gala* "leche materna"— refleja la creencia, anterior a las deidades griegas, de que la Vía Láctea provenía de los pechos de la Gran Diosa como reina del cielo. Posteriormente esto se incorporó a la mitología de Hera: cuando la leche brotó de sus senos, se formó la Vía Láctea. Las gotas que cayeron al suelo se convirtieron en lirios, flores que simbolizan otra

creencia prehelénica en el poder autofertilizante de los genitales femeninos. Los símbolos de Hera (y sus conflictos con Zeus) reflejan el poder que ella tuvo alguna vez como Gran Diosa cuyo culto precedió al de Zeus. En la mitología griega, Hera tenía dos aspectos que contrastaban entre sí: era solemnemente reverenciada y venerada en rituales como una poderosa diosa del matrimonio, y fue denigrada por Homero como vengativa, pendenciera y arpía celosa.

Genealogía y mitología

Hera fue hija de Rea y de Cronos. Fue tragada por su padre nada más nacer, lo mismo que cuatro de sus hermanos. Cuando salió de su cautividad del interior de Cronos, ya era una joven muchacha. La doncella fue puesta al cuidado de dos deidades de la naturaleza, que eran equivalentes a padres adoptivos mayores de alto rango.

Hera creció hasta llegar a ser una adorable diosa. Atrajo las miradas de Zeus, que por entonces había vencido a Cronos y a los titanes y se habría convertido en el soberano de los dioses. (No tenía importancia el que fuera su hermano: los dioses del Olimpo tenían sus propias leyes o ausencia de ellas, en lo que respecta a las relaciones). Para estar más cerca de la doncella virgen, Zeus se transformó en un tembloroso y conmovedor pajarillo, del que Hera se compadeció. Para calentar a la criatura muerta de frío, Hera lo mantuvo junto a su pecho. Entonces, Zeus se despojó de su disfraz, volvió a tomar su apariencia humana, e intentó forzarla. Sus esfuerzos fueron infructuosos. Ella resistió sus impulsos amorosos hasta que él le prometió casarse con ella. Se dice que la luna de miel duró trescientos años.

Cuando acabó la luna de miel, se acabó todo el resto. Zeus volvió a sus actitudes promiscuas premaritales (había tenido seis consortes diferentes y mucha descendencia

antes de casarse con Hera). Una y otra vez, Zeus era infiel y provocaba los celos vengativos de su esposa traicionada. La rabia de Hera no se dirigía hacia su marido infiel; por el contrario, estaba dirigida hacia “la otra mujer” (que, frecuentemente, había sido seducida, violada o engañada por Zeus), hacia los hijos concebidos por Zeus, o hacia observadores inocente.

Existen numerosas historias sobre la cólera de Hera. Cuando Zeus se llevaba por la fuerza a Egina a una isla para violarla, Hera soltó un monstruoso dragón, que destruyó la mayoría de la población. Y cuando se encolerizó por el nacimiento de Dionisos, volvió locos a los padres adoptivos en un esfuerzo infructuoso para destruirle.

Calisto fue otra de las infortunadas, atrapada en la batalla entre Zeus y Hera. Zeus engañó a Calisto adoptando la apariencia de Artemisa, diosa de la caza, y seduciéndola después. Hera reaccionó ante esta aventura transformando a Calisto en una osa y dejando que su hija la matara sin saberlo. Pero Zeus colocó a madre e hijo en el cielo como las constelaciones de la Osa Mayor y la Osa Menor.

Hera fue humillada por Zeus en muchas aventuras. Éste deshonró su matrimonio, que para ella era sagrado, y le produjo más dolor al favorecer a los hijos tenidos con la otra mujer. Para añadir más escarnio a esta herida, él mismo dio a luz a su hija Atenea, diosa de la sabiduría, demostrando que no necesitaba a su esposa ni siquiera para este menester.

Hera tuvo varios hijos. En una reacción de pagar la misma moneda al nacimiento de Atenea, Hera decidió ser ella solo padre y madre de un hijo. Concibió a Hefesto, dios de la forja. Cuando éste nació con los pies contrahechos —un hijo anormal, a diferencia de la perfecta Atenea—, Hera le rechazó arrojándole fuera del monte Olimpo.

Según algunos, Hera fue también la única madre y padre de Tifeo, un monstruoso inhumano, destructivo, “temible y funesto”. Y Ares, dios de la guerra, fue hijo de Hera y Zeus (éste le despreciaba porque perdía la cabeza en el ardor de la batalla). Hera también tuvo dos hijas no muy brillantes: Hebe, la joven escanciadora, y Eileitiria, hoja del nacimiento, que compartía esta función con Artemisa (las parturientas la invocaban como Artemisa Eileitiria).

Hera solía reaccionar a cada nueva humillación con alguna acción. Pero su rabia y su sentimiento de venganza no eran sus únicas respuestas. Otras veces, se retiraba. Los mitos cuentan de las peregrinaciones de Hera hasta los confines de la tierra y del mar, durante las que se envolvía en la más profunda oscuridad, separándose de Zeus y de los demás dioses del Olimpo. En uno de los mitos, Hera regresó a las montañas en las que había pasado sus felices días de juventud. Cuando Zeus vio que ella no tenía intención de volver, intentó provocar sus celos anunciando que iba a casarse con una princesa local. Después arregló una falsa ceremonia con una estatua femenina. Esta broma divirtió a Hera, que le perdonó y regresó al monte Olimpo.

Aunque la mitología griega recalca las humillaciones y el carácter vengativo de Hera, por contraste, su culto era muy venerado.

En sus rituales, Hera tenía tres epítetos y tres correspondientes santuarios en los que se la veneraba durante el año. En primavera, ella era Hera *Parthenos* (Hera, la doncella, o Hera, la virgen). Se le rendía culto como Hera *Teleia* en verano y otoño (Hera, la perfecta, o Hera, la realizada), y en invierno se convertía en Hera *Chera* (Hera, la viuda)[1].

Estos tres aspectos de Hera representaban los tres estados de la vida de una mujer, reconstruidos simbólicamente en diversos ritos. En primavera se sumergía

en un baño una imagen que representaba a Hera, restableciendo simbólicamente su virginidad. En verano lograba la perfección en un ritual de boda. En invierno, otro ritual recalcaba una disputa con separación de Zeus, que marcaba la fase de Hera, la viuda, durante la que ella permanecía escondida.

Hera, el arquetipo

Hera, como diosa del matrimonio, fue reverenciada y vilipendiada, honrada y humillada. Ella, más que ninguna otra diosa, posee atributos marcadamente positivos y negativos. Lo mismo ocurre con el arquetipo de Hera, fuerza intensamente poderosa de alegría y dolor en la personalidad de una mujer.

La esposa

Primero, y ante todo, el arquetipo de Hera representa a la mujer que anhela casarse. Una mujer que tenga un fuerte arquetipo de Hera se siente fundamentalmente incompleta sin una pareja. Está motivada por un instinto “otorgado por la diosa” hacia el matrimonio. Su dolor de permanecer sin pareja puede ser una experiencia tan profunda e hiriente como la de una mujer sin hijos cuya necesidad más urgente es la de tener un bebé.

Como psiquiatra, soy muy consciente del sufrimiento que siente una mujer Hera cuando no tiene un hombre significativo en su vida. Muchas mujeres han compartido su dolor privado conmigo. Una abogada decía sollozando: “Tengo treinta y nueve años y no tengo marido, y estoy tan avergonzada”. Una atractiva enfermera divorciada, de treinta y dos años, confesaba con tristeza: “Siento como si tuviera un gran agujero en mi psique, o tal vez se una herida

que nunca se cure. ¡Dios mío!, estoy sola. Creo que salgo bastante, pero ninguno de los hombres que encuentro quiere comprometerse en serio”.

Cuando una mujer con una necesidad compulsiva de tener una pareja se encuentra envuelta en una relación seria, satisface gran parte del anhelo creado por el arquetipo de Hera. Pero todavía siente el deseo apremiante de casarse. Necesita, el respeto y la honorabilidad que conlleva para ella el matrimonio, y quiera ser reconocida como “señora de Alguien”. No quiere simplemente vivir junto a alguien, incluso a una edad en la que esta clase de arreglos no está estigmatizada. Así, lucha por conseguir el reconocimiento externo; considera que una gran boda en una iglesia es infinitamente preferible a volar a Reno o acudir al Ayuntamiento.

Cuando Hera es su arquetipo, una novia puede sentirse como una diosa el día de su boda. Para ella, el matrimonio inminente evoca la anticipación de la realización y de la perfección, lo cual la llena de alegría. Ésa es la novia radiante, llena de Hera.

La anterior primera dama, Nancy Reagan, encarna el arquetipo de esposa. La señora Reagan dejó claro que ser la mujer de Ronald Reagan era su prioridad principal. Cuando describía la importancia de su matrimonio, hablaba por todas las mujeres que encarnan a Hera en el interior de un feliz matrimonio.

En lo que a mí respecta, nunca viví realmente hasta que encontré a Ronnie. Oh, sé que esto no es una confesión muy popular actualmente. Se supone que una debe ser totalmente independiente, tal vez tener un marido al lado como algo de conveniencia. Pero no puedo evitar sentir como siento. Ronnie es la razón de mi felicidad. Sin él, sería muy desgraciada y no tendría un verdadero propósito ni una dirección en mi vida[2].

La nuestra es una cultura que hasta muy recientemente se hacía eco del punto de vista de Nancy Reagan: “casarse” se consideraba la mayor realización de una mujer. Incluso ahora, cuando son importantes la educación y las metas profesionales, la mayoría de las mujeres no pueden escapar al hecho de sentirse presionadas por las expectativas culturales de “establecerse y casarse”. Así pues, el arquetipo de Hera recibe un enorme apoyo. Además, prevalece una mentalidad de “arca de Noé”: se espera que la gente se ponga en parejas, como los zapatos o los calcetines. Con esta norma social, se hace sentir a las soleteras que están perdiendo el tren. De esta manera, el arquetipo de Hera queda reforzado por consecuencias negativas cuando una mujer no se amolda a Hera, así como por la validación positiva que se produce cuando sí se amolda.

La prueba de que Hera puede no ser exclusivamente una reacción de una cultura patriarcal —una cultura que desvaloriza a una mujer hasta que ha sido escogida por un hombre (y cuanto más poderoso mejor)— es sugerida por la existencia del mismo impulso en muchas mujeres lesbianas. Muchas lesbianas tienen la misma necesidad urgente de tener su pareja, y el mismo deseo apremiante de una ceremonia ritual que proporcione un reconocimiento externo de estar en pareja. Con toda certeza, la mujer lesbiana que personifica a Hera no está respondiendo a la presión cultural o a las expectativas familiares, que tienden a condenar la relación más que apoyarla.

La capacidad de compromiso

El arquetipo de Hera proporciona la capacidad de vincularse, de se leal y fiel, de soportar y atravesar dificultades con una pareja. Cuando Hera es la fuerza motivadora, el compromiso de una mujer no es condicional.

Una vez casada, ella entiende permanecer así “en la dicha y en la adversidad”.

Sin Hera, una mujer puede atravesar una serie de relaciones cortas, abandonándolas cuando surgen las inevitables dificultades o cuando desaparece la magia inicial del enamorarse. Puede que nunca se enamore y se sienta bien respecto a su estado de soltera. O tal vez haga todos los movimientos —gran boda en la iglesia y todo lo demás—, pero no se sienta conectada en lo vital, a manera de Hera, con el hombre con el que se ha casado.

Cuando las mujeres se casan sin Hera “falta algo”, éstas fueron las palabras exactas utilizadas por una de mis pacientes, una fotógrafa de cuarenta y cinco años, que carecía del sentido profundo de conexión con su marido. “Me gusta bastante y he sido buena esposa —decía—, pero con frecuencia pienso que vivir sola me convendría más. Si las mujeres flirtean con él, cuando yo estoy presente, él las incita a veces, creo que es por mí. Espera que me vuelva a casa celosa, y después se incomoda porque yo no me incomodo. Supongo que sospecha que él no es algo esencial para mí, lo cual es verdad. En el fondo no soy en absoluto una esposa devota, aunque mi comportamiento como esposa está fuera de toda posibilidad de crítica”. Desgraciadamente para ambos, incluso después de veinte años de matrimonio. Hera seguía sin ser un arquetipo activo.

El matrimonio sagrado

Dos de los tres significados del matrimonio consisten en la satisfacción de una necesidad interna de estar en pareja y en el reconocimiento externo de ser marido y mujer. El arquetipo del matrimonio se expresa también en un tercer nivel místico como un esfuerzo por conseguir la totalidad a través del “matrimonio sagrado”. Las ceremonias religiosas

de boda que recalcan la naturaleza sagrada del matrimonio —caracterizándolo como una unión espiritual o un sacramento a través de los que puede ser canalizada la gracia— son reconstrucciones contemporáneas de los rituales sagrados de Hera.

Una comprensión interna de este aspecto sagrado del arquetipo de Hera me llegó por experiencia directa. Yo fui educada como protestante de rutina. Ningún misterio o magia acompañaban nuestros rituales religiosos. El sacramento de la comunión era celebrado con zumo de uva Welch, así pues, fue inesperado y profundamente conmovedor para mí descubrir que mi ceremonia de matrimonio en la catedral de la Gracia de San Francisco fue una sobrecogedora experiencia interna. Sentí que estaba participando de un poderoso ritual que invocaba lo sagrado… tuve la sensación de experimentar algo más allá de la realidad ordinaria, algo numinoso, que es una característica de la experiencia arquetípica. Cuando recité mis promesas de matrimonio, me sentí como si estuviera participando en ritos sagrados.

Cuando el matrimonio sagrado sucede en un sueño, se produce un cambio similar en intensidad. Lo que recuerda es lo sobrecogedor de la experiencia. La gente suele utilizar metáforas del campo de la energía o de la electricidad para intentar expresar lo que siente cuando se conecta con la persona que aparecía como la pareja sagrada en sus sueños. Por simbolizar una unión intrapsíquica entre masculino y femenino, el sueño es una experiencia de totalidad. Cuando el soñador es abrazado por su pareja sagrada, siente una mezcla de sentimiento erótico, bienaventuranza y unión. El sueño es “numinosa” (que significa que tienen un efecto emocional inexpresable, misterioso y divino sobre la persona que sueña). La persona que lo ha soñado se despierta sacudida y conmovida: “Fue un sueño más real para mí que

lo que sentí cuando me desperté. Nunca lo olvidaré. Cuando me tuvo en sus brazos, me sentí maravillosa. Fue como una reunión mística. No puedo explicarlo: fue una sensación de profunda paz y al mismo tiempo una sensación electrizante. Este sueño fue un acontecimiento fundamental en mi vida".

En esta experiencia puramente interna del matrimonio sagrado, la protagonista del sueño se vive a sí misma como Hera, la perfecta o realizada. Frecuentemente, esto tiene un efecto apaciguante sobre el impulso de ser una pareja y la necesidad de estar casada.

La mujer desdeñada: el patrón negativo de Hera

La diosa Hera no expresó su cólera contra Zeus por sus infidelidades públicas. Canalizó en su ira vengativa contra la otra mujer o los hijos engendrados por Zeus el dolor que sintió de ser rechazada por él y de ser humillada por sus aventuras sentimentales. El arquetipo de Hera predispone a las mujeres a desplazar la culpa de su pareja —de la que es emocionalmente dependiente— sobre los demás. Y las mujeres tupo Hera reaccionan a la pérdida y al dolor con rabia y actividad (más que con depresión, como es típico de Deméter y de Perséfone). En mi trabajo como analista, he descubierto que la actitud de venganza es una especie de juego de prestidigitación, que hace que una mujer Hera se sienta poderosa en vez de rechazada.

Jean Harris es una personificación contemporánea de la Hera desdeñada. La poderosa directora de la elitista Escuela Madeira fue condenada por el asesinato de su amante de toda la vida, el inventor de la "dieta Scarsdale", el doctor Herman Tarnover. Se sabía que Harris había estado furiosa de celos por la preferencia de Tarnover por una joven rival, a la que ella consideraba con menos educación, estudios y

clase que ella. Fue declarada culpable del asesinato después de que se revelase su intenso odio hacia la otra mujer, en una extensa carta escrita a Tarnover antes de la muerte de éste. Escribió:

> Has sido lo más importante de mi vida, el ser humano más importante de mi vida, y esto no cambiará jamás. Me sigues controlando mediante la amenaza de hacerme salir de tu vida —una amenaza fácil con la que sabes que no podría vivir— y así permanezco sola en casa mientras tú haces el amor con alguien que casi me ha destruido. He sido humillada públicamente una y otra vez.

A pesar de sus realizaciones y de su prestigio, Harris estaba convencida de que no valía nada sin Tarnover. Había mantenido continuamente que la muerta fue accidental. Al igual que Hera, que nunca consideró a Zeus responsable de sus correrías amorosas, esta afirmación podía ser ciertamente verdadera, ya que Harris no podía imaginar vivir sin él[3].

El cultivo de Hera

La necesidad de ser más como Hera llega a algunas mujeres como una realización en los primeros años de la mitad de su vida; para entonces han tenido una serie de relaciones o han estado tan centradas en sus carreras que el matrimonio no ha sido una prioridad para ellas. Hasta entonces han prestado atención a la inclinación de Afrodita a cambiar de una relación a otra, o a la tendencia de Perséfone a evitar compromisos, o a la actitud de Artemisa y de Atenea a centrarse en alcanzar sus metas. O las diosas han cruzado sus propósitos, y la necesidad apremiante de

Hera de tener una pareja ha sido frustrada por la elección de los hombres que una mujer ha hecho; elección influida por las demás diosas.

Cuando unirse como pareja no es un instinto poderoso, tendrá que ser cultivado conscientemente. Esto sólo suele ser posible cuando una mujer ve la necesidad de contraer un compromiso y tiene la voluntad de cumplirlo, y cuando se le ofrece la oportunidad de hacerlo. Si ama a un hombre que necesita o exige fidelidad, ella tiene que elegir entre él o la monogamia. Tienen que decidir el cortar con la promiscuidad de Afrodita, o la independencia de Artemisa, y favorecer a Hera. Una decisión consciente de ser una esposa tipo Hera puede fortalecer la conexión de una mujer con el arquetipo.

Si la relación con hombres no casados impide a una mujer volverse una esposa, necesita desencantarse del tipo de hombres por que ha estado atraída y del trato que ha recibido de ellos. También tiene que volver a afirmar su actitud hacia los hombres de valores tradicionales, porque tal vez se le hayan inculcado prejuicios contra esos hombres que realmente quieren casarse y tener una familia. Cuando cambia su imagen de lo que es un hombre deseable y se acomoda al tipo de hombre que puede comprometerse, entonces puede que aparezca la urgencia de Hera a realizarse como esposa.

Hera, la mujer

La Hera actual es fácilmente reconocible. Como la novia radiante que camina por el pasillo hacia el novio que la espera, es la alegre Hera, que disfruta de antemano su realización. Como esposa traicionada, que descubre que su marido tiene otra relación y se encoleriza con la otra mujer, es Hera, la arpía. La mujer Hera está encarnada por

innumerables mujeres que han sido “la señora” —característicamente virgen antes del matrimonio, o al menos hasta el compromiso—, y *después* la esposa leal durante décadas, hasta que se convierte en la viuda que vive de la Seguridad Social.

Una mujer Hera disfruta haciendo de su marido el centro de su vida. Todo el mundo sabe que su marido es lo primero. Los hijos de una mujer Hera se dan cuenta perfectamente del orden del universo: lo mejor guardado siempre para él. Otras personas también se dan cuenta inmediatamente de la situación: ella les deja “en suspenso” hasta que consulte con él.

Muchas mujeres fundidas en el molde de Hera poseen una cuidad de matrona, y son percibidas por todo el mundo como “totalmente casadas”. Y muchas otras mujeres tienen a Hera como uno de los varios aspectos de su personalidad. En la superficie tal vez no parezcan mujeres Hera, pero a medida que van sabiendo cosas sobre ella, reconocen que Hera les es un personaje interno muy familiar.

Infancia

A la edad de cuatro o cinco años, puede encontrarse a la joven Hera jugando “a papás y mamás”, y diciendo a su compañero de juegos señalándole la puerta: “Tú eres el papá y vas a trabajar”. Yendo y viniendo como una “persona mayor”, limpia y pone en la mesa una comida de ensalada de hierba y tartas de barro, representando por anticipado el punto culminante del día de Hera, que se produce cuando llega a casa y se sienta para la cena. (Por contraste, la joven Deméter, para la que ser mamá es el principal acontecimiento, pasea en un carrito a sus muñecas y pasa las horas vistiendo, alimentado y acostando a su “bebé”).

Pero a los seis o siete años, cuando niños y niñas se separan en sus propios grupos de juego y la mayoría de las niñas piensan que la mayoría de los niños son “un asco”, encontrar a chiquillos para jugar “a papás y mamás” es casi imposible. Siempre hay casos dispersos de “emparejamiento”, incluso en primer grado, pero para la mayoría el próximo vislumbre de Hera llega después, cuando los críos “se vuelven juiciosos”.

Los padres

Los padres de Hera fueron Cronos y Rea: un padre distante que se tragó a sus hijos, amenazado por la posibilidad de que uno de ellos le destronase, y una madre impotente que no podría proteger de él a sus hijos. Cronos y Rea nos proporcionan una imagen negativa y exagerada de un matrimonio patriarcal: el marido es un hombre poderoso y dominante que no tolera ninguna competencia por parte de sus hijos ni permite a su esposa tener nuevos intereses. La esposa resiste pasivamente manteniéndole al margen de sus secretos y sirviéndose del engaño. Hera fue la única de las hermanas que fueron tragadas que tuvo dos parejas de padres. Una vez liberada de sus padres, fue criada en una situación idílica por dos deidades de la naturaleza como padres adoptivos.

El tema de las dos parejas de padres —o dos modelos de matrimonio— es un tema familiar para muchas mujeres Hera. En medio de una situación familiar poco ideal que hace que otros niños se vuelvan pesimistas o cínicos respecto al matrimonio, Hera se agarra a una imagen idealizada del matrimonio y lo busca para sí como un avía para salir de una mala situación familiar. En mejores circunstancias, una hija Hera ve en el matrimonio estable de sus padres lo que quiere para sí misma.

Adolescencia y primeros años de vida adulta

La Hera adolescente es más feliz su tiene una relación estable. Es la clase de chica que lleva con orgullo el anillo de su chico colgado en el cuello con una gargantilla, sueña despierta con una gran boda y piensa una y otra vez en su nombre, escribiendo en su cuaderno: “Señora de Bob Smith”, “Señora de “Robert Smith”, “Señora de Edwin Smith”.

Para ella, tener un sentimiento estable es de una importancia crucial. Si va a un colegio privad caro de las afueras de la ciudad, y que se autovalora como elitista, es importante la posición que él ocupe: delegado de clase, miembro del equipo preuniversitario de fútbol o socio de un club de moda. Si acude a una academia de centro de la ciudad, puede variar ka condición social, pero el patrón es el mismo. Intenta emparejarse con un joven de clase alta y anhela la seguridad emocional derivada de la relación. Una vez constituye la mitad de una pareja “a la moda”, organiza reuniones y fiestas, mirando por encima del hombro a los mortales no emparejados desde las alturas del Olimpo. Este mismo patrón de comportamiento persiste a lo largo de la universidad y posteriormente.

Algunas mujeres Hera se casan durante los estudios universitarios o inmediatamente después de acabarlos, pero lo mayoría de los amoríos universitarios se rompen, y el final de esta primera relación serie suele ser también la primera herida emocional grave de la joven Hera.

Hera considera la Universidad como el lugar y el momento de encontrar una pareja. Si es brillante y capaz, suele salir adelante, para decepción de sus profesores, que suponían en ella se tomaba sus capacidades más en serio (para obtener mejores resultados). Los estudios no son

importantes en sí mismo para una mujer Hera. Puede que sólo sea una parte de su esperada condición social.

Como el matrimonio es la motivación por la que acudió a la universidad, su ansiedad crece si con el paso del tiempo no se materializa un marido. Como estudiante a mediados de los años cincuenta, recuerdo a las mujeres tipo Hera "descolgadas" que durante los primeros cursos se volvían cada vez más ansiosas y que, una vez veteranas sin pareja, tenían un aire de desesperación por considerarse predestinadas a convertirse en viejas solteronas. Preguntas indelicadas de familiares que preguntaban "¿cuándo te vas a casar?", resultan enormemente dolorosas, puesto que una mujer Hera no casada siente un vacío interno y una falta de sentido a su vida, que se amplían a causa de las expectativas de las demás personas que también ponen el acento en el matrimonio.

Trabajo

El trabajo es un aspecto secundario de la vida para la mujer Hera, lo mismo que ir a la universidad. Cualquiera que sea su educación, carrera, título o profesión, cuando Hera constituye una fuerza poderosa en la psique de una mujer, su trabajo es algo que hace, en lugar de un parte importante de lo que ella es.

Una mujer Hera puede ser muy buena en lo que haga y obtener reconocimiento y promoción. Sin embargo, si no está casada, nada de todo esto parece tener mucha importancia para ella. En la única escala que cuenta, a sus propios ojos ha fallado, con independencia de sus logros.

Otras diosas suelen estar presentes en una mujer que se desenvuelve bien en el mundo laboral. Pero su es Hera el patrón dominante, no siente que su trabajo tenga mayor importancia. Si está casada, subordinará de manera natural

su carrera a la de su marido y empleará sus horas de trabajo y sus oportunidades para promocionar las necesidades de él. Sólo superficialmente permanecerá como si la mujer Hera estuviera en un matrimonio de profesionales iguales: su verdadera carrera es su matrimonio.

En esta época en que ambos son profesionales y en la que suelen necesitarse dos chequeras, muchas de las esposas que trabajan son mujeres Hera. Sin embargo, la mujer Hera siempre dice: “A donde vayas, te seguiré”. Nunca propondrá una separación geográfica temporal, en la que deben turnarse los fines de semana para estar juntos. Ni tampoco insistirá en que su profesión es tan importante como la de él. Para que ocurra esto, tiene que intervenir otra diosa.

Relaciones con mujeres: la especie desvalorizada

Una mujer Hera no suele dar mucha importancia a la amistad con otras mujeres y, generalmente, no tiene una amiga del alma. Prefiere estar con su esposo y hacer las cosas con él. Si tiene una amistad íntima y duradera con una mujer, las causantes de ello son otras diosas.

Si no está casada, siente que encontrar hombres casaderos tiene una importancia primordial. Tal vez de ponga de acuerdo con otra mujer para ir a lugares, como bares por ejemplo, en lo que una mujer sola podría no encontrarse a gusto. Poro una vez se encuentra en una relación estable, tiene poco tiempo para las amigas solteras, a las que suele dejar de lado.

Una mujer Hera mantiene de manera natural la costumbre social, común entre ciertas mujeres, de cancelar planes previamente trazados para visitar a amigas, si un hombre le pide que salga con él. Una vez casada, esta

actitud se extiende hasta el hecho de interrumpir su amistad con mujeres.

Una mujer Hera casada se relaciona con otras mujeres casadas como parte de una pareja. O bien considera una amenaza a las mujeres sin compromiso en cuando el marido manifiesta la menor muestra de atención hacia ellas, o bien las descarta como simples mujeres sin un hombre al lado. Después del matrimonio, toda su actividad social la realiza como parte de su pareja. Cuando una mujer Hera casada hace cosas otras mujeres, la actividad está característicamente relacionada con la profesión o las actividades de su marido. Las organizaciones benéficas confirman esta tendencia. En éstas, la posición del marido suele determinar el cargo votado por elección de la esposa. Al votar por las responsables de dichas organizaciones, las mujeres Hera inevitablemente consideran el estatus que tienen sus maridos.

Cuando una mujer Hera tiene contacto con otras mujeres en un contexto de parejas, el vínculo entre ellas suele ser más una alianza amistosa que una amistad personal. Por ello, una mujer Hera abandona fácilmente a la “amiga” viuda o divorciada, y frecuentemente tras largos años de contactos, una vez que la amiga se queda sin pareja. Las mujeres Hera se distancian entre sí, reforzando su convicción interna de que una mujer no es nada sin su marido. Muchas viudas se han trasladado a zonas geográficas con más sol, no por el clima, sino por enojo y por orgullo al descubrir que ya no había lugar para ellas en su anterior círculo de amigas cercanas.

Relaciones con hombres: expectativas de realización

Cuando se rendía culto a la diosa Hera en los templos griegos y se volvía a representar ritualmente el matrimonio de Zeus y Hera, Zeus era llamado *Zeus Teleios*, que significa “Zeus, el que lleva a la realización”. Una mujer Hera actual coloca en un marido la expectativa arquetípica de que él la realizará.

Una mujer Hera por un hombre competente y con éxito, definición que suele depender de la clase social a la que ella pertenezca y de la familia que tenga. Los artistas muertos de hambre, los poetas sensibles y los genios académicos no son para ella. A las mujeres Hera no les interesan los hombres que sufren a causa de su arte o de sus principios políticos.

Sin embargo, a veces las mujeres Hera sí parecen particularmente susceptibles a la combinación que conquistó a Hera. Zeus se transformó primero en un tembloroso pajarillo antes de revelarse como el dios principal. Lo más frecuente es que una mujer Hera con esta combinación de pobre pequeña criatura con necesidades de calor (que ella proporciona) y gran hombre poderoso. Muchos hombres que tienen gran éxito en el mundo frecuentemente tienen, como Zeus, un componente de niño pequeño emocionalmente inmaduro, que puede conmover a la mujer Hera cuando se combina con el poder, que ella encuentra tan atractivo. Él, tal vez, carezca de amigos íntimos, no se haya enterado del dolor personal de los demás y no haya desarrollado una capacidad para la simpatía.

La inmadurez emocional del hombre también es una de las causas de su búsqueda de variedad más que de profundidad en sus relaciones con las mujeres, y de la tendencia a tener aventuras sentimentales, que la mujer Hera no puede tolerar. Puede que él sea un hombre de negocios que disfruta pasando una noche fuera cuando sale por asuntos de trabajo fuera de la ciudad. Disfruta de la

conquista y la excitación de sexo por primera vez con una nueva mujer, imaginando que si su esposa no se entera, no le hace daño. Odia conversar sobre las relacione o discutir sobre su comportamiento, así que una mujer Hera evita ambas cosas.

Si una mujer Hera se casa con un hombre que resulta ser un mariposón y un mentiroso, como Zeus, y si ella le toma la palabra —cosa muy característica de las mujeres Hera que quieren tener seguridad— será herida una y otra vez. Muchas mujeres tipo Hera están en inferioridad de condiciones porque tienen dificultades en afirmar su carácter subyacente o en darse cuenta de los patrones de comportamiento en juego. Cuando juzgan a la gente, estas mujeres perciben las superficies más que las posibilidades (como cuando se mira una casa en venta y se ve lo que hay en ella, y no qué es lo que era o en qué podría convertirse). Finalmente, la decepción de la mujer Hera y el dolor son proporcionales a la discrepancia entre sus esperanzas de realización y la realidad, y el abismo puede ser enorme.

Sexualidad

Una mujer Hera presupone que sexualidad y matrimonio van juntos. Así pues, tal vez haya permanecido virgen hasta que se comprometió o se casó. Sin experiencia antes del matrimonio, depende de su marido para estimular su sexualidad. Si éste no lo hace, no obstante tendrá relaciones sexuales regularmente como parte de su papel profundamente asumido de esposa. La idea del “sexo debido” probablemente surgió por primera vez con las mujeres Hera.

No es raro que una mujer Hera no tenga orgasmos al principio de su matrimonio. El que esta situación permanezca sin cambios a lo largo de los años depende de

que el arquetipo de Afrodita esté o no activado dentro del matrimonio.

Matrimonio

La mujer Hera considera su día de boda como el día más significativo de su vida. Ese día adquiere un nuevo nombre. (Nunca conserva su propio nombre, porque considera que ése es estrictamente un “nombre de soltera”). A partir de ese momento se convierte en la esposa, lo que satisface un impulso que siente desde sus primeros recuerdos.

La América media es una circunstancia en la que prosperan muchas mujeres Hera. Maridos y mujeres pasan sus fines de semana y sus vacaciones. El marido de marcha a trabajar y vuelve a casa para cenar siempre a la misma hora. Sus amigos son hombres, con lo que tal vez pase el tiempo. Respeta a su mujer, espera de ella que cumpla bien su tarea de esposa y asume que está casado para toda la vida. La rutina, su vida social juntos y los papeles que cada uno mantiene contribuye a la estabilidad del matrimonio y a la satisfacción que éste proporciona a una mujer Hera.

La vida empresarial es otra situación que puede convenir a una mujer Hera. Puede subir la escala jerárquica con su marido, mudarse geográficamente o escalar otro peldaño y dejar atrás fácilmente a aquellas personas cuyo ascenso no es tan rápido. Como el vínculo que tiene con su marido es la fuente principal del sentido de su vida, y como sus relaciones con los demás son débiles, le es fácil volverse a trasladar con él. Por contraste, las mujeres con fuertes lazos de amistad sufren la pérdida y la soledad con cada traslado, y lo mismo les ocurre a las mujeres cuyo propio trabajo es importante para ellas y que deben empezar de nuevo a cada nuevo traslado.

El estado de felicidad de una mujer Hera depende de la devoción que su esposo tenga por ella, de la importancia que él dé al matrimonio y del aprecio que tenga por ella. Pero ella se siente atraída por hombres con éxito, muchos de los cuales lo tienen porque están dedicados al trabajo o casados con su profesión. Por ello, tal vez ella descubra que es infeliz a pesar de estar casada, e incluso aunque nunca surja una infidelidad sexual. El matrimonio quizá no llene completamente a la mujer Hera cuando éste no es muy importante para su marido.

Un marido contemporáneo tipo Zeus suele servirse del matrimonio principalmente como parte de su fachada social. Se ha casado con una mujer de su propia clase social o de una clase social superior y puede aparecer con ella a su lado cuando las circunstancias lo exijan. Este acomodo puede ser un matrimonio de conveniencia para él y un desastre personal para ella. Si cualquier otro arquetipo fuera dominante en ella, podría ser capaz de aceptar el matrimonio formal sin gran entusiasmo. Pero una mujer Hera se siente herida por esta falta de implicación. Él suele estar absorbido por otros intereses, habitualmente relacionados con el poder —como transacciones comerciales y alianzas políticas— y no comparte con ella sus principales preocupaciones. Como consecuencia, ella siente un vacío emocional en su centro.

Tal vez intente compensar este sentimiento de vacío (o enterrarlo) mediante un frenesí de actividad social, que pretende presentar una imagen pública de pareja perfecta. Esta imagen encaja con bastantes parejas socialmente prominentes que presentan una imagen aparente en acontecimientos sociales, como noches inaugurales de ópera o el cotillón de la fundación benéfica de auxiliares de enfermería. Pero la actitud de armonía que los caracteriza en público les falta en privado. Por supuesto, tales matrimonios

de conveniencia no están limitados a una clase social determinada; pueden encontrarse en todos los niveles sociales.

Con independencia de las insatisfacciones de su matrimonio, una mujer Hera es. De todos los tipos de diosas, la menos inclinada a pedir un divorcio. Como la diosa Hera, que fue humillada y engañada, una mujer Hera puede soportar los malos tratos. Se siente casada en lo más profundo de su núcleo interno. Considera inconcebible el divorcio, incluso cuando le sucede a ella.

Si su marido quiere dejarla por otra y se lo dice, la mujer Hera se resiste profundamente a oír lo que él le está diciendo. El matrimonio es para ella una experiencia arquetípica: en su mente, siempre será una esposa. Incluso después de producido el divorcio, una mujer Hera quizá se siga considerando casada y sufra cada vez que se le recuerda que no lo está. Esta reacción crea problemas a los demás y es causa de dolor para sí misma.

Tal vez pase muchas horas con el psiquiatra luchando con dificultades cuya posta puede encontrarse en la fuerte influencia arquetípica que tiene el matrimonio (o Hera) sobre una mujer, incluso después de que se ha acabado el matrimonio. En mi práctica de terapeuta he comprobado el efecto de Hera en todas las mujeres afectadas. Por ejemplo, la paciente puede ser la mujer Hera divorciada, que fluctúa entre el dolor y la rabia, sintiendo que ella sigue siendo la esposa legítima. O puede que el paciente sea el ex marido, que se siente acosado por las llamadas diarias de su ex mujer. O tal vez sea la nueva esposa resentida, enfadada ante la intrusión de la ex mujer en su vida en común o por la confusión creada por ésta si insiste en utilizar el nombre de su ex marido en facturas y otros documentos.

Hijos

Una mujer tipo Hera suele tener hijos porque esta función es parte del rol de esposa. Sin embargo, no tendrá mucho instinto maternal, a menos que Deméter sea también un arquetipo importante en ella. Tampoco disfrutará haciendo cosas con sus hijos, a no ser que también estén presente en ella Artemisa o Atenea.

Si una mujer Hera tiene hijo y no puede crear un lazo arquetípico madre-hijo, éstos sentirán esta carencia como una falta de amor y protección. Incluso si es esposa y madre a tiempo completo y está físicamente muy presente en sus vidas, ellos sentirán una falta de proximidad y algo de abandono emocional.

Cuando una mujer Hera debe decidir entre su marido o sus hijos, normalmente sacrificará los mejores intereses de éstos para conversar con su esposo. En mi práctica de terapeuta, veo con frecuencia adultos que fueron criados en familias con estructuras tradicionales, en las que el padre era el cabeza de familia, el que ganaba el pan, y un pequeño tirano. Tales pacientes sentían que la madre les nutría apoyaba, pero que nunca actuaba como amortiguador entre marido e hijos. Éstos estaban siempre solos en sus enfrentamientos con su padre, con independencia de lo irrazonable o absurdo que éste llegase a ponerse.

Al principio de sus análisis, dichos pacientes sentían que la dificultad que tenían con sus padres estaba en primera línea cuando recuerdan las partes dolorosas de su infancia. Algunas veces sienten una necesidad de enfrentarse con sus padres en el presente y, si es posible, de obtener algún reconocimiento o disculpa con respecto a los acontecimientos del pasado. En este punto surge a la conciencia la parte desempeñada por sus madres.

Una paciente, profesional de treinta años, que había batallado con su padre durante toda su adolescencia, decía: “Nunca nada de lo que yo hacía era suficientemente bueno.

A sus ojos, estaba loca por hacer lo que hacía, o era demasiado incompetente para hacerlo (en cualquiera de los dos casos, me humillaba). Se burlaba de o que era importante para mí y en ocasiones destruyó cosas que yo apreciaba". En la actualidad quería algún reconocimiento de parte de su padre por sus logros (tenía un título universitario y ejercía una carrera). También quería hacerle saber lo dañina que había sido su conducta.

Un día, llamó a sus padres, que siempre estaban juntos. Como era habitual, estaban en dos extensiones telefónicas distintas (ni siquiera puede recordar haber podido hablar una sola vez con un sin que estuviera el otro). Ella le hizo algunos comentarios concretamente que tenía "algo importante" y que quería que le escuchase sin ser interrumpida. Detalló agravios sin incomodarse ni enfadarse. Él la sorprendió haciendo lo que le pedía: escucharla simplemente. No obstante, su madre reaccionó como si la hija le estuviera faltando al respeto: "¡No tienes derecho a hablar a tu padre de esta manera!". Cuando la madre intervino de este modo, proporcionó a su hija una comprensión interna del papel que había desempeñado siempre como madre.

Esta reacción era típicamente de Hera. Su lealtad estaba junto a su marido. ¿Cómo se atrevía una hija a enfrentarse a él? Él es Zeus, el soberano absoluto. ¿Cómo se atreve una hija a hacerle sentir mal? Él es muy vulnerable, como lo era el tembloroso pajarillo necesitado de calor y de la protección de Hera.

En la media edad

El que los años de la mitad de la vida sean plenamente enriquecedores depende de que la mujer Hera esté casada y de con quién lo esté. Éstos son los mejores años para las

mujeres Hera que forman parte de matrimonios estables con hombres que tienen cierto éxito y posición, y que aprecian a sus respectivas esposas. Por contraste, una mujer Hera soltera, divorciada o viuda se siente desgraciada.

Durante estos años, los matrimonios suelen padecer tensiones que una mujer Hera no suele manejar demasiado bien. Cuando su matrimonio tiene dificultades, una mujer Hera suele empeorar la situación con su posesividad y sus celos. Si, por primera vez en su vida de casada, llega a saber o sospechar la importancia que otra mujer tiene para su marido, puede surgir una actitud de venganza, en toda su fealdad, que nunca había visto antes, poniendo aún más en peligro el matrimonio que es tan fundamental para ella.

En la tercera edad

Para la mujer Hera que llegó a ser Hera, la perfecta, a partir de Hera, la doncella, convertirse en Hera, la viuda, constituye el periodo más difícil de su vida. Millones de mujeres que sobreviven a sus maridos se encuentran en esta posición. Al enviudar, las mujeres Hera no sólo pierden a sus maridos, sino que también pierden su papel de esposa, que le proporcionaba su sentido en la vida y su identidad. Se sienten insignificantes.

A la muerte de su marido, una mujer Hera que no haya desarrollado otros aspectos de sí misma, puede ir del duelo a la depresión crónica, a la deriva y solitaria. Esta relación es la consecuencia de sus precias actitudes y acciones limitadas. Una mujer Hera no suele estar especialmente cerca de sus hijos, por haber antepuesto siempre a su marido. No tiene buenos amigos, por haber llevado su vida social haciéndolo todo como parte de una pareja. Y, como se señaló previamente, puede encontrarse excluida de su

círculo social, lo mismo que ella, por su parte, tendía a excluir a las otras mujeres solteras.

La calidad de vida de una viuda Hera depende en esos momentos de la presencia de otras diosas y de la situación económica en que se la dejó. Algunas mujeres Hera nunca se recuperan de la pérdida de sus maridos.

Las mujeres Hera afortunadas entran en la vejez con sus maridos, celebrando juntos su aniversario de bodas de oro. Ellas se cuentan entre las mujeres bienaventuradas; han podido realizar el arquetipo particular que da significado a sus vidas.

Dificultades psicológicas

Hera constituye una influencia innegable en la vida de muchas mujeres, algunas diosas pueden ser menos enriquecedoras cuando se manifiestan positivamente en la vida, pero también son menos destructivas que Hera en sus aspectos negativos. Así pues, es especialmente importante para una mujer tipo Hera entender las dificultades que implica mantener el arquetipo, ya que Hera puede ser una fuerza irresistible.

La identificación con Hera

Para una mujer, vivir “como Hera” es lo mismo que identificarse con el papel de esposa, el que este papel proporcione sentido y satisfacción o acabe en dolor y cólera depende de la calidad del matrimonio y de la fidelidad del hombre.

Cuando su impulso queda sin respuesta, conseguir un hombre es la preocupación principal de Hera, y no tener pareja su principal fuente causa de pesar. Mientras busca a su compañero, suele estar implicada en los estudios o en el

trabajo, tiene amigos y va a sitios distintos; todo ello con la esperanza de encontrar un marido.

Una vez casada, una mujer Hera suele constreñir su vida y acomodarse a su rol y a los intereses de su marido. Si éste necesita su apoyo económico mientras acaba los estudios, será ella la que trabaje. Si él quiere una esposa a tiempo completo, ella dejará su empleo o no terminará sus estudios. Si ella también trabaja, está disponible para trasladarse si él quiere cambiar de lugar. Con frecuencia no conserva las amistades hechas antes del matrimonio y los intereses que tenía antes de encontrar a su marido.

Un hombre que se encuentra a una mujer Hera puede descubrir que después de la boda ella no es la mujer con la que se casó. Antes de que se limitara a sí misma para encajar en el papel de esposa, tenía intereses más amplios. Incluso la relación sexual prematrimonial era mucho mejor. En cambio en el aspecto sexual no es infrecuente y puede remontarse a la noche de bodas. Cuando una mujer Hera se casa puede que disminuya de manera espectacular la influencia de toas las demás diosas.

Las mujeres tipo Hera también florecen después del matrimonio. La novia radiante se convierte en la esposa feliz. Si su marido es un Zeus que la quiere, el matrimonio será el centro profundamente significativo de su vida. Aspectos de otras diosas pueden encontrar su expresión, aunque siempre de manera secundaria en relación a su papel de esposa.

El que una mujer Hera restrinja o no sus actividades después del matrimonio y limite su rol a ser Hera, depende de la fuerza del arquetipo, en lo bien que estuvieran desarrolladas otras facetas de su personalidad entes del matrimonio, y en el apoyo —o falta del mismo— que su marido le proporcione para evolucionar más allá de Hera. Los maridos posesivos y celosos, que esperan que sus

mujeres se amolden a sus exigencias, actúan de acuerdo con el arquetipo de Hera para reducir a una mujer a ser exclusivamente Hera.

Expectativas frustradas

Cuando una mujer se identifica con Hera, con frecuencia presupone que tanto ella como su marido serán transformados por el matrimonio, esperando inconscientemente que su marido se convierta en *Zeus Teleios*, o el Zeus que realiza. Después de la ceremonia, quizás esté profunda e irracionalmente decepcionada y sienta que él la engañó, como si le hubiera prometido implícitamente a ella algo que no cumplió. De hecho, no obstante, el culpable no era él, sino la expectativa arquetípica de *Zeus Teleios* que ella había proyectado en él.

Muchas mujeres Hera proyectan una imagen de un matrimonio idealizado en un hombre, y después se vuelven críticas y se enfadan cuando él no corresponde a las expectativas. Tales mujeres pueden volverse “arpías” (visión de Homero de la diosa Hera) cuando le instas a que cambie. Otro tipo de mujer puede ver al hombre con más claridad desde el principio, y tal vez no espere que el matrimonio le transforme, o quizá sea capaz de abandonarle.

Atrapada entre el arquetipo y la cultura

Las mujeres Hera pueden ser propulsadas al matrimonio e igualmente quedarse atrapadas en él, a causa de fuerzas arquetípicas que actúan al unísono. El arquetipo es apoyado por la mística femenina o “realización a través de los demás” que escribió Betty Friedan. Ambas fuerzas prometen implícitamente el final feliz de los cuentos de hadas “y vivieron para siempre felices”. Una vez casada, una mujer

Hera (más que ningún otro tipo de mujer) se siente unida en la dicha y en la adversidad. Cuando es “en la adversidad”, el arquetipo Hera, frecuentemente con el apoyo de la cultura, se opone a que salga de un mal matrimonio. Las creencias religiosas y las esperanzas de la familia pueden “conspirar” para mantener a una mujer atada a un alcohólico o a alguien que golpea a su esposa.

Oprimida u opresora

Dadas las consecuencias de identificarse con Hera, es claro que este arquetipo puede oprimir a las mujeres. Una mujer Hera no casada puede sentir que está incompleta y que es un fracaso, o puede ser impulsada hacia un mal matrimonio. Una mujer casada tal vez sea incapaz de abandonar un mal matrimonio y se ve negativamente afectada. Quizá se convierta en una mujer criticona e insatisfecha que se siente amargada cuando su marido la defrauda al no vivir conforme a las expectativas de Hera. O quizá se convierta en una esposa colérica y celosa si su marido es infiel o si imagina que lo es. O tal vez no pueda salir de un matrimonio que es excesivamente dañino para ella.

La diosa Hera sufrió más que ninguna otra diosa, exceptuando a Deméter (cuyo sufrimiento fue de diferente clase). Pero ella también persiguió a otras personas para vengarse, siendo así la más destructiva de todas las diosas. Tal como se manifiesta por las mujeres de hoy en día, la actitud opresora varía desde tener una actitud crítica hacia los demás hasta comportarse de una manera abiertamente destructiva.

Las mujeres Hera juzgan a las demás mujeres y las castigan —habitualmente excluyéndolas y condenándolas al ostracismo junto a sus hijos— por no adaptarse a las pautas

de Hera. Tales mujeres son los árbitros sociales. Son especialmente contrarias a Afrodita. Siempre que pueden, excluyen a las mujeres atractivas y sensuales alrededor e las que se juntan los hombres, a las mujeres divorciadas, y a las solteras que mantienen relaciones sexuales; ya que todas ellas pueden resultar atractivas para sus parejas, convirtiéndose por lo tanto en una amenaza potencial. Pero su actitud crítica también abarca a las mujeres que no constituyen una amenaza personal; por ejemplo, mantienen una actitud más crítica que de simpatía hacia las madres solteras y hacia las víctimas de la violación. Para Hera, el único papel realmente aceptable es el de esposa de un hombre con éxito.

Mucho después de que yo empezase a considerarme feminista, descubrí dentro de mí un patrón inconsciente tipo Hera de desvalorizar a otras mujeres cuando estaba asistiendo a un acto social con mi marido. El “clic” de reconocimiento vino cuando me di cuenta de que buscaba la compañía de parejas cuando asistía a reuniones con él, evitando “mujeres sin compromiso”, cuya compañía disfrutaba mucho cuando estaba sola. Cuando observé este patrón concreto de Hera, me avergoncé de mi comportamiento nada feminista. Al mismo tiempo me hice más humilde al caer en cuenta de que previamente me sentía superior a las mujeres Hera, cuando un aspecto negativo de Hera también era, de hecho, una parte de mí. Después de este descubrimiento, amplié mi campo de elección respecto a con quien estar. Y después descubrí que yo tenía algo en común con “la señora de su marido” a la que siempre había despreciado; también perdí una actitud crítica de la que me desembaracé.

El síndrome de Medea

El término “síndrome de Medea” describe acertadamente a la mujer vengativa de Hera que se siente traicionada y rechazada y que llega a actitudes extremas para vengarse. El mito de Medea es una metáfora que describe la capacidad de la mujer Hera para poner su compromiso con un hombre por delante de cualquier otra cosa, y su capacidad para la venganza cuando descubre que su compromiso carece de valor a los ojos de él.

En la mitología griega. Medea fue la mujer mortal que mató a sus propios hijos para vengarse de su hombre por haberla abandonado. Constituye “un caso clínico” de una mujer que fue poseída por el aspecto destructivo de Hera.

Medea era la hija-sacerdotisa del rey de Cólquida. El vellocino de oro, que Jasón y los argonautas pretendían tomar pertenecía a este reino. Jasón necesitaba ayuda para apoderarse de él, ya que el vellocino estaba muy bien custodiado. Hera y Atenea, sus patrones de diosas, prevalecieron sobre Afrodita para hacer que Medea se enamorara de Jasón y le ayudara a robar el vellocino de oro. Jasón rogó a Medea que le ayudase, prometiéndole casarse con ella y jurando permanecer con ella “hasta que el hado de la muerte nos envuelva”. Así pues, por su pasión y lealtad hacia Jasón, Medea le ayudó a robar el vellocino. Al hacerlo, traicionó a su padre y a su país, y causó la muerte de su hermano.

Jasón y Medea se establecieron en Corinto y tuvieron dos hijos. Como extranjera, la posición de Medea era similar a la de una unión consensual. El oportunista Jasón aprovechó la ocasión para casarse con Creúsa, hija de Creón, rey de Corinto. Como condición para el matrimonio, Jasón aceptó que Medea y sus hijos fuesen desterrados.

Herida por la perfidia de Jasón y humillada por ver reducidos a nada sus sacrificios y los crímenes cometidos en su nombre, Medea adoptó una actitud homicida. En primer

lugar, regaló a su rival un vestido envenenado. Cuando Creúsa se lo puso, el efecto fue como su se hubiera puesto un manto de napalm, que quemó y destruyó su carne. A continuación Medea se encontró en conflicto entre el amor por sus hijos y su deseo de venganza. La furia y el orgullo, y para vengarse de Jasón mató a sus hijos.

Medea se comportó de una manera monstruosa, aunque fue claramente víctima de su irresistible amor por Jasón. Mientras que algunas mujeres pueden deprimirse o incluso tener tendencias suicidas después de haber sido rechazadas y desdeñadas, Medea conspiró de manera activa y llevó a cabo su venganza. Su relación con Jasón era el centro de su vida. Todo lo que hacía era el resultado de amarle o perderle. Medea estaba obsesionada, poseída y enloquecida por la necesidad de ser la compañera de Jasón. Su patología de la intensidad del instinto de Hera y de haber sido engañada.

Aunque, por suerte, son raras las repeticiones literales del mito de Medea, en un nivel metafórico son muy comunes. Cuando una mujer se une a un hombre mediante la doble intervención de Hera y de Afrodita, como le sucedió a Medea, su instinto de emparejarse por él la fuerzan a poner la relación por encima de cualquier otra cosa. Dejará su familia, traicionará sus valores, y “matará” los lazos familiares si es necesario. Al igual que Medea, muchas mujeres creen en las promesas maritales de devoción eterna y hacen enormes sacrificios por su hombre, sólo para ser después utilizadas y abandonadas por ambiciosos Jasones sin escrúpulos.

Cuando una pareja vive el drama de Medea y de Jasón, puede que ella no queme ni desgarre literalmente a la otra mujer por la que él la abandona, pero frecuentemente tiene fantasías o hace intentos emocionalmente equivalentes. Por ejemplo, “Medea” tal vez intente destruir la reputación de la

otra mujer con mentiras o incluso intentando literalmente hacerle daño.

Y si —de nuevo igualando el mito de Medea y Jasón— su deseo de venganza es mayor que su amor por sus propios hijos y por lo que es mejor para ellos, tal vez intente destruir la relación de éstos con él. Puede que se lleve lejos a sus hijos para que él no los pueda ver. O quizá sus visitas a los niños en acontecimientos tan traumáticos que él abandone sus esfuerzos de permanecer en relación con ellos.

Hay que señalar que, fiel a Hera en su aspecto más destructivo, Medea no dio muerte a Jasón. De la misma manera, la Hera hostil y rechazada suele hacer daño a otros, en vez de perjudicar al hombre que la dejó. Especialmente hace daño a los hijos.

Vías de desarrollo personal

Reconocer la influencia de Hera y entender sus susceptibilidades es el primer paso para trascenderla. Muchas mujeres pueden considerar sus relaciones pasadas y darse cuenta retrospectivamente de que estaban demasiado deseosas de casarse. Si “Hera” hubiera prevalecido y si hubiera tenido la oportunidad, tales mujeres se habrían casado con su amigo más estable de la universidad o con el que tuvieron una aventura de verano o, lo que es igual, con cualquier hombre que no conocieran muy bien.

Cuando una mujer está bojo la influencia de Hera, es probable que se case con el primer hombre respetable que se lo pida, o con cualquier hombre disponible con el que salga, sin detenerse a considerar qué es lo que sería mejor para ella. Haría bien en resistirse al matrimonio hasta que conociera bastante a su marido. ¿Qué clase de carácter tiene? ¿Qué grado de madurez emocional posee? ¿Hasta que punto está dispuesto a establecerse? ¿Es importante la

fidelidad para él? ¿Cómo se siente consigo mismo como persona? ¿Hasta qué punto son compatibles los dos? Responder a estas preguntas con honradez es algo esencial para la felicidad futura de una mujer Hera. Una vez casada, dependerá del carácter del hombre con el que secase y de su capacidad de amor por ella. Él decidirá qué clase de persona tiene que ser ella; una Hera realizada, colérica o desilusionada.

Evolucionar más allá de Hera

Aunque un buen matrimonio es lo que da más sentido a la vida de una mujer Hera, limitarse a ser una esposa significa que tal vez esté limitando su desarrollo personal y la capacidad de adaptarse si la muerte o el divorcio acaban con este rol. De manera inconsciente puede que se someta a que sea su marido quien elija sus amigos y actividades, y que le permita a él decidir cómo debe pasar su vida. Sin embargo, también puede volverse consciente de su patrón de comportamiento, y darse cuenta de que ha descuidado otras facetas de sí misma que pueden enriquecer su propia vida y su matrimonio.

En un matrimonio tradicional, el marido y la mujer son mitades de un todo; cada uno cumple un papel culturalmente determinado. Esta especialización de tareas no estimula a la totalidad dentro de cada persona. Todo lo que la cultura considera “masculino” no está desarrollado en la mujer. Una mujer Hera cae fácilmente en este patrón. Puede que incluso se enorgullezca de manera perversa de no saber nada de automóviles o de números, o de no saber cómo tratar con gente en el mundo de los negocios porque su marido lleva a cabo todas estas tareas por ambos. Así, si se le permite, Hera también restringe las competencias de una mujer. Pero una mujer también puede detenerse y

empezar a reflexionar sobre el patrón que rige su matrimonio. Puede darse cuenta de que ella está moldeada para un papel que, en el mejor de los casos, la limita y, en el peor, la destruye. Esta toma de conciencia es el primer paso que le posibilita resistir a Hera e ir más allá de este patrón único. Una mujer Hera debe alinearse consciente y repetidamente con otras diosas que le permitan desarrollarse más allá del papel de esposa.

El matrimonio como experiencia de crecimiento personal

Una mujer Hera insegura es altamente susceptible a los celos. Con muy poca provocación, sospecha infidelidad y se siente desvalorizada y humillada en público por la falta de atención de su marido. Si sus reacciones no están justificadas, le vuelve distante con sus acusaciones, o bien intenta hacerle más sensible al efecto que él le produce. Y el matrimonio se deteriora, confirmando sus temores, o bien ambos, marido y mujer, evolucionan cada vez más unidos.

Por ejemplo, su marido puede aprender a responder con la compasión a su necesidad de saber dónde está, en lugar de responder con resentimiento y reteniendo información. Si puede responder de esta manera, aumentará la confianza de ella. Un marido de este tipo decía: “Ahora le digo cuándo puede esperarme y, si hay cambio de planes, le telefoneo en lugar de dejarle a la merced del demonio de los celos que atormentan su imaginación”. La mujer Hera debe decidir una y otra vez en quién confiar: en esa Hera llena de sospechas que está dentro de ella o en su marido. Para crecer personalmente debe resistirse a Hera y otorgar confianza a su marido respecto a su apoyo y fidelidad.

Transformar la rabia y el dolor en obras creativas: la solución de Hefestos

Cuando una mujer Hera forma parte de un mal matrimonio o debe luchar para liberarse de ser la Hera vengativa y elegida como víctima, el mito de Hera, Hefestos, dios de la forja, sugiere una solución. Él simboliza una fuerza potencial interna que la misma diosa rechazaba, pero que todavía está disponible para las mujeres Hera. (Hera favoreció a su hijo Ares, dios de la guerra. "De tal madre, tal hijo: la furia incontrolada de Ares en el campo de batalla reflejaba la actitud vengativa y fuera de control de Hera).

Hefestos —conocido como Vulcano por los romanos— tenía su forja dentro de un volcán. Simbólicamente, él representa la posibilidad de que la furia del volcán puede ser contenida y transmutada en energía para elaborar armaduras y obras de arte.

Una Hera rechazada y enfadada puede escoger entre consumirse por su propia rabia o contener sus impulsos hostiles y reflejarlos en sus posibles elecciones. Si es capaz de ver cómo se está paralizando y limitando por su propia rabia y sus celos, puede canalizar su enfado en el trabajo. Podría literalmente seguir el ejemplo de Hefestos (cuya esposa Afrodita le fue repetidamente infiel) y convertirse en artesana. Podría trabajar con arcilla, cociendo en el horno lo que haga, y en ese mismo proceso quedar transformada, metafóricamente transformada por el fuego de sus emociones en una artesana, en lugar de consumirse o ser destruida. O podría canalizar la intensidad de sus sentimientos pintado o escribiendo. El trabajo de cualquier tipo, mental o Manuel, puede servir como instrumento para sublimizar la rabia. Y la sublimación es mucho más sana que permitir que la rabia se alimente a sí misma y la destruya.

Afirmar la posibilidad de reconciliación: realidad contra el mito

Una mujer Hera necesita saber que, una vez que su hombre la ha abandonado, tendrá dificultad en creer en esta pérdida. En una situación así, tiene dificultades en aceptar la realidad y probablemente crea en un final mítico: que él, como Zeus, la echará en falta y volverá. Una mujer Hera no puede permitirse desechar la evidencia; tienen que aceptar la realidad en lugar de negarla. Solamente cuando deja de esperar una eventual reconciliación, puede empezar el duelo, empezar a recuperarse y continuar con su vida.

Muchas mujeres Hera esperan que un marido que se ha ido con otra mujer pueda regresar. En uno de los mitos de Hera, esta reconciliación sí sucede, pero sólo después de que ella sea capaz de dejar a Zeus. En el mito, como se señaló anteriormente, Zeus, acudió a su retiro de montaña y participó en una ceremonia de boda con una estatua disfrazada como mujer. A Hera le divirtió esta escena y a continuación se dio la reconciliación.

Aquí están presentes varios elementos psicológicos importantes. Ante todo, para reconciliarse, Hera renunció más que Zeus. También abandonó sus esperanzas de que él pudiera cambiar, y dejo el papel de la Hera escogida como víctima y vengativa. A su vez, Zeus descubrió que Hera era verdaderamente importante para él y le hizo llegar este mensaje. Tal vez, sólo después de todo esto, pudo Hera divertirse, porque finalmente reconoció que ninguna otra mujer le había importando verdaderamente durante toda la relación conyugal. Cada una de sus aventuras sentimentales (como la de la estatua) había sido un símbolo para él, más que una relación importante.

La vida imita a veces este final feliz, pero no habitualmente. Una mujer que compruebe que la separación no ha cambiado el corazón de su esposo, que no ha regresado, sino que, por el contrario, está implicado obvia y profundamente con cualquier otra, o que se siente aliviado de haberse alejado de ella. Entonces, ella tiene que hacer frente a la realidad. Sólo entonces puede llorar la pérdida y continuar con su vida.

Reciclarse a sí misma

La posibilidad de completar un círculo y empezar de nuevo es intrínseca a la mitología de Hera. Como señalé anteriormente, en el ciclo anual de culto, la diosa fue Hera la doncella en primavera, Hera la realizada en verano y en otoño, y Hera la viuda, cada invierno. Cada primavera se la retornaba a la virginidad, y el círculo comenzaba de nuevo. Mediante la comprensión de esta posibilidad arquetípica, una mujer Hera que forma parte de un mal matrimonio puede "enviudar" emocionalmente abandonando una relación que sólo le proporciona vacío, malos tratos o infidelidad. Puede entonces empezar de nuevo y escoger esta vez con sensatez. En un nuevo matrimonio, su impulso de ser esposa puede satisfacerse de una manera positiva.

El ciclo también puede vivirse como una experiencia interna si una mujer abandona la necesidad de ser esposa o la esperanza de realizarse mediante el papel de esposa. Una abuela viuda, por ejemplo, soñó que había empezado a tener menstruaciones de nuevo —diez años después de su menopausia— y se dio cuenta de que el sueño constituía una afirmación simbólica exacta. Sintiéndose completa y en el umbral de una nueva fase de su vida, era psicológicamente la doncella una vez más.

9 – DEMÉTER: DIOSA DE LAS COSECHAS, NUTRIDORA Y MADRE

Deméter, la diosa

Deméter, diosa de las cosechas, presidía las recolecciones abundantes. Los romanos la conocieron como Ceres (de donde proviene nuestra palabra *cereal*). Se la describe en el *Himno a Deméter* de Homero, como "esa sobrecogedora diosa, de hermoso cabello… con su espada de oro"[1] (probable licencia poética para representar una espiga de trigo maduro, que era su principal símbolo). Se la representaba como una bella mujer de cabello dorado y vestida con una túnica azul, o (más frecuentemente en esculturas) como una matrona sentada.

Parte del nombre de Deméter, meter, parece significar "madre", pero no está completamente claro a qué se refiere el "de", o previamente el "da". Se la veneraba como a una diosa madre, concretamente como madre de las cosechas, y madre de la doncella Perséfone (la romana Proserpina).

La vida de Deméter comenzó de la misma triste manera que la de Hera. Fue la segunda hija de Rea y de Cronos, y la segunda en ser tragada por éste. Deméter fue la cuarta consorte real de Zeus (Júpiter), que también era hermano suyo.

Precedió a Hera, que fe la número siete y la última de las hermanas. De su unión con Zeus la única hija tenida con él, Perséfone, a la que Deméter estuvo asociada e el mito y en el culto.

La historia de Deméter y de Perséfone —bellamente contada en el largo Himno a Deméter de Homero— se centra en la respuesta de Deméter al rapto de Perséfone por el hermano de aquélla, Hades, dios del mundo subterráneo. Este se convirtió en la base de los misterios eleusinos, que durante más de dos mil años fueron los rituales más sagrados e importantes de la antigua Grecia[2]. Este culto terminó en el siglo V a de C., con la destrucción del santuarios de Eleusis por los invasores godos.

El rapto de Perséfone

Perséfone estaba cogiendo flores en un prado con sus compañeras, cuando fue atraída por un narciso asombrosamente bello. Al acercase para cogerlo, el suelo se abrió ante ella. De las profundidades de la tierra emergió Hades en su carro de oro tirado por caballos negros, y la arrebató y se sumergió en el abismo con la misma rapidez con la que había llegado. Perséfone se debatió y gritó pidiendo ayuda a Zeus, pero nadie le ayudó.

Deméter escuchó los ecos de los gritos de Perséfone y salió corriendo en su ayuda. Buscó durante nueve días y nueve noches a su hija raptada, por toda la tierra y por todos los mares. No se detuvo ni en un instante para comer o para lavarse durante toda su frenética búsqueda.

(Otro mito añade que, cuando Deméter estaba buscando infructuosamente a su hija raptada, fue vista y deseada por Poseidón [Neptuno], dios del mar, que se lanzó en su persecución. Ella intentó evitarle transformándose en una yegua y mezclándose con una manada de caballos.

Poseidón, que no cayó en el engaño, se convirtió en un caballo semental, la encontró en medio de la manada y la violó).

Al atardecer del décimo día, Deméter encontró a Hécate, diosa de la luna oscura y de las encrucijadas, que le sugirió acudir juntas a Helios, hijos del sol (una deidad de la naturaleza que compartía este título con Apolo). Helios les informó que era Hades quien había raptado a Perséfone y de que la había llevado al mundo subterráneo para ser su novia por fuerza. Además, añadió que el rapto y la violación de Perséfone habían sido castigados por Zeus. Pidió a Deméter que dejase de llorar y aceptase lo que había sucedido; al fin y al cabo, Hades "no era un yerno tan insignificante".

Deméter rechazó este consejo. Se sentía ultrajada y traicionada por Zeus, y también afligida. Se marchó del monte Olimpo, disfrazada de vieja, y vagó de incógnito por ciudades y campos. Un día llego a Eleusis, se sentó junto al pozo, donde fue encontrada por las hijas de Celeo, rey de esa ciudad. Algo de su porte y de su belleza las había atraído hacia ella. Cuando Deméter les dijo que estaba buscando trabajo como niñera, la llevaron a su casa ante su madre Metanira, ya que tenían un hermano recién nacido, al que querían mucho, llamado Demofoonte.

Bajo los cuidados de Deméter, Demofoonte creció como un dios. Le alimentó con *ambrosia* (el manjar de los dioses), y en secreto lo mantuvo en un fuego que le habría hecho inmortal, si no hubiera sido por la interrupción de Metanira que empezó a gritar temiendo por la vida de su hijo. Deméter reaccionó con furia, regañó a Metanira por su estupidez y le reveló su verdadera identidad. Al manifestar que era Deméter, la diosa cambió de tamaño y forma, revelando su belleza divina. Sus cabellos dorados cayeron sobre sus hombros, su fragancia y su resplandor llenaron la casa de luz.

Deméter ordenó entonces que se construyera un templo para ella. En él se instaló, se sentó sola con su pesar producido por la ausencia de su hija raptada, y se negó a cumplir sus funciones. Como consecuencia, nada podía nacer ni crecer. La hambruna amenazaba con extinguir la raza humana, privando a los dioses y diosas del Olimpo de sus ofrendas y sacrificios.

Al final, Zeus se dio por enterado. Primero envió a su mensajera Iris a implorar a Deméter que volviese. Después como Deméter permanecía inamovible, cada deidad el Olimpo acudió, a su vez, llevándole regalos y presentándole honores. Furiosa, Deméter hizo saber a cada una de ellas que no pondría el pie en el monte Olimpo ni permitiría que nada creciera hasta que Perséfone le fuera devuelta.

Por último, Zeus respondió. Envió a Hermes, el dios mensajero, a Hades, ordenándole que devolviera a Perséfone, para que “su madre, al verla con sus propios ojos, abandonara su cólera”. Hermes bajó al mundo subterráneo y encontró a Hades sentado en un diván junto a una Perséfone deprimida.

Al escuchar que era libre para irse, Perséfone se regocijó y saltó llena de alegría para acompañar a Hermes. Pero antes, Hades le dio algunos granos de granada, que ella comió.

Hermes tomó prestado el carro de Hades para llevar a Perséfone a su hogar. Los caballos volaron veloces desde el mundo subterráneo al mundo superior, deteniéndose frente al templo en el que Deméter estaba esperando. Cuando ésta les vio, Deméter acudió corriendo, con los brazos extendidos para abrazar a su hija, que a su vez se lanzó con igual alegría a los brazos de su madre. Entonces, Deméter le preguntó ansiosamente si había comido algo en el mundo subterráneo. Si no había comido nada, Perséfone le había sido devuelta íntegramente. Pero, como había comido los

granos de la granada, debería pasar dos tercios del año con Deméter y los restantes meses en el mundo subterráneo con Hades.

Una vez madre e hija juntas, Deméter devolvió la fertilidad y el crecimiento a la tierra. Después proporcionó los misterios eleusinos. Éstos eran ceremonias religiosas sobrecogedoras, que se prohibía revelar a los no iniciados. Mediante dichos misterios, las personas obtenían una razón para vivir con alegría y morir sin miedo a la muerte.

Deméter, el arquetipo

Deméter es el arquetipo de la madre. Representa el instinto maternal, realizado a través del embarazo o mediante el suministro de alimento físico, psicológico o espiritual a los demás. Este poderoso arquetipo puede dictar el curso que tome la vida de una mujer, tener un impacto significativo sobre las demás personas de su vida o predisponerla hacia la depresión si lo rechaza o se frustra su necesidad de nutrir.

La madre

El arquetipo de la madre estaba representado en el monte Olimpo por Deméter, cuyos papeles más importantes eran el de ser madre (de Perséfone) y proveedora de alimentos (como diosa de las cosechas) y sustento espiritual (los misterios de Eleusis). Aunque otras diosas también eran madres (como Hera y Afrodita), su hija fue la relación más significativa de Deméter. También era la más nutridora de todas las diosas.

Una mujer que posea un fuerte arquetipo de Deméter anhela ser madre. Una vez que es madre que ésa es una función que la llena. Cuando Deméter es el arquetipo más

fuerte en la psique de una mujer, ser madre es el rol y la función más importante de su vida. La imagen de la madre y el hijo —normalmente representado en Occidente como la *Virgen* y el Niño— corresponde a una imagen interna que la conmueve profundamente.

El arquetipo de la madre motiva a las mujeres a nutrir a los demás, a ser generosa y a dar, satisfacción como cuidadoras y proveedoras. Así, el aspecto nutridor del arquetipo de Deméter puede expresarse a través de las profesiones de ayuda —docentes, cuidados preescolares, consejeras o cualquier empleo en el que ayudar a los demás es parte de la función—, y en cualquier relación en la que puede ser una persona nutridota. El arquetipo no está restringido a ser madre.

El instinto maternal

En el aspecto biológico, Deméter representa el instinto maternal —el deseo de quedarse embarazada y de tener un bebé— que algunas mujeres han anhelado realizar desde siempre.

El arquetipo es una fuerza irresistible para quedarse embarazada. Una mujer puede ser muy consciente de lo fuerte que es el instinto y tal vez decida cuándo quiere realizar este profundo deseo. Pero si está inconscientemente motivada por Deméter, quizá se encuentre embarazada “por accidente”.

Lo que sucede cuando descubre un embarazo no planificado hasta que punto es poderoso este arquetipo en una mujer concreta. Cuando es claramente el aborto el resultado más sensato o responsable, una mujer no-Deméter puede decidir abortar y a continuación sentirse aliviada. Y a partir de este punto tendrá mucho cuidado en no quedarse de nuevo embarazada accidentalmente. Por el contrario,

cuando Deméter ejerce una gran influencia, y aunque tal vez sea el aborto lo que más convenga a esa mujer, ésta es incapaz de llevarlo a cabo. El aborto va en contra de un profundo imperativo interno de tener un hijo. Como consecuencia, puede que tenga al hijo en lugar de abortar, alterando así todo el curso de su vida.

Si decide abortar, sentirá agitación y un conflicto interno, durante y después del proceso de decisión y el proceso de llevarlo a cabo. Sentirá pesadumbre en lugar de alivio, o una mezcla de ambos sentimientos. Finalmente, puede pensarse que, después de haber atravesado por tanta infelicidad, este tipo de mujer se asegurará de que no le sucede otra vez. Pero con frecuencia también sucede lo contrario: pasa por ciclos de embarazo, agitación, aborto, depresión, porque el impulso de estar embarazada, una vez frustrado, se vuelve todavía más fuerte.

El instinto maternal de Deméter no se limita a ser madre biológica o a alimentar exclusivamente a sus propios hijos. Ser una madre pos sustitución, o una "niñera por horas", permite a muchas mujeres continuar expresando su amor materno cuando sus propios hijos se han hecho mayores o se han ido de casa. La misma diosa ejerció este papel con Demofoonte. Emilie Applegate, una mujer de San Diego que ha recibido un especial reconocimiento como madre adoptiva, personifica este aspecto de Deméter[3]. Cuida de bebés mexicanos que están tan mal alimentados o enfermos que peligra su supervivencia, llevándolos a su casa, donde se vuelven parte de su propia familia, integrada por tres hijos y una hija adoptada. Se la conoce como una "segunda mamá". Applegate —al igual que la famosa DeBolts, que ha adoptado niños disminuidos de muchas razas— rebosa de instinto maternal y de una capacidad de nutrir y apoyar el crecimiento, ambas cualidades típicas de Deméter.

Proveedora de alimento

Alimentar a los demás constituye otra satisfacción para una mujer Deméter. Encuentra enormemente satisfactorio nutrir a su propia/o hija/o. le agrada preparar grandes comidas para la familia y los invitados. Goza con su comida, disfruta de la calidez de sentirse como una diosa madre (más que como un “chef gourmet”, como podría ser el caso de Atenea). Si trabaja en un oficina, disfruta sirviendo café a los demás (en marcado contraste con una mujer Artemisa, que se siente desvalorizada y se niega a hacerlo, a menos que los hombres se turnen en estas labores).

Deméter, como diosa de las cosechas, proporcionó a la humanidad la capacidad del cultivar y era responsable de la abundancia de frutos de la naturaleza. De la misma manera, las mujeres que se apartan al campo para cultivar sus propios alimentos, cocer el pan, envasar frutas y compartir su abundancia con los demás, están expresando el aspecto de Madre Naturaleza de Deméter.

Madre persistente

La persistencia maternal es otro de los atributos de Deméter. Tales madres se niegan a ceder cuando está en juego el bienestar de sus hijos. Muchas clases de educación especial para niños disminuidos existen porque una madre Deméter ha luchado previamente por lo que su hijo necesitaba. Y las madres argentinas de hijos e hijas desaparecidos son como Deméter en su perseverancia. Llamadas *Madres de la plaza de Mayo*, se negaban a rendirse ante la pérdida de sus hijas/os y continuaban protestando contra la dictadura, aunque era peligroso hacerlo. Obstinación, paciencia y perseverancia son

cualidades de Deméter que —como tristemente descubrió Zeus— pueden influir a un hombre o a instituciones poderosas.

Madre generosa

Según su mitología, Deméter era la madre más generosa. Donó a la humanidad la agricultura y las cosechas, ayudo a criar a Demofoonte (y le habría hecho inmortal) e instituyo los misterios de Eleusis. Estas expresiones de abundancia se encuentran en mujeres Deméter. Algunas proporcionan de manera natural alimentos tangibles y cuidados físicos, algunas otras ofrecen apoyo emocional y psicológico, mientras que otras dan alimento espiritual. Muchas mujeres que han sido líderes espirituales famosas han tenido cualidades de Deméter y han sido consideradas por sus seguidoras/es como figuras maternales; la santa ganadora del premio Nóbel de la Paz, madre Teresa de Calcuta; Mary Baker Hedí, que fundó la religión de la Ciencia Cristiana; la mujer conocida simplemente como “Madre”, líder espiritual de *ashram* de Aurobindo en la India.

Estos tres niveles de dar igualan lo que las mujeres Deméter dan a sus propios hijos. Primero, los hijos dependen de sus madres para cuidar de sus necesidades físicas. Después se vuelven hacia sus madres en búsqueda de apoyo emocional y de comprensión. Y, por último, puede que busquen en sus madres sabiduría espiritual, a medida que se enfrentan a engaños o penas, para encontrar algún sentido en la vida.

La madre afligida: susceptibilidad de deprimirse

Cuando el arquetipo de Deméter constituye una fuerza poderosa, y una mujer no puede realizarlo, tal vez padezca la característica depresión del “hueco dejado por el nido vacío”. Una mujer que anhela tener un hijo puede ser estéril, o tal vez el hijo muera abandona el hogar. O tal vez se termine su trabajo como madre sustitutiva e eche de menos a sus clientes o estudiantes. Entonces, más que encolerizarse o dirigirse de manera activa contra las personas que considera responsables (que es la manera de reaccionar de Hera), la mujer tipo Deméter tiende a hundirse en la depresión. Se aflige y siente su vida carente de sentido y vacía.

La doctora Pauline Bart, profesora de Sociología en la universidad de Illinois, escribió un artículo sobre las mujeres Deméter deprimidas titulado *Mother Portnoy’s Complaint*[4]. Bart estudió los casos de más de quinientas mujeres que habían sido hospitalizadas por primera vez entre los cuarenta y los cincuenta y nueve años. Descubrió que las más deprimidas eran las madres extremadamente generosas y muy implicadas que perdían su papel de madre.

Antes de su enfermedad, estas mujeres eran “superpadres” con un largo historial de sacrificios. Algunas frases de estas mujeres deprimidas revelaban su implicación emocional en proporcionar cosas para los demás y el vacío que sentían cuando sus hijos de iban. Una mujer decía: “Naturalmente, como madre, odias que tu hija deje el hogar. Quiero decir que se producía en él un gran vacío”. Otra comentaba: “Yo era una mujer muy enérgica. Tenía una gran casa y tenía mi familia. Mi hija se enorgullecía de que yo hubiera hecho diez cursos en lugar de ocho”. Preguntadas de qué se sentían más orgullosas, todas estas mujeres respondían: “De mis hijos”. Ninguna mencionaba cualquier otro logro propio. Cuando perdían sus roles de madres. La vida perdía sentido para ellas.

Cuando una mujer se deprime entre los cincuenta y sesenta años, se enfada porque sus hijos adultos están emocional y físicamente distantes; se convierten en una Deméter afligida. Está obsesionada con su sentimiento de pérdida y limita sus intereses. Su crecimiento psicológico se detiene: “Poseída” por el aspecto doliente del arquetipo de Deméter, es prácticamente indistinguible de otras mujeres que sufren igualmente. Tales pacientes deprimidas muestran síntomas que son muy similares: sus expresiones faciales deprimidas; la manera de sentarse, de mantenerse en pie, de caminar y de mirar; la manera como expresan el dolor y hacen que los demás se sientan a la defensiva, culpables, enfadados o impotentes.

La madre destructiva

Cuando la Deméter afligida dejó de funcionar, nada creció, y la hambruna amenazó con destruir a la humanidad. Igualmente, el aspecto destructivo de Deméter se expresa reteniendo lo que otros necesitan (por contraste con Hera y Artemisa, que son activamente destructivas en su cólera). Una nueva madre gravemente deprimida y que no funciona puede ser una peligro para la vida de su recién nacido; el personal de la sala de emergencia o un pediatra podrían diagnosticar “falta de impulso”. El bebé no ha ganado peso, está apático y, tal vez, aparentemente demacrado. La falta de impulso se produce cuando una madre retiene el contacto físico y emocional con su recién nacido, así como el alimento que necesita.

Las madres que se niegan a hablar sus pequeños durante días, o incluso largos periodos de tiempo, o que aíslan a sus bebés, les infligen un daño psicológico con esta forma de retención. Tales madres suelen estar gravemente deprimidas y presentan síntomas de hostilidad.

Mucho más frecuentes que estas dos formas extremas de retención son las madres tipo Deméter que retienen la aprobación cuando crecen sus hijos y se van independizando de ellas. Mientras que la depresión de la madre es menos evidente en estas circunstancias, retener la aprobación (que in niño o niña necesitan para su autoestima) también está conectado con la depresión. Ella vive la autonomía del hijo/a que va creciendo como una pérdida propia. Se siente menos necesitada y rechazada, y como resultado puede estar deprimida y enfadada.

El cultivo de Deméter

Sin darse cuenta de ello, las mujeres están cultivando a Deméter e invitando al arquetipo a hacerse más activo cuando consideran seriamente si tener un hijo o no. Mientras se deciden, se fijan en las mujeres embarazadas (que parecían invisibles previamente, y que ahora parecen estar omnipresentes), se fijan en los bebés, salen al encuentro de gente con niños y prestan atención a estos últimos (todas estas actividades son lo que las mujeres Deméter hacen de manera natural). Las mujeres cultivan a Deméter imaginándose a sí mismas embarazadas y teniendo niños. Cuando se fijan en mujeres embarazadas, tienen niños en sus brazos y prestan a éstos toda su atención, el arquetipo puede ser evocado en ellas. Pueden producirse esfuerzos para comprobar la fuerza del instinto maternal si e arquetipo es fácilmente evocable, pero no en otro caso.

Una mujer puede buscar cambiar sus mecanismos y ser más maternal hacia un niño concreto, o puede pretender ser querida por un niño en particular, el niño saca (o hace cristalizar) el arquetipo en una mujer. Motivada por sus sentimientos por el hijo, se esforzará por ser más paciente o ser más perseverante en beneficio de éste. A medida que

resulte ser más maternal y trabaja por serlo, el arquetipo de Deméter crece dentro de ella.

Deméter, la mujer

Una mujer Deméter es sobre todo y ante todo maternal. En sus relaciones es nutridota y protectora, útil y generosa. Suele ser una Señora de la Abundancia, proporcionando todo lo que se necesita: sopa de pollo, un abrazo de apoyo, dinero para sacar a flote a un amigo, una invitación permanente para "volver a casa con la madre".

Una mujer Deméter tiene frecuentemente el aura de la Tierra Madre. Es sólida y eficaz. Los demás la describen como alguien que "tiene los pies en el suelo", puesto que va haciendo lo que ha de hacerse con una mezcla de calidez y de sentido práctico. Suele ser generosa, directa, altruista y leal a personas y principios, hasta el punto de que algunos pueden considerarla obstinada. Posee fuertes convicciones y es difícil hacerle cambiar de opinión cuando algo o alguien es importante para ella está involucrado.

La joven Deméter

Algunas niñas pequeñas son claramente Deméter en ciernes, "pequeñas madres" que mecen muñecas-bebés, en sus brazos (la pequeña Hera prefiere Barbie y Ken, y las pequeñas Atenea tal vez tengan una colección de muñecas históricas en una urna de cristal). A la joven Deméter también le gusta tener en los brazos bebés de verdad, y a los nueve o diez años está deseosa de cuidar a los bebés de los vecinos.

Los padres

La relación de las mujeres Deméter tienen con sus padres pueden entenderse mejor si consideramos primero la relación que la diosa Deméter tuvo con los suyos. Deméter, la diosa, era hija de Rea y nieta de Gea. Gea era la Madre Tierra primordial de la que provenía toda la vida, incluido el dios del cielo, Urano, que se convirtió en su marido. Rea también fue conocida como una diosa de la tierra, aunque es más conocida por ser la madre de la primera generación de dioses olímpicos.

Como diosa de las cosechas, Deméter continúa el linaje de las diosas relacionadas con la fertilidad. Posee otras similitudes con su madre y también con su abuela. Por ejemplo, las tres sufrieron cuando sus respectivos maridos hicieron daño a sus hijas/os. El marido de Gea enterró a sus hijas/os en el cuerpo de ella cuando nacieron. El marido de Rea se tragó a sus hijas/os recién nacidos. Y el de Deméter permitió que su hija estuviera secuestrada dentro del mundo subterráneo. Los tres padres biológicos mostraron su falta de sentimientos paternos.

Estas diosas madres sufrieron durante tres generaciones. Menos poderosas que sus maridos. No pudieron poner freno al daño que éstos causaron a sus hijas/os. Sin embargo, se negaron a aceptar el atropello y persistieron hasta que aquéllas/os fueron liberados. Al contrario que Hera, cuyo principal vínculo era la relación esposa-marido, el vínculo más poderoso de estas diosas Madres-Tierra era el de madre-hija/o.

La vida real repite el mito de Deméter cuando mujeres maternales se casan con hombres nada paternales. En esta situación, una hija Deméter crece muy identificada con su madre y desconectada de su padre. La actitud del padre hacia sus hijas/os puede abarcar desde el desinterés hasta la competitividad y el resentimiento o incluso los malos tratos, si les ve como rivales que logran el afecto de su esposa. En

un hogar de este tipo, sufre la autoestima de la joven Deméter, que acaba desarrollando una actitud de víctima. O quizás las cualidades maternales de una hija Deméter produzca la inversión de papeles en el caso de padres inmaduros o incompetentes. En cuanto tiene suficiente edad, tal vez cuide de sus padres o se convierta en una madre por sustitución de sus hermanos menores.

Por contraste, si una joven Deméter tiene un padre cariñoso y con una actitud de aprobación, crecerá sintiendo su apoyo a su deseo de ser también una buena madre. Considerará a los hombres de una manera positiva y tendrá esperanzas claras de tener un marido. Su experiencia de la infancia no reforzará su proclividad arquetípica a convertirse en víctima.

Adolescencia y primeros años de vida adulta

Al llegar a la pubertad, quien fue una bebé se convierte a sí misma en una posibilidad biológica cuando el impulso arquetípico materno recibe el empuje de las hormonas. Entonces, algunas jóvenes Deméter empiezan a anhelar quedar embarazadas. Si otros aspectos de su vida están vacíos y ella misma es poco más que una hija desatendida, una joven Deméter que ha sido forzada sexualmente y se queda embarazada tal vez acepte con gusto el hijo. Una adolescente de catorce años embarazada decía en un albergue para madres solteras: “Mientras que otras niñas de mi edad deseaban bicicletas, yo siempre quise tener un bebé propio. Estoy contenta de estar embarazada”.

Sin embargo, a mayoría de las adolescentes Deméter no se quedan embarazadas. Al no tener el deseo profundo de formar parte de una pareja o los impulsos eróticos de Afrodita, Deméter no está motivada para tener experiencias sexualmente tempranas.

Muchas Deméter se casan jóvenes. En familias obreras, a veces se anima a la joven a casarse inmediatamente después de terminar los estudios secundarios. Este empuje puede encajar con la propia proclividad de las jóvenes Deméter a tener una familia más que a obtener una educación o un trabajo.

Si una mujer joven tipo Deméter no se casa y empieza a formar una familia, comenzará a trabajar o irá a la universidad. En la universidad, probablemente hará cursos a prepararse para abrazar una profesión de ayuda a los demás. Una mujer Deméter no es típicamente ambiciosa, intelectual o competitiva en pos de títulos, aunque puede obtener buenos resultados si es brillante y está interesada en sus clases. El status —que las mujeres Hera consideran algo importante— no tiene importancia para una Deméter. Sus amigas suelen ser escogidas en un amplio abanico social y racial. Dejará lo que tenga que hacer para que un estudiante extranjero con dificultades se sienta a gusto, o para ayudar a un estudiante disminuido o socialmente inadaptado.

Trabajo

La naturaleza maternal de la mujer Deméter la predispone para abrazar profesiones de entrega y ayuda a los demás. Está atraída por las tareas “tradicionalmente femeninas” como la enseñanza, el trabajo social o el preescolar. Cuando Deméter está presente, ayudar a la gente a sentirse bien o a crecer internamente constituye una satisfacción y una motivación subyacente. Las mujeres que se hacen terapeutas o pediatras suelen estar expresando algunas inclinaciones de Deméter en su elección profesional. Muchas mujeres voluntarias en los jardines de infancia, escuelas elementales, hospitales y residencias

sanitarias, también están poniendo en funcionamiento sus tendencias de Deméter.

Algunas mujeres tipo Deméter se convierten en figuras clave en organizaciones, que reciben su energía maternal. Por regla general, la mujer Deméter en tal situación es personalmente impresionante. Tal vez haya tenido la visión y haya fundado la organización, haya puesto una considerable energía en ella, y haya sido personalmente responsable de su éxito durante los primeros años.

Las mujeres tipo Deméter que se encuentran en posiciones de liderazgo y como “madres fundadoras” quizá busquen consejo por varias razones: la organización puede requerir tanto esfuerzo que la deje virtualmente sin tiempo ni energía para nada más. El anhelo personal de una pareja (si también Hera está presente) y de un hijo propio permanece sin ser satisfecho. Surgen conflictos dentro de ella, y entre ella y las personas a las que supervisa, porque es una persona con autoridad que se ve a sí misma, y es vista por los demás, como una persona enriquecedora. Por ejemplo, le es difícil despedir o enfrentarse a un empleado incompetente, porque siente pena por la persona y culpabilidad por causar dolor. Además, los empleados esperan que ella mire por ellos personalmente (esperanzas que normalmente no suelen tener de los supervisores varones) y quedan resentidos y se enfadan si ella no lo hace.

Relacione con mujeres

Las mujeres Deméter no compiten con otras mujeres por hombres o por logros. Cualquier envidia o celos de otras mujeres estará en relación con los niños. Una mujer Deméter sin hijos se compara a sí misma de manera desfavorable con mujeres de su edad que son madres. Si no puede tener hijos biológicamente, puede que se sienta amargada por la

facilidad con la que otras mujeres se quedan embarazadas, especialmente se abortan. Durante la tercera edad, si sus hijas/os mayores viven lejos o están emocionalmente distantes de ella, envidiará a la madre que tiene contacto frecuente con sus hijas/os. En esta fase de la vida, la envidia puede emerger de nuevo a la superficie tras veinticinco años; esta vez, respecto a los nietos.

Las mujeres Deméter tienen sentimientos mezclados sobre el feminismo y el movimiento feminista. Muchas mujeres Deméter se sienten resentidas contra las feministas porque éstas desvalorizan el papel de la maternidad; quieren ser madres a tiempo completo y se sienten ahora presionadas para trabajar fuera del hogar. Por otra parte, las mujeres Deméter apoyan con fuerza muchos temas feministas; por ejemplo, la protección de los niños contra los malos tratos y la existencia de refugios para las mujeres maltratadas.

Habitualmente, las mujeres Deméter tienen sólidas amistades con otras mujeres Deméter. Muchas de estas amistades se remontan al tiempo en el que fueron madres juntas. Muchas confían más en sus amigas que en sus maridos para obtener apoyo emocional o ayuda material. Por ejemplo, una mujer decía: “Cuando yo estaba en el hospital, mi amiga Ruth se hacía cargo de los críos, mientras que Joe, mi marido, se iba a cenar a fuera cada noche… durante dos semanas, ella alimentó a nueve criaturas —sus cuatro y mis cinco— y a tres adultos… Yo hubiera hecho lo mismo por ella”. De una manera que es típica, esta mujer lo dispuso todo para ser ayudada, en lugar de esperar que su marido se hiciese cargo de la casa y de los niños en su ausencia.

Dentro de las familias, las madres e hijas que son mujeres Deméter pueden mantenerse cercanas durante generaciones. Estas familias poseen decididamente un modelo matriarcal. Y las mujeres de la familia saben toso lo

que sucede a todo el clan, mucho más que los mismos maridos.

Este modelo madre-hija también puede duplicarse con las compañeras. Una mujer puede adoptar el papel maternal de Deméter con una amiga tipo Perséfone, indecisa y sin experiencia. O, si ambas son tipo Deméter que tienen en común cualidades de Perséfone, tal vez se hagan madres recíprocamente por turno y, en otras ocasiones, pueden ambas ser Deméter, compartiendo detalles de sus vidas y hablando de sus alegrías y dificultades. O pueden volver ambas de nuevo a ser Perséfones juguetonas y risueñas.

Las parejas lesbianas encajan a veces en un modelo Deméter-Perséfone, en el que el bienestar de la mujer Deméter depende de la integridad de una relación con una amante más joven o menos madura. Mientras están juntas, la mujer Deméter se siente productiva y fértil. Su trabajo y su creatividad como consecuencia de estar con una mujer que es como una diosa para ella. Puede que sea posesiva con Perséfone, si teme que puede perderla. Y tal vez acreciente la dependencia y la exclusividad, que con el tiempo daña la relación.

Sin embargo, una mujer Perséfone es una personalidad joven e indiferenciada, todo en ella está indiferenciado y por formar. Es una mujer receptiva y femenina, cuya preferencia sexual puede ser tan maleable como todo el resto en ella. Por ejemplo, aunque esté manteniendo una relación lesbiana, puede verse atraída también hacia un hombre. Si una mujer tipo Perséfone deja a su amante Deméter cuando emerge su heterosexualidad en respuesta a las atenciones de un hombre, la mujer Deméter se siente como si el mismo mito hubiera sido representado de nuevo. Inesperadamente, su Perséfone ha sido “raptada por Hades”, lo cual constituye una pérdida abrumadora.

Relaciones con los hombres

Una mujer Deméter atrae a los hombres que sienten afinidad con mujeres maternales. Es algo característico de una mujer Deméter que no sea ella la que haga la elección. Responde a la necesidad que tienen un hombre de ella y puede incluso que esté con un hombre porque le da pena. Las mujeres tipo Deméter no tienen grandes esperanzas sobre los hombres. Lo más común es que piensen que “los hombres son como niños”.

Un tipo muy común de pareja en el que la mujer es Deméter, encaja con el patrón de la Gran Madre emparejada con su hijo-amante. Esta relación arquetípica madre-hijo no se refiere a una diferencia en años, aunque puede que el hombre sea más joven. Habitualmente, es un hombre sensible y con talento que se siente poco apreciado o incomprendido por los demás, que no valoran su singularidad (como ella la valora) y que no toleran su irresponsabilidad (como hace ella). Más que un hombre, es un niño inmaduro con un sentimiento de singularidad. Ella está de acuerdo con su autoafirmación y continuamente tolera se conducta respecto a ella, que los demás consideran egoísta y desconsiderada.

En opinión de ella, el mundo es cruel con él. Debería hacer excepciones con él, como hace ella. Su falta de consideración suele herirla y enfadarla, pero si en estas ocasiones él le dice cuánto la aprecia, o que ella es la única persona de su vida que realmente se preocupa por él, todo es olvidado de nuevo.

Como la madre de un hijo bien parecido, que se pregunta cómo pudo haber dado a luz a ese dios tan joven, la mujer Deméter que desempeña el papel de Gran Madre respecto a su hijo-amante puede estar sobrecogida ante su apariencia

(o talento). Puede que diga, como me dijo una mujer: “Él me parecía como la estatua de David, de Miguel Ángel. Era feliz cuidándole. Le mimé hasta convertirle en un desastre”. Lo decía con orgullo, más que con amargura.

Las cualidades maternales de una mujer Deméter y su dificultad de decir no, la hacen vulnerable a ser utilizada por un “sociópata”, otro tipo de hombre que puede encontrarse con frecuencia en las relaciones de las mujeres Deméter. A primera vista, la relación Deméter-sociópata puede parecerse a la de la Gran Madre con la del hijo-amante —de hecho, existe algún solapamiento—, pero el hijo-amante tiene la capacidad de amar, ser leal o tener remordimientos. El sociópata carece de estas capacidades, lo cual establece una diferencia esencial. El sociópata actúa sobre la presunción de que sus necesidades le justifican para recibir. Es incapaz de intimidad emocional o de sentimientos de aprecio. Su actitud podría simbolizarse con la pregunta: “¿Qué has hecho por mí últimamente?”. Olvida la generosidad o los sacrificios anteriores por parte de la mujer Deméter, así como su propio comportamiento de explotador. Exagera sus necesidades, y es ese estado de necesidad el que suscita la respuesta generosa de Deméter. La relación con un sociópata puede atar la vida emocional de una mujer Deméter durante años y puede empobrecerla económicamente.

Otra pareja típica de una mujer Deméter es el hombre que quiere “una chica exactamente como la se que casó con papá”. Cuando era un pequeño Edipo, tal vez sólo estuvo haciendo honor a aquel periodo de su vida: era el niño pequeño de cuatro o cinco años que quería casarse con su mamá. Ahora es un hombre adulto que busca una mujer maternal que sea una buena madre para él. Quiera que ella sea nutridota, cálida, que sea accesible a sus necesidades y que le cuide: le prepare la comida, compre su ropa y cuide

de él, vigile que vaya al médico y al dentista cuando necesita ir, y organice su vida social.

De todos los hombres atraídos por las cualidades de Deméter, el "hombre de familia" es el único maduro y generoso. Este tipo de hombre se halla fuertemente motivado por su deseo de tener una familia, y ve en la mujer Deméter una pareja que comparte el mismo sueño. Además de ser "un buen papá" para sus hijos, es el único que está maduro también para cuidar de ella. Si ella tiene dificultades en saber decir no a personas que podrían aprovecharse de su buena naturaleza de Deméter, puede ayudarla a valerse por sí misma.

El hombre de familia también la ayuda a realizarse a través de la crianza de los hijos. Los otros tres tipos se ven amenazados por la idea de aquéllos y pueden insistir en que ella aborte en caso de quedarse embarazada. Esta insistencia la hará entrar en una crisis respecto a su naturaleza maternal: o bien rechaza al hombre del que hace de madre, o bien rechaza la maternidad. La elección la hace sentir como una madre a la que se le diese a elegir sacrificar a uno de sus dos hijos.

Sexualidad

Cuando Deméter es el arquetipo de diosa que predomina en la personalidad de una mujer, su sexualidad no suele ser muy importante. Deméter no posee normalmente un fuerte impulso sexual. Suele ser una persona cálida, afectiva, femenina, a la que satisfacen tanto los abrazos y caricias como hacer el amor: una mujer "cariñosa", más que una mujer provocativa. Muchas mujeres Deméter tienen una actitud puritana respecto al sexo. Para ellas, éste sirve para la procreación, no para obtener placer. Algunas lo consideran como parte de lo que una esposa provee dentro

del contexto de dar y de nutrir: ella proporciona lo que su marido necesita. Y muchas mujeres Deméter mantienen para sí mismas un secreto lleno de culpabilidad: para ellas, el acto físico más sensual es dar el pecho a sus bebés, y no hacer el amor con sus maridos.

Matrimonio

Para una mujer Deméter, el matrimonio en sí mismo no es una prioridad primordial como para Hera. La mayoría de las mujeres Deméter quieren casarse principalmente para tener hijos. A menos que el arquetipo de Afrodita o de Hera estén activos en ella, la mujer Deméter considera el matrimonio como una simple etapa necesaria, que prepara el camino para los hijos y que constituye la mejor situación para tenerlos.

Hijas/os

Una mujer Deméter siente una necesidad profunda de ser madre biológica. Quiere dar a luz y criar su propia/o. También puede ser una nodriza, madre adoptiva o madrastra, pero si no puede tener un hijo propio, quedará insatisfecho un profundo anhelo suyo y se sentirá estéril. (Por contraste, muchas mujeres Artemisa o Atenea se contentan con heredar una familia ya hecha, casándose con un hombre que ya tiene hijos.

Todas las mujeres Deméter se perciben a sí mismas como buenas madres que siempre tienen presente lo mejor para sus hijos. Sin embargo, desde el punto de vista del impacto que tienen sobre éstos, las mujeres Deméter parecen ser capaces de ser madres estupendas o terribles, pero en todo caso absorbentes.

Cuando sus hijos adultos le manifiestan resentimiento, la mujer Deméter se siente profundamente herida y confusa. No puede entender por qué sus hijos la tratan mal, mientras que otras madres tienen hijos que las aprecian y las quieren. Tampoco puede ver en qué haya podido contribuir a las dificultades de sus hijos. Sólo es consciente de sus intenciones positivas, no de los elementos negativos que envenenaron su relación con ellos.

El que una madre Deméter haya tenido o no un afecto positivo sobre sus hijos y sea considerada por éstos de una manera positiva, depende de que fuera como la diosa Deméter “antes del rapto” o “después del rapto”. Antes del rapto de Perséfone, Deméter confiaba en que todo era perfecto (cuando Perséfone jugaba en el prado) y llevaba a cabo sus propias actividades. Después del rapto, Deméter estaba deprimida y enfadada; abandonó el monte Olimpo y dejó de funcionar.

La fase “antes de” adopta muchas formas en la vida real. Para la mujer que se enfrenta a un “nido vació” cuando su última/o hija/o deja el hogar entonces como si su sentido de la vida hubiera sido “secuestrado”, la fase “antes de” consistía en la vida de familia unida y en cooperación que llevaba durante los últimos veinticinco años. Para la mujer cuya hija le desafía a vivir con un hombre que la madre considera un Hades secuestrador, la fase “antes de” se daba cuando su hija parecía una extensión de sí misma, que compartía los mismos valores y esperanzas de futuro.

Algunas madres Deméter siempre temen que algo malo pueda ocurrir a su hija. Estas madres pueden actuar como si se anticipasen a la posibilidad de “un rapto”, desde el momento en que nace aquélla. En consecuencia, limitan la independencia de la hija y desalientan sus relaciones con los demás. En el núcleo de la ansiedad que les induce a actuar

de esta manera se halla la temida pérdida del afecto de la hija.

Las circunstancias también pueden ser responsables de activar el lado negativo de Deméter. Una mujer contaba que, tras el nacimiento de su hija, durante seis años vivió como si se hallara en un estado de gracia. El mundo era un lugar seguro y la maternidad era algo divertido y completamente satisfactorio. Entonces ocurrió un hecho tan perturbador y repentino como Hades emergiendo de una abertura de la tierra. Una tarde la madre dejó a su hija al cuidado de una niñera por horas. La hija fue a la casa de un vecino que abusó sexualmente de ella. A continuación, la niña estaba angustiada y temerosa, tenía pesadillas y manifestaba aprensión hacia los hombres, incluido su padre.

La madre estaba furiosa y dolorida, y se sentí culpable por no haber estado allí para impedir el incidente. Antes había sido generosa, confiada y un poco informal en su estilo de ser madre. Después se sintió culpable y responsable del incidente, insegura de sí misma y padecía la angustia de que algo malo pudiera suceder de nuevo. Se sintió excesivamente controladora y protectora. Desaparecieron su alegría y su espontaneidad, su sentimiento de vivir en un mundo seguro y de confianza en sí misma.

Una madre Deméter puede sentirse culpable de cualquier acontecimiento que tenga un efecto adverso en sus hijas/os. Hasta que tenga una comprensión interna sobre sus esperanzas poco realistas de ser una madre perfecta, espera ser omnisciente y todopoderosa, capaz de prever los acontecimientos y de proteger a sus hijas/os de cualquier dolor.

Con la intención de proteger a sus hijas/os, una mujer Deméter puede volverse excesivamente controladora. Vigila cada movimiento, intercede en su nombre y toma el relevo

cuando existe alguna posibilidad de que se hagan daño. Como consecuencias, las/os hijas/os permanecen dependientes de ella para tratar con la gente y enfrentarse a los problemas cotidianos.

A veces, las/os hijas/os de una madre Deméter controladora permanece para siempre cerca Della, con su cordón umbilical psicológico casi intacto. Dominados por su personalidad, siguen siendo los niños o niñas de mamá cuando son ya bastante adultos. Puede que algunas/os de ellas/os no se casen nunca. Cuando lo hacen, suelen mantener vínculos familiares más fueres que los conyugales. Por ejemplo, un hijo de Deméter puede estar siempre a disposición de su madre, para desaliento de su esposa, cuyos deseos siempre quedan en segundo plano. O tal vez una hija de Deméter nunca acceda a ausentarse durante unas largas vacaciones, porque no puede dejar a su madre por tanto tiempo.

En un esfuerzo por llevar sus propias vidas, algunas/os de las/os hijas/os de una madre Deméter supercontroladora pueden romper con ella y marcharse de casa, creando una distancia geográfica y emocional entre ellos. Suelen hacerlo cuando la madre ha intentado inconscientemente hacerles que se sientan obligadas/os, culpables o dependientes.

Otro modo negativo de madre Deméter es la madre que no puede decir que no a sus hijos. Se ve a sí misma como la madre desinteresada, generosa y proveedora, que da sin cesar. Esta madre Deméter quiere que sus hijas/os tengan todo lo que desean desde que son muy pequeños. Si esto es más caro de lo que puede permitirse, hará sacrificios para conseguirlo o se sentirá culpable. Es más, falta a su obligación de establecer límites de conducta. Desde que gatean, consiente en darles todo o que quieran, alimentando así su egoísmo. Como consecuencia, sus hijas/os crecer sintiéndose con derecho a una consideración

especial y muy mal preparadas/os para adaptarse. Sus problemas de comportamiento surgen en la escuela; sus conflictos con la autoridad perturban sus empleos. En sus intentos de ser “buena madre” que lo da todo, tal tipo de madre puede convertirse en lo contrario.

En la mediana edad

El periodo de la mitad de la vida es un periodo importante para las mujeres Deméter. Si una no ha tenido un/a hijo/a, está preocupada al darse cuenta de que su reloj biológico está acercándose al límite de la posibilidad de quedarse embarazada. Las mujeres Deméter casadas plantean la cuestión de tener un bebé a esposos reticentes, y visitan a especialistas en fertilidad si tienen problemas de concepción o abortos espontáneos. Puede que consideren la posibilidad de la adopción. Y las mujeres no casadas contemplan la posibilidad de convertirse en madres solteras.

Incluso si una mujer Deméter tiene hijas/os, sus años de la mitad de la vida son igualmente cruciales, aunque puede ser inconsciente de la importancia de organizar el resto de su vida. Sus hijas/os están creciendo, y cada paso que dan hacia la independencia pone a prueba su capacidad para renunciar a la dependencia que tienen de ella. También puede sentir en ese periodo el impulso a tener un/a hijo/a tardío/a. Una mujer vino a verme en medio de la crisis de los años de la mediana edad: sus hijos estaban estudiando y a ella, a los cuarenta años, le había llegado el momento de volver a estudiar si quería trascender el arquetipo de Deméter. Descubrió que tenía miedo de fracasar en obtener una licenciatura, y que tener otra/o hija/o era únicamente la excusa que ella misma se ponía para no aceptar a matricularse. Entonces pudo separar el deseo de tener otro bebé del miedo a fracasar como estudiante y pudo

concentrarse en explorar esta inquietud. Cuando la aclaró, acudió a una facultad, estudió un tema que le gustaba y ahora es una buena profesora.

La fundadora de una organización, en la mitad de su vida, puede enfrentarse a una crisis cuando aquélla se hace suficientemente grande para que otros codicien su posición y poder. A menos que también tenga la mente de estratega de Atenea y que sepa actuar de manera política, ejecutivos ambiciosos pueden "secuestrar" la organización que ella dio a luz y gestionó durante la primera etapa. Ésta pérdida la sumergirá para convertirse en una Remeter colérica y atormentada.

Incluso si no se producen luchas de poder, o si supera esta crisis, se le plantean en esos momentos problemas personales, lo mismo que a todas la mujeres Deméter que han puesto su energía maternal en su trabajo.

En la tercera edad

Durante los últimos años de su vida, las mujeres Deméter suelen entrar en una de estas dos categorías: muchas encuentran muy gratificante esta fase de su vida. Son mujeres activas, ocupadas —como lo estuvieron siempre— que han aprendido de la vida y que son apreciadas por los demás por su sabiduría práctica y por su generosidad. Son mujeres Deméter que han aprendido a actuar de modo que las personas no se aten a ellas o se aprovechen. Por el contrario, tales mujeres han fortalecido su independencia y el mutuo respeto. Los hijos, nietos, clientes, estudiantes o pacientes, que abarcan varias generaciones, pueden quererlas y respetarlas. Son como la diosa Deméter al final de su mito, cuando concedió a la humanidad sus dones y era extraordinariamente venerada.

El destino opuesto le sobreviene a una mujer Deméter que se considera a sí misma víctima. La fuente de infelicidad procede habitualmente de las decepciones y de las esperanzas frustradas de los años de la mitad de la vida. En la tercera edad, identificada con la Deméter atormentada, traicionada y colérica que se sentó en su templo sin permitir que creciera nada, no hace nada con sus últimos años de vida, excepto envejecer y amargarse cada vez más.

Dificultades psicológicas

La diosa Deméter era una presencia primordial. Cuando dejaba de funcionar, la vida dejaba de desarrollarse y todos los dioses de Olimpo bajaban en tropel a que restaurase la fertilidad. Como no pudo impedir el rapto de Perséfone o forzar su retorno inmediato, fue una víctima, sus ruegos fueron ignorados y padeció una depresión. Las dificultades a las que se enfrentan las mujeres Deméter tienen temas similares: ser elegidas como víctimas, poder y control, expresión de cólera y depresión.

La identificación con Deméter

Una mujer que se identifica con Deméter actúa como una diosa abundante y maternal, con una capacidad ilimitada de proveer. No puede decir no cuando alguien requiere de su atención o su ayuda. Este rasgo de Deméter hace que una mujer permanezca al teléfono con un amigo deprimido más tiempo del que ella desearía, o que acepte ser la madre hogareña cuando no le gusta, o que renuncie a su tarde libre para ayudar a alguien, en lugar de reservarse tiempo para sí misma. También está presente Deméter en la terapeuta que concede a su cliente angustiado una hora extra, que era su único tiempo de descanso en el cargado horario cotidiano,

cuyo final de jornada es invariablemente interrumpido por largas llamadas telefónicas y cuyos honorarios descendentes siempre se hallan en la parte más baja de las escala salarial. Al final, este instinto de nutrir puede agotar a una mujer que se encuentra en una profesión asistencial y puede llevarla a "quemarse" y a que manifiesten síntomas de fatiga y apatía.

Cuando una mujer instintivamente dice que sí a cualquiera que necesite algo de ella, se encuentra rápidamente demasiado comprometida. Ella no es una fuente natural e ilimitada, aunque otras personas y su Deméter interna esperen de ella lo que sea. Una mujer Deméter debe hacer frente a la diosa una y otra vez, si es que quiere tomar a cargo su propia vida. En lugar de un instintivo "sí" que es la respuesta de Deméter, debe ser capaz de escoger cuándo, cómo y a quién dar. Para esto, debe aprender a decir que no, tanto a la persona que necesita algo de ella como a la diosa dentro de ella.

El instinto maternal

Si este arquetipo tiene vía libre, una mujer Deméter tal vez tampoco sea capaz de decir que no a quedarse embarazada. Por el hecho de que la maternidad es un imperativo interno para ella, quizá choque inconscientemente con el arquetipo de Deméter, "olvide" cuándo es fértil, o "se descuide" en el control de la posibilidad de quedarse embarazada. Así pues, puede que se quede embarazada cuando las circunstancias no sean las ideales.

Una mujer Deméter debe ser capaz de escoger cuándo y con quién quiere tener un bebé. Tiene que reconocer que su Deméter interna no se interesa por las realidades de su vida ni se preocupa del momento adecuado. Si quiere que el embarazo se produzca cuando para ella es su momento,

debe resistirse a Deméter y controlar las posibilidades de quedarse embarazada.

El cansancio, los dolores de cabeza y menstruales, los síntomas de úlcera, la subida de la presión sanguínea y los dolores de espalda son corrientes en las mujeres Deméter a las que es difícil decir que no, o expresar su enfado cuando tienen excesivo trabajo y están sobrecargadas con demasiadas responsabilidades o demasiados hijas/os. El mensaje que estos síntomas le dan de manera indirecta es: “¡Estoy rendida, me encuentro bajo demasiada presión y tengo dolores; no me pidáis hacer más!”. También constituyen expresiones de una pequeña depresión crónica, que aparece cuando una mujer no puede protestar eficazmente, reprime su enfado y está resentida contra una situación producida por el proceder de Deméter.

El esfuerzo de la dependencia

La capacidad superabundante de una mujer Deméter para hacer de madre se ve viciada por su necesidad de que su hija/o le necesite por su ansiedad cuando está “fuera de su vista”. Reforzará de dependencia y mantendrá al pequeño/a “cosido/a a sus faldas”. Puede también que lo haga en otras relaciones. Por ejemplo, hace de madre del “niño dependiente”, cuando hace de madre de su “pobrecito” amante y cuida al “niño angustiado” en su amigo.

Con sus intentos por ser indispensable (“mamá sabe cómo hacerlo”), o de controlarlo todo (“déjame hacerlo por ti”), una mujer así hace que los demás se comporten como niños. Esta tendencia refuerza los sentimientos de inseguridad e inadecuación en otra persona. En la cocina, por ejemplo, puede animar a su hija adolescente a que aprenda a cocinar. Pero la supervisa de cerca y después, al

final, siempre añade los últimos toques. A cualquier cosa que haga su hija, la madre le da el mensaje de “no lo has hecho lo suficientemente bien” y de “me necesitas para hacerlo correctamente”. En una situación laboral ocurre lo mismo. Ella es la supervisora, editora o mentora que “sabe mejor que nadie” cómo debe hacerse el trabajo, poniéndose tal vez a hacerlo ella misma, lo cual ahoga la originalidad y la autoconfianza en su “niña/o” y aumenta su propia carga de trabajo.

Si las personas de su vida la necesitan, la obsesiva mujer Deméter se siente segura. Si aquéllas aumentan su independencia y su competencia, ella puede sentirse amenazada. Para seguir recibiendo favores y para ser receptor/a de su cariño y preocupación, suele ser necesario permanecer en un rol de dependencia.

El que una mujer Deméter refuerce la dependencia o, por el contrario, cree una sensación de seguridad en la que la otra persona pueda desarrollarse y prosperar, depende de que ella misma tenga una sensación de abundancia o de escasez. Si tiene miedo de perder a la otra persona o de que su “niña/o” no sea “suficientemente buena/o”, puede volverse posesiva, controladora y constrictiva. Esta inseguridad la convierte en una madre asfixiante o que está siempre vigilando.

Una joven madre que conocí en mi práctica de analista se dio cuenta, siendo su hija todavía un bebé, de que ella era el tipo de madre que muy difícilmente permitiría crecer a hija. La primera batalla se presentó cuando llegó el momento de empezar con alimentos para bebés. Ella le había dado el pecho y había disfrutado la exclusividad de la relación y de la dependencia de su bebé. Cuando llegó el momento de introducir alimentos sólidos, su marido pensaba con ilusión en alimentar a su hija con cuchara, lo que habría sido un nuevo paso fundamental en la formación del vínculo padre-

hija. Afortunadamente, la madre altruista en ella sabía que había llegado el momento de empezar con los alimentos sólidos y de compartir más a la niña con su marido, a pesar d que la madre posesiva que había en ella quería resistir alargando el tiempo todo lo que fuera posible. Su deseo de hacer lo mejor para la niña fue el que ganó. Pero, aún así, se sintió transitoriamente como una Deméter en duelo, apenándose por la pérdida.

Las posesivas mujeres Deméter evolucionan cuando abandonan su necesidad de mantener dependientes a los demás y cosidos a sus faldas. Al hacerlo, la dependencia recíproca puede convertirse en mutuo amor y aprecio.

Conducta agresiva-pasiva

Una mujer Deméter que es incapaz de decir no, conseguirá verse sobrecargada. Entonces puede llegar a estar agotada o apática, resentida o enfadada. Si se siente explotada, es típico que no lo exprese directamente, mostrando la misma falta de seguridad a su favor que si hubiera dicho que sí, cuando debería haber dicho no. En lugar de expresar su enfado o de insistir en que algo cambie, una mujer tipo Deméter probablemente descartará sus sentimientos como poco generosos y trabajará más duramente para conseguir que todo quede hecho.

Cuando intenta suprimir sus verdaderos sentimientos y éstos llegan a saberse de alguna manera, empieza a manifestar una conducta agresiva-pasiva. Entonces olvida “salirse un poco de sus hábitos” y no compra el producto que le pidió que le comprase la vecina de al lado, no cumple los plazos a los que se comprometió o llaga tarde a una reunión importante. De esta manera abandona las obligaciones que se suponía que cumpliese, expresa inconscientemente su hostilidad con una conducta nada

complaciente y afirma su independencia. Sería mucho mejor su fuera capaz de decidir que no al principio, porque la conducta agresiva-pasiva le hace parecer incompetente y sentirse culpable.

La intencionalidad hace que la misma acción sea significativamente diferente. Negarse directamente a hacer lo que alguien espera de ti, y decir por qué, constituye un mensaje claro; una acción agresiva-pasiva es un mensaje confuso codificado en un acto hostil. Si la otra persona se preocupa de tus necesidades, una explicación clara es suficiente. Respaldar dicha explicación con una acción suele ser necesario cunado la otra persona es una explotadora y espera salirse con la suya a tus expensas. Zeus no prestó atención a Deméter hasta que ésta “se puso en huelga”.

Hasta que Deméter se negó a seguir funcionando como diosa de las cosechas, Zeus no prestó atención a su sufrimiento. Cuando su negativa a dejar que algo creciera amenazó a la tierra con la hambruna, se preocupó, ya que peligraba la existencia de los mortales para honrar a los dioses, si ella persistía en su actitud. Sólo entonces le hizo caso, y envió a Hermes a traer a Perséfone de vuelta del mundo subterráneo. Una vez que una mujer Deméter se hace consciente de sus necesidades (que ella misma suprime), y de su irritación porque dichas necesidades son descartadas por los demás, puede considerar seguir el ejemplo de Deméter. Por ejemplo, una empleada mal pagada y con exceso de trabajo puede exponer su caso con vistas a obtener un aumento de sueldo y una ayuda adiciona, y no se escuchada hasta que deja claro a su jefe que no está dispuesta a continuar lo mismo que antes.

Depresión: el nido vacío y el sentimiento de vacuidad

Cuando una mujer Deméter pierde una relación en la que ha sido la figura materna, no sólo pierde esa relación y echa en falta a la persona, sino que también pierde su papel de madre, que le había dado una sensación de poder, de importancia y de sentido a su vida.

La expresión “depresión del nido vacío” describe la reacción de las mujeres que han dedicado sus vidas a sus hijas/os, sólo para verles partir después. Las mujeres Deméter que han tenido una relación amorosa que se termina pueden reaccionar también de esta manera, al igual que las que han “hecho de madres” de un proyecto durante años, sólo para verlo fracasar o ser tomado por otras personas con el tiempo. Este tipo de dificultades de organización la dejan con el sentimiento de esterilidad y de haber sido “estafadas”.

Cuando el arquetipo se encuentra en el máximo de su intensidad, una mujer Deméter deprimida se vuelve incapaz de funcionar y necesita una hospitalización psiquiátrica. Puede convertirse en una personificación de la diosa atormentada que busca infructuosamente a Perséfone por toda la superficie de la tierra. Lo mismo que Deméter, tal vez no coma, duerma ni se lave. Tal vez deambule de acá para allá, moviéndose sin descanso todo el tiempo, retorciéndose las manos, atormentada y sumida en una profunda y convulsa depresión. O, tal vez, se quede sentada inmóvil —como Deméter en Eleusis—, abstraída y sin dar signos de respuesta. Todo le parece desolador y estéril: el mundo está desprovisto de sentido. No siente la cualidad verde de crecimiento en su árida vida. Esta reacción constituye una grave depresión apática. En ambas reacciones, convulsiva o apática, la hostilidad se encuentra subyacente en su depresión: está enojada porque se la ha quitado una causa que daba sentido a su vida.

Cuando una Deméter que se atormenta es hospitalizada, por supuesto que necesita ayuda profesional. Pero si hubiera sabido que era tan susceptible a una depresión del “nido vacío”, y si hubiera tomado cuatro medidas mentales preventivas, su reacción hubiera sido mucho menos grave. Aprender cómo expresa la cólera, en lugar de reprimirla, reduce la depresión. Aprender a decir que no, ayuda a evitar quedar psicológicamente estéril y deprimida por haber estado demasiado en todo y sentirse no apreciada y martirizada. Aprender a “desapegarse y dejar crecer”, le ahorra el dolor agudo de tener hijas/os (o personas a las que supervisa, personal bajo su responsabilidad o clientes) resentidas/os con ella y con necesidad de romper y apartarse. Desarrollar otras diosas dentro de sí proporciona intereses suplementarios, más allá de hacer de madre.

Maneras de desarrollarse

A las mujeres tipo Deméter les es fácil reconocer el modelo maternal que encarnan, incluida la dificultad de decir que no. Sin embargo, con demasiada frecuencia llegan a un punto ciego en el momento de considerar sus sentimientos y comportamientos negativos hacia los demás. Como estos sentimientos y estas acciones son lo que más necesitan ser cambiados, el desarrollo de una mujer Deméter se ve impedido hasta que es capaz de ver todo el cuadro. Las mujeres Deméter tienen buenas intenciones, que, unidas a la necesidad de verse a sí mismas como buenas madres, bloquean su receptividad a este tipo de instrospección. Estas mujeres suelen estar excesivamente a la defensiva. Contrarrestan las críticas con afirmaciones acerca de sus buenas intenciones (“yo sólo quería ayudar”), o con una lista de muchas acciones positivas y generosas, que, de hecho, llevan a cabo.

De la misma manera que la mujer Deméter tiene dificultades para decir que no, porque se identifica con la buena madre que siempre da, también se resiste a reconocer su irritación contra las personas a las que ama. Por las mismas razones niega la posibilidad de estar adoptando una conducta agresiva-pasiva y de ser supercontroladora o de reforzar la dependencia. Sin embargo, sí sabe que está decepcionada por no ser apreciada, y es capaz de admitir que se siente deprimida. Si está dispuesta a explorar estas pistas, puede permitir que se vuelva consciente el conocimiento de sus rasgos negativos de Deméter. Reconocerlos constituye el mayor obstáculo. Cambiar su conducta es la tarea más sencilla.

Convertirse en su propia buena madre

Una mujer Deméter necesita “utilizar” a Deméter en su propio beneficio en vez de responder a los demás como si ella misma fuera Deméter. Cuando se le pide tomar otra responsabilidad, tiene que aprender a centrar en sí misma la preocupación por cuidar que con tanta facilidad siente por los demás. Puede preguntarse a sí misma: “¿Es eso algo que realmente quiero hacer?”, y “¿tengo suficiente tiempo y energía?”. Cuando no ha sido bien tratada, ha de recobrar la seguridad de merecer mejor tratamiento y animarse a sí misma a hacerlo saber.

Trascender a Deméter

A menos que una mujer Deméter haga conscientemente sitio en su vida para otras relaciones distintas a las “relaciones Deméter”, puede quedarse encerrada en un único modelo, siendo “sólo Deméter”. Si es una mujer casada con hijos, ¿hará el esfuerzo de salir con su marido sin

sus hijos? ¿Se reservará algo de tiempo para una actividad en solitario, como correr, meditar, pintar o tocar un instrumento musical? O, si es una Deméter típica, ¿nunca va a encontrar tiempo para ello? Si es una mujer profesional tipo Deméter, toda su energía podría ir al trabajo. Tal vez dirija un jardín de infancia o un programa profesional y dedique todo su tiempo y energía a ello, llegando a casa totalmente agotada al final de cada día. Una profesional tipo Deméter tiene que resistirse a ser totalmente “sólo Deméter” lo mismo que una mujer Deméter con cinco hijos. Si no transciende a Deméter, aumenta la posibilidad de una depresión tipo “nido vacío”, cuando ya ni la necesiten y descubra que, al final, no es indispensable.

Recuperarse de la depresión

Una mujer Deméter que se convierte en una Deméter atormentada y deprimida ha sufrido una pérdida significativa. Ésta puede consistir en algo de un gran valor emocional para ella, un rol, un trabajo, un ideal: cualquier cosa que diese sentido a su vida y ahora ya no lo tenga. Al igual que ocurre con cada una de las mitologías de los dioses, también es posible para una mujer quedarse “estancada” en cualquier fase o avanzar a través de un modelo de mito y evolucionar. Puede que algunas mujeres Deméter deprimidas nunca se recuperen y que su existencia quede vacía, amargada y estéril.

Pero la recuperación y el crecimiento personal son posibles. El mismo mito presenta dos soluciones. En primer lugar, tras conocer que Perséfone había sido raptada, Deméter abandonó el monte Olimpo para errar por toda la tierra. En Eleusis, la diosa atormentada y deprimida fue recibida en un hogar, en el que se convirtió en la nodriza de Demofoonte. Le alimentó con néctar y ambrosía, y le habría

convertido en un ser inmortal si no hubiera intervenido su madre Metanira. Así pues, se enfrentó a su pérdida mediante el amor y el cuidado de otra persona. Para una mujer Deméter atormentada, arriesgarse a tener otra relación es una vía de recuperación y una manera de volver a funcionar.

En segundo lugar, reunirse de nuevo con Perséfone llevó a Deméter a recuperarse. La madre atormentada se reunió con su hija eternamente doncella y dejó de estar deprimida, funcionó de nuevo como diosa de los cereales y de los frutos y restauró la fertilidad y el crecimiento sobre la tierra.

Metafóricamente, esto es lo que termina con una depresión: el retorno del arquetipo de la juventud. El Cómo ocurre es con frecuencia algo misterioso. Suele suceder al llanto y a la cólera. Pasa el tiempo. Después, se agita un brote de sentimiento. Tal vez la mujer nota lo bello que es un cielo azul, o es conmovida por la compasión de alguien. O le entra la urgencia de completar una tarea durante mucho tiempo abandonada. Desde el punto de vista emocional, éstos son pequeños signos de primavera. Poco después de los primeros signos del retorno de la vida, la mujer es de nuevo ella misma, llena una vez más de vitalidad y generosidad; se ha reunido con esa parte de sí misma que estaba ausente.

Pero es posible algo más que la simple recuperación. La mujer Deméter puede también emerger de un periodo de sufrimiento con una mayor sabiduría y comprensión espiritual. Como experiencia interna, el mito de Deméter y de Perséfone habla de una capacidad de desarrollarse a través del sufrimiento. Una mujer Deméter puede aceptar después, como la misma Deméter, la existencia de cambios humanos estacionales. Puede adquirir una sabiduría de la tierra que refleja la naturaleza. Una mujer así aprende que le es posible vivir superando cualquier hecho que le suceda, y sabiendo que, exactamente lo mismo que la primavera sigue

al invierno, la experiencia humana cambiante sigue ciertos modelos.

10 – PERSÉFONE: LA DONCELLA Y REINA DEL MUNDO SUBTERRÁNEO, MUJER RECEPTIVA E HIJA DE LA MADRE

Perséfone, la diosa

A la diosa Perséfone, a la que los romanos llamaron Proserpina o Cora, se la conoce más a través del *Himno a Deméter* de Homero, que describe su rapto por Hades. Fue venerada de dos maneras, "como doncella" o la *Koré* (que significa "joven adolescente"), y como reina del mundo subterráneo. La Koré era una esbelta y bella diosa joven, asociada a los símbolos de fertilidad: la granada, el cereal, el maíz, así como el narciso, la flor que seducía. Como reina del mundo subterráneo, Perséfone es una diosa madura, que reina sobre las almas muertas, guía a los vivos que visitan el mundo subterráneo u pide para sí lo que desea.

Aunque Perséfone no era una de las/lo doce diosas/es principales del Olimpo, era el centro de los misterios eleusinos, que constituyeron la principal religión de los griegos durante dos mil años antes de la llegada del cristianismo. En los misterios de Eleusis, los griegos experimentaban el retorno o la renovación de la vida tras la muerte, mediante la vuelta anual de Perséfone desde el mundo subterráneo.

Genealogía y mitología

Perséfone fue la única hija de Deméter y de Zeus. La mitología griega guarda un silencia nada habitual sobre las circunstancias de su concepción.

Al comienzo del mito de Deméter-Perséfone (contado en detalle en el capítulo anterior), Perséfone era una muchacha sin preocupaciones que cogía flores y jugaba con sus amigas. De repente, apareció Hades con su carro que abrió la tierra y, tomo por la fuerza a la doncella, que reaccionó gritando, y regresó con ella al mundo subterráneo para que fuese su novia por la fuerza. Deméter no aceptó la situación, dejó el monte Olimpo, siguió intentando el retorno de Perséfone y finalmente forzó a Zeus a prestar atención a sus deseos.

Después, Zeus envió a Hermes, el dios mensajero, a buscar a Perséfone. Hermes llegó al mundo subterráneo y encontró desconsolada a Perséfone. Pero su desesperación se convirtió en alegría cuando descubrió que Hermes había venido a por ella y que Hades la iba a dejar partir. Sin embargo, antes de que le abandonase, Hades le dio algunos granos de granada, y ella los comió. A continuación montó en el carro con Hermes, que le llevó rápidamente ante Deméter.

Después de que la madre e hija reunidas se abrazaran llenas de alegría, Deméter preguntó con ansiedad si había comido algo en el mundo subterráneo. Perséfone contestó que había comido granos de granada porque Hades la había forzado “de manera violenta, y contra su voluntad” a comerlos (lo cual no era verdad). Deméter aceptó esta versión que dio pie al siguiente modelo cíclico: si Perséfone no hubiera comido nada, habría sido completamente devuelta a Deméter; sin embargo, por haber comido los

granos de granada, aquélla debería pasar un tercio del año en el mundo subterráneo con Hades, y los dos tercios restantes en el mundo de arriba, con Deméter.

Más adelante, Perséfone se convirtió en la reina del mundo subterráneo. Siempre que los héroes o las heroínas de la mitología griega descendían al reino de abajo, Perséfone estaba allí para recibirles y ser su guía. (Nadie la encontró ausente. Nunca había un signo en la puerta indicando: “Se ha ido a casa con su madre”, a pesar de que el mito de Perséfone-Deméter decía que ella lo hacía dos tercios del año).

En la *Odisea*, el héroe (Ulises) viajó al mundo subterráneo, en donde Perséfone le mostró las almas de las mujeres de fama legendaria. En el mito de Psique y Eros, la última tarea de Psique fue la de descender al mundo subterráneo con una caja, para que Perséfone la llenara con ungüento de belleza para Afrodita. El último de los doce trabajos de Heracles (Hércules) también le condujo hasta Perséfone. Heracles tenía que obtener el permiso para llevarse a Cancerbero, el feroz perro guardián de tres cabezas, al que sometió y encadenó.

Perséfone contendió con Afrodita por la posesión de Adonis, el bello joven que era amado por las dos diosas. Afrodita había encerrado a Adonis en un arca y se lo envió a Perséfone para que lo guardase en seguridad. Pero, al abrir el arca, la reina del mundo subterráneo se quedó prendada de su belleza, y se negó a devolverlo. Perséfone luchaba en aquel momento contra otra deidad poderosa por la posesión de Adonis, lo mismo que Deméter y Hades lo habían hecho por ella. La disputa fue elevada ante Zeus, que decidió que Adonis debía pasar un tercio del año con Perséfone, otro tercio con Afrodita y el otro tercio debía quedar a su libre arbitrio.

Perséfone, el arquetipo

Al contrario de Hera y Deméter, que representan patrones arquetípicos vinculados a fuertes sentimientos instintivos, Perséfone como patrón de personalidad no siente este impulso. Si es Perséfone quien proporciona la estructura de la personalidad, predispone a una mujer a no actuar, sino a dejarse actuar en función de los demás: a ser complaciente en la acción, pero pasiva en su actitud. Perséfone, la doncella, también hace que una mujer parezca eternamente joven.

La diosa Perséfone tenía dos aspectos: como la Koré y como reina del mundo subterráneo. Esta dualidad también está presente como dos patrones arquetípicos. Las mujeres pueden ser influenciadas por uno, o por los aspectos, pueden desarrollarse a través del uno o del otro, o pueden tener a ambos presentes en sus psiques.

La Koré: la doncella arquetípica

La Koré era la "doncella sin nombre"; representa a la joven adolescente que no sabe "quién es" y todavía no es consciente de sus deseos y de sus propias fuerzas. La mayoría de las jóvenes atraviesan una fase de ser "la Koré" antes de casarse o de decidirse por una profesión. Otras mujeres permanecen doncellas durante toda su vida. No se comprometen con una relación, un trabajo o un objetivo de formación aunque, de hecho, puedan tener una relación, un trabajo, estar haciendo el bachillerato o incluso estudiar en una facultad. Hagan lo que hagan, no parece que sea "de verdad". Su actitud es la de la eterna adolescente, indecisas sobre quién o qué quieren ser cuando "crezcan", a la espera de que alguien o algo transforme sus vidas.

Hijas de la madre

Perséfone y Deméter representan un patrón común madre-hija, en el que una hija está demasiado cercana a una madre para desarrollar un independiente sentimiento de sí misma. El lema de este tipo de relación es “madre sabe más”.

La hija tipo Perséfone quiere agradar a su madre. Su deseo la impulsa a ser “una buena chica” obediente, complaciente y, con frecuencia, defendida o “protegida” de la experiencia que comporta el más mínimo riesgo. Este modelo tiene su eco en la rima de la Mother Goose:

> “Madre, ¿puedo nada?”
> “Claro que sí, hija amada.
> Cuelga tus vestidos en la rama del nogal,
> pero del agua alejada.

Aunque la madre parece ser fuerte e independiente, esta apariencia suele ser engañosa. Puede que refuerce la dependencia de su hija para mantenerla cerca. O tal vez necesite que su hija sea una extensión de sí misma, a través de la cual vive por delegación. Un ejemplo clásico de este tipo de relación es la madre directora de escena y la hija actriz.

A veces, el padre es el tipo de padre dominante y entremetido que hace que su hija sea cada vez más dependiente. Su actitud supercontroladora puede también ser engañosa y encubrir un apego emocional demasiado cercano respecto a su hija.

Además de la dinámica familiar, la cultura en la que vivimos también condiciona a la niña a equiparar la feminidad con la conducta pasiva y dependiente. Se les

estimula para que sean Cenicientas que aguardan a que venga el Príncipe, y Blancanieves a la espera de ser despertadas. La pasividad y la dependencia son los problemas esenciales de muchas mujeres, porque el entorno refuerza el arquetipo y, de este modo, dejan de desarrollarse otros aspectos de la personalidad.

“Mujer ánima”

M. Esther Harding, una distinguida analista junguiana, empezó su libro *The Way of all Women* describiendo el tipo de mujer que es “todo para todos los hombre”. Este tipo es la “mujer ánima” que “se pone guapa para él, se adapta a sus deseos, le encanta y hace lo qua a él le gusta”. “No es bastante consciente de sí misma como para poder dar una imagen de cómo es su vida subjetiva”. “No suele tener conciencia de sí misma; no se analiza a sí misma ni examina sus motivos; siempre es; en una gran medida es incapaz de expresarse”[1].

Harding describió la facilidad con la que una “mujer ánima” recibe la proyección de la imagen consciente de mujer (dicha ánima) por parte de un hombre y se amolda a esta imagen. Harding describe que: “es como un cristal con muchas caras, que cambia automáticamente sin ningún acto de volición por su parte… mediante esta adaptación se presenta a la vista, primero una faceta y después otra, y esa faceta que refleja mejor su ánima es la que siempre se presenta ante el observador”[2].

La receptividad innata de una mujer tipo Perséfone la hace muy maleable. Si personas significativas proyectan una imagen o esperanzas sobre ella, no se resiste desde el principio. Su patrón de comportamiento es ser como un camaleón, para “probarse” cualquier cosa que los demás esperen de ella. Es esta cualidad que la predispone a ser

una “mujer ánima”; inconscientemente se amolda a lo que el hombre quiere que sea. Con uno es una entusiasta tenista que encaja en el club de tenis local; en la siguiente relación se encuentra encima de la moto de él rigiendo por la autopista; en una modelo para el tercero, que la punta como inconsciente e ingenua: lo que ella es realmente a los ojos de él.

Mujer-niña

Antes de su rapto, Perséfone era una mujer-niña que no era consciente de su atracción sexual ni de su belleza. Esta combinación arquetípica de sexualidad y de inocencia impregna la cultura de los Estados Unidos, en donde la mujer que es considerada deseable es una gatita sexual, una mujer con la pose de los desnudos de la revista *Playboy*. En la película *La pequeña*, por ejemplo, Brooke Shields representaba la mujer-niña arquetípica: una niña virgen y deseable de doce años en un prostíbulo, cuya virginidad era vendida al mejor postor. Esta imagen fue continuada en sus siguientes películas. *El lago azul* y *Amor sin fin*, y en sus anuncios para los “tejanos” Calvin Klein. Al mismo tiempo, los medios de comunicación la describían como una hija de la madre tipo Perséfone, protegida y obediente, que gobernaba con firmeza su carrera y su vida.

Una mujer Perséfone no necesita ser joven o sexualmente inexperta para carecer de un sentimiento de sí misma como una mujer sensual o sexual. Mientras siga siendo psicológicamente la Koré, su sexualidad no está despierta. Aunque le gusta atraer a los hombres, carece de pasión y probablemente es anorgásmica.

En Japón, aún más que en los Estados Unidos, la mujer ideal se parece a Perséfone. Es silenciosa, recatada, complaciente, sabe que nunca debe decir directamente no:

es educada para evitar perturbar la armonía con desacuerdos o siendo desagradable. La mujer japonesa ideal permanece con encanto en segundo plano, pero se anticipa a las necesidades de los hombres y externamente acepta su destino.

Guía del mundo subterráneo

Aunque la primera experiencia de Perséfone con el mundo subterráneo fue como víctima de un secuestro, más adelante se convirtió en la reina del mundo subterráneo, en la guía para los que lo visitaba. Al igual que en el mito, este aspecto del arquetipo de Perséfone se desarrolla como resultado de la experiencia y del crecimiento personal.

Simbólicamente, el mundo subterráneo puede representar capas más profundas de la psique, un lugar en donde los recuerdos y los sentimientos han sido “enterrados” (el inconsciente personal) y en el que se encuentras las imágenes, los modelos, los instintos y los sentimientos que son arquetípicos y que la humanidad comparte (el inconsciente colectivo). Cuando se exploran estas zonas en el análisis, se producen imágenes del mundo subterráneo en los sueños. La persona que sueña puede estar en un sótano, frecuentemente con muchos pasillos y habitaciones que son a veces como laberintos. O tal vez se encuentre en un mundo subterráneo en una cueva profunda, en donde encuentra gente, objetos o animales y está sobrecogida, atemorizada o interesada, según tema o no este reino dentro de ella.

Perséfone, la reina y guía del mundo subterráneo, representa la capacidad de ir y venir entre la realidad basada en el ego, o mundo “real”, y el inconsciente, o la realidad arquetípica de la psique. Cuando está activo el arquetipo de Perséfone, para una mujer es posible mediar

entre los dos niveles e integrarlos ambos en su personalidad. También puede servir como guía para los demás que “visitan” el mundo subterráneo en sus sueños y fantasías, o ayudar a las personas que son “secuestradas” y que pierden el contacto con la realidad.

En *I never Promised you a Rose Garden*, Hannah Green escribió su historia autobiográfica de la enfermedad, hospitalización y recuperación de una adolescente esquizofrénica de dieciséis años que se retiró de la realidad al cautiverio de un reino imaginario. Green tuvo que recordar de manera vívida su experiencia para describirla. Inicialmente, “el reino de Yr” fue su refugio, un mundo de fantasía que tenía su propio “calendario secreto”, su propia lengua y caracteres. Pero más adelante, este mundo “subterráneo” se convirtió en una realidad terrorífica. Ella llego a estar prisionera del mismo y a no poderlo abandonar; “no podía ver excepto contornos, gris sobre gris, planos sin dimensiones como en una imagen”[3]. Esta joven era una Perséfone raptada.

Ex-pacientes psiquiátricos, como Perséfone, pueden asistir a otros para atravesar el mundo *subterráneo. I never Promised you a Rose Garden*, de Hannah Green, la novela de Silvia Plath, *The Bell Jar* y su poesía, junto con las canciones de Doree Previn han servido para guiar a otras personas que eran arrastradas a las profundidades y necesitaban ayuda para dar un sentido a su experiencia. Estas mujeres eran pacientes psiquiátricas hospitalizadas que se recuperaban y escribían acerca de sus “raptos” dentro del mundo de la decisión y de la locura. También conozco terapeutas magníficas que, cuando eran jóvenes, habían sido hospitalizadas a causa de enfermedades psiquiátricas. Durante un tiempo habían “permanecido cautivas” por elementos del inconsciente y habían perdido el contacto con la realidad ordinaria. Gracias a su experiencia de primera

mano sobre las profundidades y a su recuperación, después podía ser especialmente útiles a los demás. Estas personas conocen cómo caminar en el mundo subterráneo.

Por último, algunas conocen a Perséfone, la guía, sin haber tenido la experiencia de ser una Koré cautiva. Esto es así para muchas terapeutas que trabajan con los sueños y las imágenes que surgen en la imaginación de sus pacientes. Éstas poseen una receptividad hacia el inconsciente sin haber sido presas de él. Saben de manera intuitiva y están familiarizadas con el reino subterráneo. Perséfone, la guía, forma parte de la psique de esta persona; es el arquetipo que produce el sentido de familiaridad que siente la persona cuando encuentra el leguaje simbólico, los rituales, la locura, las visiones o la experiencia mística extática.

Símbolo de la primavera

Perséfone, la Koré, o la “doncella sin nombre”, es algo familiar para muchas mujeres en la fase de sus vidas en las que eran jóvenes, indecisas y estaban llenas de posibilidades. Era el momento en el que esperaban que algo o alguien diese forma a sus vidas, antes de que otro arquetipo (cualquier otro) se activase e iniciase otra nueva fase. En las estaciones de la vida de una mujer, Perséfone representa la primavera.

Lo mismo que la primavera sigue cíclicamente al periodo de barbecho precedido por la cosecha y a los estériles meses de invierno, trayendo calor, más luz y un nuevo reverdecer, Perséfone es reactivada en las mujeres tras un tiempo de de pérdida y depresión. Cada vez que Perséfone vuelve a surgir a la superficie en la psique de una mujer, puede volver a ser receptiva a nuevas influencias y cambios.

Perséfone es la juventud, la vitalidad y el potencial para un nuevo crecimiento. Las mujeres que tienen a Perséfone como parte de ellas pueden permanecer receptivas al cambio y jóvenes en espíritu toda la vida.

El cultivo de Perséfone

La receptividad del arquetipo de Perséfone es la cualidad que muchas mujeres necesitan cultivar. Esto es especialmente así para las mujeres tipo Atenea y tipo Artemisa centradas, que saben lo que quieren y actúan con decisión. No actúan con eficacia cuando encuentran una falta de claridad acerca de cómo y de cuándo proceder, o cuando dudan acerca de cuál es la prioridad esencial. Para actuar de manera eficaz, necesitan cultivar la capacidad de Perséfone de esperar a que la situación cambie o a que los sentimientos se clarifiquen.

La capacidad de ser abierta y flexible (o maleable) que tipifica a Perséfone (a veces, hasta la exageración) son atributos que también suelen necesitar desarrollar las mujeres tipo Deméter y tipo Hera, si quedan atrapadas en sus expectativas (Hera) o en su convencimiento de que ellas saben hacerlo mejor (Deméter).

Para cultivar las cualidades de Perséfone, el primer paso es atribuir un valor positivo a la receptividad. Puede desarrollarse una actitud receptiva hacia otras personas escuchando lo que tienen que decir, intentando considerar las cosas desde su perspectiva y reteniéndose de emitir juicios críticos (o prejuicios).

También puede desarrollarse una actitud receptiva hacia la propia psique. Un primer paso necesario es la benevolencia hacia una misma (en vez de ser impaciente y autocrítica consigo misma), especialmente durante los periodos en los que una mujer siente que “está en

barbecho”. Muchas mujeres aprenden que los periodos de barbecho pueden ser treguas que preceden al brote de actividad o creatividad, sólo después de que han aprendido a aceptarlos como una fase y no como un pecado.

Cultivar los sueños suele resultar muy gratificante. El esfuerzo de recordarlos y de escribirlos cada mañana mantiene vivas las imágenes. Cuando se hace, surgen con frecuencia comprensiones internas de su significado. También puede ser desarrollada la percepción extrasensorial por muchas personas, cuando intentan captar las imágenes que se presentan de manera espontánea en sus mentes y aprender a ser receptivas a las misma.

Perséfone, la mujer

Perséfone, la mujer, tiene una cualidad de juventud. De hecho, puede parecer más joven de lo que es o puede que tenga algo de “infantil” en su personalidad, una especie de “cuida de mí”, que puede permanecer en la mediana edad y posteriormente. Pienso en la mujer Perséfone como alguien que tienen una cualidad cimbreante, que se pliega para adaptarse a las circunstancias o cuando está ante personalidades más fuertes. Ir primero en una dirección y después en otra, según cómo “sople el viento”: salta hacia atrás cuando surge una fuerza delante, permaneciendo incólume de alguna manera a experiencias significativas, a menos que se comprometa en algo que la cambie.

La joven Perséfone

La típica pequeña Perséfone es una “niña buena”, tranquila, sin pretensiones, la clase de niña que suele estar vestida de rosa y con volantes, como una muñeca. Suele ser

una niña de buena conducta, que quiere agradar, hace lo que dicen, y se pone lo que eligen para ella.

Una madre hipersolícita agrava la propia tendencia de la pequeña Perséfone a ser prudente y complaciente, si desde la infancia trata a su hija como a una frágil muñeca que necesita protección y supervisión. Cuando está más preocupada de que su pequeña niña pueda caerse y hacerse daño, que encantada cuando su hija da sus primeros pasos balbuceando, está enviando el primero de los muchos mensajes similares que equipara el intentar algo nuevo —y por tanto, la dificultad— con el riesgo y la preocupación. Cuando reprende a su hija por intentar algo por sí sola, diciéndole: “deberías haberme consultado primero”, su mensaje en realidad es: “espérame para que te ayude”. El consejo tácito es: “sigue siendo dependiente”.

Existen muchas probabilidades de que una joven Perséfone sea una niña tímida que se muestra reservada por naturaleza, porque prefiere observar primero y unirse al grupo después. Prefiere mirar primero desde fuera hasta saber cómo van las cosas y cuáles son las reglas, en lugar de meterse de lleno en algo y aprender a la primera, como lo haría una niña extravertida. Necesita imaginarse a sí misma haciendo algo antes de decidir si quiere o no participar en ello. Pero su madre suele tergiversar su introversión natural tomándola por timidez. Al empujarla para hacer algo antes de estar preparada para ello, una madre extravertida y bienintencionada no deja a su hija Perséfone el tiempo para descubrir cuáles son sus verdaderas preferencias. Presionada para decidirse rápidamente, una joven Perséfone hará lo que agrada a lo demás en lugar de resistirse y, de esta manera, aprende a ser pasiva.

Por contraste, si la ayudan, una joven Perséfone también puede aprender a confiar en su propia vía interior para saber qué es lo que quiere hacer. Gradualmente aprende a confiar

en su estilo de receptividad interna y empieza a fiarse de su capacidad para tomar decisiones, según su manera de ser y en el momento adecuado. Sus preferencias le han llegado de una manera subjetiva y éstas son adecuadas para ella, aunque no puede afirmar sus razones, porque siente por dentro lo que tienen que hacer y no puede explicarse de una manera lógica.

Los padres

Una hija Perséfone suele ser una “niña pequeña de su mamá” inmovilizada en su modelo de relación con su madre tipo Deméter-Perséfone. Este tipo de madre suele tratar a la hija como una extensión de sí misma, lo cual contribuye a su propia autoestima o a disminuirla. Este modelo puede tener como resultado una relación en la que la psique de la madre y la de la hija se solapan. La madre decide las fiestas de su hija, sus lecciones de piano o de danza, e incluso elige a sus amigas, como si estuviera haciendo de madre de sí misma. Proporciona a su hija lo que ella misma quería o echaba en falta cuando era niña, sin considerar que su hija puede tener necesidades diferentes.

Una hija Perséfone no hace mucho para contradecir la impresión de que quiere las mismas cosas que su madre quiere para ella. Por propia naturaleza, es receptiva y complaciente, y siempre desea agradar. (En cambio, las pequeñas Ateneas y Artemisas, a la edad de dos años dicen claramente que no a los vestidos que no quieren ponerse o a los esfuerzos de distraerlas de algo que estén intentando hacer).

Una madre Atenea orientada hacia su profesión que tenga una hija Perséfone, tal vez se pregunte: ¿Cómo he podido llegar a tener una pequeña princesa así? Puede que disfrute en un momento de ser la madre de esta niña, y estar

frustrada, en otro momento, por la aparente indecisión y la incapacidad de su hija para explicar lo que está pasando. La frustración de una madre Artemisa es diferente. Puede aceptar con más facilidad los sentimientos subjetivos de su hija; su irritación se dirige más bien hacia la falta de voluntad de ésta. La exhorta a que se levante por sí misma cuando cae. Tanto la madre Artemisa como la madre Atenea pueden ayudar a sus hijas Perséfone a desarrollar las cualidades que ellas valoran o, en caso contrario, les infundirán un sentimiento de inadecuación.

Muchas Perséfone jóvenes no tienen relaciones cercanas con sus madres. Puede que el padre haya sido desalentado por la posesividad de una madre Deméter, que quería una relación muy exclusiva con la hija. O si era un marido tradicional que se enorgullecía de no cambiar nunca un pañal, tal vez escogiera permanecer al margen, como hacen algunos hombres que dejan que la hija sea educada por la madre, pero ponen un interés especial y activo en el hijo.

Idealmente una joven Perséfone debería haber tenido padres que respetasen se manera interna de ser lo que era importante para ella y confiar en sus conclusiones. Son padres que han aprendido a valorar la introversión en sí mismos.

Adolescencia y primeros años de vida adulta

La experiencia escolar de la joven Perséfone suele ser la continuación de los primeros años de su vida. Como ha crecido en una relación tipo “mamá lo sabe todo”, su madre va de compras con ella, elige sus vestidos e influye en la elección de sus amigos, intereses y citas. Igualmente, al vivir por sustitución la experiencia de su hija, tal vez devore los detalles de sus citas y actividades, y espere que ésta confíe en ella y comparta sus secretos.

Sin embargo, las adolescentes necesitan conservar algunos secretos y mantener algo de intimidad. En esta fase de su crecimiento, un padre o una madre excesivamente entrometidos perturban el desarrollo de una identidad separada. Al compartir su propia experiencia, una hija adolescente permite a su madre colorear lo que debería ser su propia experiencia. Las angustias, opiniones de su madre influyen sus percepciones.

Es típico que una mujer Perséfone de clase media o clase alta vayan a la universidad porque es donde se supone que tienen que ir las jóvenes de su clase y condición social, el equivalente contemporáneo de los prados en donde jugaban Perséfone y sus amigas. La formación suele ser un pasatiempo para ese tipo de jóvenes, pero no un requisito previo de tipo ocupacional. Le cuenta hacer las tareas y los ejercicios, ya que se distrae con facilidad y/o carece de confianza. Es típico que pruebe varias carreras posibles. Si se las arregla para continuar una de ellas, con frecuencia lo hace por descarte, o por seguir la vía de menor resistencia, más que por una elección activa.

Trabajo

Puede que la mujer Perséfone se quede en una "estudiante profesional", o puede que se ponga a trabajar. Ya sea al acabar los estudios secundarios o los estudios universitarios, tiende a tener una serie de trabajos, más que a permanecer en una profesión o en una carrera, y gravita alrededor de donde se encuentra su familia o sus amigas. Cambia de un trabajo a otro con la esperanza de que uno de ellos sea el que realmente le interese. O tal

vez sea despedida por no cumplir los plazos establecidos o por faltar demasiado al trabajo.

Las mujeres Perséfone tienen mejores resultados en trabajos que no exigen iniciativa, constancia o capacidades de supervisión. Es muy eficaz cuando tienen un jefe al que quiere agradar, y que le asigna tareas para cumplir inmediatamente. En tareas a largo plazo, Perséfone suele irlas aplazando. Actúa como si esperase ser rescatada de la tarea a realizar o como si tuviera todo el tiempo del mundo par llevarla a cabo. Cuando resulta que no sucede ninguna de las dos cosas, se encuentra desprevenida. A lo más, consigue que el trabajo que ha hecho en una esfuerzo de último minuto, tras pasar toda la noche en vela.

Aunque el trabajo nunca es importante para una mujer que se parece a la Koré, la situación cambia totalmente si madura hasta convertirse en la reina del mundo subterráneo. Entonces es probable que entre en un campo creativo, psicológico o espiritual; por ejemplo, trabajar como artista, poesía, terapeuta o persona psíquica. Haga lo que haga, habitualmente es algo profundamente personal y con frecuencia heterodoxo; trabaja de una manera enormemente personal, normalmente sin los títulos académicos "adecuados".

Relaciones con las mujeres

Una joven Perséfone se encuentra a gusto con otras mujeres jóvenes que son como ella. Suele ser una hermana de la hermandad femenina durante los estudios secundarios y universitarios, y suele participar en nuevas situaciones, más en compañía de otras jóvenes que por sí sola.

Si es guapa, atrae con frecuencia amigas que no se consideran demasiado femeninas, que proyectan en ella su propia feminidad no desarrollada, y que después la tratan como a alguien especial. Su ha sido tratada como una persona frágil y muy preciada durante toda su vida, considerará este tratamiento como alfo que se le debe. Su amiga más íntima suele ser una joven con una fuerte personalidad. El arquetipo de Perséfone evoca respuestas maternales en las compañeras y en las mujeres de mayor edad, que la hacen favores y miran por ella.

Relaciones con hombres (que prefieren a las jóvenes)

Con los hombres, una mujer Perséfone es una mujer-niña, con una actitud de joven permanente y de no autoafirmación. Encaja en

el modelo de Perséfone la Koré, como la menos diferenciada y amenazante de todas las diosas. Lo expresa cuando dice: "Hagamos lo que quieras".

Tres clases de hombres son atraídos hacia las mujeres Perséfone: hombres que son tan jóvenes e inexpertos como ella; "hombres rudos", que son atraídos por su inocencia y fragilidad, y hombres que se encuentran incómodos con mujeres "maduras".

La etiqueta "amor juvenil" encaja con la primera categoría. En este tipo de relaciones durante los estudios secundarios y universitarios, ambos jóvenes exploran, como iguales, el estar con el sexo opuesto.

La segunda categoría empareja a Perséfone —"la joven agradable de una buena familia arquetípica"— con un hombre rudo criado en la calle. Éste está fascinado por su chica protegida y privilegiada tan opuesta a él. A su vez, ella queda cautivada por su magnetismo personal, aura sexual y personalidad dominante.

La tercera categoría estereotípica abarca hombres que, por razones diversas, se encuentran incómodos con "mujeres maduras". El tipo de relación "mayo-diciembre" entre un hombre maduro y una mujer más joven, por ejemplo, constituye una exageración de este modelo arquetípico

patriarcal. Se supone que el hombre debe ser mayo, con más experiencia, más alto, más fuerte y más listo que la esposa. Se supone que la mujer ha de ser más joven, con menos experiencia, más pequeña, más frágil, con menos formación y menos inteligente. Quien encaja más en esta tipología es una joven Perséfone. Además, Perséfone es totalmente distinta a la imagen que muchos hombres tienen de la "madre" —como mujer poderosa y difícil de comprender—, que constituye una de las razones por la que a algunos hombres les gusta las chicas más jóvenes que ellos. Con una mujer Perséfone, un hombre siente que puede ser percibido como un hombre poderoso y dominante, cuyas ideas y autoridad no son desafiadas. También siente que puede ser inocente, sin experiencia o incompetente, sin ser criticado por ello.

La relación con un hombre puse ser el medio a través del que una mujer Perséfone se separa de una madre dominante. Entonces atraviesa una fase en la que es Perséfone "el instrumento": el objeto a poseer en una lucha de pode entre su madre y un hombre. Se enamora de una hombre que no gusta a su madre, alguien diferente del "joven amable" con que ésta pensaba. A veces, Perséfone escoge a un hombre de una clase social diferente, o incluso de otra raza. Puede que la

madre ponga objeciones a su personalidad, del tipo:"es desconsiderado y rudo", o "es desagradable… siempre tienen que llevar la contraria". Tal vez él sea la primera persona que no ha tratado a su hija como una "princesa mimada" y que no la aguanta cuando juega este papel. Su madre se queda horrorizada. Confiada en que puede influir en su hija habitualmente complaciente, la madre reprueba su elección. Se queja de la personalidad, del carácter o del pasado del hombre, poniendo en cuestión a veces también el juicio, la competencia y la moralidad de su hija. Con frecuencia la madre reconoce que él es un adversario potencial: de hecho, su capacidad para oponerse a su madre era una de las razones por las que la hija Perséfone se vio atraída por él.

Ahora, por primera vez en su vida, la hija Perséfone puede estar reñida con su madre y sus normas de conducta de buena chica. Quizá, su madre o su familia le prohíban ver al hombre que ha escogido. Tal vez ella lo acepte (en lugar de desafiarles abiertamente) y le vea a escondidas. O puede que intente convencer a su madre de sus buenas cualidades.

Después de un cierto tiempo de lucha, el hombre suele pedirle que se enfrente a su madre o abandone su intento de conseguir su

aprobación. Tal vez le pida que se case, que viva con él o que cambie de lugar con él, o que deje de tener contacto con su madre. Atrapada entre los dos, ella vuelve con su madre y juega el papel de hija recuperada y complaciente, o comparte su destino con él y consuma la ruptura.

Si ella se separa literal o simbólicamente de su madre, puede haber empezado su proceso de convertirse en un ser humano separado y autónomo. (Lo hace a riesgo de cambiar una madre dominante por un hombre dominante; pero normalmente, por haber desafiado a su madre, ha cambiado y no es la persona complaciente que fue en otros tiempos). La reconciliación con su madre puede llegar más adelante, después de haber obtenido independencia emocional.

Sexualidad

Una mujer que se encuentra en la fase de Perséfone, la doncella, es como la Bella Durmiente o como Blancanieves, con su sexualidad dormida o inconsciente, a la espera del príncipe que llegue a despertarlas. Muchas Perséfones son despertadas a la sexualidad más tarde. Descubren entonces que son mujeres apasionadas y orgásmicas; descubrimiento que tienen un efecto positivo

en su autoestima. Antes se sentían como niñas que se disfrazan de mujeres. (Este aspecto de Perséfone se expone más adelante en este mismo capítulo).

Matrimonio

El matrimonio es algo que le "sucede" con frecuencia a una mujer Perséfone. Queda "secuestrada" dentro del matrimonio cuando un hombre quiere casarse y la convence para que diga "sí". Si es una típica Perséfone, tal vez no esté segura de que quiera casarse. Es arrastrada por la insistencia y certidumbre del hombre y es influida por el presupuesto cultural de que casarse es lo que se supone que debe hacer. Las mujeres tipo Perséfone, por naturaleza, personalidades "tradicionalmente femeninas". Ceden ante la persona más fuerte, son más receptivas que activas y no son competitivas ni agresivas. Los hombres las eligen, y no al revés.

Una vez casada, la mujer Perséfone quizá atraviese fases análogas al mito del Perséfone y se convierta en la novia forzada u objeto entre su marido y su madre. Puede que el matrimonio se vuelva también una situación no buscada de transformación, a través de la cual la eterna joven o doncella se convierte en una matrona casada, una madre o una mujer

sexual, cuando aquél activa los arquetipos de Hera, Deméter o Afrodita.

Un marido recién casado describía los dolorosos dramas entre él y su esposa tipo Perséfone: “Me trata como si yo fuera el responsable de haber arruinado su vida, cuando todo lo que yo había hecho era enamorarme de ella y querer casarme inmediatamente. La semana pasada necesitaba entregar un impreso en el banco, en un día cargado de citas, y le pedí que lo hiciera por mí: me acusó de tratarla como una criada. Sólo hacemos el amor cuando soy yo el que inicia la relación, y después actúa como si yo fuera un “violador”. Estaba confuso, enfadado y deprimido por lo que ocurría entre los dos. Pensaba que ella le trataba como si fuera un animal insensible y opresivo; se sentía herido e impotente porque su esposa reaccionaba cono si ella fuera una Perséfone cautiva, y él Hades, el secuestrador, que la tuviera prisionera.

Las mujeres Perséfone que son novias sin quererlo realmente sólo hacen un compromiso parcial. Se casan con reservas mentales. Una de ellas decía “Yo vivía con algunas compañeras de habitación” y tenía un trabajo aburrido. Él no era el príncipe azul con el que había soñado, pero quería las mismas cosas que yo creía tener —una casa y una familia— y

era un hombre formal; así que le dije "sí". Esta Perséfone estaba sólo parcialmente comprometida con su esposo. Desde el punto de vista emocional sólo pasaba parte de su tiempo casada, y el resto fantaseando sobre otros hombres.

Hijos

Aunque puede que una mujer Perséfone tenga hijos, no se sentirá auténticamente madre a menos que algo de Deméter se haya activado en ella. Puede seguir siendo una hija que piensa en su propia madre como en una "madre real" y de sí misma como en alguien que está jugando simplemente el papel. Una madre "entrometida" que como abuela, toma el control de su nieto, hace que la hija Perséfone se sienta incompetente, acentuando así su dificultad de ser una verdadera madre. Tal vez le diga: "Tú no sabes como cuidar a un bebé que necesita tanto; ¡déjamelo a mí"! O: "No tienes bastante leche para el bebé; tal vez deberías pasar al biberón". Estos comentarios típicos minan la autoconfianza de la hija.

Los hijos de una mujer Perséfone reaccionan a ella de varias maneras. Una hija tiene una voluntad más fuerte e ideas más claras que su madre Perséfone, puede que

acabe diciendo a su madre lo que ésta tiene que hacer, en lugar de que ocurra a la inversa. Cuando crece —a veces con sólo doce años—, puede que una hija invierta los papeles con una madre Perséfone dependiente. Cuando son adultas y miran hacía atrás recordando su infancia y su adolescencia, muchas de estas hijas dicen: "Yo no tuve una madre; yo era la madre". Si ambas, madre e hija, sin Perséfone, tal ves se vuelvan muy parecidas, especialmente si viven juntas y se hacen mutuamente dependientes la una de la otra. A medida que pasan los años, puede que parezcan hermanas inseparables.

Las madres Perséfone de hijos seguros d sí mismo pueden sentirse "desbordadas" por ellos. Incluso cuando empiezan a dar los primeros pasos, los niños pequeños pueden intimidarlas, ya que cuando éstos insisten y se enfadan, les parecen versiones en pequeño de hombres poderosos. Como es algo ajeno a una mujer Perséfone utilizar el poder en ningún tipo de relación, es improbable que muestre a un niño de este tipo "quién es el que manda". Puede que ceda ante sus demandas, no establezca los límites, y se sienta impotente y tratada como una víctima. O tal vez se encuentre una manera indirecta de cambiar el foco de atención: darle mimos para que cambie de humor, engatusarle para que varíe

el objeto de sus deseos, distraer su atención o disgustarle y hacer que se sienta culpable o avergonzado.

Algunos hijos e hijas de madres tipo Perséfone evolucionan positivamente por tener madres respetuosas que les quieren y admiran su espíritu de independencia, que es tan diferente del suyo. Una madre Perséfone puede también nutrir la imaginación de sus hijas/os y su capacidad de juego compartiendo con ellos estos aspectos de sí misma. Si ella misma ha evolucionado más allá de Perséfone, la Koré, puede conducirles a que valoren la vida interna como una fuente de creatividad.

En la mediana edad

Aunque el arquetipo de Perséfone, la Koré permanece eternamente joven, la mujer envejece. Cuando pierde su lozanía, puede obsesionarse con cada arruga y la línea de la cara. Surgen entonces barreras reales que le hacen tomar conciencia de que los sueños que en otro tiempo tuvo como algo posible están ahora más allá de su alcance. Una depresión de la mediana edad puede producirse cuneado esas realidades se le hacen obvias.

Si permanece identificada con "la doncella", puede que se esfuerce por negar la realidad. Tal vez se haga un "lifting" facial

cuando se concentra en intentar mantener la ilusión de juventud. Puede que su peinado y sus vestidos sean más adecuados para una mujer mucho más joven; quizás todo lo que haga sea en vano en su intento de parecer guapa, y que, con el paso de los años, su comportamiento sea cada vez menos adecuado. Para este tipo de mujer, la depresión está siempre a flor de piel.

Si ya no está identificada con Perséfone, la Koré, en la mediana edad —porque tomó responsabilidades o tuvo experiencias que la cambiaron—, evitará la depresión. En caso contrario, ésta será una encrucijada esencial en su vida que puede tener efectos positivos o negativos. Puede marcar el comienzo de una depresión permanente que la deje derrotada toda su vida. O puede marcar el final de una prolongada adolescencia y el comienzo de la madurez.

La tercera edad

Si a lo largo de su vida una mujer Perséfone ha evolucionado de Koré, a los sesenta y cinco años, o aún más adelante, puede tener la presencia regia de una anciana sabia, que conoce los misterios que dan sentido a la vida y a la muerte. Ha tenido experiencias místicas o psíquicas y ha abierto una fuente de

espiritualidad en lo profundo de sí misma, que disuelve sus miedos a envejecer y a morir. Si ha madurado, ha tomado responsabilidades, y ha desarrollado otros aspectos de sí misma, pero conservó su conexión con Perséfone, la Koré, una parte de sí permanece eternamente joven de espíritu.

En sus últimos años, también es posible que apenas quede un rasgo de Perséfone en una mujer que empezó su vida siguiendo este modelo, pero que en su juventud o en su mediana edad se le activó el modelo de Hera, de Deméter o de Afrodita. Si se sigue el peor de los guiones posibles de Perséfone, tal vez se haya recuperado de una depresión y haya permanecido, desde entonces, derrotada por la vida o apartada de la realidad, cautiva en su propio mundo subterráneo.

Dificultades psicológicas

La diosa Perséfone fue una hija despreocupada hasta que fue raptada y violada por Hades y, durante un tiempo, se convirtió en una novia a pesar suyo, indefensa y cautiva. Aunque fue liberada gracias a los esfuerzos de su madre, comió algunos granos de granada, lo que le valió tener que pasar una parte del año sobre la tierra con Deméter, y otra parte en el mundo subterráneo con

Hades. Sólo más adelante llegó a independizarse como reina y guía del mundo subterráneo. Cada una de las fases bien diferenciadas del mito tiene su correspondiente paralelismo en la vida real. Al igual que la diosa, las mujeres Perséfone pueden evolucionar a través de estas fases y madurar respondiendo a lo que les sucede. Pero también pueden estancarse en una de ellas.

A diferencia de Hera y de Deméter, que representan fuertes instintos a los que una mujer tiene que resistir con frecuencia para crecer internamente, Perséfone influye en que una mujer sea pasiva y complaciente. Así, fácilmente es dominada por los demás. De entre las siete diosas, la más indiferenciada y la que menos forma tiene se caracteriza por una falta de dirección y de impulso. De todas ellas, no obstante, también es la que presenta más vías posibles de crecimiento personal.

La identificación con Perséfone, la Koré

Vivir como la Koré significa ser la eterna niña que no se compromete a nada ni con nadie, porque elegir de una manera concreta elimina las otras posibilidades. Además, este tipo de mujer tiene la sensación de tener ante

sí todo el tiempo del mundo para decidirse, así que espera hasta que algo le haga actuar. Vive en la Tierra de Nunca Jamás, como Wendy con Peter Pan y los niños perdidos, jugando sin rumbo en la vida. Si quiere crecer, tienen que volver a la vida real. Por supuesto, Wendy eligió volver. Se despidió de Peter Pan y regresó a través de la ventana a la habitación de la infancia que había abandonado hacía tanto tiempo, sabiendo que entonces envejecería. El umbral que ha de atravesar una mujer Perséfone es psicológico.

Para crecer, una mujer Perséfone debe aprender a comprometerse y vivir de acuerdo con sus compromisos. Tiene dificultad en decir que sí y cumplir con lo que aceptó hacer. Cumplir plazos, acabar los estudios, casarse, criar un hijo, o permanecer en un trabajo con los cometidos difíciles para alguien que quiere jugar en la vida. El crecimiento exige que luche contra la indecisión, la pasividad y la inercia; debe decidirse y continuar comprometida cuando la elección deja de ser divertida.

Entre los treinta y los cuarenta, la realidad se introduce en la ilusión que se hace una mujer Perséfone de ser eternamente joven. Puede empezar a sentir que algo no funciona. Según el reloj biológico se le está pasando el tiempo de poder tener una hijo. Tal vez se dé

cuenta de que su trabajo no tiene futuro, o puede que se mire al espejo y vea que está envejeciendo. Cuando ve a las amigas de su entorno, cae en la cuenta de que éstas han madurado y le han dejado atrás. Tienen maridos y familias o están bien asentadas en sus respectivas carreras profesionales. Lo que hacen tiene realmente importancia para otras personas, y de alguna manera clara, aunque intangible, se diferencian de ella, porque la vida les ha afectado y les ha marcado su huella.

Mientras las actitudes de una mujer seas las de Perséfone, la Koré, nunca se casa, o lo hace, pero sin comprometerse "de verdad". Se resistirá al matrimonio porque lo ve desde la perspectiva arquetípica de la doncella, para la que el modelo de matrimonio equivale a la muerte. Desde el punto de vista de Perséfone, el matrimonio consistió en el rapto por parte de Hades, el portador de la muerte. Esta visión del matrimonio y del marido era totalmente diferente del modelo opuesto de Hera, del matrimonio como satisfacción, y de la esperanza de ésta sobre su marido Zeus como portador de la realización. La mujer Hera tiene que conocer al hombre y resistirse a hacer un mal matrimonio a causa de las esperanzas positivas que comporta el arquetipo. En caso contrario, quedará

desilusionada cuando el matrimonio no sea satisfactorio. En claro contraste, la mujer Perséfone debe oponerse al presupuesto sin fundamento de que el matrimonio es siempre un rapto o la muerte, contra los que se debe luchar o que hay que sufrir.

Los escollos de Perséfone: defectos de carácter

Cuando Perséfone se reunió de nuevo con Deméter, la primera pregunta que su madre le hizo fue: "¿Has comido algo en el mundo subterráneo?". Perséfone le respondió que había comido algunos granos de granada, y mintió diciendo que los había comido porque Hades le había obligado a ello. Perséfone hizo lo que quiso sin perturbar la imagen que su madre tenía de ella. Al dar la impresión de que no controlaba su propio destino y que, por ello, no podía responsabilizársele, realmente determinó su propia suerte. Al comerse las semillas, Perséfone garantizó que pasaría parte de su tiempo son Hades.

El carácter taimado, la mentira y la manipulación constituyen problemas potenciales de carácter para las mujeres Perséfone. Al sentirse indefensas y dependientes de otras personas más poderosas, pueden aprender a conseguir lo

que quieren de manera indirecta. Pueden esperar a que llegue el momento oportuno apara actuar, o utilizar la adulación. Tal vez sólo digan una parte de la verdad o mientan totalmente antes de enfrentarse directamente a otra persona.

Las mujeres tipo Perséfone suelen evitar el enfado. No quieren que la gente se enfurezca con ellas. Se sienten dependientes de la generosidad y de la buena voluntad de aquellas personas a las que perciben con más poder. Por ello suelen tratar a sus madres, padres, maridos, empleadores y maestros como patrones cuyos favores tienen que ganarse.

El narcisismo también es otro escollo que sortear para ganarse algunas mujeres Perséfone. Pueden llegar a estar tan ansiosamente centradas en sí mismas que pierden su capacidad para relacionarse con los demás. Sus pensamientos están dominados por cuestiones sobre sí mismas: "¿Qué aspecto tengo?, ¿soy suficientemente lista?, ¿parezco inteligente?". Y su energía se dirige hacia el maquillaje y la ropa. Este tipo de mujeres pasa mucho tiempo delante del espejo. La gente sólo existe para darles reflejos de ellas mismas, para proporcionarles superficies reflectantes en las que mirarse.

En el mundo subterráneo: la enfermedad psicológica

Durante una parte de su mito, —cuando estuvo cautiva en el mundo subterráneo—, Perséfone fue una doncella triste que no comía ni sonreía. Esta fase es análoga al periodo de enfermedad psicológica que deben atravesar algunas mujeres Perséfone.

Una mujer Perséfone es susceptible de sufrir una depresión cuando está dominada y limitada por personas que mantienen su dependencia de ellos. Una persona que no se expresa, acumula su cólera o sus diferencias en lugar de expresarlas o de cambiar la situación de una manera activa. En lugar de ello, se agarra a sus sentimientos negativos y se deprime (el enfado vuelto hacia dentro —que es represión— se convierte en depresión). Mas adelanta los sentimientos de aislamiento, inadecuación y autocrítica contribuyen a su depresión.

Cuando una mujer Perséfone se deprime, se trata de una depresión no espectacular, casi oculta, como el trabajo de la carcoma en la madera. Su personalidad, que se va retrayendo, retrocede todavía más, su pasividad se acentúa y sus emociones se vuelven inaccesibles. Ella parece endeble y sin

sustancia. Lo mismo que Perséfone al principio, cuando fue secuestrada en el mundo subterráneo, no come y no tiene nada que decir. La falta de sustancia se vuelve física y psicológicamente más marcada a medida que pasa el tiempo. Observar a una Perséfone deprimida es como mirar una flor marchita.

En cambio, una mujer Deméter deprimida no pasa desapercibida y ejerce un gran efecto sobre todos los que la rodean. Antes de estar deprimida, puede haber sido una persona esencial con mucha energía y, por lo tanto, se produce un cambio espectacular en su comportamiento cuando está deprimida, mientras que una mujer tipo Perséfone nunca tomó responsabilidades, y simplemente se marchita un poco más cuando está deprimida.

Además, una Deméter deprimida hace que todos los que la rodean se sientan culpables, impotentes o se enfaden por el reproche implícito que suscita. Por contraste, una Perséfone deprimida no produce estos sentimientos en los demás. En vez de ello, éstos se sienten separados de ella, que es quien se siente culpable, merecedora de reproche e impotente. Con frecuencia se siente inadecuadamente culpable por algo que dijo, pensó o hizo. En consecuencia, una Deméter deprimida constituye una presencia enorme en el centro del hogar, mientras que

una Perséfone deprimida parece que desaparece en las habitaciones interiores.

Algunas Perséfones se retiran a un mundo sombrío de imágenes internas, reflexiones y vida imaginaria; un mundo al que sólo ellas tienen acceso. Una mujer puede haber pasado demasiado tiempo sola o retirada en ese mundo, para liberarse de una madre "entrometida" o de un padre abusivo. Una de mis pacientes tipo Perséfone decía: "Yo tenía mis lugares especiales a donde iba a esconderme: detrás de la gran silla marrón que estaba en la esquila de la habitación, bajo mi árbol preferido cuyas ramas tocaban el suelo y me ocultaban a la vista de cualquiera… Pasaba horas enteras allí cuando era niña, soñando casi siempre, imaginando que estaba en cualquier otro lugar excepto en aquella casa con aquella gente".

A veces su preocupación respecto a su mundo interno la corta de la gente y ella se retira a su mundo, cuando el mundo real parece demasiado difícil o exigente. Sin embargo, en algún punto, lo que parecía un santuario puede convertirse en una prisión. Lo mismo que Laura, en la obra de Tennessee Williams El zoo de cristal, una mujer Perséfone puede encerrarse en su mundo de fantasía y ser incapaz de volver a la realidad ordinaria.

Al apartarse paulatinamente de la realidad, algunas Perséfones parecen caer en la psicosis, viven en un mundo lleno de imágenes simbólicas y simbolismo esotérico, y tienen percepciones distorsionadas de sí mismas. Algunas veces, la enfermedad psicótica puede servir como una metamorfosis, un camino para que tales mujeres rompan las limitaciones y las prohibiciones que estaban constriñendo sus vidas. Al volverse temporalmente psicóticas, pueden acceder a una gama más amplia de sentimientos y a una toma de conciencia más profunda de sí mismas.

Pero las personas psicóticas corren el riesgo de quedar cautivas en el mundo subterráneo. Algunas mujeres Perséfone (como Ofelia en la tragedia Hamlet de Shakespeare) evitan lo que está sucediendo realmente, volviéndose psicóticas cuando la realidad es demasiado dolorosa. No obstante, otras muchas atraviesan la experiencia con la ayuda de una terapia, y aprenden a evolucionar, a expresarse afirmándose y a volverse independientes.

Después que Perséfone emergiera del mundo subterráneo, Hécate fue su compañera permanente. Diosa de la luna oscura y de las encrucijadas, gobernaba sobre los reinos misteriosos de los fantasmas y de los

espíritus, la brujería y la magia. La mujer Perséfone que sale de una enfermedad psicótica, puede que obtenga un discernimiento reflexivo que intuye el significad simbólico de los acontecimientos. Muchas veces, cuando se recupera y vuelve al mundo desde el hospital, tienen una conciencia de otra dimensión, que puede simbolizarse como el tener a Hécate por compañera.

Vías de crecimiento personal

Para hacer un compromiso, una mujer Perséfone tiene que luchar con la Koré que hay dentro de sí. Debe decidir casarse y decir que sí sin cruzar mentalmente los dedos. Si lo hace, el matrimonio puede transformarla gradualmente y convertirla de una niña eterna en una mujer madura. Si se embarca en una carrera profesional, también tiene que adquirir un compromiso y permanecer en ella, para su crecimiento personal y para triunfar.

Una mujer Perséfone puede ir más allá de Perséfone, la Koré si tiene que enfrentar la vida por sí misma y cuidar sí. Para muchas hijas privilegiadas, la primera vez que es posible esta independencia es después de divorciarse. Hasta entonces, han hecho exactamente lo que se esperaba de ellas. Eran

hijas protegidas que se casaron con hombres jóvenes adecuados. En parte se divorcian porque consideran el matrimonio como una especie de cautiverio. No fueron transformadas por el matrimonio; en vez de ello, se dan cuenta después de que el divorcio se convierte en su rito de paso. Algunas mujeres Perséfone sólo son capaces de evolucionar cuando echan en falta a alguien que haga las cosas por ella o alguien a quien culpar. La necesidad se convierte en su maestra cuando tienen que enfrentarse a grifos que gotean, cuentas bancarias y a la necesidad de trabajar.

Una mujer Perséfone puede evolucionar en varias direcciones diferentes, que constituyen potenciales intrínsecos del arquetipo (que se exponen a continuación), mediante la activación de otros arquetipos de diosas (descritos a lo largo de este libro), o el desarrollo de su ánimus (descrito en el capítulo sobre Afrodita).

Volverse una mujer apasionada y sexual

La mujer Perséfone puede ser una mujer insensible a la relación sexual, que se siente violada, o simplemente una mujer complaciente cuando está en ella. Este tipo de

mujer puede que diga: "Cuando pasa una semana, sé que está enojado conmigo a causa de la relación sexual"; "mientras lo hacemos pienso en recetas de cocina"; "algunas veces realmente tengo dolor de cabeza" o "me disgusta hacerlo". Pero también puede transformarse en una señora sensual y sexualmente atractiva. He oído como esta transformación sucede con frecuencia en mujeres que ha visto en mi consulta, o en las esposas de hombres que me han hablado de ello.

De hecho, una iniciación sexual que pone a una mujer en contacto con su propia sexualidad es un potencial del arquetipo de Perséfone acorde con la mitología. Una vez Perséfone fue la reina del mundo subterráneo, tuvo una conexión o un vínculo con Afrodita, diosa del Amor y de la belleza. Perséfone puede representar el aspecto subterráneo de Afrodita; su sexualidad es más introvertida o una sexualidad durmiente. Según la mitología, Adonis fue amado tanto por Afrodita como por Perséfone. Y ambas diosas tuvieron igualmente como símbolo la granada.

Además, la aceptación de Perséfone de los granos de granada dados por Hades significaron que ella retornaría voluntariamente a él. Mediante este acto dejaba de ser novia a su pesar. Se convirtió en

su esposa y en la reina del mundo subterráneo, dejando de ser cautiva. En la vida real, a veces tras años de matrimonio, una esposa Perséfone deja de sentir que está prisionera de un marido opresivo y egoísta con el que ha estado casado con resentimiento. Empieza a sentir de otra manera sólo cuando es capaz de verle como un hombre vulnerable, decente e imperfecto, y puede apreciarle y amarle. Cuando cambia su percepción, puede que él sepa, por primera vez desde que se casaron, que ella está con él para quedarse y que, además, le quiere. En este nuevo concepto de confianza y de amo, tal vez ella tenga orgasmos por primera vez y le vea como a Dionisos, el evocador de la pasión, más que como a Hades, el secuestrador.

En la Grecia antigua, el espíritu embriagador de Dionisos eleva a las mujeres a alturas extáticas. Éste era venerado, en las fiestas de las montañas, por las mujeres griegas, que abandonan periódicamente sus respetables papeles tradicionales, sus hogares y casas, para participar en orgías religiosas. Dionisos las transformaba en apasionadas amantes. La tradición y el mito vinculan a Hades y a Dionisos: se decía que éste dormía en la casa de Perséfone durante sus reapariciones y en los intervalos entre las

mismas. El filósofo Heráclito dijo: "Hades y Dionisos, por lo que [las mujeres] se vuelven locas y se llenan de cólera, son lo mismo"[4].

Una mujer Perséfone contemporánea puede tener el mismo encuentro "dionisíaco" paralelo. Una mujer contaba: "Cuando dejé a mi marido, salí a buscar lo que haba estado echando en falta durante mi matrimonio. Descubrí que, en gran medida, lo que me faltaba se debía a mi manera de ser: tensa y bien educada, me vi a mí misma como la señorita Remilgada". En un café conoció a un hombre que se convirtió en su amante. Era muy sensual y la ayudó a tomar conciencia de "terminaciones nerviosas que antes ni siquiera sabía que existiesen".

El descubrimiento de una capacidad para la experiencia religiosa extática

La afinidad arquetípica de la diosa Perséfone con Hécate y Dionisos puede proporcionar una clave para las cualidades extáticas y numinosas de sacerdotisa que desarrollan algunas mujeres Perséfone. Éstas quedan embriagadas por el ritual y se sienten poseídas por un dios o una diosa. Dentro del cristianismo, pueden ser "carismáticas" que "tienen el don de las lenguas" cuando les guía el espíritu. Hoy día, con el renacimiento del

culto a la diosa, en el que las danzas en espiral evocan el espíritu de la diosa, algunas mujeres que parecen Perséfones ordinarias durante el día, se convierten en misteriosas amantes seguidoras de Hécate o de Dionisos durante la noche.

El desarrollo del potencial de mediums o personas psíquicas

Perséfone, como guía de los mortales que visitaban el mundo subterráneo para hablar a las sombras de la muerte, tenía una función metafóricamente similar a la de las mediums que dirigen sesiones y permiten a los espíritus de los muertos hablar a través de ellas, el carácter difuso de su personalidad con su receptividad generalizada y falta de centro de enfoque, también facilita la recepción de percepciones extrasensoriales. Para desarrollar la capacidad psíquica, una mujer Perséfone ha de trascender su identificación con la Koré para encontrar el elemento Perséfone-Hécate que no tiene miedo de lo misterioso, encuentra su hogar en el mundo subterráneo y sabe de manera intuitiva cuándo se encuentra en una encrucijada peligrosa y debe buscar una ruta más segura.

Volverse una guía del mundo subterráneo

Una vez que una mujer Perséfone desciende al interior de sus propias profundidades, explora el reino recóndito del mundo arquetípico y no teme volver a examinar de nuevo la experiencia, puede hacer de mediadora entre la realidad ordinaria y la no ordinaria. Ha tenido experiencias irracionales sobrecogedoras o terribles, visiones o alucinaciones, o un encuentro espiritual numinoso. Si puede transmitir lo que ha aprendido a través de ellas, puede convertirse en una guía para los demás. Por ejemplo, cuando estudiaba mi especialidad de psiquiatría, un libro escrito por "Renee", Autobiography of a Schizophrenic Gril, me proporcionó vívidas comprensiones internas de la experiencia subjetiva de ser psicótica[5]***. Una mujer Perséfone que ha estado en el mundo subterráneo y ha vuelto, también puede ser una terapeuta-guía con capacidad para conectar a otras personas con sus propias profundidades, guiándolas a encontrar el significado simbólico y la comprensión de lo que encuentra en ellas.***

11 – LAS DIOSAS ALQUÍMICAS

Afrodita

A Afrodita, diosa del amor y de la belleza, la sitúo en una categoría por derecho propio como la diosa alquímica, una calificación adecuada para el proceso mágico o poder de transformación que ella, por sí sola, poseía. Según la mitología griega, Afrodita era una presencia sobrecogedora que hacía que los mortales y las deidades (a excepción de las tres diosas vírgenes) se enamorasen y concibieran nueva vida. Con Pigmalión, convirtió una estatua en una mujer viva (por el contrario, Atenea convertía a las personas el piedra). Era ella quien inspiraba la poesía y los discursos persuasivos, y simboliza el poder transformador y creativo del amor.

Aunque tienen algunas características comunes con las diosas vírgenes y con las Diosas vulnerables, no pertenece a ninguno de estos dos grupos. Como la diosa que tuvo más relaciones sexuales, definitivamente Afrodita no fue una diosa virgen, a pesar de que se parecía a Artemisa, Atenea y Hestia en hacer lo que le placía. Tampoco fue una Diosa vulnerable a pesar de que se parecía a Hera, Deméter o Perséfone en estar vinculada a deidades masculinas y/o en tener hijas/os. Sin embargo, a diferencia de ellas, Afrodita nunca fue escogida como víctima y no sufrió como tal. En todas sus relaciones, los sentimientos de deseo fueron

recíprocos; nunca fue la víctima de la pasión indeseada de un hombre por ella. Valoraba más la experiencia emocional con los demás que su independencia de ellos (que era lo que motivaba a las diosas vírgenes), o los vínculos permanentes (que caracterizaban a las diosas vulnerables).

En tanto que la diosa alquímica, Afrodita tiene en común algunas similitudes con las otras dos categorías, aunque es intrínsecamente diferente de ambas. Para Afrodita, las relaciones son importantes, pero no como compromisos a largo plazo con otras personas (característicos de las diosas vulnerables). Afrodita busca consumar relaciones y generar nueva vida. Este arquetipo puede expresarse a través de la relación física a través de un proceso creativo. Lo que busca ella difiere de lo que buscan las diosas vírgenes, pero se parece a ellas en que es capaz de centrarse en lo que para ella tiene personalmente sentido; los demás no pueden apartarla de su meta. Y en cuanto que lo que ella valora, es puramente subjetivo y no puede medirse en términos de éxito o de reconocimiento. Afrodita es (paradójicamente) muy similar a la anónima e introvertida Hestia, que, aparentemente, es la diosa menos parecida a Afrodita.

Cualquier persona o cualquier cosa que sea impregnada de belleza por Afrodita es irresistible. Se produce una atracción magnética, se produce una “química” especial entre dos personas, y desean la unión por encima de cualquier otra cosa. Sienten un impulso de acercarse, de llegar al coito, a la consumación del acto, “conocer” al otro, según el término bíblico. Aunque este ímpetu puede ser puramente sexual, el empuje suele ser más profundo, y representa un impulso psicológico y espiritual. El término coita está relacionado con comunicación o comunión; consumación sugiere una incitación a la realización o perfección; unión es fundirse juntos como una misma persona, y conocer es entender realmente al otro. El deseo

de conocer y se conocido es lo que produce Afrodita. Si este deseo conduce a la intimidad física, de ella puede seguirse la fecundación y una nueva vida. Si la unión es también de mente, corazón y/o espíritu, se crea un nuevo crecimiento en las esferas psicológica, emocional o espiritual.

Cuando Afrodita influye en una relación, su efecto no se limita a lo romántico o a lo sexual. El amor platónico, la conexión del alma, la amistad profunda, la relación, la comprensión empática son, todas ellas, expresiones del amor. Allí donde se genere crecimiento, se apoye una visión, se desarrolle el potencial, se aliente una chispa de creatividad —como sucede en la actividad de hacer de mentor/a, consejero/a, padres, o la actividad de dirección, enseñanza, edición, psicoterapia y análisis—, allí está Afrodita influyendo en las personas involucradas.

Calidad de la conciencia: como “a la luz de las candilejas”

La calidad de la conciencia que se asocia con Afrodita es única. Las diosas vírgenes se asocian con la conciencia centrada y son arquetipos que posibilitan que las mujeres se concentren en lo que tiene importancia para ellas. La receptividad de las diosas vulnerables está igualada por su conciencia difusa. Pero Afrodita tiene una cualidad de conciencia propia, que yo llamo conciencia de Afrodita: está centrada, pero es receptiva; este tipo de conciencia incorpora el objeto de la atención, pero también se ve afectada por éste.

La conciencia de Afrodita se centra más y es más intensa que la conciencia difusa de las diosas vulnerables. Pero es una conciencia más receptiva y atenta al objeto de su atención que la conciencia centrada de las diosas vírgenes. Así pues, no es no como la lámpara de un cuarto de estar,

que ilumina todo lo que cae dentro del radio de su brillo, con una luz cálida y suave, ni como un foco o un rayo láser. Considero que la conciencia de Afrodita es como las luces de un teatro que iluminan el escenario. Lo que mantenemos a la luz de las candilejas refuerza, dramatiza o magnifica el impacto de la experiencia sobre nosotros. Incorporamos lo que vemos y lo que oímos y reaccionamos a ello. Esta iluminación especial contribuye a extasiarnos ante una sinfonía, conmovernos ante una obra de teatro o las palabras de un orador; los sentimientos, las sensaciones, las impresiones y los recuerdos salen de nosotros en respuesta a lo que vemos y oímos. A su vez, lo que están en escena puede llegar a ser inspirado por la audiencia, y dinamizados por la relación que sienten que se dirige hacia ello.

Lo que está “a la luz de los focos” absorbe nuestra atención. Somos arrastrados sin esfuerzo hacia lo que vemos y permanecemos relajados en nuestra concentración. Veamos lo que veamos, bajo la luz dorada de la conciencia de Afrodita, se vuelve fascinante: el rostro o el carácter de una persona, una idea acerca de la naturaleza del universo o la cualidad translúcida y la forma de una taza de porcelana.

Cualquiera que se haya enamorado alguna vez de una persona, de un lugar, una idea o un objeto, enfoca su atención sobre ellos con la conciencia de Afrodita. Pero no todos los que utilizan la conciencia de Afrodita están enamorados. El modo “enamorad” de Afrodita de considerar a la otra persona como si ésta fuera fascinante y bella, es característico de las mujeres que personifican el arquetipo, y es una manera natural de relacionarse y de tener información para muchas mujeres (y hombres) a las que les gusta la gente y enfocan deliberadamente toda su atención sobre ésta.

Las mujeres de este tipo incorporan a las personas de la misma manera que un conocedor de vinos considera y toma

nota de las características de un buen vino nuevo. Para apreciar totalmente esta metáfora, puede imaginarse a un enólogo disfrutando del placer de familiarizarse con un vino desconocido. Esta persona (ella o él) alza la copa a la luz para observar el color y la claridad del vino. Inhala el "bouquet" y toma un ligero sorbo para apreciar el carácter y cuerpo del vino; además saborea el gusto que queda después. Pero sería un error pensar que la "atención amorosa" y el interés que ha puesto en el vino significa que el vino en cuestión sea especial, de valor, o incluso que le haya gustado.

Ésta es la equivocación que suelen cometer las personas que responde a una mujer que utiliza la conciencia de Afrodita. Al caer en el brillo de su atención, la sienten cautivadora, como si ella activamente les hiciera reaccionar de una manera afirmativa (en lugar de objetiva o crítica). Éste es e estilo que ella tiene de ser auténtica y de involucrarse de manera momentánea en todo lo que le interesa. El efecto sobre los demás puede ser de seducción, pero también ser equívoco si su manera de interactuar crea la impresión de que ella está atraída o enamorada, cuando en realidad no lo está.

La conciencia de Afrodita, creatividad y comunicación

Mi propio descubrimiento de la conciencia de afrodita comenzó con la observación de que ni "la conciencia centrada" ni "la conciencia difusa" describía lo que yo hacía en mi trabajo psicoterapéutico. Al comparar mis observaciones con artistas y escritores descubrí que en un trabajo creativo entraba en funcionamiento una tercera modalidad, a la que llegue a llamar "la conciencia de Afrodita".

En una sesión de terapia observé que varios procesos están en marcha simultáneamente. Estoy absorta escuchando a mi paciente, que capta toda mi atención y compasión. Al mismo tiempo, mi mente está activa, haciendo asociaciones en relación a lo que estoy oyendo. Me vienen al espíritu cosas que ya conozco de la persona (tal vez un sueño del pasado que sé sobre su familia, un hecho anterior, o acontecimientos de este momento de su vida que pueden ser significativos). A veces surge una imagen, o se presenta una metáfora. O puedo tener una respuesta emocional propia respecto a lo que se dice o a la manera de expresarlo, que tomo en consideración. Mi mente trabaja activamente, pero de una manera receptiva, estimulada por mi absorta concentración en la otra persona.

Lo que respondo en una sesión de análisis es como parte de un gran mosaico: un detalle importante de una imagen mucho más amplia —sólo parcialmente completada— de esa persona que hace una terapia conmigo, y que es alguien con quien estoy involucrada en un proceso recíproco. Si estamos comprometidos en un trabajo de transformación, se genera entre nosotras un campo emocional suficientemente poderoso como para que nos afecte a las dos. Como señalaba Jung, el análisis implica la totalidad de ambas personalidades. Tanto las actitudes conscientes como los elementos inconscientes del doctor/a y del —o de la paciente— están implicados en un proceso en el que ambos/as se ven profundamente afectados/as: “Que se encuentren dos personalidades es como mezclar dos sustancias químicas diferentes: se produce cualquier clase de combinación, ambas quedan transformadas”[1].

Al dedicarme a la terapia, gradualmente tomé conciencia de que —además de de la conciencia de Afrodita interactiva y receptiva que facilita el cambio y el crecimiento— yo también tenía una distancia emocional óptima. Si mis

sentimientos son demasiado intensos o si me identifico mucho con mi paciente, pierdo alguna objetividad esencial. Si estoy demasiado distante y carezco de amor por mi paciente, pierdo una conexión empática crucial, sin la cual no hay suficiente energía transformadora para producir un cambio más profundo. Como corresponde a Afrodita, que poseía la invulnerabilidad de una diosa virgen y la implicación de una diosa vulnerable, la conciencia de Afrodita tiene ambas cualidades.

La conciencia de Afrodita está presente en todo el trabajo creativo, incluyendo el que se hace en soledad. El diálogo de “relación” se encuentra en ese caso entre la persona y el trabajo, del cual emerge algo. Por ejemplo, observemos el proceso de una pintora concentrada en su pintura y en su lienzo. Se produce un intercambio de absorción: la artista reacciona o es receptiva a los accidentes creativos de la pintura y el pincel; empieza de manera activa con trazos enérgicos, los matices y el color; y después responde a lo que ve que va resultado. Se trata de una interacción; la espontaneidad se combina con la profesionalidad. Se tata de una interacción entre la artista y el lienzo, y como resultado se crea algo que previamente no existía.

Es más, mientras la pintora se centra en el detalle que tiene frente a ella, también mantiene la percepción de todo el lienzo en su conciencia. De vez en cuando retrocede y ve de manera objetiva aquello en lo que ha estado involucrada de una manera tan subjetiva. Se encuentra absorta e implicada, pero también, de alguna manera, objetivamente desapegada.

Tanto en la buena comunicación como en el proceso creativo, existe una interacción. Por ejemplo, una conversación puede ser banal, sin sentido, hiriente, o puede ser una forma de arte, tan espontánea, conmovedora y maravillosa como sesiones de improvisación musical o de

jazz, cuando el alma alza el vuelo con la música y remonta a alturas extáticas en algún momento en un profundo acorde. La interacción es espontánea en la forma, pero su sustancia puede ser honda y conmovedora. Las personas que conversan sienten excitación y una sensación de descubrir cosas nuevas cuando cada una lanza una respuesta a la otra. Ambas experimentan la conciencia de Afrodita, que proporciona el campo de energía o telón de fondo para que se produzca la comunicación o la creatividad. A dónde pueda llegar la música o cómo se desarrolle la conversación no es algo que se conozca desde el principio ni que esté planificado. El descubrimiento —el nacimiento de algo nuevo— es un elemento clave en la creatividad y en la comunicación.

Allí donde la conciencia de Afrodita está presente, se genera energía: los amantes irradian bienestar y fuerza acrecentada; la conversación se hace viva, estimulando los pensamientos y los sentimientos. Cuando dos personas se encuentran de verdad, ambas reciben energía del encuentro y sienten más vitalidad de la que tenían previamente, con independencia del contenido del mismo que, en la terapia, puede suscitar temas muy dolorosos. El trabajo renueva las fuerzas en lugar de agotarlas. Absortos en las personas con las que estamos o en lo que hacemos, perdemos conciencia del tiempo, característica que Afrodita tiene en común con Hestia.

Portadoras de visión

Para hacer que un sueño se vuelva realidad, hay que tener primero un sueño, creer en él y trabajar por realizarlo. Normalmente, es esencial que otra persona que sea significativa para nosotros crea que ese sueño es posible; esa persona es una portadora de visión, cuya fe suele ser

crucial: Daniel Levinson, en *Seasons of a Man's Life*, describe la función de una "mujer especial" en la fase de transición de una joven hacia el mundo adulto. Levinson asegura que tal mujer tiene una conexión especial con la realización del sueño de aquél. Le ayuda a dar forma al sueño y hacerlo realidad. Lo comparte, lo bendice, cree en el joven como el héroe del mismo, se une a él en su viaje de descubrimiento y le proporciona un santuario en el que puede imaginar sus aspiraciones y alimentar sus esperanzas[2].

Esta mujer especial es similar a la descripción de Toni Wolf de la "mujer hetaria"[3] (que viene de la antigua palabra griega que designaba a la *cortesana*, que tenía educación y cultura y era excepcionalmente libre respecto a las mujeres de aquellos tiempos; era en algunos aspectos como la geisha japonesa), un tipo de mujer cuyas relaciones con los hombres tienen cualidades eróticas y de compañía. Puede ser la mujer que inspira, o musa. Según Wolf, la "hetaria" fertiliza el lado creativo de un hombre y le ayuda a realizarlo. Toni Wolf, analista junguiana y antigua paciente de Jung, fue su colega y, según algunas personas, también su amante. Ella fue, tal vez, la "mujer especial" para Jung, una mujer hetaira que inspiró la teoría junguiana.

A veces, una mujer posee el don de atraer a varios o a muchos hombres hacia ella, que la ven como su "mujer especial"; tiene la capacidad de percibir sus potencias, creer en sus sueños e inspirarles para realizarlos. Lou Salomé Andreas, por ejemplo, fue la mujer especial, musa, colega y compañera erótica de varios hombres famosos y creativos, entre los que se encontraron Rilke, Nietzsche y Freud[4].

Las mujeres, al igual que los hombres necesitan imaginar que su sueño es posible, y tener a otra persona que les considere a ellas y considere su sueño con la conciencia de Afrodita potenciadora del crecimiento. Se especula sobre por

qué existen tan pocas mujeres artistas famosas, grandes "chefs" de cocina, directoras de orquesta o filósofas de renombre; entre las razones que se dan podría ser porque esas mujeres carecen de portadores del sueño. Las mujeres han alimentado el sueño para los hombres, mientras que éstos, en general, no ha alimentado el sueño demasiado bien para las mujeres de su vida.

Este estado de cosas es una consecuencia parcial de los roles estereotípicos, que han limitado la imaginación y suprimido las oportunidades de las mujeres. Pero los obstáculos tangibles (dificultades del tipo "mujeres abstenerse") están disminuyendo, al tiempo que aumentan los modelos de roles.

El efecto Pigmalión

Creo que las/os portadoras/es de visión terapeutas, mentores, maestros o padres y madres con "mano para las plantas" bajo las/os que otras personas puedan florecer y desarrollar sus dones, evocan lo que el psicólogo investigador Robert Rosenthal llamó el efecto Pigmalión[5]. Este término describe el poder de las esperanzas positivas en la conducta de los demás. Se llama así por Pigmalión, que se enamoró de la escultura que había realizado de la mujer perfecta: una estatua a la que Afrodita dio vida y que se convirtió en Galatea. (Igualmente, en la obra de teatro de George Bernad Shaw, *Pigmalión*, Henry Higgins transforma a una joven florista de los barrios bajos de Londres en una elegante dama, de la que después se enamora. Esta obra de Bernad Shaw inspiró la obra de Broadway de Jay Lerner, *My Fair Lady*).

Rosenthal descubrió que los estudiantes viven según las esperanzas que los profesores tienen sobre ellos (en el estímulo y en el desánimo). Estudio grupos aislados de

escolares, cuyas notas académicas empeoraban cuanto más tiempo permanecían en la escuela. Tales niñas/os suelen tener maestros que les han convencido que las/os niñas/os no pueden aprender. Rosenthal ideó un proyecto de investigación para determinar qué es primero, si la esperanza o los resultados. Concluyó que nuestras esperanzas ejercen una extraordinaria influencia en los demás de la que no solemos darnos cuenta.

Cuando leí el estudio de Rosenthal, pensé sobre mi paciente Jane, que procedía de un hogar hisponoparlante y de la que se pensó al principio que estaba retrasada en la escuela. Empezó el cuarto curso por detrás de sus compañeras de clase, tan convencida como sus anteriores profesoras de que no era brillante. Pero su profesora de cuarto curso la vio bajo una perspectiva diferente, la estimuló y le presentó desafíos, confiando en que Jane podría superarlos. Esta atención convirtió a esta niña de nueve años en una de las primeras de la clase, capaz de expresarse y de sentirse bien consigo misma. Años después, Jane también hizo de profesora por vocación, capaz de ver y de sacar el mejor potencial de sus alumnas.

El efecto Pigmalión de Afrodita también se relaciona con lo que pienso que es parte de su alquimia. En la Europa medieval, la alquimia era un proceso físico en el que se mezclaban sustancias en un intento de transformar metales inferiores en oro, así como una tentativa psicológica y esotérica de transformar la personalidad del alquimista. Nosotras/os experimentamos la alquimia de Afrodita cuando nos sentimos atraídas/os por otra persona y nos enamoramos; la sentimos cuando somos tocadas/os por el poder de la transformación y de la creatividad; la conocemos cuando apreciamos la capacidad que tenemos de embellecer y dar valor a aquello sobre lo que ponemos nuestra atención, porque esta impregnado de nuestro amor.

Cualquier cosa que sea ordinaria y no desarrollada, es la sustancia “inferior” de la vida cotidiana, que puede convertirse en “oro” mediante la influencia alquímica y creativa de Afrodita, lo mismo que la estatua de Galatea, que fue convertida en una mujer viva y real gracias al amor.

12 – AFRODITA: DIOSA DEL AMOR Y DE LA BELLEZA, MUJER CREATIVA Y AMANTE

Afrodita, la diosa

Afrodita, diosa del amor y de la belleza, a la que los romanos llamaron Venus, era la más bella de todas las diosas. Los poetas hablan de la belleza de su rostro y de su forma, de su cabello dorado y de sus ojos resplandecientes, de su suave piel y de sus maravillosos pechos. Para Homero, era "una amante de las risas", y rebosaba una irresistible encanto. Era el tema favorito de escultores, que la representaron parcialmente vestida o en una estado de desnudez que revelaba su cuerpo grácil (la Venus de Milo y la Afrodita de Cnidos, que nos ha llegado sólo a través de copias romanas, son las más famosas entre otras muchas).

"Dorada" fuel el epíteto más frecuente utilizado por los griegos para describir a Afrodita (para ellos significaba "hermosa"). Según Paul Friedrich, conocido experto sobre Afrodita, *miel dorada, discurso dorado, semen dorado* son expresiones lingüísticamente conectadas, que simbolizan los valores más profundos de Afrodita de procreación y creación verbal[1]. Se la asociaba con las palomas, esas aves del amor que se arrullan, y con los cisnes, conocidos por su belleza y manera de emparejarse; con las flores,

especialmente con las rosas, regalo tradicional de los amantes; con dulces fragancias y frutos, especialmente con las manzanas doradas y las sensuales granadas de color rojo pasión (un símbolo que era también compartido por Perséfone).

Genealogía y mitología

Existen dos versiones sobre el nacimiento mitológico y el origen de Afrodita. Hesíoto y Homero cuentan dos historias contradictorias entre sí.

En la versión de Homero, Afrodita tuvo un nacimiento convencional. Era simplemente la hija de Zeus y de la ninfa del mar, Dione.

En la versión de Hesíoto, Afrodita nació como consecuencia de una acción brutal. Cronos (que más adelante llegaría a ser el soberano de los titanes y el padre de la primera generación de los dioses del Olimpo) tomó una hoz, cortó los genitales de su padre Urano, y los arrojó al mar. Espuma blanca se esparció a su alrededor como esperma que se mezcló con el mar, de donde nació Afrodita, que emergió de esta concepción oceánica como una diosa adulta.

La imagen de Afrodita emergiendo del mar fue inmortalizada durante el Renacimiento por Botticelli en *El nacimiento de Venus* —a veces llamado irreverentemente *Venus sobre la media concha*—. Su lienzo muestra una figura grácil y delicada, desnuda y de pie sobre una concha marina, empujada hacia la costa por los dioses alados del viento en medio de una lluvia de rosas.

Se dice que Afrodita desembarcó primero en la isla de Citeres o Chipre. Después, acompañada por Eros (amor) e Himeros (Deseo), fue escoltada ante la asamblea de las/os diosas/es y recibida como una de ellas/os.

Muchos de los dioses, fascinados por su belleza, pidieron su mano en matrimonio. A diferencia de otras diosas que no habían escogido a sus compañeros ni a sus amantes (Perséfone fue raptada, Hera fue seducida, Deméter fue violada), Afrodita fue libre de escoger. Eligio a Hefestos, el dios cojo de los artesanos, del fuego y de la forja. De este modo, el hijo rechazado de Hera se convirtió en el marido de Afrodita (al que ésta engañó frecuentemente manteniendo relaciones con otros). Afrodita y Hefestos no tuvieron hijos. Su matrimonio puede representarse como la unión de la belleza y de la artesanía, de la cual nació el arte.

En sus relaciones amorosas, Afrodita se emparejó con dioses masculinos del Olimpo de la segunda generación, la generación de los hijos, en lugar de con la generación que representaba a los padres, constituida por Zeus, Poseidón y Hades. Afrodita estuvo sentimentalmente unida a Ares, dios de la guerra, con el que mantuvo una larga relación y con el que tuvo varias/os hijas/os. Otro de sus amantes fue Hermes, el mensajero de los dioses, que guiaba a las almas al mundo subterráneo y que era el patrón de los viajeros, atletas, ladrones y comerciantes, y también dios de la comunicación, inventor de los instrumentos musicales y el embustero del Olimpo.

Afrodita y Ares tuvieron una hija, Harmonía (Armonía), y dos hijos, Deimos (Terror) y Fobos (Miedo), que acompañaban a su padre en las batallas. Afrodita y Ares representan la unión de las dos pasiones más incontrolables: el amor y la guerra, que, en perfecto equilibrio, podían producir la Armonía.

El hijo de la unión de Afrodita con Hermes fue el Dios bisexual Hermafrodito, que heredó la belleza de ambos padres, llevaba el nombre de ambos, y tenía las características sexuales de los dos. Como símbolo, Hermafrodito puede representar la bisexualidad (la atracción

erótica hacia los dos sexos) o la *andrógina* (la existencia en una misma persona de cualidades y capacidades tradicionalmente consideradas como masculinas o femeninas).

Según algunas leyendas, Eros, dios del amor, fue otro de los hijos de Afrodita. Al igual que ocurre con ella, las leyendas sobre sus comienzos mitológicos y su aparición en el cosmos son contradictorios. Hesíoto cuenta que Eros era una fuerza primordial en la creación, que estaba presente antes de los titanes y de los dioses del Olimpo. Eros también fue considerado como un dios que acompañaba a Afrodita cuando ésta surgió del mar. Sin embargo, mitos posteriores lo describen como un hijo sin padre de Afrodita. Los griegos representaron habitualmente a Eros como un joven viril, lo mismo que los romanos, que lo llamaron Amor. El Eros que empezó mitológicamente como una fuerza primordial fue reducido con el tiempo, hasta ser representado hoy día como un bebé en pañales con un arco y un carcaj conocido como Cupido.

Afrodita y los mortales

Las relaciones de Afrodita con los hombres mortales también fueron importantes en su mitología. En algunos mitos acudió en ayuda de hombres que le imploraban su ayuda. Por ejemplo, Afrodita respondió a las oraciones de Hipómenes en la víspera de su carrera con Atalanta. Le dio tres manzanas de oro y le aconsejó cómo utilizarlas, lo cual salvó su vida y le ayudó a conseguir la esposa a la que amaba.

Como se señaló anteriormente, Afrodita también figuraba en la leyenda de Pigmalión, res de Chipre. Pigmalión esculpió una estatua de marfil de la mujer ideal, y cuanto más la miraba, más se enamoraba de su propia creación. En

un festival en honor a Afrodita, le rogó que le otorgase una esposa similar a su estatua. La respuesta de Afrodita a sus plegarias fue Galatea, con la cual se casó.

La diosa del amor y de la belleza también tuvo muchas relaciones amorosas con hombres mortales. Por ejemplo, cuando Afrodita vio a Anquises, apacentando su ganado en la ladera de una montaña, quedó cautiva de su deseo por él (un mortal con un “cuerpo muy similar al de un dios”, según le describió Homero). Haciéndose pasar por una bella doncella, agitó la pasión de él con sus palabras y le sedujo.

Después, cuando se durmió, se despojó de su disfraz de mortal y despertó a su amante dormido. Le revelo que ella iba a concebir al hijo de ambos, Eneas, que sería famoso como legendario fundador de Roma, y le advirtió que no revelase a nadie que ella era la madre de su hijo. Se cuenta que Anquises bebió después demasiado y se vanaglorió de su aventura con Afrodita, por lo que fue golpeado por un rayo que lo dejó lisiado.

Otro amante mortal famoso fue Adonis, un joven y apuesto cazador. Afrodita temí por su vida y le advirtió que evitase los animales feroces, pero el impulso de la caza y su audacia pudieron más que su consejo. Un día, mientras estaba cazando, sus perros persiguieron a un oso salvaje. Adonis hirió al animal con su lanza, lo que provocó que éste, enloquecido por el dolor, se volviese contra él y lo despedazase.

Tras su muerte, se permitió a Adonis volver a Afrodita desde el mundo subterráneo durante una parte del año (Afrodita lo compartía con Perséfone). Este mito del ciclo de muerte y retorno constituyó la base del culto a Adonis. Su retorno anual a Afrodita simbolizaba la vuelta a la fertilidad.

Las mujeres también se veían poderosamente afectadas por Afrodita. Obligada a seguir los dictados de Afrodita, incapaz de resistir el ser arrastrada hacia dondequiera

Afrodita decretara, una mujer mortal podía encontrarse en medio de un enorme peligro, como muestra el mito de Mirra.

Hija de un sacerdote de Afrodita, Mirra se enamoró apasionadamente de su padre. Según varias versiones de esta historia, Afrodita produjo esta pasión prohibida, buen porque la madre de Mirra se vanagloriaba de que su hija era más bella que Afrodita misma, o bien porque Mirra había descuidado su culto. En cualquier caso, se aproximó a su padre disfrazada, y en la oscuridad se convirtió en su amante secreta. Después de varios encuentros clandestinos, él descubrió que aquella mujer seductora era su propia hija. Lleno de horror y de pesadumbre, e impulsado por la necesidad de castigarla por lo que habían disfrutado juntos, intentó matarla. Ella huyó. En el momento en el que su padre iba a alcanzarla, rogó a los dioses que la salvases. Su plegaria fue instantáneamente escuchada: su hija fue convertida en un fragante árbol de mirra.

Fedra fue otra víctima del poder de Afrodita. Fue la desafortunada madrastra de Hipólito, un apuesto joven que se había dedicado a Artemisa y a una vida de celibato. Afrodita utilizó a Fedra como instrumento de su contrariedad por Hipólito, que se negaba a honrar a la diosa del amor y sus ritos: Afrodita hizo que Fedra quedara perdidamente enamorada de su hijastro.

Según el mito, Fedra intentó resistir la pasión, lucho contra su deseo ilícito y cayó enferma. Por fin, una criada descubrió la causa de su desgracia y abordó al joven en su nombre. Él se sintió tan ultrajado y horrorizado por la sugerencia de tener una relación amorosa con su madrastra, que estalló en una violenta diatriba contra ella, que se encontraba suficientemente cerca como para poder oírle.

Humillada, se ahorcó, dejando una nota en la que acusaba falsamente a Hipólito de haberla violado. Cuando su padre Teso regresó y encontró a su esposa muerta y la

nota, invocó a Poseidón, dios del mar, para que matase a su hijo. Cuando Hipólito conducía su carro a lo largo del camino de la costa, Poseidón envió enormes olas y un monstruo marino para espantar a los caballos. El carro volcó e Hipólito murió arrastrado. De esta manera, Afrodita se había vengado a expensas de Fedra.

Psiquis y Atalanta eran dos mujeres mortales que fueron transformadas por la influencia de Afrodita. En el mito de Eros y Psiquis, ésta tenía la desgracia de ser tan bella, que los hombres la llamaban “una segunda Afrodita”. Así pues, le brindaban la reverencia y respeto debidos a la diosa, y esto acabó ofendiendo a Afrodita.

En este mito, Psiquis acudió a la diosa en cuya ira había incurrido. Afrodita le puso tareas irrealizables, cada una de las cuales parecía en principio más allá de sus capacidades. En cada una de ellas, con ayuda de origen inesperado Psiquis salió airosa. Afrodita sirvió de agente transformador al proporcionar las tareas con las que Psiquis —una mortal que tenía las características de las diosas vulnerables— pudo evolucionar.

Afrodita también actuó como agente transformador en el mito de Atalanta, una mortal que fue comparada con la diosa virgen Artemisa. Como ya ha quedado señalado, Atalanta perdió una carreta pedestre y obtuvo un marido cuando decidió recoger las tres manzanas de oro de Afrodita.

Afrodita, el arquetipo

El arquetipo de Afrodita rige el disfrute del amor, la belleza, la sexualidad y la sensualidad de las mujeres. El reino de la amante ejerce una poderosa atracción en muchas mujeres; como fuerza con una personalidad de mujer, Afrodita puede ser tan exigente como Hera y Deméter (los

otros dos poderosos arquetipos instintivos). Afrodita impulsa a las mujeres a realizar las funciones creativa y procreativa.

La amante

Cualquier mujer que se enamora de alguien que, a su vez, está enamorado de ella, es en ese momento una personificación del arquetipo de Afrodita. Transformada temporalmente a partir de una común mortal en la diosa del amor, se siente atractiva y sensual, una amante arquetípica.

Cuando Afrodita está presente como arquetipo principal en la personalidad de una mujer, se enamora con frecuencia y facilidad. Tiene “eso” —que distinguía a la estrella del cine mudo Clara Bow—, concretamente, atractivo sexual. Posee un magnetismo personal que atrae a otras personas dentro de un campo cargado eróticamente, que potencia la toma de conciencia sexual. Sube el “voltaje” y ambos se sienten atractivos y vibrantes cuando son cautivados el uno por el otro.

Cuando se degrada la sensualidad y la sexualidad en las mujeres —como en las culturas judeocristiana, musulmana y otras culturas patriarcales—, la mujer que encarna a “Afrodita, la amante” es considerada como una tentadora o una prostituta. Así pues, este arquetipo, si se expresa, puede enfrentar a una mujer con las pautas generales de moralidad. Las mujeres tipo Afrodita pueden ser condenadas al ostracismo. Por ejemplo, en la novela clásica Nathaniel Hawthorne sobre la Inglaterra puritana, *La letra escarlata*, Hester Prynne fue obligado a llevar una gran “A” roja por haber cometido adulterio. Y una actriz Ingrid Bergman fue condenada por la opinión pública y obligada al exilio a causa de sus amores y subsiguiente matrimonio con el director de cine italiano Robert Rossellini. En los tiempos

bíblicos, tales mujeres eran lapidadas, y en los países islámicos actuales, la pena sigue siendo la muerte.

Enamorarse

Cuando dos personas se enamoran, cada una ve a la otra bajo una intensa luz especial (la luz dorada de Afrodita) y se siente arrastrada hacia la belleza del otro. Hay una magia que flota en el aire; se evoca un estado de encantamiento y embeleso. Ambas se sienten bellas, especiales, con más similitud a un dios o a una diosa en su estado ordinario de ser. El campo de energía entre ambos queda emocionalmente cargado y se produce una “electricidad” erótica, que, a su vez, crea una atracción magnética recíproca. En el espacio “dorado” que les rodea, las impresiones sensoriales se vuelven más intensas: oyen la música con más claridad, las fragancias pueden distinguirse mejor, se acrecienta el gusto y el tacto del amante.

Sin embargo. Cuando una persona se enamora de alguien que no devuelve ese amor, se siente poseída por un cruel deseo y por anhelos frustrados. Una y otra vez se siente atraída hacia la persona amada y una y otra vez es rechazada. La intensidad —que es maravillosa cuando el amor es correspondido— en este caso, por el contrario, intensifica el dolor.

La activación de Afrodita

Lo mismo que existen dos versiones míticas sobre el nacimiento de Afrodita, también existen dos vías a través de las cuales este arquetipo entra en la conciencia.

La primera es una espectacular iniciación, en la que Afrodita emerge de repente de las aguas del inconsciente, sobrecogedora y en toda su plenitud, como una presencia

llena de autoridad. Cuando se siente lo sexual como una respuesta instintiva, que no tiene nada que ver con amar al hombre que excita a una mujer, o incluso, se trata de una sexualidad “cortada” de la proximidad emocional, metafóricamente similar a la versión de Hesíodo sobre el nacimiento de Afrodita en el mar.

En sus sesiones psicoterapéuticas, muchas mujeres hablan del impacto abrumador de una respuesta sexual inicial e inesperada: “Me embargo un deseo que ni siquiera sabía que tenía. Fue maravilloso y atemorizante al mismo tiempo”. Una vez que han sentido el poder de Afrodita, muchas jóvenes se sienten atraídas hacia la intimidad sexual. Otras, ya conscientes de lo que puede suceder, evitan exponerse. Dos de mis pacientes mujeres me proporcionaron ejemplos de estas respuestas opuestas. Una de ellas investigó más: “Recordé cómo hacía como que disfrutaba de la cita, cuando en realidad lo que quería era la parte sexual de la misma”. La otra levantó barreras: “Me sumergí en el estudio, rechacé todas las citas e insistí en ir a un colegio sólo para chicas. Planeé conservarme en una especie de convento mental hasta que estuviera a salvo casada. Mientras tanto, estaría mejor fuera del alcance de toda tentación”. Después de la primera vez, una mujer de este tipo sabe que puede ser atraída hacia el contacto sexual por un deseo que la impulsa a repetir la experiencia, una vez que su cuerpo está despierto y su atención se dirige eróticamente hacía el hombre. Quiere entonces fundirse con él, se transportada por la pasión hacia la liberación del orgasmo, llevada sobre la cresta de una excitación sexual acrecentada hasta el cimas, en el que su individualidad quede sumergida en la experiencia orgásmica transpersonal.

La segunda vía a través de la cual este arquetipo cobra vida es una relación. Podría ser considerada análoga a la versión ordinaria de Homero sobre el nacimiento de Afrodita,

y de su crecimiento posterior como hija de Zeus y de la ninfa marítima Dione. El aumento de la confianza y del amor, junto con la reducción paulatina de la inhibición, precede a la evocación o “nacimiento” de Afrodita, anunciado por el primer orgasmo al hacer el amor y por un nuevo deseo de intimidad física. Una mujer casada que había tenido varios amantes antes de casarse, y que había pasado dos años de matrimonio antes de tener un orgasmo, se maravillaba diciendo: “Es como si mi cuerpo supiera ahora cómo”.

El instinto de procreación

Afrodita representa el impulso de asegurar la continuación de la especie. Al igual que el arquetipo conectado con el impulso sexual y el poder de la pasión, Afrodita puede convertir a una mujer en un recipiente de procreación si no practica el control de natalidad.

A diferencia de una mujer bajo la influencia de Deméter, que mantiene relaciones sexuales porque quiere un bebé, una mujer influida por Afrodita tiene un bebé a causa de su deseo por un hombre o su deseo de tener experiencia sexual o romántica. Afrodita susurra no utilizar medios anticonceptivos, porque podría desvirtuar la pasión del momento o convertiría el primer acto en una relación corporal premeditada. Hacer caso a la diosa aumenta el riesgo de un embarazo no deseado.

Creatividad

Afrodita constituye una tremenda fuerza para el cambio. A través de ella fluye la atracción, la unión, la fertilización, la incubación y el nacimiento de una nueva vida. Cuando se da este proceso en un plano puramente físico entre un hombre y una mujer, se concibe un bebé. Y la secuencia

también es la misma en cualquier otro proceso creativo: atracción, unión, fertilización, incubación, nueva creación. El producto de esta creación puede ser tan abstracto como la unión inspirada de dos ideas que posteriormente dan luz a una nueva teoría.

En trabajo surge de una implicación intensa y apasionada: casi como con un amante, la artista interactúa con “lo otro” para crear el ser de algo nuevo. Esto “otro” puede ser una pintura, una forma de danza, una composición musical, una escultura, un poema o un manuscrito, una nueva teoría o invento, que durante un tiempo es completamente absorbente y fascinante. La creatividad también es un proceso “sensual” para muchas personas; es una experiencia sensorial del momento que abarca el tacto, el sonido, las imágenes, el movimiento y, a veces, incluso el olfato y el gusto. Un artista sumergido en un proceso creativo, lo mismo que un/a amante, muchas veces descubre, que todos los sentidos son potenciados y que recibe impresiones de la percepción a través de muchos canales. Mientras trabaja en una imagen visual, una frase verbal o un movimiento de danza, pueden interactuar múltiples impresiones para crear el resultado final.

Al igual que Afrodita, la amante, puede actuar en serie a través de muchos asuntos del corazón, Afrodita, como fuerza creativa, puede implicar a una mujer en un intenso esfuerzo creativo tras otro. Cuando finaliza un proyecto, surge otra posibilidad que la fascina.

A veces, ambos aspectos, el creativo y el romántico de Afrodita, están presentes en la misma mujer. Entonces, ésta se compromete en relaciones intensas, cambiando de una a otra y dejándose absorber por su trabajo creativo. Este tipo de mujer sigue cualquier cosa o a cualquier persona que le fascine, y que puede que lleve una vida nada convencional,

como hicieron la bailarina Isadora Duncan y la escritora George Sand.

El cultivo de Afrodita

Afrodita es el arquetipo más involucrado en la experiencia sensual o sensorial. Por ello, cultivar una agudeza de percepción y una atención centrada en el aquí y ahora, invitan la presencia de Afrodita. Los amantes están conectados de manera natura con el gusto, fragancia y belleza recíprocas; la estimulación musical y táctil refuerza su placer. Los terapeutas sexuales enseñan métodos para “centrarse en la sensación” o “darse placer”, que alientan a una pareja a sumergirse en el momento, no preocuparse por un objetivo, o a aprender cómo disfrutar de sensaciones placenteras.

Las actitudes críticas y de culpabilidad erigen obstáculos al disfrute de hacer el amor y de hacer arte. Tales obstáculos surgen cuando las personas sienten una prohibición contra el placer, el juego y otras actividades “no productivas”, lo mismo que contra el sexo. Mucha gente juzga la búsqueda del amor y de la belleza como algo frívolo cuando menos, o pecaminoso en caso contrario. Por ejemplo, los arquetipos de Artemisa y de Atenea se centran en realizar sus objetivos, predisponiendo a las mujeres que los tienen a desvalorizar el disfrute del momento propio de Afrodita. Ésta, por su parte, amenaza con frecuencia las prioridades de los arquetipos de Hera y de Deméter —la monogamia o el papel de madre—, de manera que esta última suele tener actitudes críticas hacia Afrodita. Por último, la introversión de los arquetipos de Perséfone y de Hestia hacen que estas mujeres tengan una actitud de menor respuesta a las atracciones “externas”.

Cuando las mujeres ven el valor de Afrodita e intentan desarrollar este aspecto en ellas mismas, dan un paso mental fundamental para activar este arquetipo. Después, necesitan darse tiempo y la oportunidad para que se desarrolle Afrodita. Puede que una pareja necesite tomar vacaciones lejos de sus hijos, en un lugar relajado, en donde puedan disfrutar de sí mismos, hablar y hacer el amor. O tal vez aprenda a dar y a recibir mensajes. O quizá tome clases de danza del vientre como un medio de estar a gusto con su cuerpo y disfrutar del mismo, requisito previo para gozar haciendo el amor.

Cultivar un interés por el arte, la poesía, la danza o la música sirve a un objetivo similar en el campo estético. Puede desarrollarse la capacidad de poder estar completamente absorta en una experiencia visual, auditiva o kinestésica. Una vez que se está sumergida en ella, puede ocurrir una interacción entre una misma y el medio estético, a partir de la cual puede surgir algo nuevo.

Afrodita, la mujer

Desde los tiempos en que la diosa Afrodita surgió del mar en toda su gloria desnuda, mujeres de líneas curvas, pelo rubio y “sexy” como las estrellas de cine Jean Harlow, Lana Turner y Marilyn Monroe, han personificado a la diosa del amor. A veces, este tipo de diosa se hace evidente a través de la forma, con su pelo rubio y todo lo demás, pero es más típico que una mujer Afrodita sea más reconocible por su atractivo que exclusivamente por su apariencia. El arquetipo de Afrodita crea un carisma personal —un magnetismo o electricidad— que, combinado con atributos físico, hace de una mujer “una Afrodita”.

Cuando Afrodita forma parte activa de una mujer corriente ésta no atrae a los hombres desde el otro lado del

salón. Sin embargo, quienes se acercan la encuentran encantadora y cautivadora. Muchas mujeres de aspecto más bien ordinario con cualidades de Afrodita atraen a los demás con la calidez magnética de sus personalidades y su sensualidad natural y espontánea. Estas “Juanas corrientes” siempre parecen tener hombres en sus vidas, mientras que sus hermanas bien dotadas y objetivamente guapas pueden quedarse sentadas esperando una llamada de teléfono o una invitación a bailar, preguntándose: “¿Qué tiene ella que no tenga yo?”.

La joven Afrodita

Cuando era niña, la pequeña Afrodita tal vez fuese una inocente seductora. Puede haber tenido una manera de responder a los hombres, un interés por ellos y una sensualidad inconsciente que hacían que los adultos comentasen: “Esperad a que crezca y será una rompecorazones”. Disfrutaba siendo el centro de atención, le gustaba llevar bonitos vestidos y que la mimaran en exceso. Normalmente no suele ser una niña tímida, y puede que incluso la hayan llamado “pequeña actriz” por sus representaciones espontáneas y otros esfuerzos por llamar la atención, que ya entonces cautivaban a los presentes.

Hacia los ocho o nueve años, muchas niñas Afrodita tienen prisa por crecer, vestirse elegantemente y llevar maquillaje. Después se pelean por los chicos y son quinceañeras fans de cantantes masculinos con atractivo sexual o de grupos de rock. Algunas jóvenes Afrodita son “pequeñas ninfas”: precozmente conscientes de su sexualidad, disfrutan la sensación de poder y de atracción que tienen cuando hombres mayores que ellas responden a sus alegres coqueteos.

Los padres

Algunos padres/madres acicalan a sus bonitas hijas para ser pequeñas Afroditas. Acentúan su atractivo, hacen que besen a los mayores, las inscriben en concursos de belleza y, en general, se centran en su atractivo femenino por encima de otros atributos y capacidades.

Pero cuando la niña alcanza la pubertad y la posibilita de tener relaciones sexuales, sus padres pueden responder de una manera muy diferente. Puede surgir un patrón de comportamiento muy común y destructivo: los padres le alientan de manera encubierta a ser sexualmente activa, pero después la castigan. Esta situación permite a los padres a ser al mismo tiempo "voyeurs" y guardianes de la moral.

Los padres pueden reaccionar ante la sexualidad emergente de sus hijas Afrodita de varias maneras. Muchos padres responden al creciente atractivo de sus hijas provocando inadvertida o inconscientemente ruidosos conflictos que crean una distancia física y emocional entre sí. Con frecuencia las hijas parecen colaborar en las disputas, lo cual impide a ambos volverse consciente de sus sentimientos incestuosos. Algunos padres se vuelven abiertamente estrictos y se niegan en redondo a permitir que sus hijas tengan citas, o se meten en todo con un afán de control, "investigando" a sus hijas acerca de sus citas y aplicando "el tercer grado" a cualquier solicitante masculino. Pero otros padres mantienen una actitud de seducción.

Las madres también tienen una gama variadas de reacciones frente a sus hijas tipo Afrodita. Algunas se vuelven estrictas y controladoras, reaccionando de manera excesiva a la música quinceañera y a los estilos de vestirse, aunque sus hijas se estén comportando de manera

apropiada respecto a su edad. Tales madres pueden imponer su propio “código vestimentario”, que enfatiza el cubrirse y quita importancia a mostrarse atractiva, pudiendo llegar a prohibir muchas de las actividades de sus hijas. Tal vez examinen a todos los amigos y amigas de éstas o, como observaba tristemente una mujer, traten a sus hijos o a sus hijas —o a ambos— como “maníacos sexuales en potencia”. Al igual que los padres, también las madres pueden desarrollar una “mentalidad carcelaria” hacia sus hijas Afrodita.

La actitud entrometida puede ser más común en las madres de las hijas. Además de la actitud motivada por la necesidad de “vigilar” a sus atractivas hijas, las madres viven a veces por procuración a través de sus hijas y quieren saber los detalles acerca de sus citas. Para complacer a tales madres, las hijas han se ser muy populares entre los chicos.

Otras madres reaccionan de manera competitiva a la Afrodita emergente en sus hijas. Amenazadas por el atractivo de éstas, y celosas de su juventud, desprecian a las jóvenes, hacen comparaciones desfavorables, flirtean con sus novios y, de mil maneras en general y en los detalles, van minando la feminidad adulta en ciernes de sus hijas. En el cuento de Blancanieves, la madrastra de ésta preguntaba constantemente “Espejito, espejito, ¿quién es la más bella de todas?”. Este cuento de hadas representa a la madre competitiva y amenazada (y en consecuencia hostil).

Los padres más valiosos para sus hijas no sobrevaloran ni ponen excesivo acento en las cualidades de Afrodita y no las tratan como lindos objetos. Tanto el padre como la madre afirman el atractivo de sus hijas de la misma manera positiva en que valoran otras cualidades como la inteligencia, la amabilidad o su talento para el arte. En cuento a la cuestión de las citas, también le dan consejos y sólo le ponen los límites apropiados a la edad y madurez de

sus hijas. La atracción por los hombres sólo se trata como una cuestión de hecho de la que las jóvenes han de tomar conciencia (y no ser reprochadas por ello).

Adolescencia y primeros años de vida adulta

La adolescencia y primeros años de vida adulta son periodos cruciales para la mujer Afrodita, que puede verse atrapada entre la agitación producida en su interior por Afrodita y las reacciones de los demás dada la doble moral existente, la joven preuniversitaria, que tiene el deseo de experimentar la sexualidad tan fuerte como el joven, debe sospesar las consecuencias. El resultado podría ser labrarse una mala reputación, disminuir su autoestima y tener una imagen negativa de sí misma, si actúa siguiendo sus impulsos. Además, las "buenas chicas" habrán de evitarla, mientras que los chicos que sólo piensan en mantener una relación sexual, tal vez merodeen a su alrededor, pero no la considerarán "suficientemente aceptable" como para ser una novia fija o para el baile de fin de curso.

Existen también otros problemas con el arquetipo de una Afrodita incontrolada. Un embarazo indeseado es una de las posibilidades. Una Afrodita activa corre el riesgo de exponerse a enfermedades de transmisión sexual. Otra complicación médica consiste en el alto riesgo de padecer un cáncer cervical al final de su vida.

A las jóvenes se las ayuda poco respecto a cómo manejar a la insistente Afrodita interior. La expresión sexual es una elección esencial que tiene serias consecuencias. Algunas suprimen su sexualidad, aunque las que tienen fuertes constricciones religiosas puede sentirse de todas maneras culpables, reprochándose a sí mismas por tener sentimientos "inaceptables". Otras expresan su sexualidad dentro de una relación estable, elección que funciona bien si

Hera constituye también una parte importante de la personalidad, aunque que tenga como consecuencia un matrimonio temprano.

Si Atenea y Afrodita son elementos poderosos en una joven, ésta puede utilizar una combinación de estrategia y de sexualidad que es autoprotectora. Una de estas mujeres decía: “Una vez que supe que me enamoraba y me desenamoraba fácilmente, y que tenía un fuerte impulso sexual que iba a la par, no me tomé en seria lo del enamoramiento. Lo que tomé en serio fue el control de la natalidad, quién era el chico y mantener en privado esta parte de mi vida”.

Cuando una mujer Afrodita va a la universidad, probablemente los aspectos sociales serán los más importantes para ella. Tal vez elija un “colegio mayor festivo”, más conocido por sus actividades sociales que por las académicas.

Habitualmente no se centra en objetivos profesionales a largo plazo o en una carrera. Su interés en una carrera profesional en ciernes se desvanece ante la perspectiva de tener que cumplir requisitos previos dificultosos que no le interesan en absoluto. Es capaz de sumergirse en un trabajo universitario sólo si le llega a fascinar el tema, lo que ocurre con más frecuencia en un campo creativo que implique interacciones con otras personas. Por ejemplo, puede que sea una actriz de papeles principales y que desempeñe un papel tras otro. En casa ocasión se sumerge en su papel, invocando su propia pasión innata, pudiendo llegar así a convertirse en la estudiante de arte dramático más destacada de su facultad.

Trabajo

El trabajo que no implica emocionalmente a una mujer Afrodita no le interesa. Le gusta la variedad y la intensidad; las tareas repetitivas como las domésticas, administrativas o de laboratorio le aburren. Sólo da todo de sí cuando puede entregarse por completo de una manera creativa. Así pues, es posible encontrarla en el arte, la música, la escritura, la danza o el teatro, o bien con personas que son especiales para ella; por ejemplo, como maestra, terapeuta, editora. Como consecuencia, o bien odia su trabajo y realiza probablemente una labor mediocre, o bien lo adora y no se lo piensa dos veces para dedicarle un tiempo o un esfuerzo extra. Casi siempre prefiere una tarea que considere interesante a un trabajo mejor pagado pero con menos atractivo, puede lograr el éxito como resultado de hacer algo que le fascine, pero, a diferencia de Atenea o Artemisa, no planifica el éxito de su labor.

Relaciones con hombres

Las mujeres Afrodita gravitan alrededor de hombres que no son necesariamente buenos para ellas o con ellas. A menos que otras diosas ejerzan su influencia, su elección de hombres suele ser similar a las elecciones de Afrodita: hombres creativos, complejos, con bruscos cambios de humor, o emocionales como Hefestos, Ares y Hermes. Tales hombres no ambicionan cimas profesionales ni posiciones de autoridad, ni desean estar a la cabeza de un hogar ni ser maridos o padres.

El tipo Hefestos, introvertido e intenso, puede que tenga una cólera reprimida que sublima en el trabajo creativo. Al igual que el dios de la forja, puede ser un artista y, al mismo tiempo, un tullido (en términos emocionales). Su relación con sus padres puede haber sido tan mala como la de Hefestos. Él también puede haber sido rechazado por su

madre cuando no vivía conforme a las esperanzas que ésta tenía sobre él, y haber sido cortado de la relación con su padre. En consecuencia, puede tener una relación de amor/odio con las mujeres, con las que está resentido por ser para él enormemente importantes y, al mismo tiempo, indignas de confianza. Además, quizá se sienta muy poco cercano a los hombres, respecto a los que se siente inferior y como un extraño.

Con frecuencia, el hombre tipo Hefestos, intensamente introvertido, se encuentra absolutamente incómodo en situaciones sociales al no estar dotado par la charla de sociedad. Por ello, los demás no prolongan su compañía. La mujer Afrodita puede ser la excepción. Con su talento para centrar su total atención en la persona con la que está, puede atraerle y encontrarle fascinante.

Sintiéndose atractivo y atraído por ella, el hombre Hefestos responde con su intensidad característica, y es probable que se encienda una conexión apasionada entre ambos. Ella es atraída por la intensidad de sus sentimientos y responde en la misma moneda a su fuego emocional, que puede ahuyentar a otras mujeres. Ella abraza la naturaleza profundamente erótica de él, que puede permanecer dormida durante algunos periodos, sublimada en su trabajo junto con su cólera. Si él es un artesano o un artista, ella también puede verse atraída por los bellos objetos que él crea y, al dejarse atraer, puede inspirar su creatividad.

Los problemas de amar a un hombre tipo Hefestos son muchos, y dependen de la clase de sentimientos que guarda bajo el envoltorio y de su salud psicológica. En un extremo, puede que sea un volcán reprimido, potencialmente paranoico, un solitario cuyo trabajo tal vez no obtenga reconocimiento por ser tan solitario y hostil. Además, es probable que el atractivo de una mujer Afrodita o la atracción que ejerce sobre los demás le disparen

sentimientos de cólera, de inferioridad, y miedo a la pérdida. Si es verdaderamente como Hefestos, puede ser capaz de mantener sus celos bajo control. Sin embargo, estar cerca de un hombre así bajo estas circunstancias es como estar en la ladera de un volcán activo, preguntándose cuando la próxima erupción puede mandarlo todo por los aires.

Algunas combinaciones tipo Hefestos-Afrodita funcionan excelentemente. En este caldo, el hombre Hefestos es un hombre introvertido y creativo que tiene una variedad gama de sentimientos (en lugar de estar predominantemente enfadado), en su característica manera de ser típicamente intenso y contenido. Expresa estas emociones a través de su trabajo y de algunas relaciones importantes. La ama profunda y apasionadamente, pero no de un manera posesiva. Su intensidad la mantiene desde el punto de vista emocional, y su compromiso con ella le proporciona la estabilidad que necesita.

Otro tipo de hombre normalmente atraído hacia la mujer Afrodita es volátil, como Ares (dios de la guerra, hijo de Hera y de Zeus). La historia de la vida real de esta clase de hombre puede parecerse mucho a la configuración mitológica de la familia de Ares: fue educado por una madre amargada, después de que su padre les abandonase a los dos, es un hombre emocional, apasionado y fanfarrón, que tiene maneras de “supermacho”. Al haber carecido de un padre real que le sirviera de modelo de comportamiento y disciplina, y acostumbrado a conseguir cualquier cosa de su madre, es impaciente y tiene poco aguante a la frustración. Le gusta estar al mando de la situación, aunque puede perder la cabeza cuando se ve presionado, lo cual no le hace ser un buen líder.

La combinación Afrodita-Ares es una mezcla inflamable. Ambos tienen en común una propensión a vivir el aquí y ahora. Ambas son personas reactivas más que reflexivas;

son personas del tipo,”actuemos ahora y pensémoslo después”. Siempre que se juntan, las chispas eróticas de sus fieros temperamentos producen interacciones incendiarias. Hacen tanto la guerra como el amor. Esta combinación produce las típicas peleas de amantes de continuas rupturas y reconciliaciones.

Afrodita y Ares no constituyen ingredientes de una relación estable. Además de sus cóleras emocionales, el machismo jactancioso de Ares suele originar situaciones económicas precarias. Es incapaz de pensar planificando o de ser prudente; en el acaloramiento del momento, puede decir o hacer algo que le cueste su puesto de trabajo. Si, además de todo ello, la mujer tienen una tendencia tipo Afrodita a la infidelidad —o cuanto menos a “flirtear”—, esto amenaza su masculinidad y dispara su sentimiento de posesividad. Entonces puede volverse violento, y su estallido de cólera puede ser brutal, produciendo terror y recelo.

Sin embargo, a pesar de sus fuegos de artificio, es posible para algunas parejas Ares-Afrodita resistir la situación y vivir en una relativa armonía. En tal tipo de pareja, él suele tener una personalidad Ares —impulsiva, emocionalmente intensa y combativa por naturaleza— pero, por proceder de una familia más acomodada, no es esencialmente hostil. Y ella tiene suficiente Hera dentro de sí para desarrollar un vínculo estable con él.

Un hombre que se comporta como el eterno joven también atrae a muchas mujeres tipo Afrodita, que parecen tener una inclinación por hombres inmaduros, complejos, centrados en lo subjetivo y con un potencial creativo. Ellos se parecen al dios mensajero Hermes, el más joven de los dioses del Olimpo. Ella encuentra el lado amable de él en sus palabras embriagadoras —especialmente cuando él tiene una naturaleza poética—, y está fascinada por su

capacidad de pasar rápidamente de las alturas a las profundidades (tanto desde el punto de vista emocional como social). El tipo de hombre Hermes puede ser tramposo, algo estafador, que le encanta dejar boquiabiertas a mentes "inferiores". Su potencial es inmenso, frecuentemente lleno de talentos, aunque es indisciplinado, carismático y no se compromete en el trabajo ni respecto a ella. Es típico que entre y salga en la vida de ella. Obligarlo a concretar algo es como intentar retener el mercurio. Él habla con "tal vez" y fantasea con la posibilidad de casarse o de vivir juntos. Pero ella hería mejor en no contar con ello, porque él es el último de los hombres que llegaría a comprometerse. La relación sexual con él es impredecible y llena de densidad. Es un amante encantador y sensible, un Meter Pan juguetón que nunca creció.

Las combinaciones Afrodita-Hermes encajan muy bien con algunas mujeres Afrodita, porque ambos tienen en común la intensidad del aquí y ahora y una ausencia de compromiso. No obstante, si Afrodita y Hera son arquetipos fuertes en ambos, para ella se trata de una pareja muy dolorosa. Este tipo de mujer se apegará profundamente a él y será atormentada por los celos. La sexualidad entre ellos es intensa. Ella es monógama y quiere casarse, pero normalmente debe llegar a un acuerdo apropiado a la necesidad que él tiene de moverse libremente.

No obstante, un hombre Hermes maduro es capaz de comprometerse en un trabajo y en una relación (como se ha señalado previamente, puede casarse con una mujer tipo Hestia); probablemente es un hombre de negocios o un comunicador más que un joven eternamente huyendo. Si es así, la pareja Afrodita-Hermes puede ser una excelente pareja. Su relación puede sobrevivir a los "flirteos" y a las aventuras sentimentales, porque ninguno de los dos es celoso ni posesivo. Además, la relación puede resistir porque

ambos disfrutan de la compañía y del estilo del otro. Ella se adapta muy bien a su manera de ser siempre en movimiento, que es compatible con la suya propia. Ambos pueden estar implicados intensamente el uno con el otro en un momento y se independientes a continuación, lo cual les encaja a ambos.

Matrimonio

Si Afrodita es uno de los varios arquetipos fuertes y está incluida Hera, entonces su presencia fortalece y vitaliza el matrimonio con sexualidad y pasión. No obstante, a menudo es difícil para una mujer Afrodita conseguir un matrimonio monógamo duradero. A menos que otras diosas ejerzan su influencia para mantener a Afrodita dentro del matrimonio, o que éste esté construido por una combinación afortunada, probablemente seguirá un patrón de relaciones en serie. Por ejemplo, la actriz Elisabeth Taylor, cuya imagen pública es la de una Afrodita contemporánea, ha tenido un *rosario* de matrimonios.

Relaciones con mujeres: la dama engañada

Una mujer Afrodita puede ser engañada por otra mujer, en especial por mujeres tipo Hera. Cuanto menos consciente es o menos se responsabiliza del efecto que produce en los hombres, más puede ser un elemento perturbador. Por ejemplo, puede que vaya a una fiesta y entable conversaciones con carga erótica con los hombres más interesantes de la misma. De esta manera estimula los celos, los sentimientos de inadecuación y el miedo a la pérdida de las mujeres, que ven cómo sus hombres reaccionan ante ella cada vez más animados, a medida que la alquimia que se produce forma un aura dorada alrededor.

Cuando las mujeres (en especial la Hera celosa o la Hera vengativa) se enfadan con la mujer Afrodita, ésta suele quedar sorprendida. Es raro que soporte la mala voluntad de las demás mujeres, y como no es posesiva ni celosa, suele tener dificultades en imaginar la causa de la hostilidad que produce.

Una mujer Afrodita tiene con frecuencia un amplio círculo de amigas (ninguna de ellas tipo Hera) y conocidas que disfrutan de su espontaneidad y atractivo. Muchas de ellas tienen en común con ella cualidades de Afrodita. Otras parecen actuar como acompañantes, que simplemente disfrutan de su compañía o que viven por procuración a través de sus aventuras amorosas. Sin embargo, sus amistades duran únicamente si sus amigas no se ofenden personalmente cuando ella es informal con los planes que hacen en común.

Una mujer Afrodita lesbiana se diferencia de una heterosexual sólo en su preferencia sexual. Ella también aporta la conciencia de Afrodita a las relaciones y entonces, a su vez, ella misma responde a la alquimia que genera. Se implica intensamente en las relaciones, se enamora con frecuencia, y como consecuencia mantiene habitualmente una serie de relaciones importantes. Queriendo experimentar “todo lo que la vida puede ofrecer”, suele tener relaciones con hombres y con mujeres. No obligada a vivir conforme a lo que los hombres esperan de las mujeres, una Afrodita lesbiana ejerce su prerrogativa de escoger a sus amantes tal vez más que su homóloga heterosexual. El estilo de vida alternativo que la comunidad lesbiana ofrece encaja con su falta de convencionalismo de toda la vida.

Las mujeres lesbianas a veces descubren a Afrodita en sí mismas a través de la relación con otras mujeres, como sugería Ruth Falk en su libro *Women Living*[2]. En él describía la contemplación de la belleza en otra mujer y el

sentimiento de sentirse hermosa; tocar a otra mujer y sentir como si hubiera sido tocada ella misma. Según su descripción, cada mujer "reflejaba" a la otra, permitiendo que cada una encontrase su propia sensualidad femenina.

Hijos

Las mujeres Afrodita quieren a los niños y viceversa. Un niño/a siente que este tipo de mujer le mira o lo mira o la mira sin un ojo crítico o juzgador. Saca los sentimientos y capacidades del niño/a de tal manera que éste/a se siente guapo/a y aceptado/a. con frecuencia infunde un sentimiento de ser especial que puede proporcionarle confianza y ayudarle a desarrollar sus capacidades y talentos. Ella puede entrar en un espíritu de juego y actuar con mucha facilidad. Parece encantar a las/os niñas/os que se porten bien e inspirarles su entusiasmo contagioso por cualquier cosa que ella le interese. Éstas son cualidades maravillosas en una madre. Las/os hijas/os de las mujeres Afrodita prosperan y desarrollan su individualidad si también se hallan presenten en ella las cualidades de Deméter.

Una madre Afrodita puede cautivar a sus hijas/os, que la ven hermosa y encantadora, pero (cuando falta Deméter), si no considera sus necesidades de seguridad y constancia emocionales, será inconstante, lo cual tiene consecuencias negativas sobre ellos. Sus hijas/os se deleitan en un momento al recibir su atención total, y a continuación se quedan tristes y desconcertadas/os cuando ésta se dirige hacia otro lado. Una de mis pacientes tenía una madre Afrodita que la dejaba durante largos periodos de tiempo con la señora de la limpieza. Describía sus llegadas a casa que eran tan especiales: "Madre irrumpía en casa con los brazos tendidos hacia mí para saludarme. Me sentía la persona más importante del mundo". Su madre traía con ella

“los rayos del sol”; era como si una diosa hubiera regresado. No importaba que mi paciente hubiera estado resentida a causa de su ausencia, ni tan siquiera que hubiera acogido la noticia de su regreso con hosquedad; todo era olvidado tan pronto como se sumergía en el brillo carismático de su madre Afrodita. Creció sin saber cuáles eran sus capacidades (que eran extraordinarias) y tuvo que enfrentarse a sentimientos de falta de estima y de depresión, que se asemejaban a los sentimientos que tenía cuando su madre estaba ausente.

Cuando la atención inconstante e intensa de una madre Afrodita se centra en su hijo, ésta afecta a sus futuras relaciones con las mujeres, así como a su autoestima y a su potencial de depresión. Crea una intimidad especial entre ellos que seduce al hombre en ciernes que hay en su hijo y le atrae hacia ella, volcando su atención hacia cualquier otra cosa a continuación. Un rival de su afecto —frecuentemente un hombre, o a veces cualquier otra fascinación— la separa, dejándole con el sentimiento de inadecuación, desolado, impotente, enfadado y, a veces humillado. El hijo siente una rivalidad personal, una competencia en la que repetidamente pierde frente a los hombres que entran en la vida de su madre, sentimientos de los que se salvan la mayoría de las mujeres. Como adulto, anhela recuperar la intensidad y el sentimiento de ser especial que sintió en otro tiempo con su madre, sólo que esta vez quiere ser él quien tenga el control. Basado en la experiencia de su infancia con su madre, desconfía de la fidelidad de las mujeres, y tal vez sea incapaz de conservar su afecto.

En la mediana edad

La inevitabilidad de envejecer puede que sea una realidad devastadora para la mujer Afrodita si su atractivo

ha sido su principal fuente de gratificación. Una vez está pendiente de ello o que está obsesionada porque su belleza se marchita, su atención puede experimentar cambios, impidiéndole concentrarse totalmente en otra persona. Tal vez no se dé cuenta de que la cualidad de Afrodita es lo que atraía a la gente hacia ella mucho más que su belleza física.

A mitad de su vida, una mujer Afrodita también se vuelve infeliz por la elección de sus parejas. Puede que caiga en la cuenta de cuántas veces se ha visto atraída por hombres no convencionales y, a veces, inadecuadamente para ella. Quizá quiera entonces asentarse; posibilidad que tal vez haya descartado hasta ese momento.

Sin embargo, la mediana edad no es un periodo difícil para las mujeres Afrodita que están involucradas en un trabajo creativo, es típico que tales mujeres mantengan su entusiasmo y todavía se den de lleno al trabajo que les interesa. Ahora tienen más experiencia para sacar inspiración de la misma, y tienen más desarrolladas sus habilidades para expresarse.

En la tercera edad

Algunas mujeres Afrodita mantienen la capacidad de ver la belleza y de enamorarse un poco de cualquier cosa o persona sobre las que centren su atención. Envejecen con gracia y vitalidad. Su interés por los demás o su compromiso con un trabajo creativo sigue siendo la parte más importante de sus vidas. Mantienen una actitud joven a medida que cambian de una experiencia a otra y de una persona a otra, sin darse cuenta de ello, fascinadas con el futuro inmediato. Por ser jóvenes de corazón, atraen a los demás hacía sí y tienen amistades de todas las edades. Por ejemplo, Imogene Cunningham, incluso a sus noventa años, era una fotógrafa

un poco duende que captaba la belleza que veía a través de las cámaras y, a su vez, otros la fotografiaban a ella.

Dificultades psicológicas

No es cosa fácil tener a Afrodita como un arquetipo compulsivo. Le gustan los hombres y les atrae hacia ella con su atractivo y su interés por ellos. Su actitud de atención es seductora; hace que un hombre se sienta especial y sexualmente atractivo. Su atención invita a que éste responda de manera recíproca, creando una atracción erótica entre los dos que conduce al deseo de llegar a una intimidad sexual. Si ella se identifica con Afrodita, llevará a cabo su deseo sin considerar las consecuencias. Pero éstas pueden ser la condena social, una serie de relaciones superficiales, una posible explotación por los hombres que sólo pretender tener una relación sexual con ella y nada más, y la subsiguiente pérdida de la autoestima. Tiene que saber cómo contener a Afrodita en algunas circunstancias, y cómo en otras: como escoger sensatamente “cuándo y con quién”, y cómo no ser empujada por el arquetipo a situaciones destructivas.

Su manera cálida y atenta de relacionarse también puede ser tergiversada por hombres que, erróneamente, presuponen que ella está especialmente interesada o atraída sexualmente por ellos. En este caso, cuando ella les rechaza, puede que la consideren como una rompecorazones o una mujer provocativa, y que le reprochen haber atraído sobre sí su atención. Ellos pueden sentirse engañados y resentidos, y quizás se enfaden y adopten actitudes hostiles. Como objeto de un encaprichamiento indeseado y de un rechazo irritado, una mujer Afrodita puede sentirse herida y queda confundida acerca de qué es lo que ha hecho para suscitar tales

respuestas. Cuando una mujer Afrodita toma conciencia de este patrón de comportamiento, puede aprender a enfriar el ardor en ciernes de un hombre cuyas esperanzas no desea alentar. Puede indicarle su no disponibilidad hacia él o adoptar unas maneras más impersonales.

Negándose a Afrodita

Cuando una mujer Afrodita es educada en una atmósfera que condena la sexualidad en las mujeres, quizá intente sofocar su interés por los hombres, atenuar su atractivo y se considere perversa por sentimientos de tipo sexual. Pero la culpabilidad y el conflicto de expresar su naturaleza de Afrodita la lleva a sentirse deprimida u obsesionada. Y si se las arregla tan bien como para poder suprimir su sexualidad y su sensualidad de su conciencia, perderá el contacto con una parte esencial de su yo real, junto con su vitalidad y espontaneidad.

Desventajas de vivir en el presente

Las mujeres Afrodita tienden a vivir en el presente inmediato tomando la vida como si no existiera nada más que la experiencia sensorial. Al asirse al momento, una mujer de este tipo puede actuar como si sus acciones no produjeran consecuencias en el futuro y/o no existieran lealtades que pudieran entrar en conflicto. Esta orientación va más allá de una aventura impulsiva que perturbará a todas las personas afectadas. Por ejemplo, puede que compremos hermosos objetos fuera de su presupuesto, o suele “dejar plantada” a la gente. Hace planes con gran entusiasmo y toda la intención del mundo de llevarlos a cabo. Pero cuando llega el momento, puede hallarse absorbida en cualquier otra cosa o persona.

Aunque las lecciones son dolorosas, la experiencia en la mejor maestra para una mujer Afrodita. Aprende que las personas quedan heridas y se enfadan cuando las trata según la máxima “si te he visto no me acuerdo”. Cuando no considera su situación económica antes de comprar de manera impulsiva todo lo que se le pone ante la vista, se encuentra con facturas fuera de sus posibilidades y con cartas de apremio. Repite pautas de comportamiento que le producen dolor a sí misma y a los demás, hasta que aprende a resistirse a la tiranía del aquí y ahora, que ha estado gobernando su vida como su vida no existiera mañana.

Cuando una mujer Afrodita aprende a reflexionar en las consecuencias antes de actuar, actuará algo menos impulsivamente y se comportará con más responsabilidad. Sin embargo, las prioridades emocionales continuarán teniendo más peso que las consideraciones prácticas. Tal vez continúe hiriendo a otras personas con su comportamiento, incluso cuando reflexiona antes de actuar, ya que, en última instancia, continúa siguiendo su corazón.

Víctimas del amor

Los hombres pueden convertirse en víctimas cuando una mujer Afrodita les quiere y les abandona. Ella se enamora muy fácilmente, cada vez sinceramente convencida de que ha encontrado el hombre perfecto. En el momento mágico, él puede que se sienta como un dios enamorado de una diosa, hasta que es abandonado y reemplazado. Como consecuencia, ella deja tras sí una serie de hombres heridos, rechazados, deprimidos o enfadados que se sienten utilizados y desechados.

Una mujer Afrodita puede atravesar una serie de intensas aventuras amorosas, arrastrada cada vez por la magia (o experiencia arquetípica) de estar enamorada. Para acabar

con este patrón de comportamiento, debe aprender a amar a alguien con todas sus imperfecciones: alguien que es un ser humano imperfecto y no un dios. Primero debe desencantarse de los falsos encaprichamientos; normalmente, sólo la experiencia puede producir este tipo de desencanto. Sólo entonces puede estar en relación un periodo de tiempo suficientemente largo como para aceptar los defectos humanos de su pareja y de sí misma, y descubrir las dimensiones humanas del amor.

La “maldición” del amor

El poder de la diosa Afrodita de hacer amar a los demás podría ser destructivo. Por ejemplo, a veces impulsaba a una mujer a amar a alguien que no correspondía o no podía corresponderle a su amor. O creaba una pasión vergonzosa o ilícita, que habría de conducir al conflicto o a la humillación y que, más adelante, destruía a la mujer o destruía sus cualidades positivas. Mirra, Fedra y Medea fueron tres mujeres mitológicas que fueron maldecidas de esta manera. Como consecuencia, “enfermaron” de amor. Cuando Afrodita se enfadó con Psiquis, planeó hacer que se enamorase del “más vil de los hombres”. La diosa era completamente consciente de que el amor podía causar sufrimiento.

Las mujeres unidas infelizmente a una pareja por su amor podrían ser víctimas actuales de Afrodita. Algunas recurren a asistencia psiquiátrica para aliviar sus sufrimientos. Dos patrones de comportamiento típicos han surgido en la práctica de mi profesión. En el primero, la mujer está enamorada de un hombre que la maltrata o que la desprecia. Ella subordina cualquier otra cosa de su vida por las “migajas” de atención que de vez en cuando obtiene de él. Su compromiso puede ser de corta duración o haberse prolongado durante décadas. Es típico que se encuentre

atormentada por la relación y por sus esfuerzos de convencerse a sí misma de que realmente él la quiere, a pesar de las pruebas que tiene en contra. Está deprimida y es infeliz, aunque es muy ambivalente respecto a cambiar de situación. Pero para sentirse mejor tendría que acabar con esa relación destructiva, que tiene un enganche de naturaleza activa sobre ella.

El segundo patrón de comportamiento resulta todavía más desesperanzador. En él, la mujer está enamorada de un hombre que deja claro que no quiere tener nada que ver con ella. La evita siempre que puede y se siente atosigado por su amor no requerido. También en este caso, su implicación respecto a él puede extenderse a lo largo de muchos años, impidiéndola realmente la posibilidad de tener ninguna otra relación. Persiguiéndole a él, puede que le haya seguido a otra ciudad (como hizo una de mis pacientes) o que haya sido detenida por allanamiento de morada o echada a fuerza de la casa de él.

Liberarse se esta maldición de Afrodita es difícil. Para cambiar, la mujer tiene que ver la destructividad de su apego emocional y querer que la relación se acabe. Supone un tremendo esfuerzo para evitar la tentación de verle y volverse a comprometer con él. Pero tiene que hacerlo antes de poder dirigir sus emociones hacia cualquier otro lado.

Vías de desarrollo personal

El conocimiento acerca de su patrón arquetípico constituye una información muy útil para todo tipo de mujeres, especialmente para las mujeres tipo Afrodita. Les ayuda a saber que es su naturaleza “dada por la diosa” el enamorarse fácilmente, sentir atracción erótica y poseer un fuerte impulso sexual que otras mujeres no tienen. Saber esto ayuda a las mujeres Afrodita a liberarse de la

culpabilidad de ser quienes son. Al mismo tiempo, deben volverse conscientes de que son ellas las que tienen que cuidar de sus propios intereses, porque la diosa no lo hace por ellas.

Aunque otros arquetipos de diosas pueden no ser prominentes en una mujer Afrodita, están habitualmente presentes, al menos en forma latente. Pueden aumentar su influencia con ciertas experiencias de vida, expulsando o modificando el poder de Afrodita sobre su psique. Si una mujer Afrodita desarrolla capacidades o adquiere una formación, es probable que Artemisa y Atenea aumenten su importancia. Si se casa y tienen un hijo, Hera y Deméter pueden ejercer una influencia estabilizadora. Si desarrolla el arquetipo de Hestia a través de la meditación, puede que resista más fácilmente el tirón de la atracción erótica. Por último, el cultivo de la introversión de Perséfone puede hacer que una mujer Afrodita viva una experiencia sexual en la fantasía, en lugar de vivirla en la realidad.

Cuando una mujer Afrodita se vuelve consciente de su patrón de comportamiento y decide modificarlo, de manera que ella misma o las personas a las que quiere no queden heridas, se produce un cambio fundamental. Le es posible, a partir de ese momento, tomar decisiones y prever y modificar las consecuencias, una vez puede averiguar cuáles con sus prioridades y ponerlas en práctica. El mito de Psiquis describe un camino de desarrollo que la mujer Afrodita puede seguir.

El mito de Psiquis: una metáfora del desarrollo psicológico

El mito de Eros (Amor) y Psiquis ha sido utilizado como una analogía de la psicología de lo femenino por varios analistas junguianos, especialmente por Erich Neumann, en

su libro *Amor and Psiquis*, y Robert Jonson en *She*. Psiquis es una mujer mortal embarazada que quiere reunirse con su esposo Eros, dios del amor e hijo de Afrodita. Psiquis se da cuenta de que tiene que someterse a una Afrodita enojada y antagonista si es que quiere reconciliarse alguna vez con Eros, así que se presenta personalmente ante la Diosa. Para probarla, Afrodita le encarga cuatro tareas.

Las cuatro tareas de Afrodita tienen un importante significado simbólico. Cada una de ellas representa una capacidad que las mujeres han de desarrollar. Cada vez que Psiquis realiza una tarea, adquiere una capacidad que no tenía antes, capacidad equiparada en psicología junguiana con el ánimus o aspecto masculino de la personalidad de una mujer. Aunque estas capacidades se consideren "masculinas" en mujeres que, como Psiquis, necesitan hacer un esfuerzo para llevarlas a cabo, constituyen atributos naturales de las mujeres Artemisa y Atenea.

Como figura mitológica, Psiquis es una amante (como Afrodita), una esposa (como Hera), y una madre embarazada (Deméter). Es más, a lo largo del mito también desciende al mundo subterráneo y regresa (de esta manera, también se parece a Perséfone). Las mujeres que ponen en primer lugar las relaciones y reaccionan instintiva o emocionalmente a los demás, han de desarrollar las capacidades simbolizadas por cada una de las tareas. Sólo entonces pueden afirmar sus opciones y actuar de manera decisiva a favor de sus mejores intereses.

Primera tarea: seleccionar las semillas

Afrodita conduce a Psiquis a una habitación y le muestra un enorme montón de semillas mezcladas entre sí —de trigo, cebada, mijo, amapola, garbanzos, lentejas y habas— y le dice que debe clasificarlas antes del atardecer, cada una

en su propio montón. La tarea parece imposible hasta que una multitud de humildes hormigas acuden en su ayuda, colocando cada clase de semilla, grano por grano, en su propio montón.

De manera similar, cuando una mujer toma una decisión crucial, con frecuencia debe clasificar primero una maraña se sentimientos conflictivos y de lealtades que compiten en sí. La situación es a menudo especialmente confusa cuando Afrodita anda por medio. “Seleccionar las semillas” es, pues, una tarea interna, que exige que una mujer mire honradamente dentro de sí, examine sus sentimientos, motivaciones y valores, y separe lo que es realmente importante de lo que es insignificante.

Cuando una mujer aprende a permanecer en una situación confusa y no actúa hasta que surge la claridad, ha aprendido a confiar en “las hormigas”. Estos insectos constituyen una analogía del proceso intuitivo, de los trabajos que están más allá del control consciente. Así pues, la claridad puede llegar a través de los esfuerzos conscientes para afirmarse de manera sistemática o lógica y asignar las prioridades a los muchos elementos involucrados en una decisión.

Segunda tarea: con seguir algunas vedijas de oro

A continuación Afrodita ordena a Psiquis que adquiera algunas vedijas de la lana oro de los terribles Barberis del sol. Son animales con cuernos enormes y agresivos, que se encuentran en medio de un campo luchando entre sí. Si Psiquis tenía que caminar en medio de ellos e intentar coger su lana, probablemente sería pisoteada a aplastada. Una vez más, la tares parece imposible hasta que unos verdes juncos le ayudan aconsejándole que espere hasta la puesta de sol, cuando los carneros se dispersen para descansar. Entonces

puede coger mechones de lana de oro de las zarzas contra las que los carneros se habían restregado.

Simbólicamente, el vellocino de oro representa el poder, poder que una mujer necesita adquirir sin ser destruida en el intento de conseguir una parte del mismo. Cuando una mujer Afrodita (o uno de los tipos de diosas vulnerables) sale al mundo competitivo donde otros luchan agresivamente por el poder y la posición, puede quedar herida o desilusionada si no reconoce los peligros. Tal vez se endurezca y se vuelva cínica; su yo solícito y confiado quizá se convierta en una víctima, “pisoteada”. Una Atenea acorazada puede estar en medio de un campo de batalla, directamente involucrada en estrategias y política, pero una mujer que es como Psiquis hace mejor en observar, esperar y adquirir gradualmente poder de manera indirecta.

Adquirir el vellocino de oro sin destruir a Psiquis es una metáfora respecto a la tarea de conseguir poder y seguir siendo una persona compasiva. En mi práctica psiquiátrica me encuentro con que mantener esta tarea en la cabeza es muy útil para toda mujer que está aprendiendo a afirmarse a sí misma. En caso contrario, al centrarse únicamente en expresar sus necesidades o su enfado, sus conversaciones se vuelven confrontaciones alienantes que no la ayudan a conseguir lo que quiere y que la presentan bajo una luz cruda y destructiva.

Tercera tarea: llenar el frasco de cristal

Para la tercera tarea, Afrodita coloca un pequeño frasco de cristal en la mano de Psiquis y le dice que debe llenarlo con agua del río prohibido. Este río cae en cascadas desde un manantial situado en la cima de la montaña más alta de la más profunda sima del mundo subterráneo, antes de surgir a través de la tierra para brotar de nuevo por el

manantial. Metafóricamente, este río representa la corriente circular de la vida, en la que Psiquis debe sumergirse para llenar el frasco.

Cuando mira fijamente la corriente helada, encajonada en el fondo de un afilado cañón y custodiada por dragones, la tarea de llenar su frasco parece imposible, esta vez, un águila acude en su ayuda. El águila simboliza la capacidad de ver el paisaje desde una perspectiva distante y abatirse sobre su presa cuando es necesario. Esto no es el modo habitual de percibir para una mujer como Psiquis, que está tan personalmente involucrada que “los árboles no le dejan ver el bosque”.

Es especialmente importante para las mujeres Afrodita poner un poco de distancia emocional en sus relaciones, para ver los patrones de comportamiento en su totalidad y captar importantes detalles que le harán posible captar lo que es significativo. Entonces puede asimilar y moldear la forma que puede tomar su vida.

Cuarta tarea: aprender a decir que no

Para su cuarta y última tarea, Afrodita ordena a Psiquis que descienda al mundo subterráneo con una pequeña caja para que Perséfone la llene con el ungüento de la belleza. Psiquis equipara la tarea con la muerte. Esta ves es una torre clarividente la que le aconseja.

Esta tarea es algo más que la prueba de valor y determinación tradicional del héroe, ya que Afrodita la ha hecho particularmente difícil. Se lo dice a Psiquis, en encontrará personas en situación miserable que le pedirán ayuda, y que en tres ocasiones deberá “endurecer su corazón a la compasión”, ignorar sus ruegos y continuar su camino. Si no lo hace, permanecerá para siempre en el mundo subterráneo.

Establecer un objetivo y mantenerlo frete a las peticiones de ayuda es especialmente difícil para cualquier mujer, excepto para las mujeres tipo diosa virgen. Las maternales Deméter y las serviciales Perséfone son las que tienen una mayor actitud de respuesta a las necesidades de los demás, mientras que las mujeres Hera y Afrodita tienen una actitud intermedia.

La tarea que cumple Psiquis cuando dice que no tres veces es para ejercitar la capacidad de decisión. Muchas mujeres permiten que se les imponga y permiten así que las desvíen de hacer algo para ellas mismas. No pueden llevar a cabo ninguna cosa que hayan planeado, no algo que es lo mejor para ellas, a menos que aprendan a decir que no. Tanto si se trata de una persona que necesita compañía o comodidad, como si necesita la atracción de una relación cargada de erotismo, hasta que una mujer sea capaz de decir que no a aquello a lo que sea particularmente susceptible, no podrá determinar el curso de su propia vida.

A través de las cuatro tareas. Psiquis evoluciona desarrolla capacidades y fuerzas cuando se ponen a prueba su valor y determinación. Pero, a pesar de todo lo que adquiere de nuevo, su naturaleza y sus prioridades básicas permanecen inmutables: sigue valorando una relación de amor, lo arriesga topo por ella, y gana.

13 – ¿QUÉ DIOSA CONSIGUE LA MANZANA DE ORO?

La rivalidad, los conflictos y las alianzas entre diosas suceden dentro de la psique de una mujer como sucedieron una vez en el monte Olimpo. ¿A cuál de ellas sigue una mujer? ¿A cuál ignora? ¿Cuál es su verdadero grado de elección? Estos personajes internos representan poderosos patrones arquetípicos compiten por expresarse, al igual que las mismas diosas griegas se disputaron en otro tiempo la manzana de oro, el precio decidido por el juicio de Paris.

El juicio de Paris

Todas las diosas y dioses del Olimpo, excepto Eris, diosa de la discordia y de los conflictos (una Diosa secundaria), fueron invitadas/os a las fiestas nupciales de Peleo, rey de Tesalia, y Tetis, la bella ninfa del mar. Eris se presentó sin ser invitada a este gran acontecimiento, y se vengó por este desaire. Interrumpió las celebraciones arrojando entre los presentes una manzana de oro con la inscripción “a la más hermosa”. La manzana rodó por el suelo e inmediatamente fue reclamada por Hera, Atenea y Afrodita. Cada una de ellas sentía que aquélla era suya por mérito y derecho propios. Por supuesto pudieron decidir entre ellas quién era la más hermosa, así que recurrieron a Zeus para que él decidiera. Éste declinó tomar una decisión, dirigiéndolas en cambio a

que encontrase al pastor Paris, un mortal con buen ojo para las mujeres hermosas, que tendría que elegir.

Las tres diosas encontraron a Paris viviendo una vida bucólica en una montaña de ninfas en las laderas del monte Ida. Cada una de las tres bellas diosas intentó por su parte influir en su decisión con un soborno. Hera le ofreció poder sobre todos los reinos de Asía si él le concedía la manzana. Atenea le prometió la victoria en todas las batallas. Afrodita le ofreció las más bellas mujeres del mundo. Sin dudarlo, Paris declaró a Afrodita como la más bella, y le concedió la manzana de oro, incurriendo así en el eterno odio de Hera y Atenea.

Este juicio de Paris desembocó posteriormente en la guerra de Troya. Paris el pastor era príncipe de Troya. La mujer más bella del mundo era Helena, la esposa de Menelao, uno de los reyes griegos. Paris recogió su recompensa raptando a Helena, esposa de Menelao, y llevándosela con él de vuelta a Troya. Este acto provocó una guerra entre los griegos y los troyanos que duró diez años y acabó con la destrucción de Troya.

Cinco diosas y dioses del Olimpo se pusieron de lado de los griegos: Hera y Atenea (cuya toma de partido a favor de los griegos estaba teñida por su animosidad hacia Paris), junto con Poseidón, Hermes y Hefestos. Cuatro dioses y diosas tomaron partido por los troyanos: Afrodita, Apolo, Ares y Artemisa.

El juicio de Paris también inspiró algunas de las más grandes obras de la literatura y del teatro de la civilización occidental. Los acontecimientos desencadenados por aquella decisión fueron inmortalizados en la *Ilíada*, la *Odisea* y la *Eneida* (las tres grandes epopeyas clásicas), así como en las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides.

La actualización del juicio de Paris

Toda mujer contemporánea se enfrenta a su propio Juicio de Paris personal. Las cuestiones son las mismas que las que se plantearon a los invitados del Olimpo:"¿Cuál de las diosas consigue la manzana de oro?", y "¿quién es el juez?".

¿Cuál de las diosas consigue la manzana de oro?

En el mito, sólo tres de las diosas presentes reclamaron la manzana para ellas, éstos fueron Hera, Atenea y Afrodita. No obstante, en la psique individual de una mujer las rivales pueden ser diferentes. Tal vez sólo dos compiten por la manzana, o tres, o cuatro (pueden darse cualquiera de las combinaciones de conflicto entre las siete diosas). Dentro de cada mujer, los arquetipos activados luchan frecuentemente por la supremacía o compiten por dominar.

Según el mito original. ¿Qué significa elegir a "la más hermosa" al rivalizar Hera, Atenea y Afrodita por tener la preminencia sobre las otras dos? Al considerar lo que simbolizan estas tres diosas, quedé sorprendida cuando me di cuenta de que pueden representar las tres direcciones principales que puede tomar la vida de una mujer, aspectos que pueden estar frecuentemente en conflicto en el interior de una mujer. Hera pone el matrimonio en primer lugar; así lo haría la mujer que se identifica con las metas de Hera. Atenea valora el uso del intelecto para realizar la maestría; una mujer que la venera como la más hermosa consideraría su carrera en primer lugar. Afrodita favorece la belleza, el amor y la pasión, junto con la creatividad como los valores definitivos, y la mujer que está de acuerdo con ella colocará la vitalidad de su vida subjetiva por encima de las relaciones estables y de los logros.

Estas decisiones son fundamentalmente diferentes, porque cada una de estas tres diosas se encuentra en una

categoría diferente. Hera es una diosa vulnerable, Atenea una diosa virgen, y Afrodita es una diosa alquímica. En las vidas de las mujeres, habitualmente predomina uno de los tres estilos representados por estas categorías.

¿Quién juzga? ¿Quién decide cuál de las diosas consigue la manzana de oro?

Según el mito, un mortal tomó la decisión. En las culturas patriarcales, los hombres son quienes las toman. Y, por supuesto, si son los hombres quienes deciden cuál debe ser el lugar de las mujeres, la elección queda limitada a lo que les conviene. Por ejemplo, las tres "K" —*Kinder, Küche, Kirche*— (niños, cocina e iglesia) definieron en otros tiempos los límites de la mayoría de las vidas de las mujeres alemanas.

En un nivel personal, la cuestión "¿cuál de las diosas consigue la manzana de oro?" describe una rivalidad que continúa hoy día. Empezando con los padres y demás familiares, y continuando con las profesoras, compañeras de clase, amigas, novios, maridos, e incluso con los hijos. El juicio de Paris continúa todavía, y todo el mundo reparte o retiene "manzanas de oro", recompensando con su aprobación lo que le agrada, la niña que tiene un aspecto silencioso y solitario en su personalidad (gracias a Hestia), y al mismo tiempo es una jugadora de tenis competitiva (debido tal vez a la influencia de Artemisa o de Atenea), y cuyas cualidades maternales (Deméter) salen con sus primos pequeños, descubrirá que consigue más aprobación por unas cosas que por otras. ¿Le alaba su padre por haber jugado una buena partida de tenis o por comportarse como una pequeña madre? ¿Qué es lo que valora su madre? ¿Es la suya una familia introvertida, que supone que sus miembros pasen el tiempo tranquilamente ocupados en sus propios

asuntos? ¿O se trata de una familia extravertida que piensa que cualquiera que quiera estar solo es una persona extraña? ¿Se supone que una niña se retenga, no muestre su verdadera capacidad y deje siempre que el hombre gane? ¿Qué hace respecto a lo que esperan los demás?

Si una mujer deja que otros decidan lo que es importante para ella, vivirá conforme a lo que esperan sus padres de ella y se adecuará a sus prejuicios de clase social sobre cómo tiene que actuar. En su vida. Las diosas que han de ser cultivadas serán determinadas por los demás.

Si una mujer decide por sí misma "cuál de las diosas consigue la manzana de oro", basando dicha decisión en la fuerza que tiene dentro de sí esa diosa, entonces, cualquier cosa que decida tendrá un sentido para ella. Puede que sea apoyada o no por su familia y por la cultura, pero su decisión será auténtica.

Diosas en conflicto: la metáfora del comité

En el interior de una mujer, las diosas pueden competir entre sí o puede que gobierne una de ellas. Cada vez que la mujer debe tomar una decisión fundamental, tal vez se produzca una contienda entre las diferentes diosas para conseguir la manzana de oro. Si ocurre esto, ¿es la mujer la que decide entre las prioridades, los instintos y los modelos de comportamiento en lucha? ¿O son las diosas quienes deciden por ella el camino que emprende?

Joseph Whellwright, analista junguiano y uno de mis mentores, afirma que lo que ocurre dentro de nuestra cabeza se asemeja a un comité, en el que se sientan varios aspectos de nuestra personalidad alrededor de una mesa, masculinos y femeninos, jóvenes y viejos, algunos ruidosos y exigentes, otros silenciosos y reservados. Si somos afortunados, un ego saludable se sienta en la cabecera de la

mesa y preside el comité, decidiendo cuándo y quién inicia su turno o toma la palabra. El presidente de un comité mantiene el orden al ser un participante y observador, al mismo tiempo que un ejecutivo eficaz, cualidades en común con un ego que funcione bien. Cuando el ego funciona adecuadamente, el resultado es un comportamiento apropiado.

Presidir el comité no es una tarea fácil, especialmente cuando existen diosas dentro de cada mujer, que exigen y reclaman el poder, a veces en abierto conflicto entre sí. Cuando el ego de una mujer no puede mantener el orden, el arquetipo de una de las diosas puede intervenir y dominar la personalidad. En este caso, esa diosa gobierna metafóricamente a la mujer mortal. O puede producirse el equivalente interno a una guerra olímpica cuando entran en conflicto elementos arquetípicos igualmente poderosos.

Cuando una persona se halla en medio de un conflicto interno, el resultado depende de cómo trabajen en colaboración los “miembros” del comité de esa persona concreta. Como todos los comités, el funcionamiento del grupo depende de su presidente y de sus miembros: quiénes son, hasta qué medida es cooperativo o contencioso el proceso del grupo y qué grado de orden mantiene el presidente.

El proceso armonioso: el ego funciona bien como presidente, y todas las diosas tienen la oportunidad de ser oídas

La primera posibilidad es que exista un proceso armonioso, presidido por en ego que observa y que puede tomar decisiones claras basado en una información adecuada. El ego es consciente de los elementos constitutivos y de sus diferentes motivaciones y

necesidades. Se escuchan todos los aspectos relevantes de la personalidad, se toma en consideración la realidad y se tolera la tensión. Como cada diosa expresa un instinto, valor o aspecto particular de la psique de una mujer (la totalidad de la personalidad), la extensión de lo que tienen que decir una diosa depende de lo poderoso que sea ese arquetipo concreto, de lo involucrado que esté en el asunto de que se trate y de qué cantidades de turnos para hablar le conceda el ego (el director del comité).

Por ejemplo, puede tratarse de una decisión de una mujer sobre qué hacer un domingo. Hestia favorece la soledad y propone un día tranquilo y casero. Hera siente que tiene la obligación de visitar a los parientes de su marido. Atenea le recuerda que tienen un trabajo por acabar para consolidar una propuesta. Artemisa aboga por ir a una conferencia feminista.

O bien, la decisión puede versar sobre qué hacer con la segunda parte de la vida. En este caso, cada aspecto de la personalidad, cada diosa, puede tener intereses particulares en el resultado. Por ejemplo, ¿es el momento, "ahora que los hijos han crecido", de terminar con un matrimonio insatisfactorio? En esta cuestión, Deméter puede que incline la balanza. Tenía una alianza con Hera para permanecer en una situación desgraciada "a causa de los hijos". ¿Unirá ahora sus fuerzas a las de Artemisa para ser independiente?

¿O es el momento de volver a estudiar o de hacer un cambio de profesión, siguiendo así a Atenea o a Artemisa?

¿O habrá llegado finalmente el turno de escuchar a Deméter y a Hera? ¿Ha concentrado la mujer todas sus energías en desarrollar su carrera y en llegar a ser una excelente profesional y, habiendo llegado a la mitad de la vida a su destino o a un techo, siente la emergencia del instinto maternal gracias a Deméter? ¿O sabe que está sola,

observa con envidia a las parejas, y desea estar casada, cuando hasta la fecha se había negado a seguir a Hera?

¿O es la diosa que falta la más tranquila de todas? ¿Ha llegado el turno de Hestia, cuando la mediana edad trae consigo una necesidad de reflexión y de búsqueda de valores espirituales?

La mediana edad puede adoptar una nueva configuración de las diosas, o la nueva preeminencia de una de ellas. Este cambio de potencial sucede en cada una de las principales nuevas etapas de la vida —adolescencia, vida adulta, jubilación, menopausia—, así como en la mediana edad. Cuando llega un tiempo de transición, si el ego está a cargo de un proceso armonioso, reflexivo y consiente, la mujer considera las prioridades, las lealtades, los valores y los factores de la realidad. No fuerza una resolución de las opciones en conflicto; la resolución llega después de que los problemas se han clarificado. Este proceso puede tomar cinco minutos, cuando decide qué hacer un domingo. O puede tomar cinco años cuando lo que está considerando es un cambio fundamental en su vida.

Por ejemplo, he visto mujeres luchando durante años para resolver la cuestión de tener o no hijos. Estas mujeres se preguntan qué hacer con su instinto maternal y qué hacer con su profesión. Y qué debe hacer si su marido y ella están en desacuerdo, si uno de los dos quiere un niño y el otro no. ¿Qué debe hacer cuando ya ha pasado de los treinta años y la maternidad comienza a ser una posibilidad limitada en el tiempo?

Todas estas cuestiones invadieron a la artista Georgia O'Keefee, que nunca tuvo un hijo. Por la biografía de Laura Lisle, sabemos que O'Keeffe había sentido desde su infancia un impulso interno de ser artista. También sabemos que cuando tenía unos veinticinco años confirmo a una amiga.

“Voy a tener una hijo; en caso contrario, mi vida no será completa”[1].

Cuando “la cuestión de los hijos” era un problema fundamental, estaba profundamente enamorada de Alfred Stieglitz, con el que convivió primero y se casó después. Él era una de las fuerzas más influyentes del arte moderno. Su galería y sus opiniones sobre el arte y los artistas creaban la fama de éstos. Stieglitz estaba convencido de que O’Keeffe no sería nunca madre porque esto la desviaría de su pintura. Treinta años mayor que ella, y siendo ya padre de hijos mayores, Stieglitz tampoco quería volver a ser padre de nuevo.

El conflicto dentro de ella y con él sobre la cuestión de los hijos, que empezó en 1918, continuó durante cinco años, aparentemente y sólo se resolvió después de que dos acontecimientos inclinaron la balanza de un lado. En 1923 se exhibieron cien de sus cuadros. Tal vez por primera vez tuvo la confirmación externa de que era posible realizar el sueño de ser una artista con éxito. El mismo año, la hija de Stieglitz dio a luz a un hijo y después cayó en una grave depresión post-parto de la que nunca se recupero totalmente.

El interés por Stieglitz, por su relación y por su carrera como artista alinearon muchas partes de O’Keeffe contra un fuerte instinto materno. Hera, Afrodita, Artemisa y Atenea se pusieron todas juntas en contra de Deméter.

Aunque esta posición común de estas diosas, junto con las circunstancias, inclinaron la decisión de no tener un hijo, O’Keeffe tuvo que abandonar la posibilidad de ser madre sin sentirse por ello resentida; en otro caso, esta cuestión (o cualquier otra) no queda plenamente resuelta. Cuando una persona siente que no tuvo elección y que fue forzada a abandonar algo importante por alguna circunstancia interna, o por una compulsión interior, se siente enfadada,

impotente y deprimida. El resentimiento mina su vitalidad y la impide concentrarse por completo en lo que está haciendo, por mucho sentido que tenga la tarea en cuestión. Para que O'Keefe (o para cualquier mujer), pudiera experimentar la pérdida de algo importante, y después sumergirse en un trabajo creativo, el ego tenía que ser algo más que un observador pasivo que pusiera de acuerdo la fuerza de decisión de los diferentes arquetipos. Tiene que asumir el resultado. Para hacerlo, una mujer ha de ser capaz de decir: “ve lo que soy y cuáles son las circunstancias. Afirmo estas cualidades como parte de mí, y acepto la realidad tal como es”. Sólo entonces puede liberarse la energía de un problema para ser usada en cualquier otra cosa.

La ambivalencia de oscilar: el ego es ineficaz cuando diosas en competencia luchan por obtener el dominio

Aunque un proceso armonioso es la mejor resolución, por desgracia no es el único modo como puede solucionarse el conflicto interno. Si el ego se pone pasivamente de lado de cualquiera de las partes que temporalmente tiene el poder, de ello resulta un patrón de comportamiento oscilante, cuando primero “gana” una parte y obtiene lo que quiere, y después la otra.

Por ejemplo, una mujer casa puede estar muy indecisa respecto a terminar con una relación (sabiendo que si no acaba con ella, será el fin de su matrimonio). Puede que sienta que su conflicto interno es irresoluble e inacabable, como pareció en otro tiempo la guerra de Troya. Una mujer con un ego ineficaz termina repetidamente una relación sentimental, para volver a ser arrastrada a ella una y otra vez.

La guerra de Troya es una metáfora adecuada para describir esta situación. Helena, el premio por el que luchaba, era como un ego pasivo en medio de un conflicto matrimonial-amoroso. Un ego pasivo es retenido como rehén, como posesión, primero de una parte, y después de otra.

Las fuerzas griegas intentaban devolver a Helena a su marido. De su parte se encontraban los defensores del matrimonio. La principal fue Hera, diosa del matrimonio, que insistió en que continuase la lucha, hasta que Troya fue destruida y Helena devuelta a su marido, Menelao. También, ayudando a los griegos, estuvo Hefestos, dios de la forja, que hizo la armadura para Aquiles. La simpatía de Hefestos por la posición griega es comprensible, puesto que era el marido engañado de Afrodita. Otro aliado de los griegos fue Poseidón, el dios patriarcal que vivía bajo el mar. También Atenea, defensora de los derechos de patriarcado, se puso naturalmente de lado del marido legal.

Estas/os diosas/es del Olimpo representan actitudes dentro de una mujer que actúan en ella para conservar el matrimonio como una promesa sagrada y como una institución legal, convencidos de que la esposa es una posesión del marido, por lo que sintieron simpatía por Menelao.

Afrodita, diosa del amor y ganadora de la manzana de oro, se puso, por supuesto, del lado de Troya. Es interesante que también lo hicieran Artemisa y Apolo, los gemelos andróginos que pueden simbolizar los roles no estereotipados de los hombres y de las mujeres, y que son posibles únicamente cuando se desafía el poder del patriarcado. El cuarto dios del Olimpo que tomó posición a favor de Troya fue Ares, dios de la guerra, que (al igual que Paris) hacía el amor con la esposa de otro hombre. Ares era el amante de Afrodita.

Estas/os cuatro diosas/es del Olimpo representan elementos o actitudes en la psique de una mujer, que suelen tomar parte en una relación sentimental. Representan la pasión sexual y el amor. Representan la autonomía y la insistencia en que su sexualidad le pertenece y no es una posesión de matrimonio ni de su marido. Estas/os cuatro se rebelan contra los papeles tradicionales y son impulsivos. De esta manera, unen sus fuerzas en una aventura sentimental que puede considerarse una declaración de guerra contra su marido.

Si el ego de una mujer su pone pasivamente del lado del ganador momentáneo del conflicto amoroso y de la competición externa por conseguirla, ella oscilará de uno a otro de los dos hombres del triángulo. Esta ambivalencia perjudica ambas relaciones y a todas las personas involucradas.

El comité caótico: el ego queda sobrepasado por las diosas en conflicto

Cuando surgen feroces conflictos en la psique de una mujer y el ego no puede mantener el orden, ni siquiera es posible que pueda empezar un proceso armonioso. Surgen muchas voces, de las que resulta una cacofonía del ruido interno. Como si las diosas estuvieran gritando en alto sus intereses, intentando cada una de ellas ahogar la voz de las demás. El ego de una mujer no puede distinguir lo que está diciendo cada voz dentro de ella, mientras crece internamente una gran presión. La mujer en la que se produce este caos se siente confusa y presionada a hacer algo, en el momento en el que no puede mantener una claridad de pensamiento.

Una vez tuve un paciente “comité caótico” y que estaba a punto de dejar a su marido. No había otro hombre, y se

trataba de un matrimonio que otros idealizaban. Mientras fue ella la que consideraba separarse, podía oír los muchos puntos de vista que competían entre sí de una manera más o menos racional. Pero cuando le dijo a su marido lo que estaba reflexionando y dejó de sospesar cada aspecto de la cuestión, estalló el caos interno. Decía que sentía como si “tuviera una lavadora funcionando dentro de mi cabeza”, o como si “estuviera dentro de ella”. Aspectos d sí misma reaccionaban alarmados y atemorizados a lo que constituía una decisión auténtica, aunque llena de riesgos.

Por un tiempo estuvo inmovilizada, su ego estuvo temporalmente abrumado. Pero más que abandonar y volver hacia atrás, se agarró a la necesidad de poner las cosas en claro, y permaneció con algunas amigas hasta que llego a tener cierta claridad. Poco a poco, su ego recuperó su posición habitual, y escuchó las voces de alarma y de miedo. Al final, dejó a su marido. Un año más tarde, por fin estuvo segura de haber tomado la decisión adecuada.

En tal situación es útil hablar a alguien de los miedos e impulsos conflictivos, o escribirlos, para empezar el proceso de aclarar las posibles soluciones en lucha. Cuando se descompone en preocupaciones diferentes una aglomeración de problemas, puede que el ego no se sienta abrumado.

El “comité caótico” es con frecuencia algo temporal, un corto lapso que sigue a una relación caótica inicial o a algo que se percibe como nuevo y amenazador. Poco después, el ego restaura el orden. Sin embargo, si no lo hace, el caos mental puede llevar a que se produzca un derrumbamiento psicológico. El espíritu continúa lleno de emociones, pensamientos e imágenes que compiten entre sí; se hace imposible pensar de manera lógica y la persona deja de funcionar.

Miembros favorecidos y miembros censurados del comité: el presidente, con una actitud parcial, favorece a algunas diosas y se niega a reconocer a otras.

Como presidente, un ego con una actitud parcial reconoce únicamente a ciertos miembros del comité. Silencia a otros que expresan necesidades, sentimientos o puntos de vista que considera inaceptables, no permitiendo que se expresen. Censura todo lo que no quiere mirar o escuchar, de manera que en la superficie no parece que exista conflicto alguno. Algunas diosas, o incuso una sola, mantienen a veces el “estatus de diosa favorecida”, predominando entonces sus puntos de vista. Éstas son las diosas con las que se identifica el ego.

Mientras tanto, se suprimen o reprimen la perspectiva y las prioridades de las diosas desfavorecidas. Pueden ser acalladas, o incluso estar presentes en el comité. Su influencia se siente “fuera de la sala de reuniones del comité” (fuera de la conciencia). Acciones, síntomas psicosomáticos y ciertos estados de humor pueden ser expresiones de estas diosas censuradas.

“Reaccionar de manera pasiva” es una conducta inconscientemente motivada que reduce la tensión creada por los sentimientos conflictivos. Por ejemplo, una mujer casada, Bárbara, se siente resentida porque, Susana, la hermana de su marido, presupone que siempre puede conseguir que ella la lleve en coche. Bárbara no puede decir que no sin sentirse egoísta y culpable, y no puede enfadarse porque el enfado es algo inaceptable. Así, su ego, actuando como presidente, se pone de lado de Hera y de Deméter, las diosas que insisten en que sea una buena esposa que cuide de los familiares de su marido y en que sea una persona

siempre dando a los demás y cuidando de ellos. Se va acumulando así una tensión interna, que ella descarga “reaccionando de manera pasiva”. Bárbara “olvida” la cita para recoger a Susana. Enfrentarse a Susana de manera deliberada habría sido un comportamiento muy hostil, algo que Artemisa o Atenea podrían defender que se hiciera incluso a propósito. Sin embargo, mediante el “olvido”, Bárbara “expresa” su hostilidad y disuade a Susana de su hábito. Pero Bárbara todavía es “inocente” respecto a su propio enfado y a su afirmación de independencia.

Una de mis pacientes proporcionaba otro ejemplo más significativo de “reaccionar de manera pasiva”. Tenía que acudir a un ensayo para un papel secundario de una importante película. El director la había visto y había pensado que ella podría ser perfecta para ese papel, así que le había pedido que lo intentase. Se trataba de una gran oportunidad. Esta actriz de treinta años era miembro de una pequeña compañía de teatro y vivía con su director. Durante tres años habían tenido una relación de rupturas y reconciliaciones.

En alguna parte de sí misma sabía que él no podría soportar que ella tuviera más éxito que él. Pero había reprimido esta información, junto con otras comprensiones internas que la protegían de verle tal como él era en realidad. Cuando llegó la oportunidad de participar en aquella película, se preparó para el ensayo, ensayó hasta el último minuto, y llegó a estar tan absorta que “perdió la conciencia del tiempo”. Falló la cita.

Así, “expresó” su ambivalencia, aunque deseaba aquel papel y conscientemente hizo todos los esfuerzos posibles por conseguirlo. Artemisa le proporcionaba la ambición, y Afrodita le ayudaba a expresar su talento. Pero inconscientemente ella tenía miedo de conseguir aquel papel y de poner a prueba la relación: Hera había puesto en

primer lugar la relación, y Deméter protegía al hombre de sentirse amenazado o inadecuado. Su decisión de no presentarse a desempeñar aquel papel fue tomada fuera del campo de la consciencia.

Los síntomas psicosomáticos pueden ser expresiones de diosas censuradas. Por ejemplo, la mujer independiente que tiene cualidades de Atenea, que nunca pide ayuda ni parece necesitar de nadie, puede crearse úlceras o ataques de asma. Tal vez ése sea el único camino que su ego puede permitir a la Perséfone dependiente de conseguir algo de atención y cuidados maternales. O el tipo de mujer Madre Tierra, que lo da todo, puede llegar a tener hipertensión lábil. Su presión sanguínea se dispara hacia arriba a partir de constantes normales, normalmente cuando ella se comporta de una manera especialmente generosa. Aunque puede no tener suficientes elementos de Artemisa para permanecer centrada en sus propias prioridades, siente tensión y resentimiento cuando con tanta prontitud pone las necesidades de los demás en primer lugar.

Ciertos estados de humor pueden revelar también la existencia de diosas censuradas. La actitud distante en la que cae una felizmente casada cuando oye noticias de amigas que tomaron caminos diferentes puede representar las emociones de ciertas diosas vírgenes. Esa vaga insatisfacción sentida por la mujer profesional cuando tiene el periodo podría ser debida a una Deméter insatisfecha.

El cambio de engranaje: cuando varias diosas “se turnan”

Las mujeres se describen a sí mismas a menudo como que son “más de una sola persona” cuando varias diosas se turnar en poseer la influencia dominante. Por ejemplo, Carolyn vende más de un millón de dólares al año en

seguros; se ocupa de miles de detalles y va activamente en búsqueda de clientes. En el trabajo es una mezcla eficiente de Atenea y Artemisa. En casa, la tigresa de los negocios se convierte en una solitaria gatita que se pasea tranquilamente por la casa y el jardín, como una introvertida Hestia disfrutando de la soledad.

Leslie es la persona que tienen las ideas en su agencia de publicidad. Sus presentaciones son brillantes. Si creatividad y su capacidad de persuasión hacen de ella una persona muy eficaz. Es una mezcla dinámica de Artemisa y de Afrodita, que fácilmente se transforma en una Perséfone complaciente cuando está con su marido.

Ambas mujeres son conscientes de que se comportan como dos personas diferentes cuando cambian de engranaje y van de una faceta de su personalidad a otra; los cambios diarios son naturalmente perfectos para ellas. En cada situación se sientes auténticas consigo mismas o con las diosas que “se turnan” en expresarse en ellas.

Conociendo los cambios que se producen en sus personalidades, las decisiones psicológicas tipo “una cosa u otra” confunden o divierten a muchas mujeres, que son muy conscientes de que las respuestas dependen de cómo se sientan. Tanto si describen las reacciones de su yo laboral como las de su yo doméstico, la madre o la artista en ellas, es cómo reaccionan cuando están solas o cuando están en pareja influirá en sus respuestas. Muchas veces las respuestas y, por lo tanto, el perfil de la personalidad, parecen depender de “qué diosa” de la mujer está siendo examinada. Como señalaba una psicóloga: “Soy muy extravertida en una fiesta, y no se trata de que me ponga una máscara o una cara de fiesta; ¡se trata de mí misma disfrutando! Pero su me vieseis cuando estoy investigando, soy una persona muy diferente”. En una situación es una Afrodita burbujeante: extravertida, emocionalmente abierta,

y sensual. En la otra es una Atenea cuidadosa, llevando a cabo de una manera meticulosa un proyecto que ella ha planificado y del que tienen que reunir pruebas para verificarlo.

Cuando existe un arquetipo principal de diosa que domina la personalidad de una mujer, sus test de tipo psicológico suelen concordar con la teoría junguiana. Será consecuentemente, o bien extravertida (reaccionando directamente a los acontecimientos externos y a la gente), o bien introvertida (respondiendo a las impresiones internas que tiene); utilizará el pensamiento (sospesando las consideraciones racionales) o los sentimientos (sospesando los valores) para evaluar a las personas y a las situaciones; y confiará en la información obtenida a través de los cinco sentidos, o bien en la intuición. A veces sólo una de las cuatro funciones (pensamiento, sentimiento, sensación e intuición) está bien desarrollada.

Cuando existen dos o más arquetipos de diosas dominantes, una mujer no se ajusta forzosamente a un arquetipo psicológico. Puede ser introvertida y extravertido, dependiendo de las circunstancias —y de la diosa que prevalezca—: una Artemisa o una Deméter extravertidas pueden "obtener la manzana de oro" en una situación, pero pasar a ser la Hestia o la Perséfone introvertidas en otra.

Según la teoría junguiana, el pensamiento y el sentimiento son funciones de expresión; la sensación y la intuición son funciones perceptivas. Cuando una de estas cuatro funciones es la más desarrollada, la opuesta (su pareja contraria) es teóricamente la menos consciente. La teoría se mantiene cuando un modelo de diosa es subyacente a toda la personalidad: una mujer Atenea piensa con gran claridad, pero su capacidad para manifestar valores relativos a los sentimientos es típicamente inexistente. Sin embargo, puede que éste no sea el caso

cuando existe más de una diosa influyente. Por ejemplo, si Artemisa se une a Atenea un arquetipo activado, el sentimiento y el pensamiento pueden estar desarrollados igualmente o casi, en oposición a lo que afirma la teoría.

Bajo estas circunstancias —cuando las diosas cooperan y se turnan para expresarse dentro de una mujer— “cuál de las diosas consigue la manzana de oro” depende de las circunstancias y de la tarea inmediata.

Conciencia y toma de decisiones

Cuando una mujer (a través de la observación del ego) se vuelve consciente de los arquetipos de las diosas y desarrolla su aprecio por la metáfora del comité para aplicarla en los procesos internos, posee dos herramientas de percepción interna muy útiles. Puede escuchar con un oído sensible sus propias voces internas, reconocer “quién” está hablando y volverse consciente de las diosas que le influyen. Cuando representan aspectos conflictivos de sí misma que tiene que resolver, puede conectar con las necesidades y preocupaciones de cada diosa y decidir después por sí misma qué es lo más importante.

Si algunas diosas no se expresan y son difíciles de reconocer, suponiéndose su presencia únicamente a través de la aparición de ciertos hechos, de un síntoma psicosomático, o de un determinado estado de humor, puede necesitar tiempo y atención percibir quiénes son. Tener una idea de los patrones de comportamiento arquetípicos y conocer el abanico existente de diosas puede ayudar a identificar a las que necesitan ser reconocidas.

Puesto que todas las diosas constituyen patrones innatos en toda mujer, puede que una mujer concreta caiga en la cuenta de la necesidad de familiarizarse más con una diosa en particular. En este caso pueden tener éxito los esfuerzos

para desarrollar o fortalecer la influencia de ésta. Por ejemplo, cuando Dana estaba trabajando en su tesis, solía serle difícil hacer el esfuerzo necesario para investigar en la biblioteca. Pero imaginarse a sí misma como Artemisa o como una cazadora le proporcionaba el impulso necesario para ir a la librería y buscar los artículos que necesitaba. La imagen de sí misma como Artemisa activaba la energía que necesitaba para la tarea.

Imaginar activamente a las diosas puede ayudar a una mujer saber qué arquetipos actúan en su psique. Puede visualizar a una diosa y después, una vez tienen una vívida imagen en su mente, ver si puede tener una conversación con la imagen visualizada. Sirviéndose de la “imaginación activa” —como se conoce este proceso descubierto por Jung —, tal vez descubra que puede plantear cuestiones y obtener respuestas. Si está sintonizada de manera receptiva para oír una respuesta que ella no invente de manera inconsciente, una mujer que utiliza la imaginación activa se encuentra con frecuencia entablando consigo misma una verdadera conversación, que aumenta su conocimiento de una figura arquetípica que es parte de sí misma.

Cuando una mujer puede conectar con diferentes partes de sí misma y puede escuchar, observar o sentirse discrepar de las prioridades y de las lealtades en competencia, puede clasificarlas y medir la importancia que tienen para ella. Entonces puede tomar decisiones conscientes: cuando surgen conflictos, decide qué prioridades deben prevalecer y qué acciones emprender. Como consecuencia, sus decisiones resuelven conflictos internos en lugar de instigar guerras interiores. Paso a paso, se convierte así en una persona capaz de tomar decisiones conscientes, que decide cada vez cuál de las diosas consigue la manzana de oro.

14 – HAY UNA HEROÍNA EN CADA MUJER

Existe una heroína potencial en cada mujer. Ésta es la dama principal de la propia historia de su vida en un viaje que empieza con su nacimiento y continúa a lo largo de su vida. Mientras recorre su itinerario personal, encontrará sin duda sufrimiento: sentirá soledad, vulnerabilidad, incertidumbre; y se encontrará con límites. Puede que se encuentre también un sentido a su vida, desarrolle su carácter, experimente el amor y al gracia, y aprenda la visión.

La heroína toma forma a través de sus decisiones, de su capacidad para la fe y el amor, y de su aptitud para aprender de la experiencia y comprometerse. Cuando surgen dificultades, si considera lo que puede hacer, decide lo que hará y se comporta conforme a sus valores y sentimientos, está actuando como la protagonista-heroína de su propio mito.

Aunque la vida está llena de circunstancias no elegidas, siempre existen momentos de decisión, puntos nodulares que deciden los acontecimientos o modifican el carácter. Para ser una heroína en su propio viaje heroico, una mujer debe empezar con la actitud de que cada coda que se elige tiene importancia (o incluso actuar al principio “como si la tuviera”). En el proceso de vivir a partir de esta premisa, algo sucede: una mujer se convierte en una persona que toma decisiones, una heroína que moldea lo que llegará a

ser. O bien crece, o bien es disminuida por lo que hace o no hace y por las actitudes que mantiene.

Mis pacientes me han enseñado que no eran los acontecimientos que les sucedieron lo que les hicieron tal como son, sino que era lo que ocurría dentro de ellas lo que marcaba la diferencia. Lo que ellas sentían —y cómo reaccionaban interna y externamente—, más que el grado de adversidad que encontraban, era lo que determinaba el tipo de personas en que se convertían. Por ejemplo, he encontrado personas que sobreviven a la niñez saturadas de privaciones, crueldad, palizas o abusos sexuales. Además, no se hicieron como los adultos que los maltrataron (tal como podría haberse esperado). A pesar de toda su mala experiencia, sentían compasión por los demás, tanto en su niñez como cuando les encontré. La experiencia traumática dejó su huella; no habían salido ilesas, pero pudieron hacer que sobrevivieran la esencia de la confianza, una capacidad de amar y de tener esperanza, y un sentido de yo. Cuando estaba suponiendo el porqué, empecé a comprender la diferencia entre la heroína y la víctima.

Siendo niñas, cada una de estas personas se vio de alguna manera como protagonista de un terrible drama. Cada una tenía un mito interno, una vida en la fantasía o compañeras imaginarias. Una hija a la que un padre abusivo pegaba y humillaba, y que no era protegida por su deprimida madre, se contaba a sí misma que ella no era miembro de esta familia inculta del interior del país, sino que realmente era una princesa que estaba siendo probada con estas pruebas rigurosas. Otra niña a la que se pegaba y de la que se abusaba sexualmente, y que siendo ya adulta no encajaba en el molde (las niñas y niños a quienes se pega, más adelante pegan a sus hijos), se escapa a un mundo de fuertes fantasías en el que la vida era completamente diferente. Una tercera pensaba que era una

guerrera. Estas niñas siguieron adelante y planearon cómo poder escapar de sus familias cuando tuviera suficiente edad para ello. Entre tanto decidieron cómo reaccionar. Una de ellas contaba: “Yo no dejaba que nadie me viese llorar” (por el contrario, caminaba hasta el pie de la montaña y allí lloraba fuera de la vista de todo el mundo). Otra decía: “Yo pensaba en que mi mente abandonaba mi cuerpo. Con ella mi iba a cualquier otro lugar en cuanto él empezaba a tocarme”.

Estas niñas eran heroínas y tomaban decisiones. Mantuvieron una percepción sobre sí mismas al margen de cómo se las trataba. Valoraban la situación, decidían cómo reaccionar en el presente y hacían planes para el futuro.

Como heroínas, no eran semidioses fuertes ni poderosos como Aquiles o Heracles, que en la mitología griega eran más fuertes y estaban más protegidos que los simples mortales (como los superhéroes de los “comics” o los personajes que encarna John Wayne). Estas niñas eran precoces heroínas humanas, eran más como Hansel y Gretel, que tuvieron que utilizar su astucia cuando fueron abandonados en el bosque, o cuando la bruja engordaba a Hansel para comérselo. Eran como los conejos que siguieron una visión hasta su nuevo hogar en la novela de Richard Adam, *La colina de Watership*: eran pequeños y débiles, que se mantenían con el mito interno de que si resistían y continuaban, llegarían más adelante a un lugar mejor.

Ayla, cuyo viaje heroico la lleva a través de las novelas de Juan M. Auel *El clan del oso de las cavernas* y *El valle de los caballos*, es una heroína mítica en la prehistórica Europa de la Edad de Hielo. La época y los detalles son diferentes y espectaculares, pero los temas son notablemente similares a los que afrontan las heroínas humanas contemporáneas. Una y otra vez, Ayla debe decidir qué hacer enfrentada a un obstáculo o a un peligro. Es una huérfana del neolítico

educada en una cultura Cro-Magnon que la desprecia y limita lo que es capaz de hacer, por ser mujer. Su apariencia, capacidad para la comunicación y el llanto, su valor y su capacidad para pensar, se ponían en contra de ella en aquella cultura. Pero su valor surge en respuesta a circunstancias no elegidas por ella. Lo que llega a ser una odisea en *El valle de los caballos* no empezó como una búsqueda heroica (tal como es típico de los viajes emprendidos por los héroes humanos), sino como un itinerario para encontrar a otras personas parecidas a ella. De manera similar, en las historias de mujeres de la vida real, al igual que en los mitos de heroínas, los vínculos emocionales o de afiliación con los demás constituyen los elementos clave. Una heroína es alguien que ama y aprende a amar. Es alguien que viaja con otra u otras personas, o que intenta unirse o juntarse con alguien para continuar su búsqueda.

El camino

Existen bifurcaciones cruciales en cada camino, en las que se necesita tomar una decisión. ¿Qué camino tomar? ¿Qué dirección seguir? ¿Continuar un itinerario de acuerdo con los propios principios o seguir a los demás? ¿Ser honrada o mentir? ¿Ir a la universidad o trabajar? ¿Tener el hijo o abortar? ¿Dejar la relación o permanecer en ella? ¿Casarse o decir que no a un hombre concreto? ¿Acudir inmediatamente al medico al descubrir un bulto en el pecho o dejarlo estar? ¿Abandonar los estudios o el trabajo y probar algo nuevo? ¿Tener una aventura sentimental y poner en peligro el matrimonio? ¿Renunciar o perseverar? ¿Qué decisión tomar? ¿Qué camino? ¿A qué coste?

Recuerdo una viva lección de un curso universitario sobre economía que durante años he podido aplicar en psiquiatría:

el verdadero coste de cualquier cosa es aquello a lo que renunciamos para obtenerla. Es el camino no tomado. Aceptar la responsabilidad de tomar la decisión es algo fundamental y no siempre fácil. Lo que define a la heroína es que ella lo hace.

La mujer no heroína, por el contrario, se acomoda a la decisión de cualquier otra persona. En lugar de decidir de manera activa si es eso lo que quiere hacer, da su consentimiento con poco entusiasmo. Lo que resulta a menudo es una víctima fabricada por ella misma que dice (después de una acción): “Realmente no quería hacerlo. Era idea tuya”. (“Toda la culpa de que nos encontremos en este lío es tuya, o de que nos hayamos trasladado, o de mi infelicidad”). O puede sentirse escogida como víctima y acusar: “¡Siempre estamos haciendo lo que ti quieres!”, sin reconocer que ella nunca tomó una posición no se mantuvo firme. Desde la cuestión más simple como “¿qué quieres hacer esta noche?” —a la de que ella contesta: “lo que tú quieras”—. Su hábito de condescendencia puede ir aumentando hasta llegar al punto de que lo que hace con su vida se le escape de las manos.

Existe también otro modelo de heroína. Es vivido por la mujer que permanece en una encrucijada, sin claridad acerca de lo que siente, o incómoda para tomar decisiones, o sin querer tomarlas porque no quiere abandonar ninguna de las posibles acciones. Suele ser una mujer brillante, llena de talentos, que juega con la vida, escapándose de relaciones que se vuelven demasiado serias para ella o de profesiones que exigen mucho tiempo o esfuerzo. Por supuesto, su actitud indecisa es en realidad una decisión de no actuar. Puede esperar diez años aguardando en la encrucijada, antes de que se haga consciente de que la vida le está pasando de lado.

Así pues, las mujeres necesitan convertirse en heroínas que toman decisiones en lugar de ser pasivas, o víctimas-mártires, o peones movidos por otras personas o por las circunstancias. Convertirse en una heroína es una posibilidad iluminadora para las mujeres que han sido internamente gobernadas pro arquetipos de diosas vulnerables. Afirmarse a sí mismas es una tarea heroica para las mujeres que han sido tan complacientes como Perséfone; o que han situado en primer lugar a su hombre, como la haría Hera; o que han considerado las necesidades de cualquier persona antes que las propias, como hace Deméter. Afirmarse también va en contra de la educación que recibieron.

Además, la necesidad de convertirse en una heroína que toma decisiones constituye un choque para muchas mujeres que erróneamente asumen que ya lo eran. Como diosas vírgenes, quizás hayan estado tan “acorazadas” como Atenea, hayan sido tan independientes de las opiniones de los hombres como Artemisa, o tan autosuficientes y solitarias como Hestia. Sus tareas heroicas consisten en arriesgarse a mantener relaciones íntimas o a volverse emocionalmente vulnerables. Para ella, la decisión que exige valor es la de confiar en otra persona, la de necesitar a alguien o la de ser responsable de cualquier otra persona. Expresarse o aceptar riesgos en el mundo puede ser fácil para estas mujeres, pero el matrimonio y la maternidad le exigen tener una gran valentía.

La heroína que toma decisiones debe repetir la primera tarea de Psiquis de “clasificar las semillas”, cada vez que se encuentra en una encrucijada y debe decidir qué hacer. Tiene que hacer un alto para clarificar sus prioridades y motivaciones, así como las posibles salidas de una situación. Necesita ver cuáles son las opciones, cuál sería el coste emocional, a dónde le conducirán las decisiones, qué es lo

que intuitivamente le interesa más. Basándose en lo que es y lo que conoce, debe tomar una decisión sobre el camino a seguir.

Aquí vuelvo a tocar de nuevo un tema que desarrollé en mi primer libro, *The Tao of Psychology*: la necesidad de escoger un "camino con corazón". Pienso que una debe liberar y después actuar; debe radiografiar cada elección en la vida con un pensamiento racional, pero basar después la decisión en si el corazón puede estar lleno en aquello que se decide o no. Ninguna otra persona puede decirnos si el corazón está o no involucrado, y la lógica no puede proporcionar una respuesta.

Frecuentemente, cuando una mujer se enfrenta a una elección del tipo "una de las dos cosas" que va a afectar mucho su vida, alguien externo a ella la está obligando a decidirse: "¡Cásate!, ¡ten un hijo", ¡vende la casa!, ¡cambia de trabajo!, ¡déjalo!, ¡trasládate!, ¡di que sí!, ¡di que no! Muchas veces una mujer tiene que decidirse y poner su corazón en una olla a presión creada por la impaciencia de cualquier otra persona. Para ser alguien que toma decisiones, necesita insistir en tomarlas a su debido tiempo, sabiendo que se trata de su vida y que es ella la que habrá de vivirla con todas sus consecuencias.

Para que se desarrolle la claridad, también tiene que resistirse a la presión interna de tener que decidirse con precipitación. Al principio, Artemisa o Afrodita, Hera o Deméter, pueden resultar dominantes con su intensidad característica o con su respuesta instintiva. Pueden intentar excluir los sentimientos de Hestia, la introspección de Perséfone o la calculada manera de pensar de Atenea. Pero estas últimas diosas, cuando se las escucha, proporcionan una imagen más completa y permiten a la mujer asumir decisiones que toman en consideración todos los aspectos de sí misma.

El viaje

Cuando una mujer inicia un viaje como heroína, se enfrenta a tareas, obstáculos y peligros. El cómo responda ante ellos y lo que haga la cambiará. A lo largo del camino irá descubriendo lo que le interesa y si tiene o no el valor de poner en práctica lo que sabe. Su carácter y su compasión serán puestos a prueba. Se encontrará con aspectos oscuros y sombríos de su personalidad, a veces, al mismo tiempo que se hacen más evidentes sus fuerzas y que aumenta la confianza en sí misma, o cuando el miedo se apodera de ella. Probablemente conocerá la desesperación, cuando experimente pérdidas, limitaciones o derrotas. El itinerario de la heroína es un viaje de descubrimiento y desarrollo, de integración de aspectos de sí misma en una personalidad completa, aunque compleja.

Reclamando el poder de la serpiente

Cada heroína debe reclamar el poder de la serpiente. Para entender la naturaleza de la tarea, debemos volver a las diosas y a los sueños femeninos.

Muchas estatuas de Hera muestran serpientes entrelazadas en sus vestidos, mientras que Atenea era representada con serpientes enroscadas alrededor de su escudo. Las serpientes habían sido los símbolos de las grandes diosas pre-griegas de la vieja Europa, y sirven como recordatorios simbólicos (o residuos) del poder que una vez tuvo la deidad femenina. Una famosa representación temprana de una deidad (Creta 2000-1800 a, de C) era una diosa mujer con los pechos desnudos, los brazos estirados y una serpiente en cada mano.

La serpiente aparece frecuentemente en sueños de mujeres como un símbolo desconocido y sobrecogedor, al que la protagonista del sueño se aproxima cautelosamente cuando empieza a darse cuenta de que puede sentir su propio poder sobre su vida. Por ejemplo, el sueño de una mujer casada de treinta años, que iba a separarse legalmente en breve y que vivía sola: "Me encuentro en un sendero, cuando de repente miro hacia delante y veo que éste pasa debajo de un gran árbol. Una enorme serpiente hembra se encuentra pacíficamente enrollada alrededor de la rama más baja. Sé que no es venenosa y no siento repulsión: de hecho, es hermosa, pero dudo". Muchos sueños como éste llegan a la mente, cuando la protagonista del sueño siente respecto por el poder de la serpiente o es consciente del mismo, en lugar de temerlo como algo peligroso: "Hay una serpiente enroscada encima de mi escritorio...", "veo a una serpiente enrollada en el porche...", "tres serpientes se encuentran en mi habitación...".

Siempre que las mujeres empiezan a reclamar su propia autoridad, toman decisiones, o se vuelven conscientes de tener un nuevo sentido de su propio poder político, psíquico o personal, son comunes los sueños de las serpientes. La serpiente parece representar esta nueva fuerza. Como símbolo, representa el poder que en otro tiempo tuvieron las diosas, así como el poder fálico o masculino, representativo de las cualidades del ánimus. Con frecuencia, la protagonista del sueño se da cuenta de si se trata de una serpiente macho o hembra, lo cual ayuda a clarificar la clase de poder que aquélla simboliza.

Coincidiendo con estos sueños, una vez despierta, la mujer que ha tenido el sueño puede que haya de enfrentarse a cuestiones que se suscitan después de haber iniciado un nuevo papel en una posición de autoridad o de autonomía; por ejemplo: "¿puedo ser eficaz?", "¿qué

cambios producirá en mí ese papel?”, “si me muestro enérgica, ¿me querrá todavía la gente?”, “¿amenazará este papel mis relaciones más importantes?”. Los sueños de mujeres que nunca habían tenido una sensación de su potencial pueden decir que duchas mujeres deben abordar con precaución, como si se encontraran ante una serpiente que no conocen.

Pienso en mujeres que obtienen una sensación de su propio poder y autoridad —que “reclaman el poder de la serpiente”—, que fue perdido por las deidades femeninas y las mujeres de la humanidad cuando las religiones patriarcales despojaron a las diosas de su poder e influencia, expulsaron a la serpiente como elemento diabólico del jardín del edén y convirtieron a las mujeres en un sexo inferior. Pienso en una imagen que representa para mí la posibilidad de que muchas mujeres vuelvan a emerger con poder, belleza y capacidades de nutrir. La imagen es una hermosa mujer o diosa de terracota (que se piensa representa a Deméter, y se encuentra en el Museo de las Termas de Roma), que surge de la tierra con una espiga de trigo, flores y una serpiente en cada mano.

Resistiéndose al poder de la osa

La heroína que toma decisiones, a diferencia de su homólogo masculino, puede ser amenazada por el poderoso impulso del instinto maternal. Una mujer puede quedarse embarazada en un momento inoportuno o en circunstancias adversas si no es capaz de resistirse a Afrodita o a Deméter. Cuando esto sucede, puede desviarse de un camino decidido; la que es capaz de tomar decisiones se ve cautiva de su instinto.

Por ejemplo, conocí a una estudiante licenciada que casi perdió de vista sus propios objetivos cuando se sintió

atrapada por necesidad de quedarse embarazada. Estaba casada y trabajaba en una tesis doctoral cuando se obsesionó con la idea de tener un bebé. En aquella época tuvo un sueño. En él, una gran osa asía el brazo de la mujer entre sus dientes y no la dejaba marcharse. La mujer intentaba infructuosamente liberarse. Entonces llamó a varios hombres en su ayuda, pero no obtuvo ningún resultado. En el sueño ella erraba hasta llegar a la estatua de una madre osa y sus cachorros, reminiscencia de una estatua de Bufano que se halla en el *Medical Center* de San Francisco. Cuando puso su mano en la estatua, la osa le dejó partir.

Cuando ella pensaba sobre el sueño, sentía que la osa simbolizaba el instinto maternal. Las osas son muy buenas madres, que alimentan y protegen fieramente a sus vulnerables cachorros. Cuando, ya crecidos, les llega el tiempo de independizarse, la madre osa insiste rudamente en que sus remolonas crías la abandonen y salgan al mundo a vivir por sí mismas. Este símbolo de la maternidad había enganchado a la protagonista del sueño y no la dejaría partir hasta que tocó una imagen de la osa maternal.

Para la protagonista del sueño, el mensaje de éste era claro. Si podía prometer mantenerse en el intento de tener un hijo cuando obtuviese su título (sólo dos años después), entonces quizá pudiera desaparecer su obsesión por quedarse embarazada. Y seguramente, después de que ella y su marido decidieron tener un niño, y ella se comprometió internamente a quedarse embarazada en cuanto obtuviese el título, la obsesión desapareció. De nuevo pudo concentrarse en sus estudios, interrumpidos por la idea de quedarse embarazada. En cuanto retuvo la imagen, el instinto perdió su dominio sobre ella. Supo que si quería tener una profesión y una familia, tenía que resistirse al poder de la osa hasta que pudiera obtener su doctorado.

Los arquetipos existen fuera del tiempo, sin tener en cuenta las realidades de la vida de una mujer o sus necesidades. Cuando las diosas ejercen una influencia, la mujer, como heroína, debe decir sí o no, o “no ahora” a sus peticiones. Si no toma una decisión consciente, un patrón de comportamiento instintivo o arquetípico la dominará. Una mujer tiene que “resistirse al poder de la osa”, pero también honrar la importancia que éste tienen en ella, si es atrapada por el instinto maternal.

Manteniendo a raya a la muerte y a la destrucción

En los mitos heroicos, cada protagonista llega invariablemente a tener que enfrentarse contra algo destructivo o peligroso que surge en su camino y que podría destruirla.

Por ejemplo, una abogada soñó que, salía de la iglesia de su infancia, era atacada por dos perros negros salvajes. Se abalanzaron sobre ella, intentando morderla en el cuello: “parecía como si fueran directos a por la yugular”. Cuando levantó el brazo para protegerse del ataque se despertó de la pesadilla.

Actualmente, desde que había empezado a trabajar en una oficina, estaba cada vez más resentida por la manera como la trataban. Los hombres presuponían que ella era sólo una secretaria. Aunque sabían quién era ella, se sentía frecuentemente menospreciada o apartada de lado. A su vez, se volvió crítica y hostil.

Al principio el sueño le parecía una represtación exagerada de cómo se sentía “atacada” continuamente. Después, empezó a considerar si existía algo en ella parecido a los perros salvajes. Pensó sobre lo que le estaba sucediendo en su trabajo, y quedó sobrecogida y perturbada

por su propia comprensión: “¡Me estoy convirtiendo en una perra hostil!”. Recordaba su actitud caritativa y los tiempos más felices asociados a la iglesia de su niñez, y supo que “se había salido” de aquel lugar. El sueño tuvo su impacto. La personalidad de su protagonista corría el riesgo real de ser destruida por la hostilidad que sentía y dirigía hacia los demás. En realidad, lo mismo que en el sueño, era ella la que estaba en peligro y no la gente hacia la que dirigía su resentimiento.

Del mismo modo pueden ser destructivos los aspectos o la sombra de una diosa. El lado celoso, vengativo y resentido de Hera puede ser venenoso. Una mujer que es poseída por estos sentimientos y que lo sabe, fluctúa entre ser vengativa y la posibilidad de quedar horrorizada por lo que ha hecho y sentido. Al igual que la heroína en sus batallas con la diosa, tal vez tenga sueños en los que es atacada por serpientes (que indican que el poder que representan es peligroso para la protagonista de los mismos). En un sueño de este tipo, una serpiente venenosa se lanzaba al corazón de protagonista del sueño; en otro, una serpiente hundía los colmillos en su pierna y no la dejaba partir. En la vida real, ambas mujeres están intentando superar una traición (comportamiento de “la serpiente en la hierba”) y se enfrentaban al peligro de verse sobrepasadas por sentimientos venenosos (como el sueño de los perros salvajes, ese sueño tenía dos niveles simbólicos; era una metáfora de lo que le estaba pasando externamente y de lo que estaba sucediendo dentro de ella).

Cuando el peligro para la protagonista del sueño se presenta en forma humana, como hombres o mujeres horribles que atacan, el peligro procede frecuentemente de un cripticismo hostil o de un papel destructivo (mientras que los animales suelen representar sentimientos o instintos). Por ejemplo, una mujer había vuelto a estudiar

cuando sus hijos se encontraban ya en la escuela elemental; soñó que una mujer “enorme matrona de prisión” se interponía en su camino. La imagen que tenía que sobrepasar parecía personificar los juicios negativos de su madre sobre ella, así como el rol materno con el que ella misma se identificaba; el sueño expresaba que su identificación le encarcelaba.

Los juicios hostiles de personajes internos suelen ser destructivos; por ejemplo: “no puedes hacerlo porque eres mala, hogareña, incompetente, torpe, sin talentos…”. Sea cual sea la letanía en cada caso concreto, lo que se dice es: “no tienes derecho a aspirar a más”, y son mensajes que pueden derrotar a una mujer y ahogar su confianza y sus buenas intenciones. Este tipo de ataques críticos vienen representados a menudo en los sueños como hombres amenazantes. Esta actitud crítica interna equivale habitualmente a la oposición u hostilidad que la mujer encuentra en su entorno; las críticas estás repitiendo como un lorito los mensajes de su familia o de su cultura.

Contemplando desde el punto de vista psicológico, cada enemigo o diablo enfrentado por una heroína en un sueño o en un mito representa algo destructivo, primitivo, subdesarrollado, distorsionado o malvado de la psique humana que intenta sobrepasarla y derrotarla. Las mujeres que soñaban con perros salvajes y serpientes peligrosas vieron que, mientras estaban luchando contra actos hirientes u hostiles dirigidos hacia ellas por otros, estaban igualmente amenazadas por lo que sucedía dentro de ellas. El enemigo o demonio puede ser una parte negativa de su psique, un elemento de sombra que amenaza con derrotar lo que en ella es compasión y competencia; su enemigo puede estar en la psique de otros individuos que quieren dañarla, dominarla, humillarla o controlarla; o, como suele ser el caso, ella puede estar amenazada por ambos.

Por ejemplo, en *El clan del oso de las cavernas*, las capacidades de Ayla estimulan la animosidad de Broud, jefe de un brutal y orgullosa clan, que la humilla y la viola. *En La colina de Watership*, los conejos pioneros tenían que enfrentarse al *General*, u conejo tuerto, fascista y deseoso de poder. Y los valientes "*obvias*", de pies peludos y estatura infantil de *El señor de los anillos*, se sublevaban contra el poder diabólico de *Zurrón* de Morder y sus horribles espectros del anillo.

Sobrevivir a las pérdidas y al dolor

Las pérdidas y la desesperación constituyen otro tema en las vidas de las mujeres y en los mitos de heroínas. En alguna parte del camino alguien muere o debe ser dejado atrás. La pérdida de una relación juega un papel significativo en las vidas de las mujeres porque la mayoría de ellas se definen a sí mismas por sus relaciones y no por sus realizaciones. Cuando alguien muere, las abandona, se va o se enemista con ellas, se produce en consecuencia una doble pérdida: la pérdida de la relación en sí misma, y la pérdida de la relación como base de identidad.

Muchas mujeres que han sido parejas dependientes en una relación se descubren a sí mismas recorriendo el camino de la heroína sólo tras haber sufrido una pérdida. Por ejemplo, estando Psiquis, embarazada, fue abandonada por su marido Eros. En sus intentos de reunirse con él, emprendió las tareas de las que pudo evolucionar. Las mujeres divorciadas y las viudas de cualquier edad que tengan que tomar decisiones y vivir por su cuenta por primera vez en sus vidas. Por ejemplo, la muerte de un amante y compañero impulsó a Atalanta a regresar al reino de su padre, donde se celebró la carrera a pie. Ésta equivale a la carrera de mujeres que empiezan a estudiar una

profesión después de la pérdida de una relación. Ahíla fue obligada a dejar el clan del oso de las cavernas sin su hijo Dura, pudiendo llevarse únicamente sus recuerdos y su dolor.

Metafóricamente, sucede una muerte psicológica siempre que nos vemos obligadas a dejar algo o a alguien y tenemos que sufrir la pérdida. Esta muerte psicológica puede consistir en un aspecto de nosotras mismas, un viejo papel, una posición profesional o social anterior, o la belleza u otras cualidades que ahora ya no están y por las que hay que guardar duelo; también puede ser un sueño que se ha desvanecido, o una relación, rota por la muerte o por la distancia, que nos deja afligidas.

¿Emergerá la heroína en la mujer y sobrevivirá a la pérdida? ¿Puede estar triste y continuar adelante? ¿O abandonará, se amargará o quedará derrotada por una depresión e interrumpirá su itinerario en este punto? Si continúa, estará escogiendo el camino de una heroína.

Atravesar el pasaje oscuro y estrecho

La mayoría de los viajes heroicos implican atravesar algún lugar oscuro a través de cavernas en las montañas, del mundo subterráneo o de pasajes laberínticos, hasta emerger finalmente a la luz. O tal vez impliquen viajar a través de una región yerma o de un desierto hasta una tierra verde. Este itinerario es similar a atravesar una depresión. En los mitos, como en la vida, la viajera tiene que seguir adelante, continuar funcionando, hacer lo que debe ser hecho, permanecer en contacto con sus compañeras o arreglárselas sola, no detenerse ni abandonar (incluso cuando se sienta perdida), mantener la esperanza en la oscuridad.

La oscuridad puede representar esos sentimientos oscuros y reprimidos (de cólera, desesperación, resentimiento, reproche, venganza, traición, miedo y culpabilidad). Es la noche oscura del alma, en la que la ausencia de luz o de vida amorosa parece sin sentido, una broma cósmica. Afligirse y personar suele ser la salida. Después, pueden volver la vitalidad y la luz.

Es útil darse cuenta de que, en los mitos y en los sueños, la muerte y el renacimiento son metáforas de pérdidas, depresión y recuperación. Con una visión retrospectiva, muchos de esos periodos sombríos se convierten en ritos de paso, en periodos de sufrimiento a través de las cuales una mujer ha aprendido algo de valor y ha crecido internamente. O puede haber sido durante un tiempo —lo mismo que Perséfone en el mundo subterráneo— una prisionera temporal que se convierte más adelante en una guía para los demás.

La evocación de la función trascendente

En los clásicos mitos heroicos, tras haber salido a buscar, haber encontrado y superado peligros, dragones y oscuridad, la protagonista invariablemente se queda estancada, incapaz de avanzar o retroceder. Pueden existir barreras imposibles en cualquiera de las dos direcciones. O puede que necesite resolver un acertijo antes de que se abra el camino. ¿Qué puede hacer entonces, cuando lo que conoce de manera consciente no es suficiente? ¿Y cuando la ambivalencia de la situación es tan fuerte que perece imposible tomar una decisión? ¿Qué hacer cuando se ve atrapada entre la espada y la pared?

Cuando la heroína que toma decisiones se encuentra en una situación poco clara, en la que cada camino o elección parece potencialmente desastroso, o cuando menos una vía

sin salida, el primer desafío al que se enfrenta es el de seguir siendo ella misma. En cada crisis, está tentada a convertirse en la víctima, en lugar de seguir siendo la heroína. Si permanece auténtica a la heroína en sí misma, sabe que se encuentra en un lugar difícil y que puede ser derrotada, pero se aferra a la posibilidad de que algo puede cambiar. Si se convierte en una víctima, se lo reprochará a otros o a la mala suerte, beberá o se drogará, se atacará a sí misma con una crítica demoledora, abandonará por completo su itinerario, o pensará incluso en suicidarse. También, tal vez abdique como heroína quedando inmovilizada, o actúe de manera irracional, movida por la histeria o sacudida por el pánico, hasta que alguien se haga cargo de la situación.

Tanto en los mitos como en la vida, cuando una heroína se encuentra en un dilema, todo lo que puede hacer es ser ella misma, permanecer fiel a sus principios y lealtades hasta que, inesperadamente, algo acuda en su ayuda. Permanecer en la situación, con la esperanza de que pueda llegar alguna respuesta, preparar el escenario interno para lo que Jung llamaba “la función trascendente”. Con esta expresión se refiere a algo que surge del inconsciente para resolver el problema o mostrar el camino al ego (o heroína), que necesita ayuda de algo que esté más allá de él (o de ella).

Por ejemplo, en el mito de Eros y Psiquis, Afrodita impuso a esta última cuatro tareas que exigían de ella más de lo que sabía hacer. En cada ocasión, se sintió al principio abrumada, pero después le llegó ayuda material o consejo por medio de las hormigas, un juncar verde, un águila y una torre. De manera similar, Hipómenes sabía que tenía que competir en la carrera para obtener la mano de Atalanta porque la amaba. Pero también sabía que no podía correr con la suficiente rapidez para ganar y por lo tanto podía,

perder su vida al intentarlo. La víspera de la carrera, imploró ayuda a Afrodita, que le ayudo a ganarla, obteniendo así la mano de Atalanta. Y cuando los valientes conejos en *La colina de Watership* se encontraban en apuros, acudió en el justo momento Kehaar la ruidosa gaviota, lo mismo que Gandalf, el mago, acudió en ayuda de los hobbits. Todas estas historias son variantes de la misma trama argumental que la de las historias clásicas del Oeste, en las que el valiente pero reducido grupo de protagonistas oye la trompeta y sabe que la caballería está llegando para rescatarles.

Estos argumentos tipo “alguien acudirá al rescate” son situaciones arquetípicas. El tema del rescate se dirige a una verdad humana, que una mujer, como heroína, tiene que seguir. Cuando se encuentra en una crisis interna y no sabe qué hacer, no debe abandonar o actuar por miedo. Para mantener el dilema en la conciencia, hay que esperar a que llegue una nueva comprensión interna o un cambio de circunstancias; meditar o pedir claridad invitan a que surja una solución del inconsciente que pueda trascender la situación sin salida.

Por ejemplo, la mujer que tuvo el sueño de la osa se encontraba en una crisis personal, en medio de una tesis doctoral, cuando surgió su impulso de tener una bebé. El instinto maternal la agarró con la intensidad compulsiva de algo previamente reprimido y que en aquel momento reclamaba su parte. Antes del sueño, se sentía atrapada en una situación no satisfactoria, tanto si decidía una cosa como la otra. Para cambiar la situación, la solución tenía que ser sentida, y no podía llegarse a ella de manera lógica. Sólo cuando el sueño dejó una huella en ella en un nivel arquetípico, y supo con toda certeza que se mantendría firme en su intención de tener una bebé, pudo digerir tranquilamente su embarazo. El sueño fue una respuesta a

su dilema, que venía a su rescate desde el subconsciente. El conflicto desapareció cuando esta experiencia simbólica ahondó su comprensión y le proporcionó una comprensión interna intuitivamente sentida.

La función trascendente también puede expresarse a través de acontecimientos sincrónicos, esas magníficas coincidencias entre una situación interna psicológica y un acontecimiento exterior. Cuando acaece la sincronicidad, puede parecer un milagro, produciendo cosquilleos en la espina dorsal. Por ejemplo, hace varios años, una de mis pacientes empezó un programa de autoayuda para mujeres. Si conseguía una cierta cantidad de dinero para una fecha determinada obtendría fondos compensatorios de una fundación, que garantizarían así la puesta en marcha y pervivencia del programa. Cuando se aproximaba el plazo marcado, todavía no disponía de la cantidad necesaria. Pero sabía que su proyecto era necesario, y por ello no se dio por vencida. Entonces llegó un cheque por correo por la cantidad exacta que necesitaba. Se trataba de un pago inesperado, con intereses, de un préstamo olvidado hacía ya tiempo, y que ella había cancelado dos años antes como una deuda incobrable.

La mayoría de los acontecimientos sincrónicos no proporcionan respuestas tan tangibles a un dilema. Por el contrario, habitualmente ayudan a resolver un problema proporcionando claridad emocional o comprensión interna simbólica. Por ejemplo, yo estaba siendo presionada por un antiguo editor para que este libro fuera revidado por una persona concreta, cuya tarea consistiría en reducir considerablemente su volumen y expresar las ideas en un estilo más divulgativo. El mensaje de “no es suficientemente bueno” que yo había recibido durante dos años había sido psicológicamente hiriente, y yo me sentía abatida. Parte de mí (que se sentía como una Perséfone complaciente) estaba

lista a dejar que cualquier persona lo hiciese, sólo para acabar con el asunto. Y me influía el espejismo de que todo saldría bien. Durante una semana crucial —transcurrida la cual, el libro tenía que ser enviado al escritor— un acontecimiento sincrónico vino en mi ayuda. Un autor que venía de visita desde Inglaterra, y cuyo libro había sido reescrito bajo circunstancias similares, habló por casualidad a una amiga mía acerca de su experiencia aquella misma semana. Decía en voz alta lo que yo nunca había expresado con palabras, pero sabía de manera intuitiva que podía suceder: “Me han quitado el alma del libro”. Cuando oí estas palabras, sentí que me había dado el don de la visión interna. Él simbolizaba lo que le sucedería a mi libro, lo cual acabó con mi ambivalencia y me liberó para actuar con decisión. Decidí mi propio editor y procedí a terminar el libro por mí misma.

Yo oí el mensaje de este acontecimiento sincrónico bien alto y claro. Después ocurrieron hechos que me proporcionaron más compresión interna y ayuda. Agradecida por la lección que se me había dado, recordé el antiguo dicho chino que expresa la fe en la sincronicidad y en la función trascendente: “Cuando el discípulo está preparado, el maestro llega”.

La función de la visión interna creativa también es similar a la función trascendente. En un proceso creativo, cuando todavía no existe una solución conocida a un problema, la artista-inventora-solucionadora-del-problema tiene fe en que la solución existe, y permanece en esta situación hasta que llega la solución. La persona que crea se suele encontrar en un estado de tensión acrecentada. Todo lo que podía hacerse o pensarse se ha agotado. Entonces la persona confía en un proceso de incubación, del que pueda surgir algo nuevo. El ejemplo clásico es el del químico Kekulé, que descubrió la molécula del benceno. Se debatía con el

problema, pero copudo resolverlo hasta que soñó con una serpiente que se mordía la cola. Intuitivamente supo que esta imagen le proporcionaba la respuesta: los átomos del carbono se disponen en una formación circular. Entonces hizo la prueba y demostró que esta hipótesis era cierta.

De víctima a heroína

Pensando sobre el viaje de la heroína, me ha sorprendido cómo la organización de Alcohólicos Anónimos (AA) transforma a una persona alcohólica de víctima en heroína o héroe. Los AA evocan la función trascendente y, en efecto, proporcionan lecciones de cómo convertirse en alguien que toma decisiones.

La persona alcohólica comienza aceptando que se encuentra en medio de un dilema desesperante: no puede continuar bebiendo y tampoco puede dejar de beber. En este punto, desesperada, se una a una hermandad en la que las personas que se encuentran haciendo el mismo proceso, se ayudan unas a las otras. Se le dice que de be invocar un poder más grande que ella para salir de esta crisis.

Los AA insisten en la necesidad de aceptar lo que no puede cambiarse, de cambiar lo que sí puede cambiarse y de distinguir la diferencia. Al enseñar a la persona a ir a paso a paso, los principios de los AA muestran lo que se necesita cuando una persona se encuentra en un estado emocional precario y no puede ver claramente el camino. Gradualmente, paso a paso, al alcohólico se convierte en una persona capaz de tomar decisiones. Descubre que existe a su disposición un poder mayor que el ego. Se encuentra con que las personas pueden ayudarse entre sí y perdonarse recíprocamente. Y cae en la cuenta de que puede ser una persona competente y capaz de compasión por los demás.

Del mismo modo, el viaje de la heroína es una búsqueda de individuación. Recorriendo este camino, la heroína puede encontrar, perder y redescubrir lo que tiene sentido para ella, hasta que afianza estos valores en toda clase de circunstancias que la ponen a prueba. Tal vez se encuentre de manera repetida con aquello que trata de sobrepasarla, hasta que finalmente desaparece el peligro de perder el centro de su ser.

En mi despacho tengo un cuadro del interior de una concha compartimentada de nautilus que pinté hace muchos años. Acentúa el patrón en espiral de la concha, y sirve como recordatorio de que el camino que tomamos suele ser una forma de espiral. Concluimos ciclos a través de pautas de comportamientos que nos devuelven una y otra vez a las cercanías de cualquiera que sea nuestra Némesis y que debemos enfrentar y dominar. Muchas veces, es el aspecto negativo de la diosa en que puede llevarnos a trascender: una inclinación a caer en las depresiones de Deméter o de Perséfone, un problema con los celos y desconfianza de Hera, la tentación de ser una Afrodita promiscua, o una Atenea son escrúpulos o una ruda Artemisa. La vida nos presenta repetidas oportunidades para enfrentar aquello que tememos, aquello de lo que tememos que hacernos conscientes o aquello de lo que tenemos que adquirir maestría. Cada vez recorremos el camino de la espiral en ciclos hasta el lugar que nos presenta la dificultad y, con suerte, adquirimos más conciencia y podemos responder con más sabiduría la próxima vez; hasta que podemos pasar finalmente a través de ese lugar de Némesis con paz y en armonía con nuestros valores más profundos, y no ser en absoluto afectadas de manera negativa.

El final del viaje

¿Qué sucede al final de mito? Eros y Psiquis se vuelven a unir, su matrimonio es celebrado en el monte Olimpo, y Psiquis tienen una hija llamada Alegría. Atalanta recoge las manzanas, pierde la carrera a pie y se casa con Hipómenes. El viaje de Ayla a través de la estepa europea para encontrar a personas semejantes a ella acaba —en esa parte de la saga— en el valle de los caballos, con Jondalar como compañero y con la alegre promesa de aceptación por parte de los demás. Hay que señalar que, después de probar su valor y su competencia, la heroína no desaparece cabalgando hacia la puesta de sol, como el arquetipo del héroe-cowboy. Tampoco se la describe dentro del molde del héroe conquistador. Unión, reunión y hogar es donde acaba el viaje.

El itinerario de individuación —la búsqueda psicológica de la totalidad— acaba con la unión de los opuestos; en el matrimonio interno de los aspectos “masculino” y “femenino” de la personalidad, que pueden simbolizarse mediante la imagen oriental del yin y de yang contenidos dentro de un círculo. Dicho de manera más abstracta y sin asignación de géneros, el viaje hacia la totalidad resulta de tener la capacidad de ser activa y receptiva, autónoma e íntima, de trabajar y de amar. Éstas son partes de nosotras mismas que podemos llegar a conocer a través de las experiencias de la vida, partes que son intrínsecas a toas/os nosotras/os. Éste es el potencial humano con el que empezamos.

En los capítulos finales del *El señor de los anillos*, se superan las últimas tentaciones de llevar el anillo, y el anillo de poder es destruido par siempre. Ganada esta batalla contra el mal y completada su heroica tarea, los hobbits regresan al condado. Los conejos de *La colina de Watership* también sobreviven a su viaje heroico para regresar a casa,

a su nueva y pacífica comunidad. T.S. Eliot, escribe en *Los cuatro cuartetos*[1]:

> No dejaremos de explorar
> y al final de nuestra búsqueda
> llegaremos a donde empezamos
> y conoceremos por primera vez el lugar.

Todos estos finales no parecen muy espectaculares; son similares a los de la vida real. La persona alcohólica recuperada tal vez haya de descender al infierno para reaparecer después como una persona sobria ordinaria. La heroína que se defendía de ataques hostiles, reclamaba su poder y luchaba con diosas puede igualmente parecer una persona ordinaria, en paz consigo misma. Al igual que el hobbit en su hogar en el condado, no obstante, no sabe si —ni cuándo— aparecerá una nueva aventura para poner a prueba su mismo ser.

Cuando llega el momento de despedirme de mis pacientes una vez finalizad el trabajo que hemos hecho juntas/os, pienso en mí misma como alguien que les ha acompañado en una parte importante y significativa de su viaje. Entonces les ha llegado el momento de continuar por su propia cuenta. Tal vez me uní a ellas/os cuando estaban entre la espada y la pared. Tal vez les ayudé a encontrar el camino que habían perdido. Quizá permanecí con ellas/os durante un tiempo en un pasaje oscuro. Principalmente les ayudé a ver con más claridad y a tomar sus propias decisiones.

Al acabar de escribir y llegar al final de este libro, espero haber sido vuestra compañera por un tiempo y haber compartido lo que he aprendido con vosotras/os, ayudándoos a ser una persona que toma decisiones en su propio viaje particular.

Amor para todas/os.

APÉNDICE: QUIÉN ES QUIÉN EN LA MITOLOGÍA GRIEGA

Reparto de personajes

- **Aquiles**, héroe griego de la guerra de Troya, que fue apoyado por Atenea.

- **Afrodita**, diosa del amor y de la belleza, conocida como **Venus** por los romanos. Esposa infiel de Hefestos, el dios cojo de la forja, tuvo muchas aventuras amorosas, y numerosa descendencia de sus abundantes relaciones. Ares, el dios de la guerra, Hermes, el mensajero de los dioses, y Anquises, padre e Eneas (del que los romanos decían descender), fueron algunos de sus más notables amantes, diosa alquímica.

- **Apolo**, llamado igualmente **Apolo** por los romanos, apuesto dios del sol y de las artes. Fue uno de los doce dioses del Olimpo, hijo de Zeus y de Latona, y Hermano gemelo de Artemisa. A veces, también llamado **Helios**.

- **Ares**, o **Marte**, como le llamaron los romanos, era el belicoso dios de la guerra. Uno de los doce dioses del Olimpo, Ares era hijo de Zeus y de Hera. Según Homero, fue repudiado por su padre, por ponerse del lado de su madre.

Ares fue uno de los amantes de Afrodita, con la que tuvo tres hijos.

● **Artemisa**, a la que los romanos llamaron **Diana**, era la diosa de la caza y de la luna, fue una de las tres diosas vírgenes, hija de Zeus y de Latona, y hermana gemela de Apolo, dios del sol.

● **Atalanta**, mujer moral que destacó en la caza y la carrera. Con la ayuda de las tres manzanas de oro de Afrodita fue derrotada en una carrera a pie por Hipómenes, que la ganó por esposa. Diosa virgen.

● **Atenea**, conocida como **Minerva** por los romanos. Era la diosa de la sabiduría y de la artesanía, patrona de la ciudad de su mismo nombre, Atenas, y protectora de numerosos héroes. Habitualmente se la representaba llevando una armadura y se la reconocía como la mejor estratega en el campo de batalla. Solo reconoció a uno de sus padres, Zeus, pero también era considerada hija de la sabia Metis, la primera consorte de Zeus.

● **Cronos**, o **Saturno** (nombre romano). Titán e hijo menor de Gea y Urano, que castró a su padre y se convirtió en el señor de los dioses. Marido de Rea y padre de seis de las/os diosas/es del Olimpo (Hestia, Deméter, Hera, Hades, Poseidón, Zeus) a quienes se tragó recién nacidos. A su vez fue derrocado por Zeus, su hijo menor.

● **Deméter**, conocida como **Ceres** para los romanos. Deméter es la diosa de las cosechas o de la agricultura. En su principal mito, se acentúa su papel como madre de Perséfone, Diosa vulnerable.

● **Dionisos**, conocido como **Baco** para los romanos, dios del vino y del éxtasis, cuyas fieles buscaban anualmente la comunión con él en las montañas, mediante festividades y orgías.

● **Eros**, dios del Amor, conocido también como **Amor** para los romanos; esposo de Psiquis.

● **Gea** o **Gaia**, diosa de la tierra. Madre y esposa de Urano (cielo), padres, ambos, de los titanes.

● **Hades**, o **Plutón**, señor del mundo subterráneo, hijo de Rea y Cronos, marido-raptor de Perséfone, y uno de los doce dioses del Olimpo.

● **Hécate** era la diosa de las encrucijadas, que miraba en tres direcciones. Se le asociaba con lo incógnito y lo misterioso, y constituía una personificación de la bruja sabia. Hécate también se asociaba a Perséfone, a la que acompañó cuando la joven regreso del mundo subterráneo, y también a la diosa de la luna, Afrodita.

● **Hefestos**, conocido como **Vulcano** por los romanos, es el dios de la forja y el patrón de los artesanos. Era el marido engañado de Afrodita y el hijo cojo, o de pies contrahechos, rechazado por Afrodita.

● **Hera**, conocida también como **Juno** por los romanos. Hera fue la diosa del matrimonio, como consorte oficial y esposa de Zeus, era la primera diosa del Olimpo en la jerarquía de diosas, Hija de Cronos y de Rea, era también hermana de Zeus y pertenecía a la primera generación de dioses del Olimpo; descrita por Homero como una arpía celosa, fue venerada como diosa del matrimonio. Es una de

las tres diosas vulnerables, que personifica el arquetipo de la esposa.

● **Hermes**, mejor conocido por su nombre romano de **Mercurio**: el mensajero de los dioses, Dios patrón del comercio, la comunicación, los viajeros y los ladrones. Conducía las almas hasta Hades, y fue enviado por Zeus a traer de vuelta a Perséfone hasta Deméter. Tuvo una relación amorosa con Afrodita, y estaba vinculado a los rituales religiosos de Hestia en los hogares y en los templos.

● **Hestia**, conocida también como la diosa romana **Vesta**; diosa virgen del fuego del hogar y la menos conocida de las diosas del Olimpo. Su fuego hacía de casas y templos lugares sagrados. Personifica el arquetipo del yo superior.

● **Paris**, Principe de Troya, ortorgó la manzana de oro que tenía la inscripción “a la más hermosa” a Afrodita, que le ofreció a Helena, la mujer más hermosa del mundo como soborno. Paris se llevó consigo a Helena a Troya, provocando así la guerra de Troya, ya que aquélla estaba casada con Menelao, uno de los reyes griegos.

● **Perséfone**, al que los griegos se referían también como la **Koré** o la doncella, y llamada **Proserpina** por los romanos. Hija raptada de Deméter que se convirtió en la reina del mundo subterráneo.

● **Poseidón**, dios del mar. Dios del Olimpo más comúnmente conocido por su nombre romano de **Neptuno**. Violó a Deméter cuando ésta estaba buscando a su hija raptada, Perséfone.

● **Psiquis**, heroína mortal, que llevó a cabo las cuatro tareas de Afrodita, y a la que se le permitió reunirse con su

esposo Eros.

● **Rea**, hija de Gea y de Urano, hermana y esposa de Cronos. Madre de Hestia, **Deméter**, Hera, Hades, Poseidón y Zeus.

● **Urano**, conocido también como el cielo, padre del cielo, o los cielos. Engendró con Gea a los titanes, y fue castrado por su hijo Cronos, que arrojó sus genitales al mar, de los cuales nació Afrodita (según una de las versiones sobre el nacimiento de ésta).

● **Zeus**, llamado **Júpiter o Jove** por los romanos, señor del cielo y la tierra y jefe de los dioses del Olimpo; hijo menor de Rea y de Cronos, destronó a los titanes y estableció la supremacía de los dioses del Olimpo como señores del universo. Esposo mariposón de Hera, tuvo muchas esposas, muchos amoríos y numerosos descendiente de estas relaciones sentimentales, muchos de los cuales pertenecieron a la segunda generación de dioses del Olimpo o fueron héroes de la mitología griega.

Cuadro de diosas

CUADRO DE DIOSAS			
Diosas	**Categoría**	**Roles Arquetípicos**	**Personajes significativos**
ARTEMISA (Diana) Diosa de la caza y de la luna	Diosa virgen	Hermana Competidora Feminista	Compañeras hermanas (ninfas) Madre (Latona) Hermano (Apolo)
ATENEA (Minerva) Diosa de la sabiduría y de la artesanía.	Diosa virgen	Hija del padre Estratega	Padre (Zeus) Héroes escogidos
HESTIA (Vesta) Diosa del hogar y de los templos	Diosa virgen	Tía soltera Mujer sabia	Ninguno
HERA (Juno) Diosa del matrimonio	Diosa vulnerable	Esposa Creadora de compromisos	Esposo (Zeus)
DEMÉTER (Ceres) Diosa de las cosechas	Diosa vulnerable	Madre Nutridota	Hija (Perséfone) o hijos
PERSÉFONE (Prosepina) Doncella y reina del mundo subterráneo	Diosa vulnerable	Hija de la madre Mujer receptiva	Madre (Deméter) Esposa (Hades/Dionisos)
AFRODITA (Venus) Diosa del amor y de la belleza	Diosa alquímica	Amante (mujer sensual) Mujer creativa	Esposo (Hefestos)

Diosas	Tipo Psicológico junguiano	Dificultades psicológicas	Puntos fuertes
Artemisa	Habitualmente extravertida Habitualmente intuitiva Habitualmente sensible	Distancia emocional, rudeza, cólera	Capacidad para establecer los propios y alcanzarlos, independencia, autonomía; amistad con las mujeres.
Atenea	Habitualmente extravertida Categóricamente razonadora Habitualmente emocional	Distancia emocional, astucia, falta de empatía.	Capacidad para pensar correctamente, para resolver problemas prácticos y planear estrategias; creación de poderosas alianzas con los hombres.
Hestia	Categóricamente introvertida Habitualmente sensible Habitualmente intuitiva	Distancia emocional, ausencia de sociabilidad.	Capacidad para disfrutar de la soledad; posesión de un sentido de significado espiritual.
Hera	Habitualmente extravertida Habitualmente sensible Habitualmente emocional	Celos, espíritu vengativo, cólera, incapacidad para abandonar reacciones destructivas	Capacidad para establecer un compromiso para toda la vida; fidelidad.
Deméter	Habitualmente extrovertida Habitualmente sensible	Depresión, destructividad, fomento de la dependencia, embarazo no deseado.	Capacidad para ser maternal y nutrir a los demás; generosidad.
Perséfone	Habitualmente introvertida Habitualmente emocional	Depresión, manipulación. Huída a la irrealidad.	Capacidad de ser perceptiva, apreciar la imaginación y los sueños; capacidades psíquicas potenciales
Afrodita	Categóricamente extravertida Categóricamente emocional	Relaciones en serie, promiscuidad; dificultad para considerar las consecuencias.	Capacidad para disfrutar plenamente del placer y de la belleza; ser sensual y creativa.

BIBLIOGRAFÍA

Esta bibliografía se divide en cuatro secciones:

1. Mitología
2. Psicología de los arquetipos (Psicología analítica de Jung)
3. Psicología de las Mujeres (además de la de Jung), y
4. Psicología general (relevante para este libro).

1: MITOLOGÍA

Bullfinch's Mythology. Middlesex, Inglaterra: Hamlyn, 1964.

Bullfinch's Mythology: The Greek and Roman Fables Illustrated. Recopilado por Bryan Holme, con una introducción de Joseph Campbell. Nueva Cork: Viking Press, 1979.

Calímaco. "To Artemis". *En Hymns and Epigrams*. Traducido [al inglés] por A. W. Mair. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1969.

Campbell, Joseph. *The Hero With a Thousand Faces*. 2ª ed. Serie Bollingen 17, Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1968.

¯, "Joseph Cambell on the Great Goddess" *Parabola* 5, nº 4 (1980)

Evslin, Bernard. “Atalanta”. En *Heroes, Gods and Monsters of the Greek Myths*. Nueva York: Bantam Pathfinder, publicado con autorización de *Scholastic Magazine*, 1975. (Publicado originalmente en 1966).

Friedrich, Paul. *The Meaning of Aphrodite*. Chicago: University of Aphrodite. Chicago: *University of Chicago Press*, 1978.

Garnell, L.R. [Lewis Richard] *The Cults of the Greek States*. New Rochelle, N. Y.: Caratzas Brothers, 1977, vol. 1, caps, 7, 8, 9 (Hera); vol. 1, caps. 10, 11, 12 (Atenea); vol. 2, caps. 13, 17, 18 (Artemisa); vol. 2, caps. 21, 22, 23 (Afrodita); vol. 3, caps. 2, 3, 4 (Deméter-Koré); vol.5, caps. 8 (Hestia). (Escrito originalmente entre 1895 y 1909).

Gimbutas, Marija. *The Goddesses and Gods of Old Europe: 6500-3500, Myths and Cult Images*. Berkeley y Los Angeles: *University of California Press*, 1982.

Graves, Robert. *The Greek Myths. 2 vols*. Nueva York: Penguin, 1979, 1982. (Publicado originalmente en 1955).

¯, *The White Goddess*. Nueva Cork: Farrar, Straus & Giroux, 1980. (Publicado originalmente en 1948).

Guthrie, W. K. C. *The Greeks and Their Gods*. Boston: Beacon Press, 1950.

Hadas, Moses, ed. *Greek Drama*. Nueva York: Bantam, 1982. (Publicado originalmente en 1965).

Hamilton, Edith. *Mythology*. Boston: Little, Brown, 1942.

Harrison, Jane Ellen. *Mythology*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1963, (Publicado en 1924).

Hesiodo. *Theogony*. En *Hesiod*, traducido [al inglés] por Richard Lattinmore. Ann Arbor, Michigan: The University of Michigan Press, 1959.

Homero. *The Iliad*. Traducido [al inglés] por Richard Lattinmore. Chicago: Univesity of Chicago Press, 1951.

The Homerich Hymns. Traducido [al inglés] por Charles Boer. Irving, Texas: primavera de 1979.

James, E. O. [Edwin Oliver]. *The Cult of the Mother Goddess*. Londres, Inglaterra: Thames % Hudson, 1959.

Kerènyi, C. *The Heroes of the Greeks*. Londres: Thames & Hudson, 1959.

¯, *The Gods of the Greeks*. Traducido [al inglés] por Norman Cameron. Nueva Cork: *Thames & Hudson*, 1979. (Publicado originalmente en 1951).

Kerènyi, Karl. *Atiene: Virgen and Mother*. Traducido [al inglés] por Murray Stein. Irving, Texas: primavera de 1979.

¯, *Goddesses of the Sun and Moon*. Traducido [al inglés] por Murray Stein. Irving, Texas: primavera de 1979.

Mayerson, Philip. *Classical Mythology in Literatura, Art, and Music*. Nueva York: Wiley, 1979.

Monaghan, Patricia. *The Book of Goddesses and Heroines*. Nueva York: Dutton, 1981.

Otto, Walter F. *The Homeric Gods*. Nueva York: *Thames & Hudson*, 1979 (Publicado originalmente en 1954).

Sprentnak, Charlene. *Lost Goddesses of Early Greece: A Collection of Pre-Hellenic Mythology*. Boston: *Beacon Press*, 1981. (Publicado originalmente en 1978).

Walker, Barbara G. *The Woman's Encyclopedia of Myths and Secrets*. San Francisco: Harper & Row, 1983.

Zimmerman, J.E. *Dictionary of Classical Mythology*. Nueva York: *Bantam Books*, 1978. (Publicado originalmente en

1964).

2: PSICOLOGÍA DE LOS ARQUETIPOS (PSCOLOGÍA ANALÍTICA DE JUNG)

Berry, Patricia. “The Rape of Demeter/Persephone and Neurosis”. *Spring* (1975).

Bradway, Katherine. “Hestia and Athena in the Analysis of Women”. *Inward Ligth* 41, nº 91 (1978).

Claremont de Castillejo, Irene. *Knowing Woman*. Nueva York: Putnam’s Sons, 1973. Publicado para la C.G. Foundation for Analytic Psychology.

Demetrakopoulos, Stephanie A. “Hestia, Goddess of the Hearth: Notes on an Oppressed Archetype”. *Spring* (1979).

¯,”Life Stage Theory, Gerontological Research, and the Mythology of the Older Woman: Independence, Autonomy, and Stregth” *Anima* 8, nº 2 (1982).

Downing, Christine. “Persephone in Hades”. *Anima* 4, nº 1 (1977).

¯, “Coming to Terms with Hera”. *Quadrant* 12, nº 2 (1979).

¯, Goddess: Mythological Images of the Feminine. Nueva York: *Crossroad*, 1981.

¯, “Goddess Sent Madness”. *Psychological Perspectives* 12, nº 2, (1981).

¯, “Come Celebrate with Me”. *Anima* 9, nº 1 (1982).

Elias-Button, Karen. “Athena and Medusa: A Woman’s Myth” *Anima* 5, nº 2, (1979).

Goldmberg, Naomi R. “Archetypal Theory after Jung”. *Spring* (1975).

Hall, Nor. *The Moon and the Virgin: Reflections on the Archetypal Feminine*. Nueva York: Harper & Row, 1980.

Harding, M. Ester. *The Way of All Women*. Nueva York: Putnam's, 1973. Publicado para la C.G. Jung Foundation for Analytical Psychology.

¯, *Woman's Mysteries: Ancient and Modern*. Nueva York: Bantam, 1973. (Publicado originalmente en 1971).

—, "The Value and Meaning of Depression", *Psychological Perspectives* 12, nº 2 (1981).

Heisler, Verda. "Indiciduation Through Marriage". *Psychological Perspectives* 1, nº 2 (1970).

Hillman, James. "Anima". *Spring* (1973).

—, "Anima II". *Spring* (1974).

—, *The Dream and the Underworld*. Nueva York: Harper& Row, 1979.

—, "Anake and Athene". En *Facing the Gods*, editado por James Hillman. Irving, Texas: primavera de 1980.

Hillman James, ed. *Facing the Gods*. Irving, Texas: primavera de 1980.

Johnson, Robert. *She: Understanding Feminine Psychology*. Nueva York: Harper & Row, 1977. (Publicado originalmente en 1976).

Jung, Emma. Animus and *Anima*. Nueva York: primavera de 1969. (Publicado originalmente en 1957).

Jung, C. G. Todas las referencias a las obras completas de Jung se han tomado de las obras completas de C. G. Jung, editadas por sir Herbert Read, Michael Fordham, y Gerald Adler; traducidas [al inglés] por R.C. Hull. Editor

ejecutivo, William McGuire, Serie Bollingen 20, (Princeton, N.J.: Princeton University Press).

—, *The Practice of Psychotherapy*. En *Collected Works of C.G. Jung*, vol. 16. 1966.

—, *Two Essays on Analytic Psychology*. En *Collected Works of C.G*. Jung, vol. 7, 1966.

—, *Alchemical Studies*. En *Colleted Works of C.G. Jung*, vol. 13. 1967.

¯, *Archetypes of the Collective Unconscius*. En *Collective Works of C.G*. Jung, vol. 9. parte 1. 1968.

—, *Psychological Types*. En *Collected Works of C.G. Jung*, vol 6. 1971.

Jung, C.G. y Kerènyi, C. *Essays on a Science of Mythology: The Myths of the Divine Maiden*. Traducido [al inglés] por R.F.C. Hull. Serie Bollingen 22. Nueva York: Harper & Row, 1963. (Publicado originalmente en 1949).

Kerènyi, C. Zeus and Hera: *Archetypal Image of Father, Husband and Wife*. Serie Bollingen 65. Princeton N.J.: Princeton University Press, 1975.

¯, Eleusis: *Archetypal Image of Mother and Daughter*. Nueva York: Schoocken, 1977. (Publicado originalmente en 1967).

Kerènyi, Karl. “A Mythological Image of Childhood: Artemis”. En *Facing the Gods*, editado por James Hillman. Irving, Texas: primavera de 1980.

Kirskey, Barbara. “Hestia: A Background of Psychological Focusing”. En *Facing the Gods*, editado por James Hillman. Irving, Texas: primavera de 1980.

Koltuv, Barbara Black. “Hestia/Vesta” *Quadrant* 10, nº 2 (1977).

Kotsching, Elined Prys. “Womanhood in Myth and Life”. *Inward Ligth* 31, nº 74 (1968).

—, “Womanhood in Myth and Life, 2ª parte”. *Inward Ligth* 32, nº 75 (1969.

Laub-Novak, Karen. “Reflections on Art and Mysticism” *Anima* 2, nº 2 (1976).

Leonard, Linda Schierse. *The Wounded Woman: Healing the Father-Daughter Relationship*. Boulder, Colo.: Shambhala Publications, 1983. (Publicado originalmente en 1981).

Lockhart, Russell A. “Eros in Language, Myth, and Dream”. *Quadrant* 11 nº 1 (1978).

Loomis, Mary. “A New Perspective for Jung’s Typology: The Singer-Loomis Inventory of Personality”. *Journal of Analytical Psychology* 27, nº 1 (1982).

Loomis, Mary, y Singer, June. “Testing the Bipolarity Assumption in Jung’s Typology. En *Journal of Analytical Psychology* 25, nº 4 (1980).

Luke, Helen M. “The Perennial Feminine”. *Parabola* 5, nº 4 (1978).

—, *Woman, Earth and Spirit*. Nueva York: *Crossroad*, 1981.

Malamud, René. “The Amazon Problem” *Spring* (1971).

Mattoon, Mary Ann. *Jungian Psychology in Perspective*. Nueva York: Free Press/Macmillan, 1981.

Moore, Tom. “Artemis and the Puer”. En *Puer Papers*. Irving, Texas: primavera de 1979.

Neumann, Erich. *The Great Mother: An Análisis of the Archetype*. Traducido [al inglés] por Ralph Manheim. Londres: Routledge & Kegan Paul, 1955.

—, *Amor and Psyche: The Psychic Development of the Feminine*. Traducido [al inglés] por Ralph Manheim. Serie Bollingen, 54. Nueva Cork: Panteón Books, 1956.

—, “The Psychological Status of Feminine Development”. *Spring* (1959).

Perera, Sylvia Brinton. *Descent to the Goddess: A Way of Initation for Women*. Toronto: Inner City Books, 1981. Rupprecht, Carol. “The Martial Maid and the Challenge of Androgyny (Notes on an Unbefriended Archetype)”. *Spring* (1974).

Schmidt, Lynda. “The Brother-Sister Relationship in Marriage”. *Journal of Analytical Psychology* 25, nº 1 (1980).

Singer, June. *Androgyny*. Nueva York: Doubleday, 1976.

—, “Rise of the Androgyny Phenomena”. *Anima* 3, nº 2 (1977).

Sprentnak, Charlene. “Problems with Jungian Uses of Greek Goddess Mythology”. *Anima* 6. nº 1 (1979).

Stein, Murray. “Hera: Bound and Unbound”. *Spring* (1977).

—, “Translator’s Afterthoughts”. En Karl Kerènyi, *Athene: Virgin and Mother*. Traducido [al inglés] por Murray Stein. Zurich: primavera de 1978.

Stevens, Anthony. *Archetypes: A Natural History on the Self*. Nueva York: Morrow, 1982.

Ulanov, Ann Belford. “Archetypes of the Feminine”. En *The Feminine in Jungian Psychology and Christian Theology*. Evanston, Ill.: Northwestern University Press, 1971.

Wheelwright, Jane. *Women and Men*. San Francisco: C.G. Jung Institute of San Francisco, 1978.

Wolf, Toni. “A Few Thoughts on Individuation in Women”. *Spring* (1941).

Zabriskie, Philip. “Goddesses in Our Midst”. *Quadrant* 17, (1974).

3: PSICOLOGÍA DE LAS MUJERES (PERSPECTIVAS DISTINTAS A LAS DE JUNG)

Applegarth, Adrienne. “Some Observations on Work Inhibitions in Women”. *Journal of the American Psychoanalytic Association* 24, nº 5 (1976).

Bart, Pauline B. “Portnoy’s Mother’s Complaint”. *Trans-Action* (noviembre-diciembre 1970).

—, “Depression in Middle-Aged Women”. En *Women in Sexist Society*, recopilado por Vivian Gornick y Barbara K. Moran. Nueva York: Basic Books, 1971.

Benedek, Therese, y Rubinstein, Boris B. “The Sexual Cycle in Women: The Relationship Between Ovarian function and Psychodynamic Processes”. *Psychosomatic Medicine Monographs* 3, nº 1 y 2 (1942). Editado por inclusión en Therese Benedek, *Psychoanalytic Investigations: Selected Papers*, “The Correlation Between Ovarian Activity and Psychodynamic Process”. Nueva York: Quadrangle, 1973.

Bernardez-Bonesatti, Teresa. “Women and Anger: Conflictus with Aggression in Contemporary Women”. *Journal of the American Medical Women’s Association* 33, nº 5 (1978).

Besdine, Matthew. “Mrs Oedipus”. *Psychology Today* (marzo 1971).

Carmen, Elaine; Russo, Nancy F.; y Miller, Juan B. “Inequality and Women’s Mental Health: An Overview”. *American Journal of Psychiatry* 138, nº 11 (1981).

Chernin, Kim. *The Obsession: Reflections on the Tyranny of Slenderness*. Nueva York: Harper & Row, 1981.

Chesler, Phyllis. *Women & Madness*. Nueva York: Doubleday, 1972.

Chicago, Judy. *Through the Flower*. Nueva York: Doubleday, 1977.

Dowling, Colette. *The Cinderella Complex: Women's Hidden Fear of Independence*. Nueva York: Summit Books, 1981.

Erikson, Erik. "Inner and Outer Space: Reflections on Womanhood". *Daedalus* (1964).

Freeman,Jo, ed., *Women: A Feminist Perspective*, 2º ed. Nueva York: Basic Books, 1979.

The Female Experience. De los editores de *Psychology Today*. Del Mar, Calif.: CRM, 1973.

Field, Joanna. *A Life of One's Own*. Los Angeles: Tarcher, 1981

Friedan, Betty. *The Feminine Mystique*. Nueva York: Dell, 1964.

Galland, China. *Women in the Wilderness*. Nueva York: Harper & Row, 1980.

Gilligan, Carol. *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1982.

Gornik, Vivian, y Moran, Barbara K., eds. *Women in Sexist Society*. Nueva York: Basic Books, 1971.

Gray, Elizabeth Dodson. *Why the Green Nigger: Re-mything Genesis*. Wellesley, Mass.: Rountable Press, 1979.

Greer, Germaine. *The Female Eunuch*. Nueva York: MacGraw-Hill, 1971.

Griffin, Susan. *Rape: The Power of Consciousness*. Nueva York: Harper & Row, 1979.

Heilbrun, Carolyn G. *Toward a Recognition of Androgyny*. Nueva York: Harper & Row, 1974.

—, *Reinventing Womanhood*. Nueva York: Norton, 1979.

Henning, Margaret, y Jardim, Anne. *The Managerial Woman*. Nueva York: Simon & Schuster, 1978.

Horner, Matina. "Why Bright Women Fear Success". En *The Female Experience*, de los editores de *Psychology Today*, Del Mar, Calif.; CRM, 1973.

Howell, Elizabet, y Bayes, Marjorie, eds. *Women and Mental Health*. Nueva York: Basic Books, 1981.

Koedt, Ann; Levine, Ellen; y Rapone, Anita, eds. *Radical Feminism*. Nueva Cork: Quadrangle, 1973.

Kolbenschlag, Madonna. *Kiss Sleeping Beauty Good-Bye: Breaking the Spell of Feminine Myths and Models*. Nueva York: Dobleday, 1979. [Publicado por Ed. Kairós, Barcelona, 1994 con el título *Adiós Bella Durmiente*].

Lakoff, Robin, *Language and Woman's Place*. Nueva York: Harper & Row, 1975.

Lederer, Wolfgang. *The Fear of Women*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1968.

Lerner, Harriet E. "Early Origins of Envy and Devaluation of Women: Implications for Sex Role Stereotypes". *Bulletin of the Menninger Clinic* 38, nº 6 (1974).

Martin, Del. *Battered Wives*. Nueva York: Simon & Schuster, 1977.

Miller, Jean Baker. *Psychoanalysis and Women*. Nueva York: Brunner/Mazel, 1973. (Edición en rústica, Baltimore: Penguin, 1979).

—, *Toward a New Psychology of Women*. Boston: Beacon Press, 1976.

Nadelson, Carol C., Notman, Malkah T. *The Woman Patient Vol. 2: Concepts of Feminity and the Life Cycle*. Nueva York: Plenum Press, 1982.

Notman, Malkah, y Nadelson, Carol C. "The Rape Victim: Psychodynamic Considerations". *American Journal of Psychiatry* 133, nº 4 (1976).

Ochs, Carol. *Behind the sex of God: Toward a New Consciousness-Transcending Matriarchy and Patriarchy*. Boston: Beacon Press, 1977.

Person, Ethel Spector. "Women Working: Fears of Failure, Deviance and Success". *Journal of the American Academy of Psychoanalysis* 10, nº 1 (1982).

Rohrbaugh, Joanna Bunker, ed. *Women: Psychology's Puzzle*. Nueva York: Basic Books, 1979.

Rossi, Alice S. "Life-Span Theories and Women's Lives". *Sings* 6, nº 1 (1980).

Rubin, Lillian B. *Women of a Certain Age: The Midlife Search for Self*. Nueva York: Harper & Row, 1979.

Scarf, Maggie. *Unfinished Business: Pressure Points in the Lives of Women*. Nueva York: Ballantine Books, 1981.

Seiden, Anne M. "Overview: Research on the Psychology of Women. Part 2. Women and Families, Work, and Psychotherapy". *American Journal of Psychiatry* 133, nº 10 (1976).

Seidenberg, Robert. “The Trauma of Eventlessness”. En *Psychoanalysis and Women*, editado por Jean Baker Miller. Baltimore: Penguin, 1973.

Sprentnak, Charlene, ed. *The Politic’s of Women’s Spirituality: Esays on the Rise of Spiritual Power Within the Feminist Movement*. Nueva York: Doubleday, 1982.

Stines, Graham; Travis, Carol; y Jayaratne, T.E. “The Queen Bee Syndrome. En The Female Experience, de los editors de *Psychology Today*, Del Mar, Calif.: CMR, 1973.

Steinem, Gloria. *Outrageous Acts and Everyday Rebellions*. Nueva York: Holt, Rinehart, & Winston, 1983.

Stone, Merlin. *When God Was a Woman*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1976.

Symonds, Alexandria. “Violence Against Women: The Myth of Masichism”. *American Journal of Psychotherapy* 33, nº 2 (1979).

Thomas, Lynn. *The Backpacking Woman*. Nueva York: Doubleday, 1980.

Weissman, Myrna M., y Kaplan, Gerald L. “Sex Differences and the Epidemiology of Depression”. En *Gender and Disordered Behavior*, editado por E. S. Gomberg y V. Franks. Nueva York: Brunner/Mazel, 1979.

Wisstein, Naomi. “Psychology Constructs the Female”. En *Radical Feminism*, editado por Anne Koedt, Ellen Levine, y Anita Rapone. Nueva York: Quadrangle, 1973. (Publicado también en *Woman in Sexist Society*, editado por Vivian Gornik y Barbara K. Moran. Nueva York: Basic Books, 1971).

4: PSICOLOGÍA GENERAL (REFERENCIAS RELEVANTES PARA ESTE LIBRO)

Erikson, Erik. *Chilhood and Society*. 2ª ed. Nueva York: Norton, 1963.

Feinstein, A. David. “Personal Mythology as a Paradigm for a Holistic Public Psychology”. *American Journal of Orthopsychiatry* 49, nº 2 (1979).

Freud, Sigmund. *The Standard Edition of the Psychological Works of Sigmund Freud*. Ed. J. Strachey. Londres: Hogarth Press.

Gardner, Earl R., y Hall, Richard C. W. “The Professional Stress Syndrome”. *Psychosomatics* 22, nº 8 (1981).

Gendlin, Eugene T. *Focusing*. Nueva York: Bantam Books, 1981. (Publicado originalmente en 1978).

Harris, Mark. “Teching Is a Form of Living”. *Psychology Today* (septiembre 1973).

Jaynes, Julian. *The Origin of Consciousness in the Breakdown of the Bicameral Mind*. Boston: Houghton Mifflin, 1976).

Levinson, Daniel. *The Seasons of a Man’s Life*. Nueva York: Ballantine, 1979.

Neugarten, Bernice L., ed. *Middle Age and Aging: A Reader in Social Psychology*. Chicago: University of Chicago Press, 1968.

Metzner, Ralph. *Know Your Type*. Nueva York: Doubleday, 1979.

Rosenthal, Robert. “The Pygmalion Effects Lives”. *Psychology Today* (septiembre 1973).

Rosenthal, Robert, y Jacobson, Lenore. *Pygmalion in the Classroom: Teacher Expectation and Pupil's Intellectual Development*. Nueva York: Holt, Rinehart, & Winston, 1968.

Richard, M.C. (Mary Caroline). *Centering Pottery, Poetry, and the Person*. Middleton, Conn.: Weslwyan University Press, 1975. (Impreso originalmente en 1961).

Safan-Gerard, Desy. "How to Unblok". *Psychology Today* (enero 1978).

Sheehy, Gail. *Passages: Predictable Crises of Adult Life*. Nueva York: Dutton, 1977.

Tennov, Dorothy. *Love and Limerence: The Experience of Being in Love*. Briarcliff Manor, Nueva York: Stein & Day, 1979.

NOTAS

Se citan en primer lugar las fuentes principales de cada capítulo, seguidas de las notas numeradas.

Todas las referencias a las obras completas de Jung (designadas con la abreviatura **CW**) están tomadas de *Collected Works of C. G. Jung*, editadas por sir Herbert Read, Michael Fordham, y Gerhard Adler; traducidas por R.C.F. Hull; editor ejecutivo, William McGuire; Serie Bollingen 20 (Princeton, N.J.: Princeton University Press).

INTRODUCCIÓN: HAY DIOSAS EN CADA MUJER

Lerner, Harriet E. “Early origins of Envy and Devaluation of Women: Implications for Sex Role Stereotypes” *Bulletin of the Meninger Clinic* 38, no. 6 (1974), pp. 538-553.

Loomis, Mary, y Singer, June. “Testing the Biopolarity Assumption in Jung’s Typology”. *Journal of Analityc Psychology* 24, no.4 (1980).

Miller, Jean Baker. *Toward a New Psychology of Women*. Boston: Beacon Press, 1976.

Newmann, Erich. *Amor and Psyche: The Psygic Development of the Feminine*. Traducido (al ingles) por Ralp Manheim, Serie Bollingen 54. Nueva York: Pantheon Books, 1956.

1: LAS DIOSAS COMO IMÁGENES INTERNAS

Jung, C.G. “Archetypes of the Collective Unconscius” (1954). *CW*, vol.9, primera parte (1968), pp. 3-41.

¯, “The Concept of the Collective Unsconscious”. CW, vol 9, primera parte, pp. 42-53.

Marohn, Stephanie. “The Goddess Resurrected”. *Womenews* (publicado por the Friends of the San Francisco Commision on the Status of Women) 8, n° 1 (junio 1983).

Mayerson, Philip. *Classical Mythology in Literature, Art, and Music*. Nueva York: Wiley, 1971

Sprentnak, Charlene, ed. *The Politics of Women’s Spirituality: Essays on the Rise of Spiritual Power Within the Feminist Movement*. Nueva York: Doubleday, 1982.

Stone, Merlin. *When God Was a Woman*. Nueva York: Harvest/Harcourt Brace Janovich, con autorización de Dial Press, 1978.

3: LAS DIOSAS VÍRGENES

Gustaitis, Rasa. “Moving Freely through Nighttime Streets”. *Pacific News Service*, 1981. Artículo libre (Encontrado, por ejemplo, en *City on a Hill Press*, Universidad de California, Santa Cruz, 9 de abril, 1981).

Harding, M. Esther. “The Virgen Goddess”. En *Women’s Mysteries*. Nueva York: Bantam Books, publicado con autorización de Putnam’s, 1973, pp. 115-149.

Kotsching, Elined Prys. “Womanhood in Myth and Life”. *Inward Ligth* 31, nº 74 (1968).

¯, “Womanhood in Myth an Life, 2ª parte”. *Inward Light* 32, nº75 (1969).

4: ARTEMISA

Guthrie, W. K. C. “Artemis”. En *The Greeks and Their Gods*. Boston: Beacon Press, 1950, pp. 99-106.

Kerènyi, C. “Leto, Apollon and Artemis”. En *The Gods of the Greeks*. Traducido [al inglés] por Norman Cameron. Nueva York. Thames & Hudson, 1979. (Publicado originalmente en 1951).

Kerènyi, Kart. “A Mythological Image of Girlhood: Artemis”. En *Facing the Gods*, recopilado por James Hillman. Irving, Texas: primavera de 1980, pp. 39-45.

Mayerson, Philip. “Artemis”. *En Classical Mythology in Literature, Art, and Music*. Nueva York: Wiley, 1971, pp. 150-169.

Moore, Tom. “Artemis and the Puer”. En *Puer Papers*. Irving, Texas: primavera de 1979, pp. 169-204.

Malamud, René. “The Amazon Problem”. Spring (1971), pp. 1-21. Otto, Walter F. “Artemis”. En *The Homeric Gods*. Traducido del alemán [al inglés] por Moses Hadas. Nueva York: Thames & Hudson, publicado con autorización de Panteón Books, 1979, pp. 80-99.

Schimidt, Lynda. “The Brother-Sister Relationship in Marriage”. *Journal of Analytical Psychology* 25, nº 4 (1980): 17-35.

Zabriskie, Philip T. “Goddesses in Our Midst”. *Quadrant* (otoño de 1974),pp. 41-42.

5: ATENEA

Downing, Christine. “Dear Grey Eyes: A Revaluation of Pallas Atiene”. En *The Goddess*. Nueva York: Crossroad, 1981, pp. 99-130.

Elias-Button, Karen. “Athene and Medusa”. Anima 5, nº 2 (Spring Equinox, 1979): 118-124.

Hillman, James. “On the Necessity of Abnormal Psychology: Anake and Athene”, En *Facing the Gods*. Editado por James Hillman. Irving, Texas: primavera de 1980, pp. 1-38.

Kerènyi, C. “Metis and Pallas Athene”. En *The Gods of the Greeks*. Traducido [al inglés] por Norman Cameron. Nueva York: Thames & Hudson, 1979, pp. 118-129. (Publicado originalmente en 1951).

Kerènyi, Kart. *Athene: Virgen and Mother*. Traducido [al inglés] por Murria Stein. Irving, Texas: Spring, 1978.

Mayerson, Philip. “Athena”. *En Classical Mythology in Literatura, Art, and Music*. Nueva York: Wiley, 1971, pp. 169-175; pp. 431-433.

Otto, Walter F. “Athena” en *The Homeric Gods*. Traducido [al inglés] por Moses Hadas. Nueva York: Thames & Hudson, con autorización de Panteón Books, 1979, pp. 42-60.

Rupprecht, Carol Schreier, “The Martial Maid and the Challenge of Androgyny”. *Spring* (1974), pp. 269-293.

Stein, Murray. “Translator’s Afterthougths”. En Kerènyi, Karl, *Athene: Virgin and Mother*. Traducido [al inglés] por Murray Stein. Irving, Texas: primavera de 1978, pp. 71-79.

6: HESTIA

Bradway, Katherine. “Hestia and Athena in the Analysis of Women”. *Inward Ligth* 151 (1978), nº 91: 28-42.

Demetrakopoulos, Stephanie. “Hestia, Goddess of Hearth”. *Spring* (1979), pp. 55-75. Este artículo fue mi fuente principal para redactor la parte sobre la mitologia y los rituales de Hestia. The Hymn to Hestia” y “The Second Hymn to Hestia” en *Homeric Hymns*. Traducido [al inglés] por Charles Boer, Ed. Rev. Irving, Texas: primavera de 1979, pp. 140-141.

Jung, C.G. “The Spirit Mercurios: Part 2: nº 3, Mercurios as Fire”. *CW*, vol 13, pp. 209-210.

¯, “The Spirit of Mercurius: Part 2: nº 8, Mercurius and Hermes”, *CW*, vol 13, pp. 230-234.

Kirksey, Barbara. “Hestia: A Background of Psychological Focusing”. En Facing the Gods. Editado por James Hillman. Irving, Texas: primavera de 1980, pp. 101-113.

Koltuv, Barbara Black. “Hestia/Vesta” Quadrant 10 (invierno de 1977), pp. 58-65.

Luke, Helen M. “Goddess of the Herat”. En Woman: Earth and Spirit (Nueva York: Crossroad, 1981), pp. 41-50.

Mayerson, Philip. “Hestia (Vesta)”. En Classical Mythology in Literature, Art, and Music. Nueva York: Wiley, 1971, pp. 115-116.

¯”Hermes (Mercury)”. En Classical Muthology in Literature, Art, and Music. (Nueva York: Wiley, 1971), pp. 210-226.

8: HERA

Downing, Christine. “Coming to Terms with Hera”, *Quadrant* 12, nº 2 (invierno de 1979).

Kerènyi, C. “Zeus and Hera” y “Hera”, Ares and Hephaistos”. En The Gods of the Greeks. Traducido [al inglés] por Norman Cameron. Nueva York: Thames & Hudson, 1979, pp. 95-98, 150-160. (Publicado originalmente en 1951).

¯, *Zeus and Hera: Archetypal Image of Father, Husband and Wife*. Traducido [al inglés]por Christopher Holme, Serie Bollingen 65. Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1975.

Kerènyi, Karl. “The Murdeeress-Medea. En *Goddesses of Sun and Moon*. Irving, Texas: primavera de 1979, pp. 20-40.

Mayerson, Philip. “Hera (Juno)”. En *Classical Mythology in Literature, Art, and Music*. Nueva York: Wiley, 1971, pp. 94-98.

¯, “Medea”. En *Classical Mythology in Literature, Art, and Music*. Nueva York: Wiley, 1971, pp. 346-352.

Stein, Murray. “Hera: Bound and Unbound”. *Spring* (1977), pp. 105-119. Este artículo fue mi principal fuente para redactor el arquetipo de Hera. El artículo de Stein asocia el instinto de emparejamiento con Hera y describe sus tres fases.

Zabriskie, Philip. “Goddesses in Our Midst”, *Quadrant* (otoño de 1974), pp. 37-39.

9: DEMÉTER

Demetrakopoulos, Stephanie. “Life Stage Theory, Gerontological Research, and the Mythology of the Older

Woman: Independence, Autonomy, and Strength” *Anima* 8, nº 2 (Spring Equinox, 1982): 84-97.

Friedrich, Paul. “The Fifth Queen: The Meaning of Demeter” y “The Homeric Hymn to Demeter”. En *The Meaning of Aphrodite*, Chicago: University of Chicago Press, 1978, pp. 149-180. “The Hymn to Demeter”. En *The Homeric Hymns*, traducido [al inglés] por Charles Boer, 2ª ed, rev. Irving, Texas: primavera de 1979, pp. 89-135.

Jung, C.G. “Psychological Aspects of the Mother Archetype” (1954). *CW*, vol 9, 1ª parte (1968), pp. 75-110.

Kerènyi, C. *Eleusis: Archetypal Image of Mother and Draghter*. Traducido [al inglés] por Ralph Manheim. Nueva Cork: Schocken Books, publicado con autorización de Princeton University Press, 1977. Impreso previamente en la serie Bollingen (1967).

Luke, Helen M. “Mother and Draghter Mysteries”. En *Woman: Earth and Spirit*. Nueva Cork: Crossroad, 1981, pp. 51-71.

Zabriskie, Philip. “Goddesses in Our Midst”. *Quadrant* (otoño de 1979), pp. 40-41.

10: PERSÉFONE

Dowling, Colette. *The Cinderella Comprex: Women’s Hidden Fear of Independence*. Nueva York: Summit Books, 1981. El complejo de Cenicienta describe un patrón de comportamiento tipo Perséfone. El libro ofrece una comprensión excelente de cómo la familia y la cultura refuerzan este arquetipo con “sobreatención aprensiva” e inhibición de asertividad e independencia.

Downing, Christine. “Persephone in Hades”. *Anima* (1977) nº 1., (Desaparecido Equinox): 22-29.

Karènyi, C. *Eleusis: Archetypal Image of Mother and Daughter*, traducido [al inglés] por Ralph Manheim. Nueva York: Schocken Books, reimpreso con autorización de Princeton University Press, 1977. Impreso previamente en la serie Bollingen (1967).

“The Hymn to Demeter” (el rapto de Perséfone). En *The Homeric Hymns*, traducido [al inglés] por Charles Boer. 2ª ed, rev. Irving, Texas: primavera de 1979, pp 89-135.

11: LAS DIOSAS ALQUÍMICAS

Tennos, *Dorothy. Love and Limerence: The Experience of Being in Love. Nueva York: Stein & Day, 1979*.

12: AFRODITA

Friederich, Paul. *The Meaning of Aphrodite*. Chicago: University of Chicago Press, 1978. Ésta fue mi fuente principal para redactor la mitología y el simbolismo de Afrodita.

Johnson, Robert. *She: Understanding Femenine Psychology*. Nueva York: Harper & Row, 1977. (Publicado originalmente en 1976).

Kerènyi, Karl. “The Goleen One-Aphrodite”. *En Goddesses of the Sun and Moon*. Traducido [al inglés] por Murray Stein. Irving, Texas: primavera de 1979, pp. 41-60.

“The Hymn to Aphrodite”, “The Second Hymn to Aphrodite”, y “The Third Hymn to Aphrodite”. En *The Homeric Hymns*, traducido [al inglés] por Charles Boer, 2ª ed., rev. Irving, Texas: Sping, 1979, pp. 69-83.

Mayerson, Philip. “Aphrodite (Venus)”, En *Classical Mythology in Literature, Art, and Music*. Nueva York: Wiley,

1971, pp. 182-210.

Neumann, Erich. *Amor and Psyche: The Psychic Development of the Feminine*. Traducido [al inglés] por Ralph Manheim. (Serie Bollingen 54) Nueva York: Pantheon, 1956.

Otto, Walter F. “Aphrodite”. En *The Homeric Gods*, traducido [al inglés] por Moses Hadas. Nueva Cork: Thames & Hudson, publicado con autorización de Panteón Books, 1979, pp. 91-103.

Zabriskie, Philip. “Goddesses in Our Midst” *Quadrant* (otoño de 1979), pp. 36-37.

13: ¿QUÉ DIOSA CONSIGUE LA MANZANA DE ORO?

Jung, C.G. “Psychological Types”, *CW*, vol. 6.

Mayerson, Philip. “The Trojan War”. En *Classical Mythology in Literature, Art, and Music*. Nueva York: Wiley, 1971, pp. 375-422.

14: HAY UNA HEROÍNA EN CADA MUJER

Adams, Richard. *Watership Down*. Nueva Cork: Avon Books, publicado con autorización de MacMillan, 1975.

Auel, Jean M. *The Clan of the Cave Bear*. Nueva York: Bantam Books, con autorización de Crown Publishers, 1981.

¯, *The Valley of Horses*. Nueva York: Crown Publishers, 1982. Tolkien, J. R.R. *The Fellowship of the Ring Trilogy*. Nueva York: Ballantine Books, con autorización de Houghton Mifflin, 1965.

APÉNDICE: QUIÉN ES QUIÉN EN LA MITOLOGÍA GRIEGA

Zimmerman, J. E. *Dictionary of Classical Myrhology*. Nueva York: Bantam Books, con autorización de Harper & Row, 196. Fuente para la pronunciación de los nombres [en la versión inglesa].



Jean Shinoda Bolen (1936 Estados Unidos) es doctora en medicina, psiquiatra, analista junguiana, así como escritora y conferenciante internacionalmente conocida que extrae fuentes de experiencia de la espiritualidad, el feminismo y la psicología analítica, la medicina y lo personal.

Es *Distinguisher Life Fellow* de la American Psychiatric Association y antigua profesora de psiquiatría en la Universidad de California en San Francisco, así como antiguo miembro de la junta de la Ms. Fundation for Women y de la International Transpersonal Association.

Recibió el *Pioneers in Art, Science, and the Soul of Healing Award* del Institute for Health and Healings y es diplomada por el American Board os Psychiatry and Neurology.

Apareció en dos aclamados documentales, la cinta de antiproliferación nuclear ganadora del premio de la academia Women-for America, *For de World* y *Goddess remembered* de la National Film Board of Canada.

Notas

[1] Betty Friedan, *The Feminine Mystique* (Nueva York: Dell, 1963) <<

[2] Joseph Campbell, *The Hero with a Thousand Faces*, segunda edición (Serie Bolingen 17. Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1968), p.19 (*El héroe de las mil caras*, México, Fondo de Cultura Económica). <<

[1] Anthony Stevens, Archetypes: A Natural History of the Self (Nueva York: Morrow, 1982), pp. 1-5 <<

[2] C.G. Jung, “The concept of the Collective Unconscious” (1936), *CW*, vol. 9 1ª parte (1968), p. 44, y “Archetypes of the Collective Unconscious” (1954), *CW*, vol. 9 1ª parte (1968), pp. 3-4 <<

[3] Hesíodo, *Theogony*, en *Hesiod*, trd. Richard Lattimore (Ann Arbor, Mich.: The University of Michigan Press, 1959) <<

[4] Marija Gimbutas, “Women and Culture in Gooddess-Oriented Old Europe”, en *The Politics of Women’s Spirituality: Essays on the Rise of Spiritual Power the Women’s Movement*, ed. Charlene Sprentnak (Nueva York: Dobleday, 1982), pp. 22-31. <<

[5] Robert Graves, *The Greeks Myths*, vol. 1 (Nueva York: Penguin, 1982), p. 13. <<

[6] Jane Ellen Harrison, *Mythology* (Nueva York: Harcourt Brace Jovanich, 1963 [Publicado originalmente en 1924]), p. 49. <<

[7] Merlin Stone, *When God Was a Woman* (Nueva York: Harvest/Harcourt Brace Jovanovich, con autorización de Dial Press, 1978), p. 228. <<

[1] C.G. Jung, “Psychological Aspects of the Mother Archetype” (1954), *CW*, vol, 9 1ª parte (1968), p. 79. <<

[2] Maxine Hong Kingston, *The Woman Warrior* (Nueva York: Vintage Books/Random House, 1977). <<

[3] Este cambio en los arquetipos de las diosas durante los ciclos menstruales está basado en observaciones clínicas de mi práctica psiquiátrica. Para ayudar a documentar una investigación sobre un cambio de actitudes independientes y activas (o agresivas) a actitudes dependientes y pasivas en correlación con los ciclos menstruales, ver Therese Benedek, “The Correlations Between Ovarian Activity and Psychodynamic Processes”, en Therese Benedek, ed., *Psychoanalytic Investigation* (Nueva Cork: Quadrangle/New York Times Book Co., 1973), pp. 129-223. <<

[1] M. Ester Harding, “The Virgin Goddess”, en *Women’s Mysteries* (Nueva York: Bantam Books, publicado con autorización de Puntnam’s, 1973) p. 147 <<

[2] “La conciencia centrada”, tal y como la describe Irene Claremont de Castillejo, se considera un atributo del ánimus o de los hombres: “El poder de concentración es uno de los regalos más grandes del hombre, pero no es una prerrogativa suya; el ánimus desempeña este papel por una mujer”. “Es sólo cuando ella necesita un tipo de conciencia centrada cuando se necesita el ánimus”. De Claremont de Castillejo, Knowing Woman, capítulo 5, “The Animus-Friend or Foe” (Nueva York: Putnam’s para la C.G. Jung Foundation for Analytic Psychology, 1973) pp. 77-78. Estoy empleando su terminología, pero difiero de su suposición, basada en el modelo de Jung de la psicología de la mujer, según el cual la conciencia centrada siempre es un atributo masculino. <<

[3] Marty Olmstead, “The Midas Touch of Danielle Steel”, *United* (United Airlines Fligth Publication), marzo 1982, p. 89. <<

[4] Este sumario de teoría psicolanalítica de la psicología de las mujeres está basado en las siguientes obras de Sigmund Freud de *The Standard Edition of the Psychological Works of Sigmund Freud*, ed. J. Strachey (Londres: Hogarth Press), referido a continuación como *Standard Edition*:

Sigmund Freud, “Three Essays on the Theory of Sexuality” (1905), *Standard Edition*, vol. 7 (1953), pp. 135-243.

—, “Some Psychological Consequences of the Anatomical Distinction Between the Sexes” (1925), *Standard Edition*, vol, 19 (1961), pp. 248-258.

—, “Female Sexuality” (1931), *Standard Edition*, vol, 12 (1961), pp. 225-243. <<

[5] Este resumen de la teoría de la psicología de las mujeres de Jung está basado en las siguientes obras:

C.G. Jung, “Animus and Anima (1934), CW, vol. 7 (1966) pp. 188-211

¯, “The Syzgy: Anima and Animus”, (1950), CW, vol,9, 2ª parte (1959), pp. 11-22

¯, “Women in Europe” (1927), CW, vol 10 (1964), pp. 113-133. <<

[6] C.G. Jung, *CW*, vol. 7, p. 209. <<

[7] C.G. Jung, *CW*, vol. 10, p. 117. <<

[1] Walter F. Otto, “Artemis”. En *The Homeric Gods*, trad. Moses Hadas (Nueva York: Thames & Hudson, 1979), pp. 86-87. <<

[2] Calímaco, “To Artemis”, en *Hymns and Epigrams*, trd. A. W. Mair (Cambridge, Mass. Harvard University Press, 1969), p. 63. <<

[3] Lynn Thomas, *The Backpacking Woman* (Nueva York: Doubleday, 1980), p. 227. <<

[4] China Galland, *Women n the Wilderness* (Nueva York: Harper & Row, 1980), p.5. <<

[5] Frances, Horn, *I Want One Thing* (Marina del Rey, Calif.: The Vorss), 1979. <<

[6] Laurie Lisle, *Portait of an Artist: A Biography of Georgia O’Keeffe* (Nueva York: Washington Square Press/Pocket Books/Simon & Schuster, publicado con autorización de Seaview Books, 1981), p. 436. <<

[7] Lisle, p.430. <<

[8] M. Esther Harding, *Woman’s Mysteries* (Nueva York: Bantam, 1973), p. 140. <<

[9] “Melaeger and Atalanta”, en *Bullfinch’s Mythology* (Middlesex, Inglaterra: Hamlyn, 1964), p. 101. <<

[10] Esta sección está inspirada en la descripción de Artemisa del Walter F. Otto, 1979. <<

[11] He utilizado la versión de este mito de Bernard Evslin en "Atalanta", dentro de *Heroes, Gods and Monsters of the Greek Myths* (Toronto: Bantam Pathfinder, publicado con autorización de Tour Winds Press, 1975), pp. 173-190. <<

[1] Hesíodo, *Theogony en Hesiod*, trd. Richard Lattinmore (Ann Arbor, Mich.: The University of Michigan Press, 1959), p. 177. <<

[2] Wilfred Sheed, *Clare Booth Luce* (Nueva York: Dutton, 1982). <<

[3] Carol Felsenthal, *The Sweetheart of the Silent Majority: The Biography of Phyllis Schlafly* (Nueva York: Doubleday, 1981). <<

[4] Walter F. Otto, “Athena”, en *The Homeric Gods*, trad. Moses Hadas (Nueva York: Thames & Hudson, con autorización de Panteón Books, 1979). P. 60. <<

[5] Por ejemplo, las veinticinco mujeres de éxito social (toas aquéllas que alcanzaron puestos como presidentas o vicepresidentas de empresas reconocidas a nivel nacional) estudiadas por Henning y Jardim respondían a un modelo de Atenea. Eran hijas del padre, hijas que compartían intereses y actividades con sus padres triunfadores. Paralelamente a Metis, que fue tragada por Zeus, sus madres eran mujeres cuya educación igualaba o incluso superaba la de sus maridos: aunque veinticuatro de las veinticinco eran amas de casa, la vigésimoquinta era profesora. La relación entre padre e hija se recordó vivamente como la más significativa; el recuerdo de la relación entre madre e hija era vago y generalizado. Margaret Henning y Anne Jardim, “Childhood”, en *The Managerial Woman* (Nueva Cork: Pocket Books/Simon & Schuster, 1978), pp. 99-117. <<

[6] Chistine Downing, "Dear Grey Eyes: A Revaluatión of Pallas Athene", en *The Goddess* (Nueva York: Crossroad, 1981), p. 117. <<

[1] “The Hymn to Aphrodite I”, en *Homeric Hymns*, trd. Charles Boer, ed. Rev. (Irving, Texas: Sping, 1979), p. 70. <<

[2] “The Hymn to Aphrodite I”, p. 70. <<

[3] Stephanie Dematrakopoulus, “Hestia, Goddess of the Hearth”, *Spring* (1979), pp. 55-75. <<

[4] T.S. Eliot, *Four Quartets* (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich [sin fecha], publicado originalmente en 1943), p. 16. <<

[5] C.G. Jung, “Concerning Mandala Symbolism”, *CW*, vol, 9 1ª parte, p. 35. <<

[6] May Sarton, *Journal of a Solitude* (Nueva York: Norton, 1973), pp. 44-45. <<

[7] Ardis Whitman, "Secret Joys of Solitude", *Reader's Digest* 122, nº 61732 (abril 1983): 132. <<

[1] Irene Claremont de Castillejo. *Knowing Woman* (Nueva York: Putnam’2 para C.G. Jung Fundation for Analytical Psychology, 1973), p. 15 <<

[1] Murray Stein, “Hera: Bound and Unbound”. *Spring* (1977), p. 108. <<

[2] Nancy Reagan, Quest (1982). Sentimientos parecidos, en Nancy, por *Nancy* Reagan y Bill Libby (Nueva York: Berkley, 1981). <<

[3] Diana Trilling, *Mrs. Harris: The Death of the Scarsdale Diet Doctor* (Nueva York: Harcourt Brace Javanovich, 1981).
<<

[1] “Hymn to Demeter”, en *The Homeric Hymns*, trd, Charles Boer, 2ª ed, rev. (Irving, Texas: primavera de 1979), p. 89. <<

[2] Kerènyi, *Eleusis, Archetypal Image of Mother and Daughter*, trad. Ralph Manheim (Nueva York: Schocken Books, publicado con autorización de Princeton University Press, 197). Impreso previamente en la Serie Bollingen (1967). <<

[3] Susan Isaacs, “Baby Savior”, *Parents Magazine* (septiembre 1981), pp. 81-85. <<

[4] Pauline Bart, “Mother Portnoy’s Camplaints”, *Trans-Action* (noviembre-diciembre 1970), pp. 69-74. <<

[1] M. Esther Harding, “All Things to All Men”, en *The Way of all Women* (Nueva York: Putnam’s, para C.G. Jung Foundation for Analytic Psychology, 1970), p.4 <<

[2] Harding, p. 16. <<

[3] Hannah Green, *I Never Promides You a Rose Garden* (Nueva York: Signet Books/New American Library, con autorización de Holt, Rinehart, y Winston, 1964). <<

[4] Walter F. Otto, *Dyonisusus: Myth and Cult*, trad., con una introducción de Robert B. Palmes (Bloomington: Indiana University Press, 1965), p. 116. <<

[5] Autobiography of a Schizophrenic Girl, con una interpretación analítica de Marguerite Sechehaye. Traducido [al inglés] por Grace Rubin-Rabson (Nueva Cork: Signet Books/New American Library, publicado con autorización de Grune & Stratton, 1970). <<

[1] C.G. Jung, “Problems of Modern Psychotherapy” (1931), *CW*, vol 16 (1966), p. 71. <<

[2] Daniel J. Levinson, *The Seasons of Man’s Life* (Nueva York: Ballantine Books, publicado con autorización de Alfred A. Knopf, 1979), p. 109. <<

[3] Toni Wolff, “A few Thoughts on the Process of Individuation in Women”, *Spring* (1941), pp. 91-93. <<

[4] H. Peters, *My Sister, My Spouse: A Biography of Lou Andreas-Salome* (Nueva York: Norton, 1962). <<

[5] Robert Rosenthal, “The Pygmalion Effect Lives”, *Psychology Today* (septiembre 1973), pp. 56-62 (Texto definitivo: Robert Rosenthal y Lenore Jacobson. *Pygmalion in the Classroom: Teacher Expectation and Pupil’s Intellectual Development* (Nueva York: Holt, Rinehart, & Winston, 1968).
<<

[1] Paul Friedrich. *The Meaning of Aphrodite* (Chicago: University of Chicago Press, 1978), p. 79. <<

[2] Ruth Falk, *Women Loving* (Nueva York: Random House; y Berkeley: Bookworks, 1975). <<

[1] Laurie Lisle. *Portrait of an Artist: A Biography of Georgia O'Keeffe* (Nueva York: Washington Square Press/Simon & Schuster, con autorización de Seaview Books, 1981), p. 143. <<

[1] T.S. Eliot. *Four Quartets* (Nueva York: Harcourt Brece Jovanovich, sin fecha), p. 59. <<